JENNIFER DONNELLY

ENVENENADA

DIME, ESPEJO DE CRISTAL,
¿QUIÉN ES LA MÁS LETAL?

RBA

JENNIFER DONNELLY

ENVENENADA

Traducción de Pilar Ramírez Tello

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos
son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Poisoned*.

© Jennifer Donnelly, 2020.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2021.
© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2021.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

© de la ilustración de la cubierta: John Dismukes, 2020.
Diseño de la cubierta: Maeve Norton.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: marzo de 2021.

RBA MOLINO
REF.: OBDO832
ISBN: 978-84-272-2385-1

COMPOSICIÓN • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA MALLORY KASS,
MI MARAVILLOSA EDITORA,
CON GRATITUD Y ADMIRACIÓN.

PRÓLOGO

Érase una vez, hace mucho tiempo y más, una muchacha que entró en el Bosque Oscuro a lomos de su caballo.

Tenía los labios del color de las cerezas maduras; la piel, tan suave como la nieve recién caída; y el pelo, tan oscuro como la medianoche.

Los altos pinos susurraban y suspiraban al verla pasar bajo ellos con el cazador de la reina a su lado. Los cuervos, posados en lo más alto de las ramas, abrían y cerraban sus ojillos negros.

Cuando el día ya clareaba, el cazador señaló un estanque y le dijo a la muchacha que debían desmontar para dar de beber a los caballos. Ella lo hizo, y ambos caminaron juntos. Perdida en sus pensamientos, no oyó el suave roce de una daga al salir de su funda. No vio que el cazador alzaba el rostro para contemplar el alba ni atisbó la angustia que se le asomaba a los ojos.

La muchacha dejó escapar un grito ahogado cuando el cazador le apoyó una de sus enormes manos en la estrecha espalda para acercársela. La joven buscó la mirada del cazador con sus ojos grandes y perplejos. No tenía miedo, todavía no. Apenas sintió nada cuando la hoja se le clavó entre las costillas, solo una ligera presión y después un estallido de calor, como si se le hubiera derramado el té en el vestido.

Pero entonces llegó el dolor, desgarrador y ardiente.

La muchacha echó la cabeza atrás y gritó. Un ciervo, sobresaltado, salió corriendo de entre la maleza. Los cuervos alzaron el vuelo y batieron las alas como locos.

El cazador era hábil. Era rápido. Había destripado mil venados. Unos cuantos cortes expertos con un cuchillo tan afilado que podría pelar el azul del cielo, y atravesó las delicadas costillas y cercenó carne y venas.

La chica dejó caer la cabeza hacia atrás. Le cedieron las piernas. El cazador la depositó con cariño en el suelo y se arrodilló a su lado.

—Perdonadme, mi querida princesa. Perdonadme —le suplicó—. Este vil acto no ha sido idea mía, sino orden de la reina.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha con su último aliento.

Pero el cazador, con lágrimas en los ojos, no podía hablar. Había terminado su horrenda tarea y se había puesto en pie. Al hacerlo, la joven obtuvo su respuesta, puesto que lo último que vio antes de cerrar los ojos fue su corazón, pequeño y perfecto, en las temblorosas manos del cazador.

En el bosque, los pájaros han guardado silencio. Los animales permanecen inmóviles. La penumbra todavía resiste bajo los árboles. Y, en el frío suelo, una muchacha yace moribunda, con un tosco agujero rojo allá donde antes estaba su corazón.

«¡Que cuelguen al cazador! —gritas—. ¡Que quemen a la reina malvada!».

¿Quién podría culparte?

Pero has pasado por alto al verdadero villano.

Es normal. Se trata de alguien sigiloso y taimado que aparece cuando estamos solos. Permanece entre las sombras y susurra su veneno. Sus palabras van cayendo, gota a gota, en las cámaras más pequeñas y oscuras de tu corazón.

Crees conocer esta historia, pero solo sabes lo que te han contado.

«¿Quién eres? ¿Cómo has averiguado todo esto?», preguntas, y con toda la razón.

Soy el cazador. Ahora estoy muerto, pero eso no importa. Los muertos hablan. Con lenguas ennegrecidas por el tiempo y los remordimientos. Si prestas atención, nos oirás.

Dirás que no son más que historias. Cuentos de hadas. Que es todo fantasía. Pero en el Bosque Oscuro pasan más cosas de las que te puedas imaginar, y hay que ser muy poco avispado para llamarlas fantasías.

Las ancianas dicen que no hay que salirse del camino, que no hay que entrar en el bosque.

Sin embargo, un día tendrás que internarte en sus oscuras frondas y descubrir lo que allí te espera.

Porque, si no lo haces, tarde o temprano irá a por ti.

UNO

El día anterior...

—¡A la caza! —gritó la reina mientras espoleaba su feroz corcel.

Los sabuesos habían encontrado su presa. Un lobo gris salió de su escondite en una zarza negra y corrió hacia el interior del bosque. La jauría lo persiguió, sedienta de sangre.

Los más valientes de la partida de caza galoparon tras la reina para no quedarse atrás, pero la princesa, que montaba un palafrén ágil y rápido, la adelantó como una centella. Persiguió al lobo a una velocidad sobrecogedora, esquivando árboles, mientras sus faldas se hinchaban tras ella. Saltó por encima de un muro de piedra, de un arroyo, de una maraña de maleza tan alta que resultaba imposible saber lo que esperaba al otro lado. Se le cayó el sombrero; la negra cabellera se le soltó como si de cintas de noche se tratara.

La reina no lograba alcanzarla. Ni tampoco los príncipes Haakon y Rodrigo. Los vi volar por el bosque: la reina, de blanco; sus nobles, ataviados con ropajes en vivos tonos rojizos, verdosos y ocres. Vi a un barón inclinado sobre el cuello de su caballo, con las manos en lo alto de la crin del animal. Redujo la distancia entre la reina y él, pero su caballo tropezó cuando estaba a punto de adelantarla. El barón perdió el equilibrio. Se oyó un grito y después un crujido nauseabundo cuando cayó al suelo.

—¡Déjalo, cazador! —gritó la reina—. ¡Deja a cualquiera que caiga!

El hombre yacía bajo un árbol, con los ojos cerrados y la cabeza ensangrentada. Lo dejé atrás como alma que lleva el diablo; los demás jinetes también lo hicieron. Solo la princesa volvió la vista atrás.

Seguimos a los sabuesos dejándonos guiar por sus aullidos y desviándonos a un lado u otro cuando cambiaban de dirección. Perdí de vista a la reina cuando se internó en una zona brumosa y la volví a ver unos segundos después, con la jauría. Y con la princesa.

Los sabuesos habían rodeado al lobo. El animal era enorme y temible. Ya había matado a dos perros. Sus maltrechos cuerpos yacían

en el suelo.

¿Y él? Ah, sí. Él también estaba allí.

Estaba muy cerca. Observaba. Esperaba.

Lo oí en el gruñido gutural del lobo. Lo percibí en el piafar nervioso de los caballos. Lo vi alzarse desde las profundidades de los ojos de la princesa, como un cadáver que asoma a la superficie de un río.

Entonces, sin previo aviso, el lobo gruñó y cargó contra los caballos. El palafrén relinchó y se encabritó, pero la princesa se mantuvo en la silla. Al corcel de la reina se le dilataron las fosas nasales y aplastó las orejas, pero permaneció en su sitio mientras su jinete bajaba de un salto.

La reina daba vueltas alrededor de la refriega, gritaba a los sabuesos y les ordenaba atacar, cosa que hicieron: ladraron con el hocico lleno de espuma e intentaron morder las patas de su presa. El lobo se defendía, pero era uno contra muchos. Los sabuesos lo sabían y se crecieron, pero uno de ellos, pequeño y delgado, se descolgó de la jauría.

La reina lo vio; se le oscureció la mirada.

—¡Lucha, cobarde! —le gritó.

El perro metió el rabo entre las patas y retrocedió. La reina, furiosa, le arrebató el látigo de las manos al mozo de cuadra y fue hacia el perro.

—¡Majestad! ¡El lobo escapa!

Era el príncipe Haakon, que acababa de llegar junto a la jauría. La reina tiró el látigo y corrió a su caballo, pero en lo que tardó en subirse a la silla, la jauría (y la princesa) ya se habían ido para continuar con la implacable persecución.

Durante más de un kilómetro, la princesa siguió al lobo por un terreno traicionero hasta llegar a un barranco que les interrumpía el paso. Detuvo el caballo a unos metros del borde, mientras que el lobo llegó hasta el mismo final. Cuando vio la escarpada caída, intentó retroceder, pero los sabuesos le cortaron el paso por la izquierda. Una maraña de zarzas negras, de unos tres metros de altura, salía del bosque y crecía hasta el borde del barranco, formando un muro a la derecha. El animal, frenético, caminaba de un lado a otro; tensó el cuerpo para saltar por encima del abismo, pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Con los hombros altos y la cabeza gacha, se volvió y se preparó para su última pelea.

La princesa se había acercado. Veía el pescuezo blanco del animal

y el borde irregular de una de las orejas. El lobo la miró, y ella vio el miedo en sus ojos de plata. En un suspiro volvió a subirse a la silla, se metió entre los histéricos sabuesos y los obligó a retroceder entre gritos y pisotones del caballo, hasta dejarle un camino abierto al lobo.

—¡Vete! ¡Sal de aquí! —le gritó a la criatura.

El lobo atisbó una pequeña abertura al pie de la zarza negra. Las espinas eran retorcidas y crueles; le rajaron el hocico al desesperado animal y le desgarraron las orejas, pero se abrió paso bajo las tupidas ramas enredadas y desapareció. Aunque los sabuesos corrieron tras él, tenían el hocico blando y la piel, fina; no lograron meterse.

La princesa creía estar sola; creía que nadie lo había visto, pero no era cierto. Yo la había alcanzado y había permanecido escondido. Estaba acostumbrado a cazar muchas cosas para la reina, y no todas eran lobos.

Vi que la princesa se inclinaba sobre el cuello sudoroso de su caballo. Vi que un profundo cansancio le pesaba sobre los hombros, como una mortaja. La vi llevarse una mano al pecho, como si intentara calmar un dolor intenso bajo las costillas.

Cuánto le costó aquella farsa. Cuánto nos costaría a todos nosotros.

Oímos ruido de cascos a lo lejos. El eco de los gritos. Cuando llegó la reina con Haakon y el resto de los jinetes, la princesa había enderezado de nuevo la espalda y había ocultado su agotamiento.

—Me temo que nuestro deporte ha terminado, madrastra —dijo fingiendo pesar mientras señalaba el barranco con la cabeza—. El lobo ha elegido una muerte más rápida.

La reina cabalgó hasta el borde y miró hacia abajo con el ceño fruncido.

—Qué lástima que se nos prive del golpe de gracia.

Desvió la mirada de los sabuesos a la zarza. Aguzó la vista. La princesa no vio lo que llamaba la atención de la reina, puesto que estaba subida a su silla de montar, pero yo sí: había un mechón de pelaje enganchado en las espinas. Pelaje gris. Pelaje de lobo.

La reina frunció más el ceño.

—¡Cazador, toca la trompeta, volvemos a casa! —ordenó.

Seguí sus órdenes, y los sabuesos salieron corriendo con el hocico pegado al suelo. La perra más pequeña, la que se había asustado, avanzaba con cautela detrás de la jauría con el rabo todavía entre las patas. Los jinetes los siguieron charlando y riendo.

Cuando el ruido de los cascos desapareció del claro, se oyó un susurro seco, como el frufrú de las faldas de seda. Levanté la mirada y

vi un astuto cuervo de color negro azulado bajar desde la alta rama en la que había estado posado.

Emitió un graznido agudo y voló hacia el interior del bosque.

Todavía oigo ese graznido y su eco a través de los siglos.

Sonaba a advertencia.

Sonaba a sentencia de muerte.

Sonaba, sobre todo, a risa.

DOS

Había sangre en las riendas.

Sophie la vio al pasárselas al mozo de cuadra.

Se miró las palmas de las manos: cuatro finas medialunas de color carmesí le cruzaban cada una de ellas. Se las había abierto con las uñas. El terror se había apoderado de ella mientras cabalgaba a través del bosque. La yegua que montaba era tan rápida y nerviosa que había necesitado emplear toda su fuerza para controlarla. Sophie estaba convencida de que caería y se rompería el cuello en cualquier momento. También había sentido miedo al enfrentarse al lobo. El animal era enorme y podría haberla hecho trizas.

Sin embargo, ni su montura ni el lobo eran la razón de los cortes en las manos, y lo sabía. Todavía le temblaban las piernas, a pesar de que la cacería estaba más que terminada.

—Estúpida, estúpida —se repetía entre dientes.

¿Y si la reina la había visto dejar escapar al lobo? ¿Y si la había visto otra persona? Su madrastra tenía ojos y oídos en todas partes.

Sacó a toda prisa los guantes del bolsillo de la chaqueta y se los puso. La muchacha valiente e intrépida que cabalgaba más deprisa que los príncipes, el cazador e incluso la reina; la muchacha desalmada deseosa de perseguir a un animal para ver cómo lo mataba una jauría, esa muchacha era una mentira. Los cortes eran la verdad escrita en sangre, y no podía permitir que nadie la leyera jamás. Los gobernantes son despiadados. No demuestran debilidad ni miedo. No lloran. Hacen llorar a los demás. ¿Acaso su madrastra no se lo había dicho miles de veces?

Estaba en el gran patio adoquinado que compartían los establos y

las perreras. Miró a su alrededor en busca de la reina y su séquito, pero todavía no habían regresado. «Bien», pensó. La cacería en sí, la charla insustancial durante el camino de vuelta, la presión constante por resultar encantadora e ingeniosa... Todo aquello la había dejado exhausta. Lo único que quería era esconderse en sus aposentos, quitarse la ropa sudada y darse un baño caliente.

Los criados habían preparado en el patio una mesa larga cubierta con un mantel de lino. Estaba repleta de pasteles de carne, aves asadas, jamones ahumados, quesos, frutos secos y fruta. Sophie la dejó atrás, sin levantar la cabeza, con la esperanza de pasar desapercibida.

—¡Salve, valiente Artemisa, diosa de la caza! —aulló una voz desde el otro lado del patio.

A Sophie se le cayó el alma a los pies. «Se acabó mi huida», pensó.

Levantó la mirada y vio que Haakon se le acercaba. El bello Haakon, de pelo dorado y piel bronceada, con un rostro tan perfecto como el de un dios de mármol. Rodrigo estaba justo detrás de él, con una sonrisa seductora pintada en los carnosos labios y los ojos llenos de promesas. Sophie esbozó una sonrisa radiante; no tenía elección. Cabía la posibilidad de que uno de aquellos hombres se convirtiera en su marido.

La cacería matinal era el primero de una serie de acontecimientos que se desarrollarían a lo largo de los próximos días para celebrar el cumpleaños de la princesa. Por la noche se celebraría un baile allí mismo, en el palacio de Konigsburgo. Sería un espectáculo rutilante con miembros de la corte de su madrastra, al que asistirían también gobernantes de todos los reinos extranjeros. Al día siguiente, Sophie cumpliría diecisiete años y heredaría la corona de su padre. Cuando fuera reina podría casarse, y su madrastra estaba decidida a conseguirle un matrimonio ventajoso con un hombre que tuviera poder y títulos.

—El joven príncipe de Escandania, quizá —le había dicho la reina la primera vez que sacó el tema—. El sobrino del emperador. O el hijo del sultán.

—Pero, madrastra, ni siquiera conozco a esos hombres. ¿Y si no me enamoro de ninguno de ellos?

—¿Enamorarte? —había repetido la reina con gran desdén—. El amor no es más que una fábula, y muy peligrosa. Tus pretendientes tendrán que recitarte el tamaño de sus ejércitos y la solidez de sus fortalezas, no poemas tontos sobre flores y palomas.

El motivo por el que su madrastra quería un marido poderoso para

ella era humillante, y Sophie lo sabía: la reina pensaba que su hijastra era débil. Toda la corte lo pensaba.

Sophie había crecido escuchando los susurros de quienes se mofaban de ella por ser una niña tímida y compasiva. Comenzaron en cuanto la reina se casó con el padre de Sophie, y no habían hecho más que crecer con el paso de los años. Las palabras envenenadas se le habían clavado en el corazón como espinas de zarza negra. Todavía oía su eco allí dentro: «La princesa jamás será buena reina... No es lo bastante lista... No es lo bastante dura...».

Haakon se le acercó con paso resuelto. Era el hijo mayor del rey de Escandania y la primera elección de su madre como esposo para ella. Alzó en su dirección la jarra de cerveza que llevaba en la mano.

—¡La bella Artemisa se ha ganado mi corazón, pero, ay, cruel y egoísta deidad! ¡No quiere entregarme el suyo!

Rodrigo resopló.

—¿Acaso puedes culparla?

—Languidezco. Suspiro. Me muero de amor —dijo Haakon mientras se llevaba una mano al corazón. Después se inclinó sobre la mesa del desayuno y arrancó un muslo de pollo—. Padezco un tormento constante. ¡Entregadme vuestro corazón, fría diosa, y acabad con mi sufrimiento!

—Eso es imposible, señor —respondió Sophie con aire travieso.

Su voz era tan despreocupada y juguetona que nadie habría adivinado lo mucho que ansiaba la tranquilidad de sus aposentos.

—¿Por qué no? —preguntó Haakon mientras masticaba el muslo de pollo—. Un joven bien parecido como yo... ¡Si seguramente también soy un dios! Debo de serlo. —Frunció el ceño y asintió—. De hecho, estoy seguro de ello. Soy el dios..., hm..., ¡Apolo! ¡Sí, ese es! —Señaló a Sophie con el muslo de pollo—. Menuda pareja haríamos los dos.

—Si recordáis bien a los clásicos, de lo cual no me cabe duda... —empezó Sophie.

—Como gran erudito que eres —intervino Rodrigo.

—... sabréis que Artemisa juró no casarse nunca. Y que, en caso de romper ese voto, dudo que fuera con Apolo, ya que es su hermano.

Haakon arrugó la nariz.

—Puaj.

—Exacto —dijo Rodrigo.

Sophie se rio sin poder evitarlo. Era imposible no hacerlo. Haakon era un sol brillante y dorado que atraía a todo el mundo a su órbita.

Era soberbio e irritante, aunque también dotado de una belleza asombrosa, y a las personas bellas se las perdona con facilidad. Todas las mujeres de palacio estaban enamoradas de él. Sophie también, un poco, pero odiaba reconocerlo.

Más miembros de la partida de caza entraron trotando en el patio. Los mozos de cuadra y los sabuesos los seguían. A la princesa le pareció oír al lord comandante de la reina entre ellos, ladrando órdenes. Haakon y Rodrigo se volvieron hacia el grupo e hicieron gestos a algunos de los jinetes para que se les acercaran. Mientras lo hacían, Sophie oyó un ruidito más suave que el de los cascos de los caballos o la potente voz de Haakon. Eran pasos. Rápidos, aunque irregulares.

—¿Tom? —preguntó al darse la vuelta.

Un niño corría hacia ella. Era pequeño para su edad, torpe y tímido.

—Ten cuidado, Tom, para antes de que... —empezó a decirle ella, pero era demasiado tarde: la punta de la bota se le enganchó en un adoquín, y el niño tropezó y cayó.

Sophie se agachó para ayudarlo a levantarse.

—Zopenco torpón... —dijo una voz.

—Deberíamos haberlo ahogado cuando nació. ¿No es lo que se hace con los débiles de la camada?

Tom hizo una mueca. Sophie se dio cuenta de que aquellas palabras tan crueles le habían hecho más daño que la caída. Las mujeres que las habían pronunciado, dos de las damas de compañía de la reina, se alejaron entre risas.

—No les hagas caso —le dijo la princesa para intentar que se sintiera mejor—. Si quieres ver a alguien torpe de verdad, deberías ver a la baronesa Von Arnim bailar la zarabanda —añadió mientras señalaba con la cabeza a la más baja de las dos mujeres—. ¡Parece un burro sobre hielo!

Tom se rio, y Sophie sonrió, aunque perdió la sonrisa al ver las rodillas despellejadas del niño.

—No deberías correr —lo regañó—. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

El crío era como los cachorros de los que cuidaba, todo patas y pies grandes.

Tom se apartó el flequillo de los ojos.

—¡No he podido evitarlo, majestad! ¡Tenía que contároslo!

—¿Contarme el qué?

—¡Duquesa ha dado a luz!

Duquesa era la spaniel favorita de Sophie.

—¡No! —exclamó ella, emocionada.

—¡Sí! ¡Siete cachorros sanos! ¡Todos gordos como salchichas, con el hocico respingón y las patas rosas! ¡Venid a verlos!

Tom estaba tan emocionado que se dejó llevar y alargó la mano hacia Sophie. Sophie también se relajó y le cogió la mano.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco, chico? —atronó una voz—. ¿Cómo te atreves a ponerle las manos encima a la princesa?

Era el lord comandante, el hombre a cargo del ejército de la reina. Se acercó a Tom, lo agarró por el hombro y lo sacudió con fuerza. Mientras lo hacía, Sophie apartó la mano, como si todo hubiera sido cosa de Tom.

Se trataba de un gesto cobarde, y la vergüenza le retorció las entrañas. Sabía que debía acudir en defensa de Tom, que debía explicarle al lord comandante que los dos se habían dejado llevar. Pero no lo hizo. Darles la mano a los mozos de las perreras, jugar con cachorros... No era el comportamiento propio de una reina. Los gobernantes fuertes eran distantes y fríos. Si su madrastra se enteraba de aquel lapso, se enfadaría. No era como en el barranco, durante la cacería del lobo, donde no había nadie presente para ver su debilidad. Allí, en palacio, los lobos eran los que cazaban.

—No se repetirá, majestad —le dijo el lord comandante a Sophie. Después se volvió hacia Tom—. Recuerda cuál es tu sitio —gruñó, y sacudió de nuevo al niño antes de alejarse.

Tom alzó la mirada hacia la princesa. Aquellos ojos llenos de dolor y desconcierto le partieron el corazón.

—Lo-lo siento, majestad. No... no pretendía...

Un sonido escalofriante cortó en seco sus palabras.

Era un gemido agudo.

Y se oía por todo el patio.

TRES

La desdichada criatura estaba arrinconada.

Era un sabueso que lloraba y se encogía para hacerse lo más pequeño posible. Sophie lo reconoció. Era la perrita asustadiza que se

había negado a atacar al lobo.

La reina la había golpeado con su fusta y en aquel momento la apuntaba con ella.

—Este animal no sirve para nada —sentenció—. Quiero que lo maten.

Sophie no podía moverse, estaba horrorizada. Fue Tom el que intentó detener a la reina.

—¡No! —exclamó mientras corría hacia la sabuesa—. ¡No lo hagáis, majestad, por favor! ¡Es una buena perra!

La reina se giró hacia él, enfurecida. Buscó con la mirada a la persona que se había atrevido a censurarla.

—¿Qué es esto? ¿Cómo se atreve a contradecirme uno de los mozos de las perreras? —preguntó mientras se aferraba a la fusta.

Alistair, el encargado de las perreras y padre de Tom, había salido corriendo de las jaulas de los perros, alarmado por los gritos. Al ver lo que estaba a punto de suceder, abrió mucho los ojos, aterrado, agarró a Tom por el faldón de la camisa y tiró de él justo cuando la fusta hendía el aire. El golpe no acertó en el niño, pero sí le abrió la mejilla al padre.

Sin prestar atención al dolor ni a la sangre que le goteaba desde la mandíbula, Alistair suplicó por su hijo.

—Lo siento mucho, majestad. No volverá a hacerlo. Perdonadlo, por favor. Discúlpate, Tom.

—Pero, papá...

—¡Que te disculpes! —gritó Alistair—. ¡Ahora!

No era la ira lo que lo impulsaba a gritarle a su niño. Sophie lo sabía. Era el miedo. La reina le había abierto un surco en la mejilla, y se trataba de un hombre adulto. ¿Qué le habría hecho un golpe semejante al cuerpecito de Tom?

—Lo-lo siento, majestad —tartamudeó Tom con la vista clavada en el suelo.

—Encargaos del resto de los sabuesos, los dos —ordenó la reina.

Alistair soltó a Tom. Después se sacó un trozo de tela del bolsillo, se lo llevó a la mejilla y llamó a la jauría. La perrita se quedó en la esquina, indefensa, desesperada. Como si fuera consciente de su condena.

—¡Venid a ver mi nueva yegua de cría! —le dijo la reina a un grupo de nobles.

Mientras se dirigían a los establos, Tom se acercó a Sophie.

—No dejéis que la maten, por favor, mi señora —suplicó con voz

rota—. Se llama Zara. Era la más pequeña de la camada. ¿Cómo vas a matar a un lobo cuando eres tan pequeño?

—No puedes, Tom —respondió Sophie mientras observaba a la reina meterse en los establos.

Se quedó plantada en el sitio, asombrada por la crueldad de su madrastra. La tristeza le oprimía el pecho y apenas le permitía respirar, pero otra emoción afloraba bajo ella: la ira. La ira por la injusticia de las acciones de su madrastra. La ira porque a nadie le importara, porque todas las personas presentes en el patio seguían comiendo y bebiendo, riéndose y charlando como si no hubiera pasado nada.

«No, no puedes matar al lobo, pequeña —pensó mientras la reina desaparecía tras las puertas del establo—, pero quizá puedas ser más astuta que ella».

Tom no se había movido. Seguía junto a Sophie y tenía los puños cerrados.

—Ve a ayudar a tu padre —le dijo la princesa.

Tom dejó caer los hombros y se le borró la esperanza de la carita.

—Pero, mi señora...

—Ve.

El miedo le endureció la voz. Permitir que escapara un lobo había sido una estupidez; lo que estaba a punto de hacer era una locura.

Mientras Tom se alejaba, Sophie miró a su alrededor. Nadie le prestaba atención. El lord comandante estaba cortándose un pedazo de hojaldre de venado. Haakon se comía con los dedos un trozo de jamón. Rodrigo mordía un melocotón. La princesa caminó hasta el otro extremo del patio: allí estaba la sabuesa, tirada en el suelo, con los ojos cerrados.

Sophie respiró hondo para calmar los nervios. Por dentro temblaba, pero entonces pensó en Tom y la forma en que este le había gritado a la reina para salvar a la perra. Para él, el valor no era una máscara que pudiera ponerse y quitarse, a diferencia de ella. Si un niño podía ser tan valiente, ella también.

—Zara, ¿verdad? Eres una preciosidad —dijo en voz baja al acercarse a ella.

Al oír su nombre, la sabuesa se puso en pie. Tenía unos ojos enormes de expresión suplicante.

—Tranquila, chica. No voy a hacerte daño. Nadie te va a hacer daño. Pero tenemos que ser rápidas las dos. —Metió dos dedos bajo el collar de Zara y consiguió apartarla de la pared. Sus faldas impedían

que la vieran los demás—. Vamos, chica, solo un poco más... Ahora, date prisa...

Había una puerta de madera a pocos metros. Sophie condujo a Zara hasta ella y la abrió rápidamente.

—¡Vete! —le susurró al abrirla—. ¡Huye de aquí y no vuelvas!

La perra desapareció en un abrir y cerrar de ojos. A Sophie se le alegró el corazón al ver a aquel relámpago de color crema cruzar los campos y perderse en el bosque. Cerró de nuevo la puerta, se volvió y miró a su alrededor. Los miembros de la partida de caza seguían entretenidos con el desayuno; los criados estaban ocupados con sus tareas. Nadie la había visto. Se permitió suspirar de alivio. Mientras cruzaba de nuevo el patio, pasó junto a Tom, que estaba en el centro y caminaba en un círculo.

—Mi padre me ha pedido que recoja a Zara y se la lleve —dijo en tono lúgubre—. ¿Sabéis adónde ha ido, majestad?

Sophie fingió pesar.

—¿La pequeña sabuesa? Me temo que ha huido, Tom. Abrí la puerta, cosa que no debería haber hecho. No estaba prestando atención.

Tom sonrió con los labios, con la cara, con todo el cuerpo. Sophie le guiñó un ojo y se alejó, deseosa de llegar de una vez a sus aposentos.

Fue entonces cuando vio a su madrastra.

La reina estaba en la puerta abierta de los establos, observándola. El miedo atenazó a Sophie con sus finos y helados dedos. «¿Cuánto tiempo lleva ahí? —se preguntó, frenética—. ¿Qué es lo que ha visto?».

El silencio de la reina, frío y amenazador, consiguió que todos los presentes se callaran. Al cabo de un momento habló, y su voz resonó por todo el patio.

—La cobardía es como una plaga: se contagia. Un solo individuo enfermo puede infectar a una población entera. La sabuesa, la que ordené sacrificar, la que parece haber escapado, debería haber atacado cuando se le ordenó. ¿Qué sucederá la próxima vez si los demás sabuesos deciden hacer lo que les plazca y no lo que se les pide? Os lo diré: el lobo atacará y vuestra reina morirá.

El miedo de Sophie se convirtió en terror, aunque no por ella.

—La huida del perro ha sido culpa mía, majestad. Yo he abierto la puerta —dijo con palabras atropelladas.

—Eres la princesa del reino, no una moza de la perrera —contestó

la reina—. El chico fue negligente. Debería haberle puesto la correa de inmediato. —Hizo una pausa y miró a Tom—. Ordeno que lo lleven a los barracones de los guardias, donde recibirá diez latigazos.

—No —susurró Tom mientras sacudía la cabeza—. No. Por favor. Lo siento... ¡Lo siento!

Sophie ahogó un grito. Quería gritarle a su madrastra, suplicarle que no lo hiciera, pero sabía que no podía. Así que se limitó a mirar, impotente y muda, a Tom, que retrocedía de espaldas, tropezaba y caía de nuevo. Dos guardias lo recogieron del suelo y lo sacaron medio a rastras del patio.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó mientras intentaba tocar a su padre.

Alistair dio un paso hacia él, pero el capitán de los guardias le bloqueó el paso. El hombre se volvió hacia la reina para suplicarle que perdonara a su hijo, pero ella ya se había ido.

Sophie sabía lo que hacía su madrastra: impartía una lección, aunque no al niño. Eso no era más que un ardid. Deseaba enseñarles a los poderosos nobles que la acompañaban en la caza que la cobardía era peligrosa y la desobediencia, más aún.

Y también deseaba que Sophie aprendiera una lección.

Y la lección estaba muy clara: no hay nada más peligroso que la bondad.

CUATRO

En sus aposentos, la reina se miraba en un espejo.

El cristal azogado le devolvía la imagen de una mujer alta y de espalda recta, con ojos de color añil, cabello rubio y pómulos marcados. Se llamaba Adelaide.

«Hubo un tiempo en que era más bella que el alba, pero los años no habían sido amables con ella», decían los cuentacuentos en sus historias sobre la reina. O: «El tiempo le había grabado profundas líneas junto a los ojos y le había abierto surcos en la frente».

Dime, ¿qué historias sobre reyes empiezan con sus arrugas?

¿Por qué nadie hablaba de su tremenda inteligencia? ¿De su valentía? ¿De su fuerza?

La reina notaba el suelo de piedra helado bajo los pies descalzos y

sentía el aire frío en la piel. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, puesto que acababa de bañarse. Todavía tenía la piel húmeda, y la fina túnica de lino que le habían puesto apenas le proporcionaba calor, aunque no se daba cuenta. Los ojos le ardían, febriles, y había clavado la mirada en el espejo, como si buscara algo en sus profundidades.

Nadie sabría decir el qué, aunque muchos hablaran sobre ello.

Una de las damas de compañía regresó con un vestido de satén blanco que procedió a ponerle a la reina. Otra le apretó las cintas de un estrecho corpiño. Dos más le llevaron una sobreveste dorada, adornada con docenas de perfectos diamantes.

—Es tan pesado como una armadura —dijo lady Beatrice, la mayor de las damas de la reina, mientras colocaba la valiosa prenda en los hombros de su señora.

—Es una armadura —respondió la reina—. Dentro de una hora me reuniré con el embajador de Tierradentro para hablar sobre los territorios que nos disputamos en el norte. Ese anciano es una serpiente traicionera, igual que su señor.

Cuando Beatrice salió de la habitación para ir a por los zapatos de la reina, una de las damas de compañía más jóvenes, Elizabetta, dio un tímido paso adelante.

—Estáis preciosa, majestad —dijo.

No eran las palabras correctas. La desventurada mujer se percató de inmediato.

La reina palideció de furia. Sabía lo que sus enemigos decían de ella: que era celosa y presumida; que solo le importaba su imagen en el espejo. Le hizo un gesto a Elizabetta para que se acercara.

—¿Piensas que me cubro de piedras brillantes para presumir? —preguntó—. ¿De verdad piensas que me importa un pimiento mi aspecto cuando los enemigos de mi reino acechan en nuestras fronteras?

Elizabetta tragó saliva. Miró a izquierda y derecha con la esperanza de encontrar una pizca de apoyo, pero el resto de las presentes en la habitación, desde las damas nobles hasta las doncellas más humildes, habían apartado la vista.

—Cre-creo... Bueno, no —tartamudeó la dama—. En realidad, no pienso...

—Eso ha quedado bastante claro —la interrumpió la reina.

Se acercó a una ventana y levantó los brazos. Los rayos de sol que entraban a través de los cristales convertían las gemas de su sobreveste en prismas que la envolvían en una luz resplandeciente.

—Uso estos diamantes para evitar la guerra —añadió—. Cuando el embajador me vea, concluirá que, si puedo permitirme bañarme en diamantes como si no fueran más que confeti, también puedo permitirme sembrar mi costa de barcos de guerra. La mejor forma de ganar una guerra es no empezarla.

Elizabetta asintió en silencio, con la vista clavada en el suelo.

La reina bajó los brazos. Después, miró un reloj dorado.

—¿Dónde está? ¿Por qué no ha llegado aún? —preguntó con impaciencia—. La mandé llamar hace media hora.

—Está aquí, majestad —respondió Beatrice, que regresaba con unos zapatos de seda—. Os espera en vuestra antecámara.

Beatrice dejó los zapatos en el suelo, y la reina metió los pies en ellos. Después cogió de la mesa un mechón de pelaje gris y salió taconeando del vestidor.

La silueta de la princesa se recortaba contra la ventana de la antecámara de su madrastra; le daba vueltas al anillo de su mano izquierda. Era el Anillo del Reino (un óvalo dorado con un unicornio en el centro, rodeado de diamantes) y, a lo largo de los siglos, había pasado de los monarcas de Tierraverde a sus herederos.

A la reina no se le ocurría nadie menos adecuado para lucirlo. Se acercó a la princesa, le cogió la mano y se la abrió con cuidado para dejarle el pelo en la palma.

—Pelaje de lobo —dijo—. Enganchado en las espinas de la zarza negra. El animal no saltó por el barranco, ¿verdad?

Sophie contempló el pelo. No contestó.

La reina le sujetó la barbilla y se la subió.

—Dejaste que escapara.

—Sí.

—¿Por qué?

Sophie, con una mirada que brillaba de emoción, buscó los ojos de su madrastra.

—Me... me dio pena. Estaba muy asustado.

La reina resopló, indignada, y la soltó.

—La cacería era una oportunidad para que hicieras una demostración de fuerza, Sophia, no de debilidad.

La joven bajó la vista.

—Eres blanda cuando deberías ser astuta, compasiva cuando deberías ser feroz —siguió la reina—. Permites que escapen los lobos. Defiendes a cobardes y mozos de perrera.

—Los diez latigazos lo matarán —dijo ella en voz baja.

—Diez latigazos nunca han matado a nadie. Y, aunque así fuera, ¿qué más da? —le espetó la reina—. El niño, su padre... Ellos no importan. Los monarcas sí. ¿Es que no lo entiendes? —Extendió las dos manos, con las palmas hacia arriba—. En mi mano izquierda, un niño. Un enclenque que probablemente no llegue a la edad adulta. En la derecha, una reina..., una gobernante que no solo debe proteger a un súbdito, sino a un reino entero. —Dejó caer la izquierda y subió la derecha—. ¿Qué vale la vida de un niño comparada con la de una reina?

La pregunta quedó flotando en el aire mientras la reina bajaba las manos y planteaba otra.

—¿Qué clase de ejemplo estamos dando si dejamos sin castigar a las criaturas desobedientes?

Sophie tuvo que reunir todo su valor para enfrentarse de nuevo a la mirada de acero de su madrastra.

—La perrita tenía miedo. ¿Tan terrible es demostrarle piedad a una criatura asustada?

La reina se rio. Era un sonido seco y polvoriento.

—Piedad no es más que un sinónimo de debilidad. Si dejas que un lobo viva, te lo pagará desgarrándote la garganta. El miedo es lo único que mantiene con vida a una reina. La gente me obedece porque me teme.

—La gente obedecía a mi padre porque lo quería.

Las palabras le salieron por la boca antes de poder impedirlo. Se arrepintió de inmediato. Su madrastra odiaba que mencionara a su difunto marido, un hombre venerado por su pueblo.

—Tu padre podía permitirse el lujo del amor. Era un hombre —escupió la reina—. Nadie, ni siquiera sus enemigos, cuestionaba su derecho a sentarse en el trono. Yo no cuento con ese lujo. Ni tú tampoco lo harás, pequeña idiota. El pueblo necesita una mano firme que lo mantenga en su sitio. He sido reina regente durante los últimos seis años, desde la muerte de tu padre. Mañana es el día de tu coronación. Mañana serás reina. ¿Cómo vas a controlar un país si no eres capaz de controlarte a ti misma, Sophia?

Antes de que la joven intentara tartamudear una respuesta, oyeron la lúgubre música de los tambores.

—Ah, creo que el capitán de la guardia está a punto de llevar a cabo mis órdenes —dijo la reina. Abrió la ventana que daba al patio de abajo. Al cabo de un momento, se volvió hacia Sophie—. ¿Quieres mirar?

Sophie negó con la cabeza. Le brillaban los ojos por culpa de las lágrimas.

—¿No? Eso me parecía. Es demasiado difícil, demasiado doloroso, ¿verdad? Pero así es gobernar: difícil y doloroso. Es tomar decisiones complicadas y dar órdenes rigurosas para mantener a raya tanto a tus súbditos como a tus enemigos. —La reina la señaló con un dedo—. Es culpa tuya que vayan a azotar al niño y que tengamos que sacrificar a los sabuesos. Si no hubieras soltado a ese perro cobarde, nada de esto habría sucedido. ¿Ves ahora el caos que conlleva la bondad?

Sophie era incapaz de hablar. Le caían las lágrimas por las mejillas. Se las limpió con la mano.

La reina chascó la lengua.

—Tienes suerte de que esté aquí para ayudarte a gobernar hasta que te cases. —Clavó una de sus afiladas uñas en las costillas de Sophie—. Esto que tienes aquí, tu blando y estúpido corazón, acabará contigo. Mételo en una caja y guarda esa caja en un estante bien alto. Nunca lo saques de ahí.

—¿Puedo irme ya? —preguntó ella con una vocecita quebrada, desesperada por escapar del horrible sonido de los tambores.

—Todavía no. Esta noche hay un baile, como bien sabes. No quiero ver ojos enrojecidos ni mejillas moteadas. Tienes preparado un vestido deslumbrante, y después te llevarán a tus aposentos una selección de joyas sacadas del tesoro de la corona. Cuentas con tu belleza y tu juventud. Úsalas para conseguir un dirigente fuerte para este reino. Hoy me has vuelto a demostrar cuánto lo necesita.

Sophie, destrozada, asintió con la cabeza y se apresuró a abandonar la habitación. Adelaide la observó salir. Al otro lado de la ventana, los tambores pararon. El capitán de la guardia gritó sus órdenes. La reina sabía lo que sucedería a continuación. Podría haber cerrado la ventana, pero no lo hizo. Permaneció inmóvil, escuchando en silencio los latigazos. No parpadeó. No se inmutó.

Y, si algo se entrevió brevemente en sus ojos, algo similar a la pena..., bueno, ¿qué más daba?

No había nadie para verlo.

CINCO

En el Bosque Oscuro hay ciénagas profundas y traicioneras. Solo hace falta dar un paso en falso para que te engullan.

La mayoría de las personas procuran alejarse de ellas, pero, en años pasados, cuando me internaba demasiado en el bosque persiguiendo a un ciervo y tenía que regresar a casa en la oscuridad, de vez en cuando veía un farol moviéndose entre la densa penumbra que envuelve esas ciénagas. Y después, unos días más tarde, llegaba la noticia de que alguien se había perdido: un marido que usaba demasiado los puños, una amante que se había vuelto demasiado exigente, un avaro que escondía un saco de oro bajo el suelo de su casa.

Nunca encontraban los cadáveres. Nunca se celebraban los juicios. Los culpables descansaban en paz en sus cómodas tumbas del camposanto, sin haber recibido castigo. La vida seguía adelante. La gente olvidaba.

Pero las ciénagas no.

Años, décadas e incluso siglos después, entregaban a sus inquietos muertos, escupían a la superficie los viejos huesos que habían guardado en sus oscuras profundidades.

La verdad también es así.

La entierras en lo más profundo con la esperanza de que se pudra.

Pero un día regresará.

Hecha jirones, arrastrando los pies y apestando a muerte, volverá a casa y llamará a tu puerta.

Adelaide cometió muchos crímenes. Tal suele ser el caso con los gobernantes. Un rey decapita a su mujer porque solo le da hijas. Un príncipe envenena a un noble rebelde. Un obispo manda quemar en la hoguera a un hombre porque su dios habla inglés y no latín. No es asesinato, dicen los libros de historia, sino ejecución. Para mantener la paz. Desagradable, sí, pero necesario.

No obstante, en la época de Adelaide, y puede que también en la tuya, hay un crimen que no se consiente, una abominación que ni reyes ni príncipes ni papas pueden perdonar...

Que una mujer ostente la corona.

«Espejito, espejito, que estás en la pared, la más bella de esta tierra, dime quién es».

¿Sabéis ya quién es el villano? ¿Veis su rostro?

Bah, bueno, no importa. Pronto lo veréis. Cada vez está más cerca.

SEIS

—¡La volta! ¡La volta! —gritó una voz cuando se apagaron las últimas notas de la gallarda.

Los asistentes de más edad dejaron escapar gritos ahogados, mientras que los más jóvenes respondieron con risas, silbidos e incluso aullidos.

Si la gallarda era un baile atrevido, la volta era directamente escandalosa. Se trataba de un duelo de deseos coreografiado con gran belleza. Uno de los miembros de la pareja avanzaba, el otro retrocedía. Uno se acercaba bailando, el otro se apartaba. Cada mirada era una provocación; cada sonrisa, un reto.

La música atraía a los bailarines. Se buscaban parejas. La titilante luz de mil velas jugueteaba sobre los rostros de los invitados y arrancaba destellos de sus vestidos de seda y sus chaquetas de satén. Cascadas de gemas adornaban los escotes empolvados. Perlas grandes como cerezas colgaban de los lóbulos de las orejas. Anillos tachonados de gemas abarrotaban las manos.

La princesa estaba a un lado del Gran Salón e intentaba no apurar de un trago un vaso de ponche. Estaba ruborizada y sin aliento porque había bailado con pasión y elegancia toda la noche, con lo que se había ganado unas cuantas miradas de aprobación de su madrastra. El vestido que lucía, de un color ciruela intenso, resaltaba su cabello negro y sus ojos verdes. Tenía las mejillas sonrojadas.

Había reído. Una risa cautivadora. Musical. Extravagante. Con la cabeza echada hacia atrás y una de sus enjoyadas manos sobre el precioso cuello. Y había hablado. Incesantemente. Sobre cualquier cosa. O sobre nada. Chicos, zapatos, tartas, vestidos... Daba igual. Habla mucho, ríete mucho, y así ahogarás el tintineo de los pedazos de tu corazón roto.

Un niño pequeño maltratado. Unos sabuesos inocentes muertos. Cuando pensaba en Tom y en los perros a los que el niño tanto quería, era como si cada uno de aquellos pedazos irregulares intentara abrirse paso a través de su pecho, atravesarle la carne y hacerla sangrar.

Así que no pensó en él. Se obligó a quitárselo de la cabeza, dejó su copa y chascó los dedos para que uno de los mozos se la llenara, como habría hecho su madrastra. Daba igual que no se estuviera divirtiendo; lo importante era que lo pareciera.

Rodrigo se le acercó y se burló de Haakon; ella se rio y se unió a las chanzas. Hussein, el hijo del sultán de Asir, le entregó una rosa y le pidió que bailara con él. Ella lo rechazó y, coqueta, le dijo que volviera con dos docenas. Alexander, un duque de Tierradentro, le ofreció un dulce; ella se lo dio a un spaniel.

El mozo regresó con su bebida, pero, antes de que tuviera tiempo de cogerla, una voz dijo detrás de ella:

—Princesa Charlotta-Sidonia Wilhelmina Sophia de Tierraverde, el ponche es para los niños.

Sophie se volvió. Allí estaba Haakon, sonriente. Vestía un traje de terciopelo verde musgo y llevaba la melena rubia suelta sobre los hombros. Era tan guapo que Sophie se quedó sin aliento.

—Probad esto —le dijo él mientras le ponía una copa de champán en la mano.

—Gracias, mi señor, pero no puedo —respondió ella mientras intentaba devolvérsela—. El champán hace que me dé vueltas la cabeza. Me desarma.

Pero Haakon no aceptaba la copa.

—Entonces, tampoco podréis tenerme a mí —dijo en voz muy alta —. Porque yo conseguiré que el corazón os dé vueltas. —Tiró del nudo final de las cintas plateadas que bajaban por el corpiño de Sophie—. Y eso sí que os desarmará.

Se oyeron gritos ahogados de sorpresa. Sophie parpadeó, un poco desconcertada. «Es muy descarado, incluso para Haakon», pensó. Bueno, tenía que seguirle el juego. No le quedaba otro remedio. Todos la miraban. Su madrastra, la corte... Esperaban una representación, un torneo. Y ella se lo daría. Sabía que si cedía a la timidez, si se ruborizaba y huía, su madrastra volvería a convocarla a sus aposentos.

—Y ¿primero no debería desearos, señor? ¿Antes de teneros? — contestó con audacia.

La multitud reaccionó con exclamaciones escandalizadas.

Haakon fingió sentirse dolido. Dejó de golpe su copa sobre la mesa.

—¡Orgullosa princesa, no os burléis de mi declaración de amor! ¡Vuestras palabras son una daga que se me clava en el corazón!

Sophie arqueó una ceja.

—¡Ah! ¿Así que tenéis corazón? Porque he oído lo contrario.

—¿Quién ha sido? Decidme dónde está el truhan y... y... —Haakon miró a su alrededor, agarró algo de la mesa y lo alzó en el aire—. ¡Y lo atravesaré!

Sophie se rio sin poder evitarlo.

—¿Con un pepinillo?

Haakon blandió el encurtido delante de ella.

—¡Decídmelo! ¿Quién afirma que no tengo corazón?

—Todas las jóvenes de la corte, alteza. Puesto que las habéis rondado a todas. Rondado, ganado y olvidado.

—¡Ah, dama sin corazón, me asestáis un golpe mortal!

Haakon retrocedió de espaldas con mucho teatro, cayó despatarrado al suelo y cerró los ojos.

Sophie hizo un gesto de hastío. Estaba harta. Aquello se había convertido en una farsa en toda regla, y el esfuerzo de mantenerla la agotaba. Se inclinó sobre él procurando no derramar el champán que todavía sostenía en la mano y, con voz forzada, dijo:

—Haakon, levantaos. Estáis montando una escena.

El príncipe abrió los ojos.

—Bailad conmigo o montaré una más grande.

—No.

Haakon dejó escalar un aullido largo y sostenido.

—¡La despreocupada crueldad de una bella doncella me ha herido de muerte! —exclamó.

—¡Parad de una vez! —le dijo ella entre dientes.

Él levantó una mano y respondió:

—Y solo su amabilidad logrará que me recupere.

Sophie se ablandó un poco. Se bebió el champán de un trago, dejó la copa y le ofreció una mano. «Un baile, y después me buscaré un lugar oscuro y tranquilo», pensó. Haakon tiró el pepinillo, aceptó su mano y se puso en pie de un salto. Hubo risas y aplausos. Entre miradas cómplices, acompañó a Sophie a la pista de baile.

Había empezado la volta. Los tambores, fuertes e insistentes, lanzaban su reto. Las parejas bailaban rápidamente en el sentido de las agujas del reloj, después al revés, y a continuación, con un estruendo de panderetas, las mujeres saltaron, los hombres las alzaron en el aire y les dieron vueltas. Se oyeron hurras y carcajadas. Las faldas volaron. Los peinados se deshicieron. La pista de baile era puro movimiento.

Haakon metió a Sophie justo en medio.

El tempo aceleró. Los bailarines de nuevo daban vueltas, cada vez más deprisa. Sophie se sentía un poco mareada; tal como esperaba, el champán se le había subido a la cabeza. Tenía que concentrarse para no pisarle los pies a Haakon. Y para no tropezarse sola.

Después, él la apretó contra su cuerpo, tan cerca que se le escapó

un jadeo. Giraron en círculos, Sophie saltó y, mientras lo hacía, Haakon la levantó. Fue como si volara. Las vueltas, el ruido de los pies, el tempo acelerado... la dejaron sin aliento. La cercanía de Haakon, su olor, el calor de su aliento en la mejilla... la mareaban. Las manos del príncipe eran como una cinta de fuego que le rodeaba la cintura.

Entonces, el baile terminó. La música paró, y los bailarines, ruborizados y alegres, aplaudieron con ganas y se separaron.

Haakon se inclinó hacia delante con las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento. Después miró a Sophie y dijo:

—Huid conmigo.

Su audacia ruborizó a la princesa, que intentó disimularlo.

—No seáis ridículo —respondió como si nada, como si todos los días de la semana recibiera peticiones similares de otros muchachos guapos.

—Jamás había hablado tan en serio. O huimos ahora mismo o vuestra próxima pareja de baile será Barse.

—¿Barse? —repitió Sophie, consternada. Barse era un joven taciturno, el hijo de un conde de provincias. Se metía los dedos en la nariz y les enseñaba groserías a los niños—. Barse no baila.

—Al parecer, sí que lo hace. No miréis ahora, pero...

Sophie estiró el cuello y vio que, efectivamente, el chico se dirigía a ella. Esbozaba una especie de mueca, lo más parecido a una sonrisa que era capaz de expresar.

—Oh, no —susurró ella, horrorizada.

—Os he dicho que no miraseis.

—¿Qué voy a hacer?

—Todavía estamos a tiempo de huir.

—¿Cómo?

Estaban rodeados de gente. El Gran Salón tenía dos puertas. Barse se abría paso entre la multitud y les bloqueaba el paso hacia una de las puertas. Y la enorme mesa de banquetes, dispuesta en forma de herradura, se interponía entre la otra puerta y ellos.

Haakon acercó la cabeza a Sophie.

—Yo te salvaré, si me dejas —le susurró al oído, pasando a tutearla —. Soy un príncipe. Es lo que hacemos.

Sophie se arriesgó a mirar atrás.

—Es demasiado tarde. El dragón se acerca.

—¿Confías en mí, Sophie? —le preguntó Haakon mientras le tomaba la mano.

Ella lo miró a los ojos.

—En absoluto.

Haakon la agarró con más fuerza.

Sonrió.

Y corrió.

SIETE

Sophie esperaba que Haakon la metiera en una gavota con sus amigos o que la condujera de vuelta a la enorme ponchera de plata, donde poder beber algo frío y aducir agotamiento cuando Barse se le acercase.

Lo que no esperaba era encontrarse caminando a gatas bajo la mesa de banquetes.

—¡Sígueme! —ordenó el príncipe mientras apartaba una silla.

Después se metió bajo el mantel de damasco. Como vio que Sophie vacilaba, tiró de ella.

—¿Estás loco? ¿Qué haces? —le soltó ella.

—Sacar a la princesa de la guarida del dragón. ¡Deprisa!

A continuación, empezó a caminar a cuatro patas. Ella lo siguió, aunque le costaba más porque llevaba vestido y enaguas, pero se las apañó amontonándolo todo detrás de ella.

Por suerte, pocos invitados seguían a la mesa. La mayoría estaban bailando. Cuando Haakon llegó al otro lado, levantó el mantel.

—Ahí está —dijo, y señaló un arco de piedra—. Nuestra vía de escape.

Salió corriendo de debajo de la mesa y arrastró a Sophie con él. Asustaron a una criada que llevaba una bandeja de pasteles. Haakon cogió dos y desapareció con la princesa por el arco, que los llevó hasta un largo pasillo. Tras acercar a Sophie a la pared, le ofreció uno de los pasteles.

—Pastel mágico —susurró—. Te vuelve invisible a los dragones.

—Estás loco —respondió ella, sonriente.

Haakon se metió el pastel en la boca.

—¡Qué bueno!

Levantó el segundo pastel, y Sophie se dio cuenta de que pretendía

metérselo en la boca a ella. Primero jugueteó un poco, acercándoselo hasta ponérselo cerca de los labios para después retirarlo y fingir que se lo comía él.

—Ah, ya entiendo cómo funciona esto, mi valiente rescatador —comentó la princesa, cortante—. Tú te comes el pastel, y el dragón me come a mí.

—Es una decisión difícil. Eres una persona muy agradable, Sophie, pero este pastel...

—¡Haakon!

Al final dejó que le diera un mordisco. Y otro. Y Sophie empezó a notar calor y que le faltaba el aliento. Entonces, Haakon cometió la torpeza de dejar que una gota del dulce y pegajoso glaseado cayera en la barbilla de Sophie.

—Lo siento —dijo el príncipe mientras se la limpiaba con el pulgar.

Después se lo lamió sin dejar de mirarla con aquellos ojos celestes suyos, y Sophie sintió que una llama le calentaba el pecho. El calor se le extendió por el cuerpo. Su mirada voló hacia el pastel, la pared, el suelo..., cualquier cosa antes que posarse en Haakon.

La cogió de la mano de nuevo.

—Vamos —le dijo—. Puede que el dragón siga al acecho.

Corrieron por un pasillo, después por otro y por fin llegaron a un balcón que daba a los jardines de la reina. Tallos de rosas cargados de rubicundas flores de color marfil trepaban por uno de los laterales.

Haakon apoyó las manos en la baranda y se inclinó sobre ella.

—Ya está. Hemos escapado. Barse no nos encontrará aquí. Está demasiado lejos de la ponchera.

Sophie se unió a él en la barandilla.

—Sois muy valiente, amable señor —dijo Sophie con sorna—. Gracias por salvarme.

Haakon sonrió, pero no se trataba de su amplia sonrisa descarada de siempre, sino de una pequeña y anhelante. Guardó silencio un buen rato mientras contemplaba el jardín. Después dijo muy deprisa:

—Podría hacerlo, ¿sabes? Lo haría. Quiero hacerlo.

—¿El qué? —preguntó ella, perdida.

—Salvarte. De Barse. De la reina. De lo que ha sucedido hoy. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. De ti.

Sophie ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con «de ti»?

Haakon apartó de nuevo la vista. Se enderezó, arrancó una

fragante rosa de la enredadera y retorció el tallo para convertirlo en un círculo. La flor no sobrevivió. Sus pétalos cayeron como confeti. El príncipe suspiró, la tiró por la barandilla y la observó caer.

«¿Por qué está tan raro de repente?», se preguntó Sophie.

Entonces se percató de que no estaba raro, sino nervioso. El presumido y seguro Haakon, el que siempre estaba riendo y bromeando, el que conseguía que todos se parasen a mirarlo, estaba nervioso.

—Haakon... —insistió—, ¿qué quieres decir?

En vez de responder, le cogió las manos y les dio la vuelta. Las finas medialunas que se había abierto con las uñas no sangraban desde hacía varias horas, pero seguían allí.

Haakon negó con la cabeza al verlas.

—Podrías dedicarte a la actuación —dijo—. Llevas toda la noche interpretando tu papel. Y todo el día. —Volvió a mirarla a los ojos—. Intentas ocultar tu tierno corazón, pero no puedes. No eres una gobernante, Sophie. No encaja en tu personalidad.

Sophie apartó las manos de golpe. La furia le asomó a los ojos.

—¿Qué estás diciendo? Tierraverde es mi hogar. Quiero gobernar mi reino. ¡Claro que quiero!

—¿De verdad? ¿Eres capaz de hacer lo necesario? ¿Eres capaz de hacer lo que hace Adelaide? ¿Dirigir ejércitos? ¿Atrapar espías? ¿Condenar a traidores?

—¿Matar perros? ¿Azotar a niños? —añadió ella con amargura.

Todavía notaba las burbujas del champán, y eso la envalentonaba.

Haakon vaciló. En vez de la habitual chispa traviesa que le iluminaba los ojos, en aquel momento se le veían oscuros y tranquilos, como las aguas de un lago en invierno.

—El niño... —empezó a decir.

—Tom.

—Antes del baile he visitado la casita de su familia. Les he llevado medicinas. Láudano para el dolor. Un ungüento para las heridas. Lino limpio para hacer vendas.

—¿Sí? —preguntó ella, sorprendida. No se lo esperaba de él.

—Está noche está sufriendo. El mero hecho de respirar le supone un dolor atroz. Delira. Ni siquiera reconoce a su madre.

Las palabras de Haakon hirieron a Sophie en lo más profundo. No soportaba la idea de que el pequeño Tom estuviera tan mal.

—Para. Por favor, Haakon, no sigas —le suplicó.

—No volverá a cometer un error. Jamás volverá a gritarle a la

reina ni a contradecir sus deseos. Simplemente seguirá sus órdenes deprisa y sin protestar. Como debe ser. Y lo mismo ocurrirá con los nobles, generales y el lord comandante de Adelaide. Como debe ser.

Sophie se rio con tristeza.

—Tom no volverá a hacer lo correcto. No volverá a intentar salvar una vida inocente.

Haakon arrancó otra rosa. Retorció el tallo.

—Tú gobernarías de otro modo. Con amabilidad, con piedad...

—Sí.

—Un reino así no es más que un sueño, Sophie. Una bonita historia que contarles a los niños. Tan probable como que aparezca un hada madrina o que siete enanitos salgan del bosque.

El príncipe dejó de juguetear con el tallo de la rosa. Lo había retorcido de nuevo para formar un círculo. Después tomó la mano izquierda de Sophie y le colocó el anillo en el dedo anular, junto a su anillo de unicornio.

—Cásate conmigo, Sophie. Deja que sea tu rey.

Sophie lo miró con rabia. Había ido demasiado lejos. Era casi cruel.

—Hay cosas con las que no se bromea, Haakon —repuso bruscamente mientras empezaba a quitarse el anillo, pero Haakon la detuvo, se llevó su mano a los labios y la besó.

—Nunca he hablado más en serio —dijo—. Yo me encargaré del trabajo sucio y difícil. Te mantendré a salvo. Mantendré a nuestro pueblo a salvo. Tú puedes dedicarte a las cosas amables, a las cosas buenas. Como dar limosna a los pobres, visitar orfanatos y criar a nuestros preciosos hijos. Gobernar es un asunto brutal, y tú no estás hecha para eso.

El corazón de Sophie revoloteaba como las alas de un pájaro. Sabía que detrás de los matrimonios de la realeza no había amor, sino política. Aun así, amaba a Haakon. Igual que se aman los caballos salvajes y las tormentas, la medianoche y las montañas, y todo lo que es bello, obstinado y peligroso. Y en lo más profundo de su tierno y bobo corazón esperaba que él sintiera lo mismo.

Alzó la vista para mirarlo a los ojos.

—¿Me... me amas?

Haakon respondió con un beso. Le tomó el rostro entre las manos y acercó sus espléndidos labios a los de ella. Tenían un sabor agridulce, a chocolate y champán. El príncipe olía a cosas caras: a cuero y a seda, a ámbar gris y ambición.

El corazón de Sophie palpitaba ahora con fuerza contra las costillas. Se le olvidó respirar. Pensar. Ser. Solo existía Haakon, su piel, su calor. Solo existía aquel joven glorioso y reluciente y, como hielo al sol, se fundió con él.

Al cabo de un largo momento, el príncipe dejó de besarla y apoyó la frente en la de Sophie.

Ruborizada y sin aliento, Sophie balbuceó:

—Mi madrastra siempre dice que el amor no es más que una fábula. Dice que debo meter mi corazón en una caja y guardarlo en un estante bien alto. Dice...

Haakon la besó de nuevo. Despacio. Intensamente.

—Niña tonta, te quiero desde la primera vez que te vi. Mete tu corazón en una caja y dámelo. Yo lo mantendré a salvo. Siempre. Dime que te casarás conmigo, Sophie.

Los pensamientos de la joven eran un torbellino. «¿Qué hago?», se preguntó, frenética. No había motivos para decir que no. Su madrastra estaría encantada; aprobaba incondicionalmente a Haakon. Y lo más importante: Haakon la amaba. Se lo había dicho. Y ella lo amaba a él. Debía de ser así, puesto que lo único que deseaba era volver a besar aquella boca tan perfecta. Y él tenía razón en lo que había dicho sobre ella. Su madrastra tenía razón. Todos los cortesanos, nobles y clérigos que se burlaban de ella diciendo que era demasiado débil para ser una buena reina, que seguía los dictados del corazón y no los de la mente... Todos tenían razón. Mejor permitir que Haakon se encargara de gobernar en su lugar. Mejor entregarle a él su corazón, a un hombre fuerte y capaz que le había prometido protegerlo con cuidado. Él se aseguraría de que jamás volviera a sentir un dolor tan horrible (por Tom, por la pequeña sabuesa, por el lobo).

—Sophie, esto es una tortura —dijo el príncipe—. Estar tan cerca de ti y no saber si eres mía. Dime que no, si debes hacerlo, pero...

—Sí —lo interrumpió ella—. Sí, Haakon, me casaré contigo.

Haakon sonrió. Buscó de nuevo los labios de Sophie. El beso fue tan dulce como una cucharadita de miel.

—Mañana —susurró el joven—. Mañana se lo contaremos a la reina.

La princesa asintió. Todavía le daba vueltas la cabeza del champán, de los besos, de la cálida y maravillosa sensación que le producía el abrazo de Haakon.

Se quedaron un buen rato en el balcón, hasta que oyeron que el reloj daba las diez y Haakon dijo que lo mejor era regresar a la fiesta

antes de que la reina enviara a sus guardias a buscarlos.

Sophie bailó toda la noche con ojos chispeantes y pasos animados, con el corazón ligero y alegre por el secreto que guardaba dentro.

Mucho después, cuando la fiesta ya había terminado, las doncellas ya la habían desvestido, le habían cepillado el pelo y le habían puesto un camisón de lino, Sophie se dio cuenta de un detalle.

Haakon no le había preguntado ni una sola vez si ella también lo amaba.

OCHO

Fue justo después de medianoche, en esas horas de madrugada que pesan en el alma.

El titilante baile ya había terminado. El palacio estaba en silencio y a oscuras. Todos los asistentes dormían.

Salvo la reina.

Ella se encontraba frente a su espejo, en su alcoba, envuelta en una túnica forrada de pieles, con la melena dorada suelta; sola.

Mientras contemplaba la superficie del espejo, la plata pareció temblar, fundirse y adoptar nueva forma para enseñarle no solo su reflejo, sino imágenes de otras personas.

Vio a sus damas de compañía: Beatrice, Elizabetta y Anna. Salían de sus aposentos y recorrían los pasillos a toda prisa. Una llevaba un vestido roto a la costurera; otra, un collar roto al orfebre. La tercera se dirigía a los jardines con una cesta colgada del brazo para cortar rosas con las que adornar las habitaciones de la reina.

Adelaide sabía que las tres llevaban consigo algo más. Sabía que había una nota doblada en el bolsillo del vestido, otra en el joyero y otra en la cesta de mimbre. Cada palabra de lo sucedido durante su reunión con la princesa se vendería a un embajador extranjero a cambio de un anillo bonito o un pedazo de elegante encaje. La corona pasaría a manos de Sophia al día siguiente, pero no así los asuntos de Estado. Adelaide seguiría cargando con aquellas responsabilidades, puesto que, si la princesa no era capaz ni de sacrificar a un perro, menos aún de ajusticiar a un traidor.

—Fui de caza esta mañana —le dijo al espejo—. Y capturé a un

lobo. De los que caminan sobre dos patas...

La superficie tembló de nuevo para mostrarle a una mujer elegante y bien vestida que montaba una yegua blanca.

—La duquesa de Niederheim, sí —dijo la reina—. Es más resbaladiza que una comadreja y el doble de nauseabunda. Cambia de alianzas más que de ropa interior. ¿Ves ese nuevo broche de rubíes que luce? Una piedra de ese calibre cuesta una fortuna, y el duque se gastó su dinero en apuestas hace mucho tiempo. Entonces, ¿cómo lo pagó? —Su mirada, fija en el cristal azogado, se endureció—. Espiando, por supuesto... Pero ¿para quién?

La imagen cambió de nuevo, esta vez para enseñarle a un hombre cargado de joyas y vestido con una túnica suelta de color blanco. Después apareció otro hombre sentado en un trono de jade tallado y un tercero caminando por las murallas de una fortaleza. A la reina le brillaban los ojos con una intensidad casi maníaca.

—Afirman que han acudido al baile para honrar a la princesa, para honrarme a mí. Pero sé la verdad: han venido a enterrarme. El astuto sultán de Asir, que paga a los piratas para que saqueen mis barcos. El emperador de Catay, cuyos asesinos se mueven como sombras por Konigsburgo. Y el rey de Tierradentro, que envenena mis ríos y mete ratas en mis almacenes.

La reina se acercó más al espejo y colocó la palma de la mano en el cristal. Su aliento empañó la plata cuando susurró:

—Espejito, espejito, que estás en la pared...

Antes de poder completar la frase, lo oyó: el susurro sedoso de las alas de un pájaro.

Y, entonces, un hombre apareció en el espejo.

Tenía los ojos negros como los de un cuervo y el aliento tan frío como una tumba.

Estaba justo detrás de ella.

NUEVE

La reina respiró hondo. Con las manos apretadas, se obligó a mirarlo a los ojos.

Acudía a ella cada noche, lo invocara o no. Nada lo detenía. Daba

igual lo grandes que fueran sus ejércitos, daba igual cuántos barcos de guerra dirigiera y cuántas fortalezas levantara, no lograba mantenerlo a raya.

Era alto y flaco. Su piel era tan pálida que se le veían las finas venas azules de las sienes. Una corona de obsidiana tallada con gemas rojo sangre le adornaba la cabeza. Un abrigo del color de las sombras, abotonado hasta el cuello, le colgaba de los estrechos hombros.

El hombre inclinó la cabeza. La reina le devolvió el saludo, puesto que él también era un rey y descendía de un antiguo linaje.

—Tus enemigos se burlan de ti, Adelaide —dijo el hombre a través de su reflejo—. Aquí, bajo tu propio techo, el sultán, el emperador y el rey dicen que eres una mujer presumida y superficial enamorada de su propio reflejo y celosa de cualquier otra hembra bella.

La reina esbozó una sonrisa amarga.

—Como no les doy ninguna razón real para subestimarme, deben inventarse una. Nada asusta más a un hombre débil que una mujer fuerte.

El recién llegado le apoyó una mano en el hombro. Las puntas de aquellos dedos blancos acababan en unas uñas negras y retorcidas, como las de un pájaro. Se acercó más y le susurró al oído:

—Dicen que posees un espejo y que todas las noches le planteas la misma pregunta: «Espejito, espejito, que estás en la pared, la más bella de esta tierra, dime quién es».

—Como son medio bobos, aciertan a medias —respondió la reina —. En fin, peores cosas se han dicho de mí. Mucho peores. No obstante, esta es peligrosa. Si difamas a un rey, el difamador pierde la cabeza. Si difamas a una reina, la reina pierde la cabeza.

La ira endurecía sus palabras, pero, debajo, se escondía la preocupación. El hombre la percibió y sonrió.

—Todos ellos traman contra Tierraverde. Lo sé —dijo la reina—. El rey de Tierradentro...

—No es tu mayor amenaza —la interrumpió él—. Ni tampoco el sultán ni el emperador. Hay una mayor que todos ellos.

—¿Quién? —preguntó la reina con los ojos muy abiertos.

El hombre la agarró con más fuerza. Las uñas atravesaron la suave tela de la túnica y se le clavaron en la carne.

—Espejito, espejito, que estás en la pared... —empezó a decir él mientras clavaba su mirada oscura en ella a través del espejo.

—... la persona que me destruirá dime quién es —terminó la reina.

Una imagen empezó a arremolinarse en la plata. Al cabo de un

momento, tomó forma y adquirió nitidez.

La reina entreabrió los labios, aunque no era capaz de hablar. Perdió el color de las mejillas.

—No —consiguió decir al fin con voz temblorosa—. No, no puede ser.

El rostro que le devolvía la mirada estaba demacrado y abatido. Manchado de lágrimas. Asustado.

El rostro del espejo era el de Sophie.

DIEZ

La reina le dio la espalda al espejo y al hombre. Recorrió la habitación y se agarró al respaldo de una silla para tranquilizarse.

Pasados unos minutos, habló.

—Te equivocas —afirmó—. De hecho —añadió con una sonrisa despectiva—, estás loco. La princesa no es más que una niña tonta y blanda. No tiene ejércitos ni barcos de guerra. Ni siquiera es capaz de reunir el valor suficiente para matar a un perro inútil, así que amenazar a una reina ni se le pasaría por la cabeza.

—No estoy loco ni equivocado. Lo he visto.

La sonrisa de la reina vaciló y desapareció. Se aproximó al hombre.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

El hombre sostenía una caja de cristal vacía. El cierre y las bisagras eran de oro. La dejó sobre una mesa.

—Tráeme su corazón.

Un torbellino de emociones recorrió la cara de la reina: incredulidad, conmoción, horror. Dio un paso atrás, tambaleante, con la mirada fija en la caja de cristal, y negó con la cabeza.

—Llevo muchos años aconsejándote —dijo el hombre—. Desde que te encontré encogida ante este mismo espejo en el palacio de tu padre. Todavía oigo el eco de las pisadas de los soldados en los pasillos. Veo la luz de las antorchas reflejada en sus espadas. ¿Lo has olvidado?

La reina alzó la vista para mirarlo. Asomarse a sus ojos era como asomarse a un abismo. Sus oscuras profundidades se alzaron para recibirla y después bailaron a su alrededor llevándola cada vez más cerca del borde.

—No puedo hacer lo que me pides —susurró.

El hombre chascó la lengua.

—Mandas a miles de hombres a morir en la guerra. Observas sin inmutarte cómo torturan a los espías en el potro. Sonríes mientras cae el hacha sobre el cuello de los traidores. Y ¿no puedes librarte de una simple muchacha?

—Es inocente.

—Es una amenaza —insistió el hombre—. Es tonta y débil. ¿Acaso no lo has dicho tú misma? Tiene la misma capacidad para gobernar Tierraverde que un niño. Lo sabes, y tus enemigos también lo saben. ¿No los has visto en el espejo? Ya están rondando, tramando tu fin.

La reina cerró los ojos. El hombre se le acercó. Se le acercó tanto que podía olerlo: a medianoche, hierro y ceniza.

—¿Alguna vez te ha fallado el espejo? ¿Alguna vez te he fallado yo?

La reina no respondió.

—Tienes que tomar una decisión —dijo él, y desapareció.

La reina se tapó la cara con las manos.

—No puedo hacerlo. No puedo —repitió, angustiada.

Al cabo de un momento, bajó las manos de nuevo y vio su reflejo en el espejo. Salvo que no vio a una mujer adulta, sino a una niña. Estaba de rodillas. Lloraba. Tenía el vestido cubierto de sangre.

Oía una y otra vez las palabras del hombre pálido: «¿Alguna vez te ha fallado el espejo? ¿Alguna vez te he fallado yo?».

—Nunca —susurró.

El hombre ya está lejos, pero oye la respuesta de la reina; sabe cómo funciona su corazón. Sonríe. Ella cree que lo invoca, cree que lo controla, pero es una guerra, y ella no puede derrotarlo. No sabe cómo.

Ay, el hombre pálido la dirige, como ha hecho durante toda su vida. Cuando era niña, cuando era joven y ahora que es mujer. Incluso cuando no está con ella, está. Le susurra al oído, le recorre la nuca con una de sus uñas, le provoca escalofríos que le recorren el cuerpo.

El cielo empieza a clarear. Las estrellas se desvanecen.

La reina ha decidido.

Coge la caja de cristal.

Y llama a su cazador.

ONCE

El Bosque Oscuro

Cuando despuntaba el alba en el bosque, siete hermanos apenas más altos que un barril para agua de lluvia caminaban en fila de a uno por un estrecho sendero. Vestían ropas y gorros de trabajo, y llevaban picos al hombro.

Una araña de color castaño por arriba y color crema por abajo, y unos treinta centímetros más alta que los hombres, iba en la retaguardia. Llevaba el asa de una cesta de mimbre colgada de una de sus muchas patas.

Mientras caminaba, disparó una madeja de seda al aire y atrapó a una bonita polilla blanca que regresaba a casa, cansada y despistada, después de pasarse la noche persiguiendo rayos de luna. Tiró de su hilo y se tragó a la criatura entera. Las alas de la polilla, que todavía se movían, le hicieron cosquillas en la garganta al bajar.

—Tengo hambre —dijo el más joven de los hermanos, que iba el primero de la fila—. ¿Qué habrá preparado Weber para comer?

—Acabamos de desayunar y ¿ya estás pensando en la comida? —preguntó el que iba detrás.

El más joven se detuvo y volvió la vista atrás, irritado.

—¿Y si solo tenemos sauerbraten y pumpernickel, pero no bratwurst?

—Schatzi, sigue andando, ¿vale? —respondió el hombre que iba detrás mientras le daba un empujón.

—¡No me empujes, Julius! —exclamó Schatzi, y le devolvió el empujón.

—¡Parad los dos! —los regañó otro de los hermanos—. Weber ha traído bratwurst. Lo he visto. También ha preparado...

Un grito débil y agudo desgarró la tranquilidad del bosque y los detuvo en seco. El hombre que había regañado a sus hermanos agarró con más fuerza el mango de su pico y dejó de apoyarse el puntiagudo extremo metálico en el hombro.

—¿Habéis oído eso?

—Qué estupidez de pregunta, Jakob.

—Claro que lo hemos oído.

—¿Cómo no íbamos a oírlo?

Contestaron con tono de burla, pero cualquiera que los escuchara

se daría cuenta de que estaban inquietos.

Jakob habló de nuevo.

—Es él —dijo en tono lúgubre—. Se lleva a otra persona.

—Hm, no. No lo creo —repuso Schatzi fingiendo despreocupación —. Creo que ha sido un pájaro. O una ardilla.

—¿Una ardilla? Las ardillas no gritan, idiota —dijo Julius.

—A no ser que les toques las nueces.

—¿Te parece gracioso, Jeremias? Porque no lo es —contestó Schatzi, irritado—. ¿Cómo puedes hacer chistes estúpidos después de lo que le pasó a...?

—No le hagas caso, Schatzi —lo interrumpió Joosts, otro hermano —. Es un mecanismo de defensa. Jeremias usa el humor para enmascarar emociones difíciles.

—Venga, por favor... —dijo Julius.

Joosts le lanzó una mirada asesina.

—A lo mejor no es capaz de enfrentarse a su dolor. ¿Te lo has planteado alguna vez?

—Puede que sea un capullo.

—¿Queréis callaros de una vez? —dijo Jakob entre dientes.

Todos guardaron silencio y escucharon, tensos, a la espera.

—¿Veis? No ha sido nada. ¡Os lo dije! —exclamó Schatzi mientras daba una palmada como para ahuyentar su miedo—. ¿Podemos irnos ya?

Otro grito hendió la mañana. Jakob echó a correr.

—¿Adónde vas? —le gritó Schatzi.

—¡Tenemos que detenerlo! —respondió Jakob.

—No podemos... ¡Lo hemos intentado!

—¡Pues lo intentaremos otra vez!

Schatzi cerró los ojos y apretó los puños.

—No voy a hacerlo. Sea quien sea, ya está muerto, y duele demasiado verlo. Como ocurrió con Jasper. No puedo ir. No iré.

Se sobresaltó al oír un ruido en los árboles. Abrió los ojos. Todos los demás habían seguido a Jakob. Estaba solo, salvo por un cuervo sentado en una rama por encima de él. El cuervo dejó escapar un graznido. Un segundo pájaro se le unió, después un tercero. Ladearon la cabeza y lo observaron con sus ojillos negros relucientes como si Schatzi fuera un insecto jugoso.

El hombre se estremeció. Se estaban reuniendo, lo que significaba que su amo no andaba lejos.

—¡Esperadme! —gritó.

Y salió corriendo para alcanzar a sus hermanos.

DOCE

Jakob salió de entre la maleza con el pico levantado, listo para descargarlo. Sin embargo, tropezó y se le cayó cuando vio a la pobre criatura. Estaba tumbada boca arriba en un charco de sangre, a orillas de un estanque. No se le movía el pecho; sus ojos abiertos miraban al cielo.

Dos de sus hermanos, Josef y Johann, pasaron corriendo junto a él y se arrodillaron junto a la joven. Los demás los rodearon.

—Es demasiado tarde —dijo Schatzi, consternado—. La hemos perdido.

—No, todavía está caliente —repuso Johann, que le había acercado el dorso de la mano a la mejilla—. Tenemos una oportunidad...

—¿Una oportunidad? —repuso Schatzi—. Por si no lo has notado, ¡le falta el corazón!

—¿Dónde está Weber?

La araña dejó la cesta y correteó hasta la muchacha.

—¿Qué puede hacer él? Ya se habrá ido —dijo Schatzi, que no dejaba de estrujarse las manos—. Seguro.

—No se ha ido. Está ahí mismo. ¿Es que no lo ves?

La araña se abrió paso entre los hombres y se agachó junto a la cabeza de la joven. Se tensó, con los ocho ojos concentrados en ella, mientras algo tan suave como el alba y tan bello como el sol salía de entre los labios de la desconocida. Primero quedó flotando junto a ella, brillante como una perla, y después ascendió.

La araña empezó a tejer lo más deprisa que podía.

—Deprisa, Weber —lo urgió Johann—. Estamos a punto de tener compañía.

Señaló el cielo. Estaba oscureciendo, pero no eran nubes, sino cuervos. Los pájaros, miles de ellos, se reunían procedentes de todas partes y giraban juntos en el aire como un solo animal. Como si una mano invisible cubriera el Bosque Oscuro con una cortina de noche.

—Es él. Se acerca —dijo Schatzi, presa del pánico.

—¿Por qué? —preguntó Josef—. Tiene toda la pinta de que ya ha

conseguido el corazón de la chica.

—¿Quién sabe? Hay que salir de aquí.

—No queda tiempo. Nos verá.

—Pues habrá que esconderse. Vamos, Weber, ¿no puedes ir más deprisa?

La araña había tejido su seda pegajosa hasta formar una fuerte telaraña. Se levantó y, como un pescador que lanza una red, la lanzó al aire y atrapó el objeto reluciente. Tiró de él a toda prisa, recogió los bordes de la telaraña y los ató, de modo que el objeto quedó encerrado dentro.

—¡Bien hecho! —susurró Johann—. ¡Dispersaos! ¡Deprisa!

Julius agarró la cesta de Weber y se escondió detrás de una roca. Jeremias se unió a él. Los demás treparon a los árboles o se ocultaron detrás de la maleza.

La araña encontró un tronco podrido y se metió bajo él a toda prisa. Allí se quedó, con el vientre pálido contra la tierra margosa, parpadeando y protegiendo su carga con las patas.

Weber procuró quedarse más callado que una tumba. Sabía que no debían descubrirlo, puesto que guardaba algo muy preciado. Algo radiante. Algo que aleteaba dentro de sus hilos de seda, igual que la desdichada y preciosa polilla.

Guardaba el alma de una joven.

TRECE

Una mujer con un vestido negro andrajoso miró a la chica muerta y esbozó una mueca.

—A veces destruyo, Hermano —dijo, inquieta, mientras se tiraba de un mechón de su melena apelmazada y salvaje.

—Tú no has matado a la muchacha, Hermana. Fue un cazador —respondió el hombre que tenía al lado—. Tenía un cuchillo afilado.

La mujer asintió, aunque no estaba muy convencida. Volvió a tirarse del mechón con más fuerza, y el pelo se desprendió del cuero cabelludo con un desagradable desgarrón. Miró las raíces ensangrentadas y arrojó el mechón al suelo.

—A veces enseño. A veces dejo regalos —dijo.

—A veces —la tranquilizó el hombre.

La mujer se arrodilló y tocó la sangre de la chaqueta de la chica. Al contacto de sus dedos, la sangre se transformó en rubíes.

—¿Dónde está el corazón? —preguntó tras asomarse a la herida abierta del pecho.

—En una caja de cristal. Esperándome.

La mujer acercó el rostro al del hombre.

—¿Cuántos corazones necesitas, Hermano?

—Todos. Todos y cada uno de ellos.

—Entonces no podemos entretenernos. El palacio está a varios kilómetros del Bosque Oscuro.

El hombre le ofreció un brazo. La mujer se levantó y lo aceptó.

Su aspecto era similar, ambos altos y pálidos, y de cabello negro azabache. Pero sus ojos eran distintos. Los de él estaban llenos de oscuridad. Los de ella estaban ribeteados de rojo, inyectados de sangre y rebosantes de locura.

Apenas habían caminado diez pasos cuando el hombre se detuvo. Miró a su alrededor, súbitamente alerta, como un lobo que capta un rastro en el viento.

—¿Qué es?

—Es casi como si ella siguiera aquí. Su espíritu, me refiero. Como si no se hubiera ido del todo. La percibo, ¿tú no?

Soltó el brazo de la mujer y se movió formando un círculo lento y vacilante. Aguzó la vista; con ella penetró en la penumbra, examinó las rocas y los árboles, y, a orillas del estanque, se fijó en un tronco podrido. Empezó a caminar hacia él.

La mujer lo observaba.

—Vaya, Hermano —dijo, y una sonrisa se le dibujó en los pálidos labios—, de no conocerte mejor, diría que tienes miedo.

El hombre se detuvo. Se volvió hacia ella y se rio como si le acabara de contar el mejor chiste de la historia. La mujer se unió a él con unas carcajadas que no eran frías como las de su hermano, sino frenéticas y chirriantes. Se marcharon en dirección al palacio, y el sonido de su voz recorrió el Bosque Oscuro. Por encima de ellos, los cuervos alzaron el vuelo de las ramas en las que se habían posado y se alejaron entre fuertes graznidos.

Un zorro que estaba por allí cerca, en una zarza negra, enseñó los dientes al oír aquel horroroso sonido y metió a sus crías en el cubil. Una coneja se escondió en su madriguera. Una rana toro se estremeció y se ocultó bajo un nenúfar.

Y, no muy lejos, siete hombrecillos y una gran araña dejaron escapar un suspiro de alivio.

CATORCE

—¡Weber! —susurró Johann—. ¡Chist..., Weber! ¿Se han ido?

La voz procedía de lo más alto de un árbol.

La araña asomó la cabeza desde su escondite en el tronco. Una pata siguió a la otra hasta que las sacó todas. Tras salir también el cuerpo, observó la penumbra y asintió.

Johann bajó de un salto. Sus hermanos se le unieron después de abandonar a toda prisa sus escondrijos.

Josef contempló el sendero por el que se habían ido el hombre y la mujer.

—Él no mato a la chica —dijo.

—Nunca es él. El muy cabrón siempre consigue que otra persona le haga el trabajo sucio —escupió Jeremias.

Schatzi, que estaba blanco como la cal, preguntó:

—Johann, ¿puedes salvarla?

—Voy a intentarlo —contestó su hermano mientras se agachaba junto a ella.

—No queda mucho tiempo —dijo Schatzi, preocupado, mientras señalaba el saco de tela de araña. El alma que estaba dentro tiraba de la seda para intentar salir.

—Lo sé, Schatz, lo sé. Pero, mientras esté en nuestras manos —añadió señalando con la cabeza el saco—, la muchacha todavía tiene una oportunidad.

Julius negó con la cabeza.

—¿Por qué nos hemos involucrado en esto? —preguntó.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Dejarla ahí tirada para que se muera? —le soltó Johann.

Julius hizo una mueca y apartó la vista.

—Esto nos va a traer problemas. Recordad mis palabras —masculló.

Pero Johann apenas lo oyó. Recogió el cuerpo del suelo y corrió por el bosque en dirección a la Hondonada, el hogar de los hermanos.

Johann era fuerte y valiente, pero el corazón le latía desbocado mientras cargaba con el peso de la joven humana. Los pulmones trabajaban al límite de su capacidad. Le temblaban las piernas. Un par de veces temió no ser capaz de lograrlo, pero siguió corriendo y, mientras lo hacía, una brisa agitó las ramas por encima de él. Las hojas crujían con revuelo.

Años más tarde, al contar la historia junto al fuego en una noche de invierno, diría que los mismos árboles lo urgían a seguir. Que le susurraban con una voz infantil, verde, recia y llena de esperanza.

«El Rey de los Cuervos ha robado otro corazón —decían—. Deprisa, Johann. No permitas que gane. No permitas que esta muchacha muera».

QUINCE

Sophie soñó que se ahogaba en un mar de dolor. Sus feroces aguas rojas se le arremolinaban sobre la piel, le quemaban la sangre, le abrasaban los huesos.

—Por favor..., que pare —suplicó—. Déjame ir. Déjame morir.

Una araña la atrapó en su tela y tiró de ella para llevarla con cuidado hasta la orilla.

Cayó en la arena, sin fuerzas, con la cabeza de lado. A través de la bruma roja vio que estaba tumbada en una mesa de madera. Había herramientas por todas partes: tornillos de banco, alicates, tijeras cortachapa, martillos... Vio engranajes, ruedas, agujas, percutores y muelles. Oyó un tictac muy potente. Y también palabrotas y órdenes susurradas.

«Esto es una locura».

«¿Se te ocurre algo mejor?».

«¡La estamos perdiendo!».

Un hombre pálido y demacrado, con ojos de ave rapaz, la miraba. Una mujer se le unió y sonrió; tenía los dientes podridos.

Entonces, Sophie notó que le tocaban la cabeza, que alguien le agarraba la apretada mandíbula y se la abría a la fuerza. Notó un sabor amargo. Se le nubló la vista y cerró los ojos.

Durmió. Y soñó de nuevo.

Con un cielo negro como ala de cuervo.

DIECISÉIS

Mientras la princesa luchaba por aferrarse a la pálida chispa de vida que todavía le quedaba dentro, la reina estaba sentada en el trono, aferrada a los brazos del asiento, y clavaba las uñas en él con tanta fuerza que se le habían roto todas.

Me esperaba a mí, su cazador.

No le cabía duda de que llevaría a cabo mi tarea. Sabía que, lo mismo que ella, veía el mundo tal como era, no como debería ser.

Yo había visto al cervatillo recién nacido levantarse sobre patas temblorosas y al lobo desgarrarle la garganta antes de que pudiera dar sus primeros pasos.

Había visto al polluelo caer del nido y al zorro cazarlo.

Había visto al búho llevarse volando al aterrado conejito.

Me consideraba un realista. Me decía que así habían sido siempre las cosas y que así serían siempre. Y lo creía. Pero esa creencia no me ayudaba. Nada podía ayudarme, al menos entonces.

Toda la corte estaba reunida en el Gran Salón para la coronación de la princesa, pero la hora llegó y pasó, y la princesa no aparecía. Mandaron llamar a sus damas de compañía. Contaron que había salido a cazar muy temprano y que no había regresado. Ni yo tampoco.

El lord comandante ordenó enviar una partida de búsqueda al Bosque Oscuro, pero, mientras las palabras abandonaban sus labios, los allí reunidos dejaron escapar un grito ahogado.

Aparecí en el umbral del Gran Salón con la respiración agitada y la mirada perdida. Sostenía junto al pecho una caja de cristal manchada de sangre.

¿Sabía entonces la reina lo que había hecho? ¿Se imaginaba a salvo?

Con pasos tambaleantes, me acerqué al trono. Los cortesanos se apartaban para dejarme pasar, y algunos dejaron escapar gritos de horror, puesto que tenía la ropa empapada de sangre. Los guardias, con las manos en la empuñadura de la espada, avanzaron hacia mí, pero la reina levantó una temblorosa mano y los detuvo.

Cuando me encontraba a pocos metros del trono, me hinqué de rodillas.

—¡La princesa está muerta! —grité.

Se oyeron gritos. Los cortesanos, lívidos, buscaron sillas en las que dejarse caer. Algunos se desmayaron. El joven príncipe Haakon estaba inmóvil, conmocionado.

El lord comandante llegó hasta mí en un segundo, desenvainó la espada y me apuntó con ella al pecho.

—¡Pagarás por esto, villano! —exclamó.

Lo hice. Conté mi historia para la corte. La reina se la sabía de memoria, palabra por palabra, puesto que ella misma me la había contado la noche anterior tras llamarme a sus aposentos.

—Nos atacó una manada de lobos —dije—. Luché con todas mis fuerzas, pero había demasiados. Uno mató a la princesa, y la manada... destrozó su cuerpo...

Se me quebró la voz con la última palabra. Hundido, miré a la reina a los ojos. Le ofrecí la caja de cristal.

La reina la miró y contempló el objeto de su interior. ¿Estaría recordando lo mucho que yo había llorado al entregarme la caja? ¿Que yo le había suplicado que no me diera la orden? Me había dicho que ni yo ni ella teníamos elección.

—Maté algunas de las bestias y conseguí espantar a otras tantas —mentí—. Y logré recuperar el corazón de la princesa.

Despacio, con cuidado, con la punta de la espada del lord comandante todavía rondándome el pecho, dejé la caja de cristal en el suelo.

—Lo siento —susurré.

Se lo decía a la princesa y a la reina; me lo decía a mí. Y entonces, antes de que nadie supiera lo que pasaba, agarré la espada con ambas manos y me la clavé en el corazón.

El lord comandante gritó. Maldijo. Sacó la espada, pero era demasiado tarde. Caí de bruces en el suelo de mármol. Se formó un charco de sangre a mi alrededor.

Las damas de la reina corrieron hacia ella. Estaba tan blanca como una calavera. Aunque lady Beatrice intentó sacarla del Gran Salón, la reina la apartó, se levantó del trono, bajó los escalones de su plataforma y recorrió la sala hasta llegar a mí. Se agachó, recogió la caja de cristal y se fue a sus aposentos.

Echó a sus damas, a sus doncellas y a los guardias, y cerró de un portazo. El eco del ruido recorrió todo el palacio.

Siniestro. Definitivo. Eterno.

Como si se cerrasen las puertas de una cripta.

DIECISIETE

«¡Qué sueños he tenido! —pensó Sophie mientras bostezaba en su cama—. De arañas enormes y hombres pequeños. De cuervos, estanques y... rostros».

Dos de ellos. Pálidos y extraños, enmarcados en pelo negro. Al recordarlo, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se subió la sábana hasta el cuello. «¿Quiénes son?», se preguntó. Sin embargo, se exasperó al comprobar que, cuanto más intentaba recordar sus caras, más borrosas se volvían. Así que se rindió y se desperezó, pero un dolor agudo le atravesó el pecho.

—Ay. ¡Ay! —exclamó dando un respingo—. Será un tirón. De tanto montar a caballo y bailar. Y besar.

Sophie sonrió al recordar los labios de Haakon en los suyos, su caricia. «Hoy es mi cumpleaños», pensó, y la emoción le burbujeó dentro como el champán que había bebido la noche anterior. Habría un desayuno rápido en su alcoba, después la ceremonia de coronación y, a continuación, banquete y música. Cuando por fin se marcharan los asistentes, Haakon y ella irían a ver a la reina para contarle que deseaban casarse. «Por una vez, mi madrastra estará contenta conmigo», pensó Sophie. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Aunque seguía tumbada, el dolor no desaparecía. En vez de mitigarse, empeoraba. Sophie decidió que necesitaba un baño caliente para calmar los fatigados músculos. Llamaría a sus damas de compañía para que se lo prepararan. Había llegado el momento de levantarse. Tenía que comer y vestirse. Había mucho que hacer.

Despacio, medio dormida, entreabrió los ojos esperando ver el techo alto y pintado de su dormitorio, con sus flores y sus querubines. Pero lo que vio fueron tablas de pino. Terminó de abrir los ojos de golpe: aquel no era su dormitorio.

El pánico se apoderó de ella. Se sentó al instante. Un relámpago de dolor blanco y cegador le recorrió el torso. Retorció las sábanas entre las manos. No podía respirar ni hablar. No podía moverse.

Poco a poco, el dolor remitió. Volvió a entrarle aire en los pulmones. Se le aclaró la vista. Cuando miró a su alrededor, sudorosa y temblorosa, vio que la habitación en la que se encontraba era diminuta, con cortinas de encaje, un espejo de pie y una colorida alfombra de retales. Echó la cabeza atrás y vio también un alto cabecero de madera tallada, con detalles en forma de hojas de roble y bellotas.

«¿Dónde estoy?», se preguntó.

Las mismas imágenes le pasaron de nuevo por la cabeza: la hoja plateada de un cuchillo, pájaros alzando el vuelo, lágrimas en las mejillas del cazador.

Se llevó la parte carnosa de las palmas de las manos a los ojos. La envolvió un miedo frío y pesado como una bruma marina. Luchó contra él. Intentó pensar.

«Era muy temprano... Estaba cabalgando por el Bosque Oscuro. ¿Qué ocurrió? ¿Me caí?».

—Sí, eso es —dijo en voz alta, aunque sonaba más segura de lo que en realidad se sentía.

«Me caí, me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento. El cazador me llevó a la primera casa que encontró. Para buscar ayuda. Para descansar».

—Pero ¿dónde está? —susurró.

Llegaron más recuerdos, que galopaban por su cerebro como caballos salvajes. Recuerdos de un dolor insoportable. Del cazador arrodillado, sosteniendo algo entre las manos. Algo rojo y pequeño.

—N-no tengo corazón. N-no tengo corazón —tartamudeó, aterrada —. Pero ¿c-cómo? ¿Por qué? ¿Por qué me ha pasado esto? ¿Cómo puedo seguir viva?

Había una razón... El cazador le había dicho algo... Sin embargo, el rugido rojo del dolor había borrado sus palabras.

Sophie se miró. Llevaba puesta una vieja camisa de lino.

—¿De dónde ha...? —empezó a decir, pero la frase se quedó flotando en el aire.

Había algo debajo de la tela. Algo oscuro. Con dedos temblorosos, se desabrochó la parte superior de la camisa y se miró el pecho: una incisión larga y pálida cubierta de puntos negros escalonados le recorría el centro.

Una vertiginosa sensación de irrealidad se apoderó de ella. Cerró los ojos con fuerza.

—Sigo dormida —susurró—. Esto es un sueño, una pesadilla.

No obstante, cuando abrió los ojos de nuevo, allí seguían la cama, la habitación, la camisa y los puntos.

Se tocó la incisión con cuidado y, al hacerlo, notó que algo se movía bajo su caja torácica. Entonces oyó ruidos metálicos y chirridos. Eran los mismos sonidos que hacía el enorme reloj de oro de los aposentos de su madrastra antes de dar la hora. Levantó la vista y se preguntó si habría alguno en un estante o una esquina, y no lo había visto.

Pero no. Horrorizada, se percató de que los ruidos procedían de ella. Del interior de su pecho. El miedo de Sophie se transformó en terror. Dejó escapar un grito desgarrado.

Un segundo después, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y por ella entró una mariquita de metro veinte de altura ataviada con cofia y delantal. Parecía preocupada.

Sophie abrió mucho los ojos. Respiró hondo. Y gritó de nuevo.

DIECIOCHO

La mariquita se llevó una pata a la cara, se dio media vuelta y emitió una serie de chasquidos por encima del hombro.

Casi de inmediato, siete rostros más aparecieron en el umbral. Sophie, que respiraba deprisa, se encogió contra el cabecero. Los ruidos metálicos del interior de su pecho aumentaron de volumen.

—¿Oyes ese estruendo, Johann? —preguntó un hombre bajo con barba—. Esto es un desastre. No durará ni una noche.

Johann, que fruncía el ceño, dijo:

—No es más que un engranaje encasquillado. Se resolverá. —Después hizo una pausa, pensativo, y añadió—: Al menos, eso creo.

—Eso crees —repuso una tercera voz.

Johann alzó las manos al cielo.

—¡Tenía que trabajar deprisa! ¡No había tiempo para ajustes ni para calibraciones!

La mirada de Sophie iba saltando entre los desconocidos y la ventana. Solo estaba a unos cuantos metros, pero, aunque pudiera llegar hasta allí antes de que la atraparan, la ventana estaba a demasiada altura y era demasiado pequeña para salir por ella.

Uno de los hombres llevaba una bandeja. Se abrió paso entre los demás hacia la princesa. Sophie dejó escapar un grito de miedo, salió a toda prisa de la cama y se pegó a la esquina más alejada, de modo que la cama quedara entre ella y los desconocidos. En la mesita de noche había un pesado candelabro de latón, así que lo agarró con manos temblorosas y lo sostuvo ante sí como una espada. El traqueteo del pecho se convirtió en un chirrido agudo: metal arañando metal.

—Mira lo que has hecho, Joosts. La has asustado. Suelta la puñetera bandeja.

—¿Qué tiene de aterrador un cuenco de sopa de pollo, Julius?

El hombre que había hablado de engranajes y calibraciones avanzó unos pasos hacia Sophie con las manos levantadas para darle a entender que no pretendía hacerle daño. Abrió la boca para hablar, pero no tuvo la oportunidad.

—¡Soy la princesa Charlotta-Sidonia Wilhelmina Sophia de Tierraverde! —gritó Sophie mientras lo amenazaba con el candelabro —. ¡Como me toques un pelo, lo pagarás!

Julius cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Una princesa. ¡Una princesa! ¿No os dije que esta muchacha nos traería problemas? La caballería de la reina vendrá a buscarla en cualquier momento.

Sophie palideció al escuchar que el hombrecillo mencionaba a su madrastra. Oyó un intenso chirrido procedente de su pecho. Perdió todas las fuerzas. Se le doblaron las rodillas. El candelabro cayó al suelo con un golpe sordo.

Lo recordaba. Las palabras del cazador volvían a ella: « Perdonadme, mi querida princesa. Perdonadme. Este vil acto no ha sido idea mía, sino orden de la reina».

Sophie notó que alguien la ayudaba a levantarse. Era Johann. Intentó sacudírselo de encima, pero estaba demasiado débil. El hombrecillo la sentó en la cama, le subió las piernas y la tapó con la colcha. Ella no pudo hacer más que hundirse en las almohadas y permitírselo.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó Johann.

Hubo protestas y gruñidos. Joosts dejó el cuenco de sopa, junto con una cuchara y una servilleta, en la mesita de noche; después, todos salieron del dormitorio. Cuando se quedaron solos, Johann se sentó en el otro extremo de la cama. La habitación estaba mucho más silenciosa, y los ruidos del pecho de Sophie habían cesado.

—Princesa Charlotta-Sidonia...

—Basta con Sophie.

—Te hemos asustado, Sophie. Lo siento. No era nuestra intención. Me llamo Johann. —Señaló con la cabeza el umbral vacío—. Los otros son mis hermanos. Vivimos aquí. Tupfen, la mariquita, es nuestra ama de llaves. Lleva unos días cuidando de ti.

—¿Días? —repitió Sophie, y se echó hacia delante—. ¿Cuántos...? ¿Cuánto...?

—Te encontramos en el bosque hace doce días.

No tenía sentido. Era imposible. Sophie negó con la cabeza.

—¿Por qué no estoy muerta?

Johann vaciló antes de decir, con mucha delicadeza:

—¿Recuerdas algo?

Sophie se dejó caer sobre las almohadas como una muñeca rota.

—Un cazador..., alguien a quien conocía, alguien en quien confiaba... me arrancó el corazón. Porque mi madrastra, la reina, se lo ordenó.

Johann se quedó sin aliento.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó.

La vergüenza se apoderó de ella. Volvió a escuchar las palabras de su madrastra: «Eres blanda cuando deberías ser astuta, compasiva cuando deberías ser feroz... ¿Cómo vas a controlar un país si no eres capaz de controlarte a ti misma, Sophia?».

—Sophie, ¿por qué? —insistió Johann.

—Porque soy tan débil, incompetente e inútil que prefiere verme muerta antes que sentada en el trono de Tierraverde —contestó ella con la voz desgarrada por la desesperación.

Entonces miró a Johann esperando verle cara de desprecio, la misma que había visto tantas veces en su madrastra. Sin embargo, él no la miraba a ella, sino que se había vuelto hacia la ventana. Le brillaban los ojos. Movía la mandíbula.

—¿Por qué estoy viva, Johann? ¿Cómo es posible? No tengo corazón.

Él se secó los ojos, se volvió hacia ella y dijo:

—Sí lo tienes, Sophie. Te he fabricado uno nuevo.

DIECINUEVE

Sophie contempló largo y tendido a Johann, incapaz de asimilar lo que le decía; después se miró el pecho. Despacio, con miedo, apoyó la palma de la mano en las costillas, por encima de los feos puntos negros, justo donde antes estaba su pequeño y perfecto corazón.

La cosa que se ocultaba debajo parecía grande. Torpe. Fuera de control. Era como si hiciera tictac en vez de latir. Se aceleraba y frenaba. Saltaba y trastabillaba, resollaba y aporreaba.

—Es una especie de máquina —explicó Johann—. Bombea sangre por tu cuerpo, igual que hacía tu antiguo corazón.

Sophie sabía lo que era una máquina. Científicos e ingenieros de todos los rincones del mundo acudían a la corte de su madrastra para enseñarle sus invenciones. Había visto bombas y turbinas: monstruosidades feas y ruidosas que eructaban humo y escupían aceite. Ahora llevaba una dentro, bajo la carne, bajo los huesos. Durante unos largos segundos, tuvo que reprimir el acuciante impulso de arrancarse los puntos y sacar aquella cosa.

—¿De qué está hecha? —preguntó con voz trémula.

Johann respiró hondo, como si se preparase para contestar, pero la respuesta llegó desde la puerta antes de que pudiera hacerlo.

—Hojalata. Engranajes y ruedas. Alambre.

Sophie levantó la vista. Uno de los hermanos, Julius, había regresado y estaba apoyado en la jamba de la puerta. Tenía los brazos cruzados y la mirada fija en Johann. La joven no sabía cuánto tiempo llevaba allí.

—Johann es muy hábil, ¿verdad, Hermano? —preguntó Julius, no sin cierto tono mordaz.

Johann no contestó; se limitó a esbozar una frágil sonrisa.

Julius se volvió hacia Sophie. Estaba a punto de decirle algo cuando otro de los hermanos regresó al dormitorio con un plato en la mano.

—Weber envía pan fresco y mantequilla —dijo.

—Weber es nuestro cocinero —explicó Johann—. Y este es Schatzi, nuestro séptimo hermano.

—Séptimo hermano... —repitió Sophie. Antes estaba muerta de miedo, demasiado asustada para razonar y atar cabos, pero ya no—. ¿Sois los siete hombres del bosque? —preguntó.

—Sí —respondió Schatzi mientras dejaba el plato de pan en la mesita.

—Recuerdo las historias sobre vosotros que me contaba mi niñera. Creía que solo existíais en los cuentos de hadas —dijo ella, asombrada.

Perdió un poco el miedo—. Buscáis oro y gemas en minas secretas —añadió—. Y cada uno de vosotros tiene un talento especial. Uno es carpintero...

—Joosts —dijo Schatzi.

—Otro es cazador.

—Jeremias.

—Hay un sastre...

—Ese soy yo.

—Un herbolario, un granjero, un herrero...

—Julius. Josef. Jakob.

—Y un relojero.

—Johann.

Schatzi acercó la única silla del dormitorio a la cama de Sophie, recogió el cuenco de sopa y se lo puso en las manos.

—Estás pálida y delgada —le dijo mientras le entregaba la cuchara —. Tienes que comer. Solo así te recuperarás.

El miedo de Sophie regresó. Miró con cautela el cuenco. Su propia madrastra había intentado matarla. ¿Por qué iba a confiar en siete perfectos desconocidos?

Julius percibió su suspicacia.

—¿Crees que nos hubiéramos tomado tantas molestias para mantenerte con vida si después pensáramos envenenarte? ¡Nos das mucho trabajo!

—Julius, ¿siempre tienes que ser tan grosero? —lo regañó Schatzi.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó Sophie, ya que no entendía sus motivos—. ¿Por qué me habéis salvado la vida?

Julius miró hacia la ventana y se encogió de hombros.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

Sophie insistió.

—Me habéis fabricado un corazón nuevo. Habéis cuidado de mí durante una recuperación muy larga. Nadie es tan amable con una desconocida.

—Puede que no de donde tú vienes —dijo Julius—. Aquí, en la Hondonada, no dejamos que él... —Se interrumpió de golpe, como si hubiese hablado demasiado—. Ayudamos a la gente. —Señaló con la cabeza el cuenco—. Cómete la sopa.

Después se fue. Sophie lo oyó bajar un tramo de escaleras.

—No le hagas caso. Hoy está gruñón. Se le ha muerto la planta de artemisa —dijo Johann—. Pero sí que deberías comerte la sopa.

Sophie miró el cuenco lleno de fideos, zanahorias, pollo y caldo

dorado. Notó un doloroso retortijón de hambre en el estómago. Se tragó una cucharada tras otra, y el calor de la sopa se le extendió por el pecho y el resto del cuerpo. La máquina de su interior chascaba y chirriaba. Intentó no prestarle atención y seguir comiendo. Al poco rato, ya había acabado con medio cuenco.

—Despacio —le advirtió Schatzi—. Llevas más de una semana sin comer nada sólido.

Sophie no le hizo caso, se terminó la sopa y se zampó el pan.

—Estaba delicioso, gracias —dijo mientras se limpiaba la boca con la servilleta que le había dado Schatzi.

Notó que recuperaba un poco de fuerza; estaba más despejada, podía pensar con claridad. Se le ocurrió una idea, una chispa de esperanza en medio de la desesperación.

—¿Me podéis prestar un vestido? ¿Están mis botas por alguna parte? —preguntó mientras intentaba incorporarse—. Tengo que regresar.

Johann parecía alarmado.

—Regresar ¿adónde? —preguntó—. ¿Al palacio? No es buena idea.

—¡Si no estás lo bastante fuerte ni para cruzar la habitación! ¿Cómo vas a viajar? —exclamó Schatzi.

—Al lugar en el que sucedió —respondió Sophie—. La reina no le contará a la corte que ha intentado matarme, se inventará una historia. Les dirá que me perdí o que estaba herida y el cazador fue a buscar ayuda. Alguien podría estar buscándome. ¿Habéis visto alguna partida de búsqueda?

—No, y menos mal —dijo Schatzi.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, perpleja.

—Que no haya ni rastro de una partida de búsqueda significa que nadie te está buscando. Si el cazador de la reina le llevó tu corazón...

—¿Eso hizo? —lo interrumpió ella, desconcertada.

«¿Cómo lo sabe Schatzi?», se preguntó.

Johann le lanzó una mirada asesina a su hermano, pero Sophie no lo vio.

—Es que..., bueno..., es lo que nos dijiste, ¿no? —repuso Schatzi entre balbuceos.

—No —respondió ella, que empezaba a sospechar que le estaban ocultando algo.

—Su-supongo que lo di por sentado. ¿Para qué se lo iba a llevar, si no? Y tuvo que llevárselo. Porque no está, ¿no?

Sophie asintió. La explicación de Schatzi tenía sentido, aunque no

se quitaba de encima la sensación de que había algo que él no quería que supiera.

—En fin, que la reina no sospechará ni por un segundo que has sobrevivido y, mientras te crea muerta, estarás a salvo. Si permaneces oculta y en silencio, seguirás viva, Sophie. No debes abandonar la Hondonada.

Ella no quería quedarse en la Hondonada. Los hermanos parecían muy amables, pero era su hogar, no el de Sophie. El corazón dejó escapar un chirrido grave, como si reflejara sus pensamientos. Se estremeció, horrorizada por la máquina que llevaba dentro del pecho. Cuando por fin paró el ruido, dijo:

—¿Y si yo quisiera que me encontrara una persona en concreto? ¿Alguien que podría ayudarme?

—¿Quién? —preguntó Johann.

—Lord Haakon, el príncipe de Escandania. Íbamos a casarnos. Estará buscándome; lo sé. —La chispa de esperanza que había sentido antes ganó fuerza—. ¿Lo habéis visto? —preguntó, ansiosa.

Johann negó con la cabeza.

—¿Alto, rubio, ojos azules? ¿Seguro? —insistió, y se volvió hacia Schatzi, pero él también negó con la cabeza—. No... no lo entiendo —dijo, desanimada, porque Haakon le había prometido mantenerla a salvo, protegerla siempre—. Puede que se os haya pasado. O quizá esté buscando en el lugar incorrecto.

—Si la reina ha llegado a tales extremos para organizar tu muerte, diría que también tenía preparada una historia para la corte —dijo Johann—. Seguro que el pobre chico piensa que estás muerta.

Sophie asintió con tristeza. Jugueteó con el borde de la colcha, perdida toda esperanza. Lo que decía Johann tenía sentido. Lo más probable era que le hubiera contado a toda la corte, Haakon incluido, que la habían asesinado unos salteadores, que se la había llevado un oso o alguna otra mentira similar. Haakon no la buscaba. Nadie la buscaba. Darse cuenta la sumió en la desesperación, como si alguien hubiera sellado su ataúd y no pudiera más que gritar, impotente, mientras las paletadas de tierra caían sobre la tapa. Se había quedado sin futuro: su boda con un príncipe, su corona. Su madrastra no había conseguido matarla, pero, aun así, le había robado la vida.

Schatzi percibió su agitación.

—Estás aquí, Sophie. Estás viva. Eso es lo que cuenta —dijo mientras le daba unas palmaditas en la mano.

—Sí, estoy viva. Gracias.

Cerró de nuevo los ojos. La fuerza que le había proporcionado la comida empezaba a desvanecerse.

—Estás agotada. Necesitas descansar —dijo Schatzi. Se levantó, dejó la silla donde estaba antes y cerró las cortinas—. Duerme un poco.

Recogió los platos y salió del dormitorio. Johann lo siguió. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando se detuvo y se volvió hacia Sophie.

—Casi se me olvida —dijo mientras se sacaba un saquito de tela del bolsillo de la chaqueta—. Encontramos esto en la hierba, a tu lado. Jeremias los recogió.

Sophie se obligó a abrir los ojos, cogió el saquito y se lo vació en la mano. Seis rubíes perfectos, del color de la sangre, la deslumbraron con su brillo.

—No son míos.

—¿No son de un collar? ¿De una pulsera? ¿De algo que se te rompiera en el forcejeo?

Sophie negó con la cabeza. Intentó devolvérselos, pero Johann no los aceptó.

—Puede que no lo recuerdes, y seguro que no son nuestros. Quédatelos.

Mientras cerraba la puerta, Sophie metió los rubíes en el saquito y después lo dejó en la mesita de noche. El sueño la vencía.

«Si permaneces oculta y en silencio, seguirás viva, Sophie», le había dicho Schatzi. Pero ¿durante cuánto tiempo? No podía quedarse en la Hondonada para siempre.

Empezó a pensar en Haakon. Se imaginó su bello rostro, su cálida sonrisa. Johann decía que nadie la buscaba, pero Haakon no era cualquiera: era un príncipe, su príncipe. Seguro que no había aceptado la mentira de la reina. Exigiría pruebas. Intuiría que ella seguía viva. Se lo diría el corazón porque la amaba, y por eso seguiría buscándola hasta encontrarla.

«Soy un príncipe. Es lo que hacemos».

Sophie cerró los ojos. El corazón de su pecho había guardado silencio. Solo producía unos suaves chasquidos rítmicos, como las pesas de un reloj al descender poco a poco con sus cadenas.

El sueño extendió su oscura capa sobre ella. La última hora, con todas sus sorpresas y temores, empezaba a esfumarse.

A disiparse.

A quedarse sin cuerda.

VEINTE

—Princesa Charlotta-Sidonia Wilhelmina Sophia —dijo Sophie al mirarse en el espejo—. Pareces un payaso de circo.

Su camisa era un viejo camisón de rayas. Su falda, que acababa bastante por encima de los tobillos, antes era un mantel de cuadros rojos y negros. Y el corpiño estaba hecho con un viejo saco de cereales. Se ataba por delante con los cordones rojos de unos zapatos.

Sophie tenía un aspecto ridículo y lo sabía, pero no quería quejarse. Schatzi le había cosido la falda y el corpiño, y se los había dejado a los pies de la cama unos minutos antes.

—Espero que te gusten —le había dicho con mucha timidez—. Es la primera vez que coso una falda. Tupfen me ayudó con las medidas.

Sophie le dio las gracias, y él se escabulló de la habitación y cerró la puerta para que se vistiera.

En aquel momento se recolocaba la falda y tiraba de los cordones del corpiño. Su ropa nueva era su única ropa. El traje de montar estaba manchado de sangre, así que Jeremias lo había quemado. «Al menos, mis botas han sobrevivido», pensó, y se las miró. Joosts se las había abrillantado, y estaban relucientes. Haakon ya habría recorrido gran parte del bosque cercano a la Hondonada, calculaba, y en pocos días, tres o cuatro a lo sumo, llegaría allí. Tenía que estar lista para cuando lo hiciera.

Habían pasado dos semanas desde que despertara en la casa de los hermanos y casi un mes desde que saliera a caballo del palacio con el cazador, y era el primer día que se sentía con fuerzas para salir del dormitorio. Había ganado algo de peso, le habían quitado los puntos y sus mejillas tenían un atisbo de color. Sin embargo, ¿qué haría su extraño y ruidoso corazón cuando empezara a moverse por ahí? La había mantenido con vida hasta el momento, pero, por otro lado, apenas le había dado trabajo. Lo único que había hecho era dormir, comer y dormir un poco más. ¿Qué pasaría cuando caminara? ¿Y cuando subiera y bajara escaleras?

Sophie quería salir al patio y esperar allí a que Haakon saliera del bosque para rescatarla. Porque lo haría, estaba segura. «Te quiero desde la primera vez que te vi», le había dicho. Y no solo la encontraría, sino que se la llevaría a escondidas hasta Escandania para ponerla a salvo en el imponente castillo de su familia. Desde allí, él y

los comandantes de su reino darían con la mejor forma de arrebatarle el trono a su cruel madrastra.

Respiró hondo y contuvo el aliento. Recorrió el dormitorio a lo largo temiendo a cada paso que ocurriera el desastre, pero no sucedió nada. No sintió dolor, su nuevo corazón no dejó escapar ningún ruido. No se sentía mareada ni rara. No se desmayó. Dio unos pasos más y después giró en círculo con mucho cuidado. Nada martilleó ni estalló. Todo iba perfectamente. Dejó escapar el aliento con un largo suspiro de alivio. Después abrió la puerta del dormitorio y cruzó el rellano.

Los hermanos y Tupfen la esperaban al pie de la escalera, nerviosos.

—¡Sophie! ¡Estás levantada! ¡Caminas! —exclamó Schatzi en cuanto la vio.

—¡Tienes buen aspecto! —dijo Josef.

—Gracias. Me siento bien —respondió ella mientras bajaba con cuidado los escalones. Cuando llegó al final, miró a su alrededor—. ¡Qué casa tan bonita! —exclamó alegremente.

Construida con madera de pino, la Hondonada era rústica y hogareña. Arriba había varios dormitorios independientes, pero la planta de abajo era una única habitación abierta. Sophie, que esbozaba una amplia sonrisa, la recorrió por entero. Era una vivienda encantadora. De repente, sintió un deleite intenso y repentino.

—¡Mira qué cortinas tan preciosas! —exclamó mientras acariciaba los paneles de encaje que colgaban de una ventana—. ¡Y ese sillón!

Se sentó en un sillón con demasiado relleno, dejó escapar un suspiro de felicidad y se levantó de un salto.

Al hacerlo, su corazón, que había estado en silencio hasta entonces, empezó a producir un ruido grave, como un ronroneo. Llevada por la curiosidad, Sophie no pareció percatarse, pero los hermanos sí, y se miraron entre ellos, inquietos.

—¡Ay, pero mira ese cuadro! —exclamó, y señaló un bonito paisaje boscoso que colgaba de la pared—. ¡Mira ese ciervo pequeñito! ¡Los tejoncitos! ¡Pero qué monaaada! —Se volvió hacia los hermanos y Tupfen, se llevó las manos a las caderas y dijo—: ¡Esta casita es a-do-raaaa-ble!

Josef levantó un dedo.

—Estooo, Sophie, creo que quizá... —empezó a decir, pero ella lo interrumpió porque había visto algo en la mesa auxiliar.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras recogía un collar de cuero. De él colgaba una placa de plata. Henrik, decía.

—Es un collar de perro —contestó Josef—. Pertenecía a un pequeño schnauzer que teníamos. Murió hace unos meses.

Sophie abrió mucho los ojos. Le tembló el labio inferior.

—No. Ay, Dios mío, no. —Se llevó el collar al pecho—. Vuestro... Vuestro pequeño schnauzer..., ¿murió? ¿Mu-murió? ¿Vuestro pequeño Henrik murió?

La última palabra subió de tono hasta transformarse en un gemido. Sophie agachó la cabeza, todavía con el collar contra el pecho, y sollozó patéticamente. Su corazón retumbaba y golpeaba.

—¡Pobre Henrik! ¡Qué tragedia! Se fue demasiado pronto. ¡Demasiado pronto!

—Ejem, ¿Sophie? Henrik tenía veintidós años —dijo Jeremias—. Había llegado su momento.

—Tenía unos gases atroces —añadió Julius.

—Roncaba toda la noche —dijo Josef—. Si te digo la verdad, no lo echo de menos.

Sophie levantó una mano y, poco a poco, recuperó el control. Después dijo:

—No se debe hablar mal de los muertos. Henrik vivirá para siempre en vuestros corazones y... —Se fijó en algo que había en la mesa de la cocina—. ¡Cielos! ¿Qué es todo eso?

Llegó hasta allí en dos zancadas, con el corazón latiendo como un tambor. Habían preparado la mesa para comer: platos azules y blancos sobre un bonito mantel amarillo. Sin embargo, lo que había llamado la atención de Sophie eran las bandejas del centro.

En una de ellas se alzaba una montaña de sauerkraut coronada por gordas bratwursts. Un strudel hojaldrado de setas esperaba en otra. Había doradas planchas de schnitzels. Tortitas crujientes de patata con crema agria y salsa de manzana. Un pan negro de centeno, un plato con mantequilla amarilla y una jarra de leche fresca. Y, de postre, pasteles de manzana con salsa de natillas.

Sophie cogió una tortita de patata y se la zampó en tres bocados.

—¡Mmm! —ronroneó mientras se limpiaba la grasa de los labios con el dorso de la mano. Después cogió un schnitzel y acabó con él en seis bocados—. ¡*Pfero* qué *bfueno*! —exclamó con la boca llena.

Después, atacó un bratwurst.

—¿No quieres un plato? ¿Un tenedor? —preguntó Johann.

Sophie descartó la idea con un gesto de la mano. Nunca había probado una comida tan deliciosa. Le faltaba tiempo para comérsela toda.

—El cocinero estará encantado —comentó Julius—. Es todo un cumplido para su trabajo. Un cumplido algo sucio, pero...

Sophie los oyó y recordó sus modales. Más o menos.

—¿Dónde está el cocinero? ¡Tengo que darle las gracias! —exclamó sin soltar la salchicha a medio comer que llevaba en la mano.

Aunque llevaba varias semanas en la Hondonada y había comido platos deliciosos, todavía no había conocido a la persona que los preparaba.

—¿Weber? Está ahí mismo —dijo Josef, y señaló a una figura que se encontraba en el otro extremo de la cocina removiendo el contenido de la olla que se calentaba al fuego.

Sophie miró al cocinero, tomó todo el aire que pudo y gritó, incluso más fuerte que la primera vez que vio a Tupfen. El corazón le tintineó como una campanilla de alarma. Corrió hasta la otra punta de la mesa y gritó de nuevo. Después lanzó el bratwurst que llevaba en la mano; a Weber le rebotó en la cabeza.

—¡Sophie, para! —la regañó Josef—. Weber es muy dulce. ¡No le haría daño ni a una mosca!

—Bueno, a una mosca sí —dijo Julius—. De hecho, les ha hecho daño a unas cuantas docenas de ellas para desayunar.

—¡Cállate, hombre! —repuso Josef entre dientes.

Weber se restregó el punto en el que le había acertado la salchicha, parpadeó con sus ocho ojos y se echó a llorar.

Sophie se llevó las manos a las mejillas, avergonzada.

—¿Qué he hecho? —susurró—. Lo siento. Lo siento muchísimo. Las arañas me dan miedo, pero veo que tú eres encantador. ¿Me podrás perdonar? —Corrió hacia la criatura y le tomó dos de las muchas patas—. Por favor, por favor, por favor, ¡dime que sí!

Weber se sorbió los mocos y asintió, aunque vacilante. Sophie dio una palmada de felicidad, lo rodeó con los brazos y no lo soltaba. Weber alzó cuatro de los suyos en el aire y miró a los hermanos con cara de desamparo.

Julius acercó una silla a Sophie, se subió en ella y, con mucha delicadeza, le apartó los brazos de su cocinero.

La princesa retrocedió unos pasos y se llevó una mano a la frente, entre desorientada y confusa.

—No... no sé qué me ha pasado. Normalmente me... controlo un poco mejor.

Johann se acercó a ellos y se sacó un estetoscopio del bolsillo. Estaba fabricado a partir de las piezas de un viejo clarín y unos tubos

de cobre flexibles.

—¿Puedo? —preguntó.

Sophie le dio permiso y se sentó. De repente, estaba muy cansada. Johann se inclinó sobre ella, le apoyó el estetoscopio en el pecho y escuchó. Después frunció el ceño, asintió y se enderezó de nuevo.

—¿Y bien? —preguntó Julius. Se le notaba la preocupación en la voz.

—Hace tictac..., digo, late muy bien —empezó su hermano.

Los dos intercambiaron miradas, pero Sophie, que tenía los ojos cerrados, se lo perdió.

—¿Y? —preguntó Julius.

—En estos momentos, el ritmo es perfecto. Todo se mueve sin contratiempos. No oigo susurros ni goteos, nada que indique una fuga. Los reguladores que instalé para gestionar el flujo de sangre y la sincronización parecen estar funcionando muy bien...

—¿Pero? —dijo Julius.

Johann se encogió de hombros, avergonzado.

—Pero, bueno, es que... creo que se me olvidó ponerle el regulador de emociones.

VEINTIUNO

Un escalofrío de miedo le subió por la espalda a Sophie. Un corazón fuera de control era su peor pesadilla. Justo por eso habían estado a punto de matarla.

—¿Qué es un regulador, Johann? —preguntó con inquietud—. ¿Para qué sirve?

—Mantiene el equilibrio para que todo funcione sin sobresaltos. Como el flujo del agua en un molino, por ejemplo. O, en este caso, los sentimientos. Los tuyos parecen algo desbocados.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó Sophie cuando asimiló sus palabras—. Me comporto como una lunática. Digo lo primero que se me pasa por la cabeza. Lloro. Río. Lanzo salchichas. No puedo seguir así. Es... es... agotador.

Pero lo que en realidad quería decir es que era peligroso. Dejar que su corazón la guiara había despertado la ira de su madrastra. Había

provocado dolor y sufrimiento a un niño inocente, a unos animales inocentes. Incluso a Haakon, que se preocupaba por ella, que pensaba que era demasiado amable, demasiado blanda, demasiado sensible. Le había aconsejado que le permitiera guardarle el corazón a buen recaudo. ¿Qué pensaría si la viera en ese momento, incapaz de controlarse? ¿Todavía la querría? ¿Todavía la amaría?

Sophie le cogió la mano a Johann.

—Dime qué hacer —le suplicó—. Dime cómo regular el corazón yo misma.

Johann frunció el ceño, pensativo. Después dijo:

—Puede que te venga bien tomar un poco de aire fresco. Hacer ejercicio. Quizá eso te calme. Llevas un mes sin salir.

—Me parece una idea excelente —dijo Julius.

Sophie estuvo de acuerdo, y Josef sugirió salir al huerto a recoger fresas. Bajó un cuenco de uno de los estantes y salieron de la casa. Mientras, el resto de los hermanos se sentaron a comer.

No obstante, las cosas no mejoraron fuera. En cuanto salió por la puerta, Sophie alabó efusivamente las contraventanas rojas de la casa y los bonitos maceteros. Lo único que rebajó su entusiasmo fue la cara de consternación de Josef.

—Para —se dijo Sophie, y se sujetó la cabeza con las manos—. Para.

Josef la condujo por un camino de piedra que partía de la casa y atravesaba el patio. Al principio, la princesa avanzaba a un ritmo majestuoso, pero, al cabo de unos segundos, empezó a dar saltitos por el camino mientras el corazón le latía alegremente. Enterró el rostro en un fragante rosal y se arañó las mejillas. Arrancó una margarita y se la metió detrás de la oreja. Acarició una babosa. Y todo eso antes de poner un pie en el huerto.

Sophie estaba abatida cuando Josef la alcanzó en la puerta del huerto.

—No hay manera —dijo ella—. Este corazón hace lo que le da la gana.

—Intenta contener tus sentimientos —le sugirió Josef—. Como si contuvieras el aliento.

Sophie asintió. Enderezó la espalda, abrió la puerta y entró en el huerto. Su decisión le duró exactamente un segundo.

—¡Josef, mira! —exclamó—. ¿Alguna vez habías visto una col tan bonita?

Trotó de un lado a otro de las ordenadas hileras de plantas,

asombrada por las berenjenas, las judías, las coles de Bruselas. ¿Por qué no se había fijado nunca en la belleza de una vaina de guisantes? ¿En la elegancia de las hojas de eneldo? Todo le parecía un milagro. Ayudó a Josef a recoger fresas durante unos minutos y después se alejó, incapaz de quedarse en un único sitio, deseosa de explorar.

Mientras tanto, Johann, que esperaba con impaciencia noticias de Sophie, comió un par de bocados y se reunió con Josef a las puertas del huerto.

—¿Cómo está? —le preguntó a su hermano.

Josef se encogió de hombros.

—Hemos tenido chillidos de alegría y risa histérica, pero ni gritos ni lágrimas. Supongo que es una mejora... Espera un momento... ¿Qué está haciendo ahora?

Sophie había terminado de admirar los colinabos cuando vio algo que no era tan hermoso: un montón grande y abultado de color marrón al final del huerto. Era una mezcla de cáscaras de huevo, hojas de té usadas, serrín, caca de gallina, peladuras y semillas, hierba cortada y hojas muertas.

Se acercó a la pila y arrugó la nariz.

—Josef, ¿qué es esto? —preguntó tras volver la vista atrás para mirarlo.

—Es nuestro abono —respondió Josef—. Ponemos ahí los desechos del huerto y de la cocina. Así se descomponen y se convierten en fertilizante para las plantas. Huele mal, Sophie, y está lleno de bichos y gusanos. Aléjate.

Sophie estaba a punto de hacerle caso cuando un movimiento en la pila de abono le llamó la atención. Pero ¿cómo era posible? Si era basura... Dio un paso hacia ella. ¿Se lo habría imaginado?

¡Pero no! ¡Ahí estaba otra vez! A la pila le salió un bulto en un lado. Después desapareció y apareció de nuevo. Subía cada vez más alto hasta alcanzar la cima del montón, y entonces, como un volcán en erupción, la punta estalló. Por ella asomó una naricilla rosa muy sucia. Y bigotes. Ojillos negros y brillantes. Pertenecían a la rata más grande y asquerosa que Sophie había visto en su vida.

Ahogó un grito al verla. El corazón se le estremeció y resolló. Esperó a que llegaran las emociones que sabía que se apoderarían de ella: miedo, asco y horror. Pero la emoción que sintió fue completamente inesperada: amor.

Sophie arrancó una vaina de una mata y se la acercó al animal.

—¡Sophie, no! ¡Es una rata muy grande! —le advirtió Josef.

La princesa no le prestó atención.

—¡Ratita! ¡Ven aquí, ratita bonita! —le canturreó mientras agitaba la vaina de guisantes—. Nunca había visto un animal tan maravilloso como tú. Serás mi mascota.

La rata olisqueó la vaina y se acercó más. Sophie se la dio para que se la comiera, agarró a la rata y la abrazó contra su pecho.

—¡Sophie! —le gritó Josef mientras la rata se retorcía y chillaba—. ¡Deja en el suelo a esa vil criatura!

—¡Pero, Josef, es que la quiero mucho! —le respondió ella.

Johann suspiró.

—Ya estamos otra vez.

La rata saltó de los brazos de la muchacha y se metió rápidamente en el montón de abono. Sophie intentó convencerla para que saliera y, al ver que no lo conseguía, se echó a llorar.

—«No es más que un engranaje encasquillado», me dijiste. «Se resolverá», me dijiste. ¡Este corazón es un desastre, Johann! ¡Adora las bratwursts! ¡Adora las babosas! ¡Adora a una rata asquerosa! —susurró Josef en voz bastante alta.

Johann, que veía a Sophie escarbar en el abono, frunció el ceño.

—El corazón está defectuoso, sí, pero funciona, Josef. Todavía no...

—¡Chist! Ni lo menciones. Aunque lleva poco aquí, esa muchacha me importa. Como si fuera mi propia hija. No soportaría perderla.

Johann se volvió hacia su hermano y le dio una palmada en la espalda.

—Lo sé. Me pasa lo mismo. Pero ¿qué podemos hacer? Fabriqué su corazón como el de Jasper.

La mención del nombre afectó a Josef.

—Pero con mejoras. Eso nos dijiste.

—Algunas. Pero ambos sabemos lo que sucederá. Es cuestión de tiempo.

Josef miró a Sophie de nuevo.

—¿Qué podemos hacer? —dijo repitiendo la pregunta de su hermano—. Podemos ocultarle la verdad. Como hemos estado haciendo.

—¿Es eso justo?

—Le estamos ocultando otras cosas, ¿no? Como el nombre de la persona que de verdad tiene su corazón. Tenemos que hacerlo. ¿Cómo si no vamos a mantenerla a salvo?

—¿Cuánto tiempo tendremos que ocultar la verdad, Josef?

Josef miró a la chica, que seguía en el huerto: Sophie le sonrió a

una mariposa, cogió un saltamontes y se rio con abandono al ver una ardilla parlanchina. Mientras Josef la observaba, la tristeza se le extendió por el rostro como tinta derramada sobre un pergamino.

—Todo el que podamos.

VEINTIDÓS

La mujer se inclinaba sobre el leñador ensangrentado.

Estaba tirado en el suelo y gritaba. Unos segundos antes había fallado en su golpe sobre el tronco que cortaba y se había clavado la hoja del hacha en el pie derecho.

El corte había atravesado la bota de cuero, el grueso calcetín de lana y también los huesos. El leñador se había sacado la hoja y se había derrumbado. La sangre brotaba de la herida.

La mujer desvió la mirada del pie del hombre a su rostro. Estaba gris por culpa de la conmoción. Seguía gritando, aunque no tan fuerte. Se le habían puesto los ojos en blanco.

Tras chasquear la lengua, la mujer se enderezó y siguió su paseo por el Bosque Oscuro.

Llevaba una mañana muy atareada. Había visitado a una mujer de parto y, juntas, se habían inventado unas palabrotas muy soeces. Después había visto al aprendiz de un dentista (un muchacho de dedos gruesos y poca vista) sacar una muela del juicio. Más tarde había asistido a un ahorcamiento. Buen nudo, cuello fino; había sido rápido.

La mujer recorrió kilómetros de bosque; con sus ropas oscuras, se fundía con las sombras. Las plantas se marchitaban al contacto con sus pies. Los troncos de los árboles se tornaban negros cuando los tocaba. Los animales huían para escapar de su mirada demente.

Al cabo de una hora, más o menos, dejó atrás un estanque de aguas azules y transparentes y llegó al borde de un claro soleado. En el centro había una limpia casita blanca de contraventanas rojas. Las macetas de las ventanas estaban repletas de flores. Una voluta de humo salía por la chimenea y lo impregnaba todo del olor a pan recién hecho.

La mujer lanzó una siniestra mirada a la casa.

—La Hondonada —masculló.

Siguió con la mirada la cerca de madera que la rodeaba. Ni su hermano ni ella habían sido capaces de cruzarla.

—Está encantada. Tiene que ser eso —dijo, y se mordió la uña del dedo gordo con los dientes podridos.

Los siete hermanos siempre estaban pendientes de mantener a los dos hermanos a raya. Tenían fuertes defensas, más fuertes que cualquier hechizo. Contaban con libros y canciones, con flores y bizcocho de ciruela. Se tenían unos a otros. Cuando se sentaban juntos por las noches alrededor de la chimenea para calentarse los pies junto al fuego, contarse historias y beber schnapps, nadie podía romper su círculo.

En un ataque de ira, la mujer se arrancó la uña con los dientes y contempló la sangre que le goteaba del dedo. Eso la tranquilizó un poco, aunque la calma no duró. Porque, un momento después, una joven salió de la casa con una cesta colgada del brazo. Mientras la mujer observaba, la chica cortó rosas de un rosal y las colocó con cuidado en la cesta, una a una.

—No puede ser. —La mujer entornó los ojos. Se acercó más a la valla procurando permanecer a la sombra de los pinos. Pero sí lo era. La chica... La princesa... estaba viva—. ¿Cómo? Mi hermano tiene su corazón. Lo vi en la caja.

La mujer dio unos pasos hacia la cerca. Entornó los ojos de nuevo. ¿Era una cicatriz lo que veía en el pecho de la joven? Parecía asomarle por el escote...

—¿Qué han hecho esos condenados metomentodos? —se preguntó en voz alta.

De repente, la joven se volvió para cortar rosas de otro rosal, y la mujer se ocultó de nuevo en las sombras, aunque no dejó de mirarla. Podía aleccionar a aquella muchacha. Enseñarle cosas sobre ella que nadie más podía enseñarle. Para que viera que era más fuerte y valiente de lo que jamás habría imaginado.

Una parte de ella deseaba hacerlo.

—Porque, a veces, ayudo —susurró.

Mientras las palabras le brotaban de los labios, un reluciente escarabajo verde aterrizó en su falda. La mujer bajó la mano y convenció a la criatura para que se le subiera a la palma. Esbozó una sonrisa torcida, se acercó la mano al rostro y sopló sobre el pequeño insecto. Al instante, el escarabajo cayó de espaldas y agitó las patitas, presa del dolor.

—Pero no siempre.

Se sacudió al escarabajo de la mano. El insecto aterrizó en el suelo y se alejó correteando.

La mujer dirigió de nuevo los ojos enrojecidos hacia la chica. Se arrancó otra uña; después le dio la espalda formando un remolino de faldas negras y dejando caer gotitas de sangre en el suelo del bosque hasta que desapareció en la penumbra.

VEINTITRÉS

—Venga, Weber, inténtalo —le dijo Sophie con el mejor de los ánimos.

Durante los últimos cinco días, desde que abrazara a la rata en el huerto de Josef, Sophie había estado intentando entrenar a su corazón para que se comportase y estaba deseando poner a prueba su nuevo control.

Se había esforzado mucho por mantener ocultos sus sentimientos, como antes, y se le daba un poco mejor, aunque solo un poco. La mayor parte del tiempo, el nuevo corazón seguía revelando sus emociones. Todo el mundo sabía lo que sentía en todo momento, y ella lo odiaba. Haakon aparecería tarde o temprano. ¿Cómo iba a comportarse en la corte si su corazón se dedicaba a dar tumbos por ahí como un palurdo borracho y la avergonzaba diez veces al día? ¿Cómo iba a ser la reina que Haakon quería que fuera?

Los hermanos habían salido camino de su mina, picos al hombro, hacía horas. Jeremias y Joosts no estaban con ellos. Se habían ido de caza el día anterior y pasarían un tiempo fuera. Sin los dos hermanos, los cinco restantes trabajaban más horas. Tupfen estaba en el bosque recogiendo setas. El único que quedaba en casa era Weber. De pie frente a la enorme cocina de hierro, preparaba delicias para la cena. Se volvió para mirar a Sophie y se apoyó una pata en la cadera.

—Adelante —lo animó ella—. ¡Ponme a prueba!

Aunque la miraba con escepticismo, Weber echó una pata atrás, cogió algo que Sophie no veía y se lo puso delante.

Era un dorado pan de centeno, recién horneado. Sophie se inclinó hacia delante para inhalar aquel olor tan delicioso. No se oyeron ni ruidos metálicos ni golpeteos.

—¿Ves? ¡Te lo dije! Prueba con otra cosa. ¡Lo que sea! —Se llevó una palma al pecho—. No dirá ni pío.

Weber se metió en la alacena y salió unos segundos después cargado con una gran bandeja redonda. En cuanto la joven vio lo que había en ella, el corazón le repicó como las campanas de una iglesia el día de la boda de un rey.

—¿Una tarta Selva Negra? —preguntó, y dio un pisotón en el suelo —. Weber, ¡eso no es justo!

El pastel, de veinticinco centímetros de altura, era el favorito de Sophie. Constaba de varias capas de bizcocho de chocolate bañadas en jarabe de cereza y separadas entre sí por nata montada. Montañitas de nata en forma de espiral adornaban la capa superior, con una dulce cereza encima de cada una de ellas.

Siguiendo un impulso, Sophie cogió una cereza y la mordió. El jugo le cayó por la barbilla. El corazón le ronroneó. Weber le lanzó una mirada asesina. Después dejó escapar una serie de ruidos fuertes y chirriantes que sonaban a regañina, y la joven se dio cuenta de que había sido muy maleducada.

—Lo siento —dijo, avergonzada—, supongo que no lo tengo tan controlado como creía. ¿Hay más cerezas? Lo arreglaré. Lo...

Un estrépito tremendo la interrumpió. Notó una repentina presión en el pecho. La presión creció y le arrebató todo el aire. Intentó recuperar el aliento, pero no podía. Los segundos pasaban, y ella seguía sin respirar. Asustada, se agarró al borde de la mesa y ordenó a sus pulmones que se llenasen de aire, pero no lo hacían. Apenas era consciente de los gritos de pánico de Weber. Se tambaleó, cayó y aterrizó a cuatro patas en el duro suelo de madera.

La conmoción la sacudió y, tan de repente como había empezado, la presión cedió, el ruido paró y sus pulmones se abrieron de nuevo. Unos segundos después, Weber la ayudó a levantarse y la sentó en un banco, junto a la mesa. Arrodillado junto a ella, le apartó un mechón suelto del rostro sudoroso y ruborizado, y chilló. Ella no entendía todas sus palabras, pero sí las suficientes para saber lo que significaba.

—No-no lo sé —contestó con voz temblorosa—. Estaba respirando perfectamente y, de repente, ya no podía. Tiene que ser por el corazón. Creo que algo se ha quedado atascado.

Un poco antes, Weber había preparado el té, así que sirvió una taza, la llevó a la mesa y la puso delante de Sophie. Le apartó otro mechón de la mejilla, y la preocupación nubló sus múltiples ojos. Estaba a punto de decirle algo cuando oyeron un furioso siseo.

Su crema de puerros se salía del cazo. Al caer en el quemador de hierro caliente, empezó a burbujear y a quemarse. El olor era horrendo.

—¡Lo siento mucho, Weber! Es culpa mía. Te he distraído.

Se sentía fatal. La araña tenía trabajo que hacer, y ella la entretenía. Se levantó y se ofreció a ayudarlo a limpiar el desastre, pero él rechazó su ayuda con un gesto. Se sentó de nuevo y suspiró, desconsolada. Mientras bebía otro trago de té, se percató de que una de las mangas se le había abierto. Al examinarla mejor, descubrió que se la había rasgado del codo al hombro.

«Estupendo. Se me habrá enganchado en el banco al caer», pensó.

—Weber, necesito remendar mi manga. ¿Dónde puedo encontrar otra camisa vieja para vestirme mientras arreglo esta?

La araña, que estaba limpiando la sopa quemada mientras agitaba una sartén repleta de coles de Bruselas, removía las lentejas que cocían a fuego lento en una olla y salteaba un pollo (todo a la vez), señaló hacia arriba.

—¿En el desván?

Weber asintió. Sophie se terminó el té y se dirigió a la planta de arriba de la casa con un andar tan pesado como su nuevo y ruidoso corazón. La puerta del final del pasillo daba a otro tramo de escaleras. El desván estaba encima de ellas. Sophie lo conocía, ya que subía en secreto varias veces al día para asomarse a su estrecha ventana, por si venía Haakon.

Había pasado un mes desde que el cazador le robara su verdadero corazón y seguía sin haber ni rastro del príncipe. Cada mañana se despertaba y se decía: «Hoy es el día». Y cada noche se dormía sintiendo una amarga decepción. A veces, una vocecita interior le decía: «No te está buscando. Si te estuviera buscando, ya te habría encontrado». Había hecho todo lo posible por silenciar la voz, pero ahí continuaba, de todos modos.

Se acercó a la ventana del desván. Costaba ver a través de la densa capa de árboles que rodeaban la casa, pero si estiraba el cuello en una dirección concreta atisbaba un claro soleado. Y si se inclinaba en dirección contraria veía una hilera de abedules y el sendero que conducía a la Hondonada.

—¿Dónde estás, Haakon? —susurró.

Estaba allí fuera, buscándola. Seguro. «Vendrá. Dale unos días más», se dijo. Tenía que creerlo porque, sin él, no tenía futuro ni esperanza.

—Y cuando llegue, no quiero recibirlo con la ropa rota —dijo en voz alta para recordarse la tarea que tenía entre manos.

Aunque había subido al desván todos los días, en realidad nunca había tenido que buscar nada en él. De repente descubrió que encontrar allí una camisa o cualquier otra cosa era una tarea abrumadora. Los hermanos no habían ordenado nada. El orden no era su punto fuerte. Tupfen siempre estaba recogiéndoselo todo, guardando piezas sueltas de relojes, cuerdas de arco y herramientas.

Sophie sonrió al pensar en los hermanos y después se puso a buscar. Estaba muy agradecida por su amabilidad y sus cuidados, y se había encariñado con ellos. Sabía que Schatzi era un alma sensible; tenía el pelo rojo y un rostro redondo que a menudo se ruborizaba de emoción. Jakob, el mayor de los hermanos, era un decidido hombre de acción. Tenía el pelo y la barba canosos, además de arrugas en la cara. Jeremias era picarón y alegre, aunque a Sophie le daba la impresión de que aquel buen humor era algo falso y le servía de mecanismo de defensa, porque a veces percibía una profunda tristeza en su mirada. Johann era tranquilo y reflexivo, siempre andaba perdido en sus pensamientos. Joosts era el mediador. Josef, que siempre llevaba briznas de heno pegadas al cuerpo, era feliz cuidando de sus gallinas, su vaca y sus cerdos. Julius era gruñón pero listo y perspicaz, además de amable, a su manera. Era el que le había leído a Sophie todas las noches de su convalecencia para que no se aburriese.

Avanzó con cuidado entre cajas apiladas en mesas, cestas colocadas en equilibrio sobre cajas y un montón de muebles rotos que los hermanos pretendían arreglar en algún momento. Tuvo que colarse entre unas sillas y un cabecero, luchar contra botas de nieve y cañas de pescar, y apartar de un codazo una cabeza de alce disecada para llegar hasta una cesta de ropa vieja subida precariamente en lo alto de una pila de libros que, a su vez, estaban amontonados sobre un baúl. Al ir a coger la cesta golpeó los libros, que cayeron al suelo.

Cerró los ojos. Sacudió la cabeza. Nada le salía bien. Lamentándose entre dientes, abrió de nuevo los ojos, dejó la cesta y empezó a recoger los libros. Y entonces vio el nombre grabado en el baúl con pulcras letras mayúsculas, una única palabra: JASPER.

VEINTICUATRO

Sophie se arrodilló. Dejó en el suelo los libros que había recogido y barrió con la mano el polvo de la tapa.

—¿Jasper? —susurró, y frunció el ceño—. ¿Quién eres tú?

¿Era uno de los hermanos? Los cuentos de hadas que había oído solo mencionaban a siete, y los hermanos tampoco le habían hablado nunca de un octavo.

A Sophie le picó la curiosidad; tenía que averiguarlo. Desabrochó las correas de cuero, abrió el cierre y tiró de la tapa. Contuvo el aliento al ver el contenido: pilas de pequeños cuadros, docenas de ellos, a cada cual más bello.

Los paisajes eran tan vívidos que saltaban del lienzo. Sophie reconoció la Hondonada y su huerto. El arroyo que discurría entre los árboles, más allá de la cerca. Una hilera de abedules. Sacó los cuadros, uno a uno, con mucho cuidado. Vio la cara de Jakob al bendecir la mesa. A Josef dormitar junto a la chimenea. Unos huevos azules moteados en un nido. A Schatzi con la nariz pegada al hocico de un cervatillo. Sophie se tomó su tiempo con los cuadros, maravillada por los detalles y la intensidad de las emociones que desplegaba cada uno de ellos. Eran creaciones pequeñas e íntimas, y mientras las contemplaba le parecía estar asomándose al interior del corazón del artista. El suyo, de hecho, ronroneaba de placer.

—¿Por qué no enmarcan estos cuadros y los cuelgan en las paredes? —se preguntó.

Después, siguió rebuscando. Vio a Julius con una rama de romero y el ceño fruncido, como siempre. A un osezno rodeado de flores silvestres. El hocico de un zorro asomando de una zarza negra. Una bandada de cuervos en un árbol...

... y a un hombre de pie, entre ellos.

La sonrisa de Sophie resbaló de su rostro como si fuera hielo deslizándose por un tejado. Se acercó más a la imagen para observarla.

El rostro del hombre era blanco como el hueso. Llevaba el pelo largo arremolinado en torno a los hombros. Lucía una corona de

obsidiana con gemas oscuras engastadas en ella.

—Lo he visto —susurró mientras el corazón le latía con fuerza.

Un recuerdo turbio y vago intentaba abrirse paso. El hombre la miraba desde arriba y esbozaba una sonrisa cruel. Había una mujer con él.

Pero ¿dónde había sucedido eso? Y ¿cuándo? No conocía a aquel hombre. De haber sido así, lo recordaría. ¿Cómo se le iba a olvidar la profundidad insondable de sus ojos negros? ¿Aquella sonrisa tan horrorosa?

Sophie intentó asirse al recuerdo para encontrarle sentido, pero era como intentar agarrar un puñado de humo. Los hermanos nunca le habían mencionado a aquel hombre, pero allí estaba, en un cuadro. ¿Acaso Jasper, quienquiera que fuera, lo conocía? Entonces se le ocurrió una idea escalofriante: ¿sería Jasper aquel hombre?

Dejó el cuadro en el suelo y rebuscó por el fondo del baúl. Había pinceles colocados en una ordenada fila junto a una paleta de pintor y tarros de cristal con pigmentos molidos. Encontró también un gorro de lana verde y unas gafas. Un chaleco de tweed. Varios bocetos. Una navaja. De todo, al parecer, menos una respuesta.

—¡Sophie! —la llamaron desde la planta de abajo.

Era Josef. Todavía inclinada sobre el baúl, se enderezó. ¿Ya habían regresado los hermanos? ¿Cómo era posible? Todavía no se había hecho de noche. Miró hacia la ventana del desván y comprobó que se equivocaba: las sombras se alargaban y el crepúsculo caía sobre la casita. Había perdido por completo la noción del tiempo.

Oyó que alguien subía por la escalera.

—Sophie, ¿estás ahí arriba? La cena está lista y...

A Josef se le atascaron las palabras en la garganta al verla sentada en el suelo rodeada de cuadros. Cruzó el desván de unas cuantas zancadas rápidas y, sin decir nada más, recogió las pinturas y volvió a meterlas en el baúl.

La joven se dio cuenta de que estaba muy afectado.

—Lo siento. Supongo... supongo que no debería haberlo abierto —dijo mientras lo ayudaba—. Sentía curiosidad por Jasper. Y entonces vi esto... —Sostuvo en alto el cuadro del hombre pálido—. Y me pregunté si sería Jasper.

Josef miró el cuadro; el odio que se le pintó en el rostro era tan puro e intenso que Sophie se sobresaltó.

—Ese no es Jasper —gruñó—. Jasper era nuestro hermano. El pequeño. Murió. Hace mucho tiempo.

—Josef, lo siento mucho —respondió ella, sorprendida por su ira —. ¿De qué murió?

—Tuberculosis.

Sophie sabía que mentía. Su expresión, siempre tan sincera y abierta, se había vuelto impenetrable. No la miraba a los ojos.

—Nunca habláis de él. Ninguno de vosotros.

—Cuesta mucho, Sophie. Mucho.

Sophie asintió, ya que no deseaba insistir en ello. Así que le planteó otra pregunta.

—¿Sabes quién es el hombre pálido? ¿El que está bajo el árbol de los cuervos?

Josef negó con la cabeza.

—Ni idea.

Era otra mentira. Ella había visto que lo reconocía hacía unos segundos, así que sabía quién era, pero no quería decírselo. «¿Por qué?», se preguntó.

Josef cerró el baúl y lo aseguró bien, procurando meter los extremos de las correas en sus trabillas. Después colocó encima los libros que Sophie había tirado.

«Es como si temiera que los recuerdos se escaparan», pensó.

—La cena está lista —repitió Josef, y se dirigió a la escalera.

Sophie lo siguió y, al llegar al primer escalón, se dio cuenta de que todavía necesitaba una camisa para cambiarse. Regresó a toda prisa a la cesta de ropa vieja, rebuscó en ella y encontró una. Al sacarla, oyó arañazos en el techo y un movimiento repentino.

Dio un respingo y se llevó la mano al pecho, aunque se rio de su reacción cuando el causante del ruido pasó volando junto a la ventana.

No era más que un enorme cuervo negro.

VEINTICINCO

El ataúd de la capilla real era pequeño y estaba envuelto en tela negra.

La criatura del interior, un niño, llevaba puesta la ropita del bautizo. Le habían cerrado los ojos y cruzado las diminutas manos sobre el pecho. Solo tenía cuatro meses.

El padre del niño, el rey de Sajonia, estaba arrodillado junto al ataúd, con la cabeza gacha.

La madre del niño, desgarrada por el dolor, lloraba en su cama.

Adelaide los veía. Su hermano. Su padre. Su madre. Muertos tiempo atrás, todos ellos, pero vivos en las profundidades de su espejo.

Y entonces se vio a sí misma: una niña de cinco años. Llevaba el pelo trenzado. Su mirada era solemne. Aferraba un ramo de flores con las manitas. Las había recogido ella misma. Unas cuantas se habían marchitado, ya que había tardado bastante en llegar desde el jardín de la reina a la capilla.

Recorrió el pasillo hasta llegar al altar. Su padre lloraba, oía sus sollozos. Verlo tan triste le rompía el corazón.

—No llores, papá —le dijo al acercarse por detrás, pero él no la oyó.

Sin saber bien qué hacer, se acercó más y le dio una palmada en el brazo. El rey se sobresaltó y levantó la mano. Adelaide apenas lo reconocía: la tristeza había causado estragos en aquel rostro, que antes era tan bello.

—Papá, mira —dijo mientras le ofrecía el ramo—. Te he traído flores.

El rey contempló el ramo, pero no lo cogió. Después la miró a ella.

—Tres hijos varones muertos en tres años. Pero tú, Adelaide, sobrevives. Cada vez eres más alta y fuerte. —Alzó la mirada al techo —. Dios del cielo, ¿por qué? ¿Por qué te llevas a mis varones y me dejas con esta niña inútil?

Adelaide dejó caer la mano. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Hasta entonces no había sabido que fuera inútil. De hecho, su tutor decía que era lista. Su niñera decía que era buena.

El rey se levantó y miró dentro del ataúd.

—Mi hijo, ni niñito... —dijo mientras se golpeaba la cabeza con las manos.

Adelaide se secó los ojos. El movimiento captó la atención de su padre.

—Ven, niña, ven... —la llamó.

Sin embargo, Adelaide, que ahora tenía miedo, negó con la cabeza. Retrocedió. El rey se abalanzó sobre ella y la agarró por el hombro. Las flores cayeron al frío suelo de piedra.

—Míralo, Adelaide —le dijo mientras la empujaba hacia el ataúd —. Mira a tu pobre hermano muerto en su ataúd. ¿Lo ves?

Adelaide asintió e intentó ser valiente. Ya no le gustaba el bebé.

Tenía los ojos hundidos bajo unos párpados finos como el papel, y el rostro rígido y gris.

—¿Por qué, Adelaide? —exclamó el rey—. ¿Por qué no podías ser tú?

La imagen se desvaneció, pero el dolor de las palabras de su padre seguía allí. Todavía. Después de tantos años.

—Recuerdo ese día —dijo una voz detrás de ella—. Tú y yo empezábamos a conocernos.

Adelaide se volvió poco a poco.

—Tus padres murieron pocos años después del niño. Pero tú no, Adelaide. Tú sobreviviste. Siempre sobrevives. —Se dio un toquecito en la barbilla con una de sus garras negras—. Me preguntó por qué será...

—Por ti —susurró ella.

—Sí. Por mí. Te ayudé a superar todas las amenazas. —Sonreía, aunque se notaba la amenaza velada en su voz—. No obstante, no puedo ayudarte si no haces lo que te pido.

—¿A qué te refieres?

—La muchacha sigue viva.

—No —respondió ella con vehemencia—. Es imposible. El cazador me trajo su corazón. Te lo di.

—Los siete hombres la salvaron. Le dieron un corazón nuevo. Está en el Bosque Oscuro. En una casita llamada la Hondonada.

Adelaide se puso rígida de rabia. Y de miedo. La muchacha representaba una amenaza para ella. El espejo se lo había dicho.

—Mientras ella viva, no estarás a salvo —dijo el hombre.

—¿Qué puedo hacer? Mi cazador está muerto.

El hombre se metió la mano en el abrigo y sacó un par de bonitas cintas para un corpiño. Eran de lustrosa seda negra tejida con hilo de oro entretejido. Las puso en las manos de la reina.

—Encontrarás un caballo nuevo en tus establos, un semental gris. Nació de una tormenta y es más rápido que el viento. Disfrázate y cabalga hasta la Hondonada. Dáselas a la muchacha. Asegúrate de que se aprieta bien el corpiño con ellas. Es lo único que tienes que hacer.

Dicho lo cual, desapareció y dejó a la reina sola.

Ella se volvió hacia el espejo.

—Espejito, espejito, que estás en la pared... —empezó, fascinada de nuevo por las imágenes que veía en su interior—. La persona que me destruirá, dime quién es.

De no haber estado sola en la habitación, alguien habría visto que

no había nada en el espejo.

Ni rey, ni ataúd ni niña con el corazón roto.

Nada más que una mujer delgada como una hoja de papel. Ojerosa. Obsesionada.

VEINTISÉIS

Sophie, con una mano en la puerta y la otra sujetando un pequeño hatillo, miró atrás por última vez, aunque con cierto sentimiento de culpa.

No había nadie en el patio. Los hermanos estaban en la mina. Weber, en la cocina. Tupfen limpiaba las ventanas.

Sophie sabía que no debía hacerlo. Los hermanos le habían advertido encarecidamente que no saliera nunca de la Hondonada, pero no le quedaba más remedio. Había pasado poco más de un mes desde que saliera de palacio con el cazador, y seguía sin haber ni rastro de Haakon.

La Hondonada estaba muy escondida, y Sophie sabía que, cuando Haakon fuera a buscarla, no vería la casa. La noche anterior, mientras ayudaba a fregar los platos de la cena, se le había ocurrido un plan: regresaría al estanque, al lugar en el que el cazador le había robado el corazón. Las partidas reales a menudo pasaban galopando por allí durante las cacerías, y era probable que Haakon también lo hiciera.

Se pasaría unas horas allí y, con suerte, vería acercarse a su partida de búsqueda. Saldría corriendo al camino y les haría señas. Le contaría a Haakon lo que la reina y su cazador habían hecho, y después cabalgarían sin parar, a toda velocidad, hasta la frontera. No tenían elección. Haakon era uno de los invitados de honor de la reina, pero no sería capaz de volver a palacio cuando supiera lo que le había hecho a Sophie.

Le dolía desobedecer las instrucciones de los hermanos y escabullirse, y sabía que, cuando Haakon y ella se reencontraran, no tendrían tiempo de volver a la Hondonada para contarles a los hermanos que se iba. Por ese motivo, había dejado una nota en su almohada en la que les explicaba dónde había ido y por qué, les agradecía todo lo que habían hecho por ella y les prometía que

regresaría algún día a verlos.

Sophie no se llevó casi nada, tan solo una manzana, un trozo de pan y el saquito de rubíes guardado dentro de una servilleta atada. No tenía ni idea de si su plan funcionaría, pero debía intentarlo. Un mes era mucho tiempo. ¿Y si Haakon perdía la esperanza? ¿Y si dejaba de buscarla y volvía a su reino? Si eso sucedía, ella perdería su única oportunidad de que la salvaran. Lo perdería a él.

Abrió la puerta de la cerca y salió por ella. Unos segundos después corría por el camino de piedra. Tenía una idea aproximada de la dirección en que se encontraba el estanque, ya que había visto a Johann ir hacia allí algunas veces, por las noches, con una caña de pescar al hombro. Media hora más tarde, lo encontró.

No sin dificultad, recorrió el borde pantanoso del estanque, ahuyentando de camino unas cuantas ranas toro y metiendo más de una vez los pies en el barro. Estaba sudorosa y sin aliento cuando llegó a la orilla de hierba en la que los jinetes se detenían para dar de beber a los caballos, y se apoyó en un árbol para recuperarse. Al hacerlo, su corazón de repente trastabilló y chirrió, y después frenó de golpe, dejando pasar unos cuantos segundos entre latido y latido.

Sophie se mareó tanto que estuvo a punto de desmayarse, pero consiguió llegar hasta un tronco y sentarse. Con los ojos cerrados, respiró hondo varias veces a la espera de que el corazón volviera en sí.

«No es más que un engranaje encasquillado. Se resolverá», decía siempre Johann cuando eso sucedía, y esbozaba una sonrisa tranquilizadora. Sin embargo, nunca parecía resolverse. En vez de mejorar con el paso de los días, los problemas cada vez aparecían con más frecuencia.

Al cabo de unos minutos, el corazón por fin reanudó su ritmo normal y Sophie abrió los ojos. Estaba inmóvil, ansiosa, prestando atención por si oía el sonido de los cascos. Quizá Haakon estuviera de camino en aquellos precisos instantes. Se imaginaba la felicidad pintada en su rostro al verla. Se lo imaginaba bajando de un salto de la silla y abrazándola mientras le decía que jamás la había creído muerta y que la había buscado fielmente todos los días.

Sophie siguió escuchando, pero no oía nada salvo la brisa que soplaba entre los pinos. Se resignó a una larga espera, a la posibilidad de regresar al día siguiente. Y al siguiente. Se levantó con la idea de recorrer un trecho del camino de los caballos. Pero se detuvo en seco. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«Este es el lugar —pensó mientras paseaba la mirada por la orilla,

por el borde del agua, por los altos juncos que lo delimitaban—. Aquí es donde el cazador me arrancó el corazón».

El olor a lodo y el susurro de los pinos la ayudaron a recordarlo todo. Desde el día en que despertó en la Hondonada había procurado enterrar los recuerdos, pero de repente salieron a la superficie e inundaron su mente de imágenes, sonidos y sensaciones horribles. Volvió a sentir la sorpresa del momento en que el cazador la atrajo hacia su cuerpo; también sintió la hoja del cuchillo. Y vio los rostros, dos, inclinados sobre ella, pálidos y crueles. El hombre con la corona de obsidiana, el que había pintado Jasper... No se lo había imaginado. Lo había visto de verdad. Allí mismo. Había acudido a ella para verla morir. ¿Quién era?

El corazón de Sophie trastabilló otra vez, gimió y se aceleró de nuevo. «Esto no ha sido buena idea —pensó—. Tengo que volver a la Hondonada». Nerviosa, impulsada por sus emociones, se alejó del estanque. De nuevo siguió la orilla para volver sobre sus pasos. Unos minutos después se abría camino entre los árboles.

Caminó durante casi una hora antes de percatarse de que nada le resultaba familiar. Había pasado junto a un gran canto rodado gris en su camino desde la Hondonada al estanque. Junto a una enorme zarza negra. Un árbol carbonizado por un rayo. ¿Dónde estaban?

Un ruido chirriante y agudo la sobresaltó. Levantó la vista: una bandada de cuervos se había posado en las ramas. Examinó el cielo: el sol se estaba poniendo. Los hermanos volverían pronto a casa y se preocuparían muchísimo al ver que ella no estaba. Aceleró el paso para intentar regresar antes que ellos.

El pánico no dejaba de parlotearle en la cabeza: le decía que estaba perdida sin remedio, que se acercaba el crepúsculo y que los lobos pronto estarían al acecho.

—¿Hacia dónde voy? —murmuró mientras intentaba orientarse.

Sophie tenía la vaga noción de haber caminado hacia el este desde la Hondonada, así que decidió dirigirse al oeste, hacia el sol poniente. Aturullada, miraba hacia cualquier parte menos hacia delante, así que no vio lo que había en el suelo del bosque hasta que se le enganchó el dedo gordo del pie y estuvo a punto de caer despatarrada. Se enderezó y se volvió para ver con qué había tropezado.

Esperaba ver una roca que sobresalía del suelo o la retorcida raíz de un árbol.

No un esqueleto.

Con un grito de horror, Sophie retrocedió de espaldas sin dejar de

mirar los restos. Un sapito marrón se asomaba a una de las musgosas cavidades oculares. La mandíbula colgaba abierta, en un gemido silencioso. De los largos huesos colgaban jirones de tela podrida por la exposición a los elementos. Las enredaderas serpenteaban a través de las costillas del esqueleto. Algunas de ellas estaban rotas. Sus bordes ennegrecidos enmarcaban un agujero irregular justo en el lugar en el que antes latía el corazón.

Mientras Sophie contemplaba el agujero, el miedo le acarició la nuca con su afilada uña. Esquivó el esqueleto y se apresuró a seguir. Su pánico se había convertido en puro terror, de modo que tenía la respiración entrecortada. Apenas había recorrido veinte metros cuando vio otros restos en el suelo, esta vez más antiguos y cubiertos casi por completo de musgo.

Siguió adelante dando traspiés, bajó por una zanja, subió una colina. Y entonces vio algo peor. No un esqueleto, todavía no, sino un cadáver. Estaba apoyado en un árbol. La putrefacción todavía no había llegado al rostro de la joven, pero los pájaros le habían arrancado los ojos. También le faltaba el corazón.

El de Sophie golpeaba con fuerza dentro del pecho. No sabía si gritar de miedo o llorar. Sin dejar de temblar, se movió en círculo. Aquella mujer, las demás personas que había visto... habían muerto porque alguien les había robado el corazón, igual que el cazador a ella. Fuera quien fuera, el Bosque Oscuro era su coto de caza. Y ella estaba allí, sola, sin nadie que la ayudara, ni los hermanos ni Haakon.

Se le escapó un sollozo de terror. Después otro. Se llevó las manos a la boca para detenerlos, convencida de que si se echaba a llorar no sería capaz de parar, de que se disolvería en un charco en el suelo del bosque. Así que siguió adelante arrastrando los pies, con las piernas débiles, cruzó un arroyo y atravesó como pudo la densa maleza. Entonces, al llegar a la cima de otra colina, vio una hilera de abedules. Recordó haber visto abedules desde la ventana del desván de la casita.

—Por favor, que sean los mismos árboles. Por favor —rezó.

Si lo eran, la Hondonada no estaría muy lejos. Sophie mantuvo la vista fija en los abedules, respiró hondo y corrió.

VEINTISIETE

Sophie oyó a los hermanos antes de verlos.

La estaban llamando una y otra vez, a pleno pulmón. Al acercarse a la Hondonada, vio los faroles que se movían en la penumbra.

—¡Estoy aquí! —gritó, muerta de alivio—. ¡Aquí!

Un segundo después, Josef estaba a su lado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con algo de brusquedad, por la preocupación. Después levantó el farol y la vio mejor—. ¿Qué te ha pasado?

Las botas de Sophie estaban embarradas. Las espinas de las zarzas le habían desgarrado la falda. La melena, que se había recogido en un moño por la mañana, le caía sobre los hombros. Tenía el rostro enrojecido.

Jakob, jadeante y sin aliento, se les unió.

—¡Estábamos muy preocupados! ¡Hemos llegado a casa y no estabas! —Se volvió, hizo bocina con las manos y gritó—: ¡La hemos encontrado!

Juntos regresaron a la casa. Cuando llegaron a la verja, los demás ya estaban esperándolos en el patio. Tenían muchas preguntas.

—¿Por qué te has ido?

—¿Adónde has ido?

—¡Gracias al cielo que estás bien!

—¿Podemos entrar, por favor? Tupfen no deja de llorar, y Weber está tan afectado que ha quemado los bollitos.

—Siento mucho haberos asustado —respondió Sophie de camino hacia la puerta—. He ido al estanque.

—Al estanque —repitió Julius, horrorizado—. ¿Por qué?

—Para ver si Haakon estaba buscándome allí —reconoció ella.

—Eso ha sido una tontería —dijo Julius en tono severo, aunque Sophie también percibió miedo en su voz.

—Lo sé. Los... los he visto. Los huesos. Y también un cadáver.

Los hermanos intercambiaron serias miradas. Sophie se dio cuenta.

—¿Qué? —les preguntó—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué están esos restos en el bosque?

—Entra, Sophie —dijo Julius con pesar—. Quítate las botas mojadas y cámbiate de ropa.

—No tengo más ropa.

—Puedes tomar prestados unos pantalones y una camisa. Tupfen te los buscará. Después cenaremos. Weber ha procurado mantener caliente la comida.

Mientras entraban en el vestíbulo, Sophie reprimió las ganas de

discutir con ellos. Quería respuestas, y los hermanos las tenían. Se daba cuenta de ello, pero había causado muchos problemas, así que se mordió la lengua y decidió preguntarles más tarde, cuando estuvieran sentados a la mesa.

Después de quitarse las botas, Sophie entró en la cocina. Tupfen y Weber corrieron a recibirla. Sophie los besó en las mejillas y también se disculpó con ellos por haber sido motivo de preocupación. Algunos de los hermanos pusieron la mesa; otros encendieron velas o alimentaron el fuego.

Sophie salía de la cocina camino de la escalera para subir a cambiarse cuando Johann, que creía que ya no podía oírlos, acercó la cabeza a la de Josef y dijo:

—Es él.

Había hablado en voz baja, con la intención de que se enterase tan solo su hermano, pero Sophie lo oyó. Se volvió hacia ellos.

—¿Quién? —preguntó mirando a Johann—. Has dicho que es él. ¿De quién hablas?

Johann abrió los ojos como platos al darse cuenta de que Sophie lo había oído. Empezó a tartamudear y balbucear para intentar retractarse, pero a Sophie no la engañaba.

—Esos huesos de los bosques... antes eran personas —dijo ella—. Les arrancaron el corazón, como a mí. Me estáis ocultando cosas. —Las imágenes volvieron a ella: ojos negros que la observaban, sonrisa cruel—. Es el hombre pálido, ¿verdad? De ese habláis. El del cuadro de Jasper. ¿Quién es?

Miró a los hermanos por turnos, rogándoles la verdad.

Y, al final, la obtuvo.

Julius colocó las manos en el respaldo de una silla y se inclinó sobre ella con la cabeza gacha.

—Se llama Corvus, el Rey de los Cuervos.

La ira estalló dentro de Sophie. Era cierto, los hermanos le habían estado ocultando cosas, y no tenían derecho a ello.

—Es el que le robó el corazón a toda esa pobre gente del bosque, ¿verdad? Cuando me estaba muriendo, lo vi. Se inclinó sobre mí. ¿También tiene mi corazón? ¿Me mintió el cazador? ¿Me mentisteis vosotros?

—No, Sophie, el cazador no te mintió —respondió con tristeza Julius—. Corvus tiene tu corazón. La reina se lo dio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, cada vez más enfadada.

—Cuando te encontramos, casi te habías ido —continuó Julius—.

Tu alma te abandonaba. Corvus se acercaba. Con su hermana, Crucia. Weber atrapó tu alma justo a tiempo, pero ya no podíamos huir, así que nos escondimos. Entonces fue cuando escuchamos a Corvus contarle a Crucia que iba al palacio para recoger el corazón de manos de la reina.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué quiere mi corazón?

—Los colecciona. Los guarda en una habitación de su castillo, dentro de cajas de cristal encantadas, rojos y vivos.

Sophie se sentó a la mesa, más perpleja ya que enfadada. Era como si el suelo se hubiese hundido bajo sus pies.

—¿Qué hace con los corazones?

—No lo sabemos.

A la joven le daba vueltas la cabeza.

—¿Por qué no me contasteis todo esto hace semanas?

Por primera vez desde que había empezado a hablar, Julius alzó la cabeza. Sophie vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. El arisco y gruñón de Julius estaba llorando. Eso la asustó más que nada de lo que le había contado.

—Julius, ¿quién es el Rey de los Cuervos? ¿De dónde ha salido?

—Nadie lo sabe. Lo que sí es seguro es que es poderoso y temible, y tú eres una muchacha con un corazón frágil. Son muchos los que se pierden en el Bosque Oscuro, Sophie, y pocos regresan. Por eso te hemos ocultado cosas. Por eso hemos intentado que te quedaras aquí, en la Hondonada, a salvo y protegida...

A Julius se le quebró la voz y no pudo terminar.

Así que Johann lo hizo por él.

—Se llevó a Jasper, Sophie —dijo en voz baja—. Nos arrebató a nuestro hermano pequeño. No permitiremos que haga lo mismo contigo.

VEINTIOCHO

Habían colocado velas en la mesa. Todos estaban ya sentados. Weber sirvió el vino.

Johann hablaba. Sus hermanos contemplaban el fuego o sus copas. Uno tenía los ojos cerrados para defenderse del dolor. Todos conocían

la historia que contaba. La habían vivido.

Sophie se echó hacia delante en la silla, apoyó los codos sobre la mesa y escuchó con atención. Johann ya le había contado que Jasper era el más pequeño de la familia, que tenía mucho talento y que era muy sensible.

—Era un artista —le explicaba ahora—. Pintaba lo que amaba, ya fuera una cesta de manzanas o un pato en su nido. Un día decidió llevar sus cuadros a Konigsburgo para ver si podía venderlos.

Johann hizo una pausa para beber un trago de vino. En sus ojos, siempre dulces y ausentes, apareció una mirada dura como el pedernal.

—No fue bien. Los vendedores se rieron al ver su trabajo. «Nadie quiere cuadros de manzanas y patos», le dijeron. «Quieren retratos de la realeza o, mejor aún, retratos de ellos mismos. Vestidos con pieles prestadas y diamantes falsos. ¡Se saca mucho dinero con eso, muchacho!».

—Jasper no vendió ni un cuadro. Cambió después de aquel día. Se volvió melancólico y silencioso. Creía que sus cuadros eran malos, que él era malo. Guardó sus pinturas y pinceles, y empezó a dar largos paseos por el bosque. Ahí fue donde lo encontramos. Con un agujero en el pecho. Sin corazón. A una fracción de segundo de la muerte.

—Y lo salvasteis —dijo Sophie.

Johann asintió.

—Le fabriqué un corazón. Como el tuyo. También funcionaba mal, pero de otro modo. En vez de sentirlo todo, el pobre Jasper no sentía nada. Decía que prefería estar muerto a vivir así. —Mientras hablaba, la tristeza le pesaba cada vez más. Se le hundieron los hombros, perdió las fuerzas. Sophie se daba cuenta de que Johann se culpaba por lo ocurrido—. Sin embargo, en cuanto a la parte física, su corazón funcionaba bien. Al menos, así fue durante un tiempo.

—Durante un tiempo... —repitió Sophie, que tuvo un mal presagio —. ¿Qué pasó, Johann?

Pero Johann era incapaz de responder. Julius, que había estado jugando con una vela mientras Johann hablaba, pasando los dedos por la llama, respondió por él:

—Se quedó sin cuerda.

Como el viento que sopla antes de la tormenta, cargado de polvo y hojas secas, la memoria de Sophie arrastraba fragmentos de un sueño por su cabeza. Recordaba ahogarse en un mar rojo de dolor, ver engranajes, ruedas, percutores y muelles a su alrededor. Recordaba

despertarse y preguntar a los hermanos de qué estaba hecho su corazón.

«Engranajes y ruedas. Alambre».

La verdad la golpeó con una fuerza brutal.

—Eres relojero, Johann. Y esto que tengo dentro..., lo que me mantiene con vida..., es un mecanismo de relojería.

—Sí.

Los relojes daban la hora, eso lo sabía. Algunos eran lentos, otros rápidos. Unos eran sencillos, otros diabólicamente intricados. Algunos eran fiables, otros no. Pero todos tenían algo en común: por mucha cuerda que se les diera, había que volver a dársela para que no se pararan.

Los mareos y los ataques en los que perdía el aliento no eran más que señales de que su corazón se paraba.

—¿Cu-cuánto vivió Jasper? —preguntó en voz baja.

—No llegó a un mes. Murió de camino a Nimmermehr, el castillo del Rey de los Cuervos —respondió Johann.

Sophie notó que se quedaba sin respiración. «Solo un mes», pensó.

—Jasper no soportaba vivir sin sus sentimientos —explicó Julius —. Decidió que iba a encontrar el modo de entrar en el castillo para recuperar su corazón. Había oído decir que existía una magia, algún tipo de hechizo, capaz de devolver el corazón a su cuerpo. Hay brujas en estos bosques. Algunas son muy poderosas.

Sophie sintió una chispa de esperanza.

—¿Existe ese hechizo?

—No logramos averiguarlo —respondió Josef—. Acompañamos a Jasper a Nimmermehr. No podíamos dejar que fuera solo. Fue un viaje muy difícil. Una semana a pie desde aquí. Cuando por fin llegamos al castillo, los árboles eran tan altos y las ramas tan tupidas que la luz apenas se filtraba entre ellos. Había cosas en esos bosques...

—¿Qué cosas?

Josef negó con la cabeza, como si no pudiera explicarlo.

—Cosas oscuras. De pesadilla. Con largas zarpas. Algunas tenían ojos rojos. Y otras no tenían ojos. Acechaban en la penumbra. Al principio mantuvieron las distancias, pero después se acercaron. Algunas susurraban. Otras gemían. Aceleramos el ritmo para intentar mantenernos lejos de ellas, pero fue demasiado para Jasper. Su pobre corazón se rindió a kilómetro y medio del castillo. Lo trajimos de vuelta a la Hondonada y lo enterramos.

La habitación se sumió en un triste silencio. Solo se oía el

chisporroteo de los troncos en la chimenea.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó al fin Sophie.

—Ya has vivido más que Jasper. He aprendido de los errores que cometí con su corazón —respondió Johann a toda prisa para evitar la pregunta—. He realizado mejoras, añadido pesos y contrapesos. Más muelles. Mejores percutores. Conseguí alargar el tiempo...

—¿Cuánto, Johann?

Johann miró su plato y barrió de la superficie una mota de polvo imaginaria.

—Un mes, creo. Día arriba, día abajo.

Sophie apoyó la cabeza en las manos; se sentía como si estuviera hecha del más fino cristal, tan frágil que pudiera romperse en mil pedazos al más mínimo golpecito. Había escapado a la muerte para acabar enfrentándose de nuevo a ella.

—Todo ese dolor, todo ese miedo... ¿para ganar tan poco tiempo? —dijo con la voz rota—. ¿Por qué te molestaste, Johann? Deberías haberme dejado morir.

Él no contestó. Nadie lo hizo. Weber, inquieto, insistió en servir la cena. Colocó una bandeja de sauerbraten en la mesa; la tierna carne de ternera se fundía en su salsa de jengibre. También sacó un cuenco de col lombarda con gordas pasas y otro con spaetzle con mantequilla y perejil. Nadie tenía hambre, pero no lo dijeron. Sabían que así era como la araña intentaba consolarlos.

Al cabo de un momento, Josef se aclaró la garganta.

Los demás se alarmaron.

—Josef, no... —empezó a decir Julius.

Pero Josef lo cortó.

—Debo hacerlo. Se acabaron las mentiras. Tiene que saberlo.

Sophie alzó la cabeza y se hundió en la silla.

—¿Hay más malas noticias?

—Jeremias y Joosts no han ido de caza.

Sophie se encogió de hombros.

—¿Qué tiene eso que ver con mi menguante esperanza de vida?

—Han ido a Nimmermehr, Sophie. A recuperar tu corazón.

Sophie guardó silencio un buen rato porque no le salían las palabras. Jeremias y Joosts habían partido en un viaje peligroso y pensaban colarse en el castillo de un rey asesino... por ella. Su altruismo la conmovió.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Los hermanos se miraron entre ellos, atónitos.

—¿Qué quieres decir con «por qué»? —preguntó Schatzi.

—¿Por qué arriesgan sus vidas por mí? ¿Por qué se lo permitís?

Johann se rio como si la respuesta no pudiera ser más evidente.

—Porque te quieren, Sophie. Todos te queremos.

La joven miró su plato. Dentro de su corazón de reloj, un engranaje se atascó y trastabilló al enfrentarse a aquellas emociones en conflicto: gratitud, duda, asombro, falta de valía.

—Sois muy buenos. Demasiado buenos —dijo en voz baja.

—Lo dices como si fuera algo malo —repuso Jakob.

Sophie lo miró a los ojos.

—Porque lo es. La piedad es sinónimo de debilidad —dijo repitiendo las palabras de su madrastra—. La bondad es peligrosa.

Jakob chascó la lengua.

—La bondad es muchas cosas. Es amable, es tierna, es tolerante. Nace de la paciencia y de la fe. Y, a veces, sí, es peligrosa. Ayudar a un animal herido que puede volverse contra ti, defender a alguien del que se burlan unos abusones, colarse en el castillo del Rey de los Cuervos... Todo eso es peligroso. Pero intentar comprender a otra criatura, ponernos en su lugar, ayudarla aunque nos cueste... es una demostración de fuerza, Sophie, no de debilidad.

Ella deseaba creerlo de corazón. Sin embargo, la voz de su madrastra le retumbaba en la cabeza, y también la de Haakon. Le decían que una gobernante no podía permitirse ser amable, que la brutalidad y el miedo eran lo que aseguraba la lealtad de los comandantes y la obediencia de los súbditos. Se encogió al pensar en lo que opinarían sobre aquel corazón de reloj que mostraba sus emociones con tanta claridad.

—¿Crees que Jeremias y Joosts lo conseguirán? —preguntó—. ¿Crees que de verdad recuperarán mi corazón?

Julius alzó las manos como si deseara apartar el exceso de esperanza.

—No lo sabemos. Por eso Josef debería hacer cerrado la boca. Hemos estado en Nimmermehr. Hemos visto lo que acecha en esos bosques. Jeremias y Joosts deberán ser muy astutos y tener mucha suerte para entrar en el castillo, encontrar tu corazón y salir de nuevo. Hasta que regresen con él a la Hondonada, estás igual que estabas.

Sophie comprendía lo que quería decir: Jeremias y Joosts tenían pocas posibilidades de lograrlo.

—Pero puedo conservar la esperanza —se atrevió a decir.

—Si no queda más remedio... —gruñó Julius.

Weber hizo un gesto hacia la comida de la mesa y protestó airadamente.

—Sí, sí, tienes razón, Weber —respondió a toda prisa Schatzi mientras cogía la bandeja de sauerbraten—. Dejar que la comida se enfríe es un insulto al cocinero.

Se sirvió él y pasó el plato. Los demás hicieron lo mismo, y no tardaron en empezar a comer. Las velas brillaban. El fuego ardía con ganas. Todos se animaron con la deliciosa comida de Weber. Las brujas no eran las únicas criaturas capaces de hacer magia en el Bosque Oscuro: la araña también tenía magia de sobra.

Mientras cenaban, Sophie preguntó cuándo regresarían Jeremias y Joosts.

—Dentro de dos semanas, esperamos —respondió Jakob—. Puede que tres.

Sophie notó un nudo de ansiedad en el estómago. Tres semanas era mucho tiempo para alguien a quien solo le quedaba un mes de vida.

—No debes volver a salir mientras los esperamos, ni tampoco debes permitir que entre nadie en la Hondonada. Puede que el Rey de los Cuervos esté cerca —le advirtió Julius, que la miraba muy serio—. Siempre he pensado que Jasper habría vivido más de haberse quedado en casa. Puede que su corazón hubiera tardado más en quedarse sin cuerda de no haberlo forzado, de no haberse agotado con los terrenos escarpados y el mal tiempo para llegar a Nimmermehr. Un mes no es mucho, pero quizá sea lo único que necesitas. Si conservas la energía. Si te quedas quieta y esperas a que regresen Jeremias y Joosts. Si tienes cuidado.

Sophie comprendió lo que quería decir.

—Si no vuelvo a salir de la Hondonada —dijo—. Si no me meto en el bosque. Si no intento encontrar a Haakon.

Julius asintió y apoyó una mano en la de Sophie.

—Si no le exiges a tu corazón más de lo que puede dar.

VEINTINUEVE

Hay muchas formas de robar un corazón.

Y el Rey de los Cuervos usa todos los métodos; no le hace ascos a

ninguno.

No le importa que lo arranquen de una vez, como hice yo, el cazador.

No le importa extraerlo pedazo a pedazo, un año tras otro, como un avaro que acumula monedas, con silencios severos, miradas hirientes y amor servido frío.

Las palabras venenosas también funcionan. Son tan afiladas como cuchillos y dejan huecas a sus víctimas.

En el Bosque Oscuro, una princesa contempla las estrellas desde la ventana de su dormitorio. Le han dicho que es defectuosa. Y ahora cree serlo más aún, ya que tiene un corazón que golpetea y tintinea, y que es un lastre mayor que el viejo.

A varios kilómetros de distancia, la reina contempla su espejo. Es muchas cosas: poderosa, valiente, inteligente, feroz. Pero el espejo nunca le deja olvidar lo que no es: no es un niño, no es un hijo, no es un hombre, no es un rey.

¿Te asusta lo que ves cuando te miras en el espejo?

¿Eres demasiado? ¿No eres lo suficiente? ¿Siempre te equivocas? ¿Nunca aciertas?

Pues óyeme: debería asustarte más lo que te ve a ti.

TREINTA

Sophie alzó el rostro al sol para tomarse un respiro de sus tareas.

Tenía manchas oscuras bajo los ojos. Habían pasado dos días desde que descubriera la verdad sobre su nuevo corazón y su antiguo corazón, y no había logrado dormir mucho. Subía más a menudo que antes a la ventana del desván, no solo para buscar a Haakon, sino también a Jeremias y a Joosts. Estaba preocupada por los dos hermanos. El Rey de los Cuervos era un enemigo mortífero... ¿Y si los había capturado? También se preocupaba por ella. El tiempo no estaba de su parte. Su corazón frenaba el ritmo con cada minuto que pasaba. Se preguntaba con una extraña frialdad cómo sería oír el tictac de sus últimos segundos de vida. ¿Dolería? ¿Sufriría? ¿O todo se pararía sin más, como las manecillas de un reloj sin cuerda?

Oyó el trino de un cuco en una rama alta, y eso dispersó sus

morbosos pensamientos. Abrió los ojos para escuchar su canción, decidida a dejar a un lado sus preocupaciones aunque fuera solo un momento y disfrutar del precioso día. El cielo estaba despejado y era de un azul desgarrador, y una suave brisa soplaba por el huerto y transportaba consigo el aroma a romero y lavanda. Sin embargo, los cálidos rayos del sol se alargaban. Los hermanos regresarían pronto, y también Weber y Tupfen, que habían salido al bosque a recoger arándanos.

Sophie sabía que debía terminar su costura para ayudar a Weber a preparar la cena. Estaba sentada en una vieja colcha, en el patio de la casa, remendando su falda. Las espinas de las zarzas negras le habían hecho jirones el dobladillo durante su frenética carrera por el Bosque Oscuro, y desde entonces llevaba puestos unos viejos pantalones de Jeremias con la vuelta bajada, una de sus camisas de lino y su corpiño. Tras coger la aguja, siguió cosiendo la tela de la falda. Unos minutos después, mientras ataba el nudo final, oyó una voz a sus espaldas y se llevó un buen susto.

—¡Buenas tardes, bella señorita! ¿Te interesan mis mercancías? Tengo muchas cosas bonitas: anillos, broches, dedales y tijeras... ¡Será un placer enseñártelas!

Sophie se levantó, sobresaltada, pero se relajó un poco al ver que no era más que una vendedora ambulante: una anciana que vestía una capa raída y cargaba a la espalda una cesta sujeta con correas. Tenía el pelo gris y una mirada amable. Parecía muy agradable, pero, antes de marcharse a la mina por la mañana, los hermanos le habían advertido de nuevo que no saliese de la cerca de la propiedad.

—No necesito nada, gracias —dijo Sophie.

La mujer se quedó abatida. A la joven le dio lástima: estaba muy delgada y parecía exhausta.

—¿Te importaría darme un vaso de agua? He caminado un buen trecho y estoy sedienta —dijo la mujer. Señaló con la cabeza el pozo del patio—. Yo misma la recogeré, no quiero molestarte. Si me permites entrar y sentarme un momento...

Sophie negó con la cabeza.

—No tengo permitido dejar entrar a desconocidos.

—Lo entiendo, niña. Gracias de todos modos. Que Dios te bendiga.

La mujer esbozó una débil sonrisa al volverse, aunque su rostro arrugado, envuelto en la capucha de la capa, estaba desconsolado.

«Pobrecita —pensó Sophie—. Tener que caminar varios kilómetros con esa carga tan pesada. Seguro que no pasa nada por darle un vaso

de agua».

—¡Espere! —la llamó—. ¡No se vaya! Le traeré agua.

La mujer se volvió hacia ella sonriendo de alivio. Después se quitó la cesta de la espalda y la dejó en el suelo.

—Bendita seas, niña.

—Quédese aquí. Vuelvo enseguida.

La mujer asintió, agradecida, y Sophie se marchó a toda prisa. Unos minutos después regresó con una taza de agua fría y un bocadillo de jamón y queso que había preparado en un momento. Se los dio por encima de la valla, y la mujer los aceptó encantada y se bebió el agua de un trago.

—Eres una muchacha muy amable —dijo mientras se sentaba en un tocón—. ¿Cómo te llamas? —preguntó antes de darle el primer mordisco al bocadillo.

Sophie vaciló y después se regañó por ser tan tonta. Una anciana no iba a hacerle daño.

—Sophie. ¿Y usted?

La mujer tragó la comida y dijo:

—Ada.

Después se limpió la boca con el dorso de la mano, dejó el plato en el suelo, se inclinó sobre la cesta y rebuscó en su interior. Cuando se enderezó de nuevo, llevaba en la mano unas bonitas cintas. Eran de seda negra con hilos dorados.

—Para ti. Son un regalo. Para agradecerte tu amabilidad.

Sophie intentó rechazarlas, pero la anciana se levantó y se acercó a la puerta de la cerca con ellas en la mano.

—Venga, cógelas. Te pegan.

Sophie se mordió el labio. Las cintas eran realmente preciosas y quedarían mucho mejor que los viejos cordones rojos de zapatos con los que se cerraba el corpiño.

—De acuerdo —dijo, encantada, mientras las cogía—. Gracias.

—Póntelas —la urgió la anciana—. Me encantaría ver cómo te quedan.

Una sonrisita secreta le curvó las comisuras de los labios. Una luz oscura le iluminó los ojos de color añil. Pero Sophie, que deshacía con ilusión el nudo que unía las dos bonitas cintas, no se dio cuenta.

En cuanto las hubo separado, las colocó sobre la cerca. Después, se quitó las viejas. Al sacarlas, el corpiño se soltó, así que se lo sujetó con los codos, tiró los viejos cordones al suelo y empezó a ensartar las cintas en los ojales. Terminó la tarea con dedos hábiles, se miró y

sonrió. Tenía mucho mejor aspecto.

—¡Qué bonitas te quedan, querida! —exclamó la anciana—. Pero están demasiado flojas. Ven, deja que te ayude.

Alargó las manos por encima de la cerca, deshizo el nudo de Sophie y tiró con fuerza de las cintas.

—¡Uf! —se quejó Sophie entre risas—. ¡Apenas puedo respirar!

Entonces, la mujer ató las cintas y Sophie dejó de poder respirar por completo. Era como si le hubieran exprimido hasta la última gota de aire de los pulmones.

«¡Aprietan demasiado!», intentó decir, pero no lograba que salieran las palabras.

La mujer retrocedió y, al hacerlo, la capucha se le cayó de la cabeza. Su cabello gris se tornó rubio. El rostro arrugado se alisó. Sus amables ojos la miraron con crueldad.

El aterrado corazón de Sophie le aporreaba el pecho. Intentó gritar, pero solo logró emitir un gruñido.

—¿Es que nunca vas a aprender lo peligrosa que es la amabilidad? —preguntó la reina con una voz helada y rebosante de burla.

Sophie se tambaleó. Cayó contra la cerca. Se apoyó en ella como pudo.

—Por favor..., por favor —suplicó mientras intentaba alcanzar a su madrastra.

Pero ya se había marchado.

Sin aliento, Sophie dio media vuelta y caminó dando tumbos hacia la colcha en la que había estado sentada. Encima había unas tijeras. Si lograba cogerlas, podría cortar las cintas. Sin embargo, cayó de rodillas, entre jadeos, antes de recorrer la mitad del camino. Se miró el corpiño, lista para arrancárselo con las manos... y la boca se le abrió en un grito silencioso de terror.

Dos serpientes negras con escamas de puntas doradas le rodeaban el pecho. Enroscadas en su torso, cada vez se lo apretaban más. Abrieron la boca y le susurraron:

—Niña débil y *essstúpida*... No *eresss* lo *bassstante* fuerte, no *eresss* lo *bassstante lisssta*...

Las venenosas palabras le abrasaban los oídos. La falta de aire le abrasaba los pulmones. Arqueó la espalda para intentar respirar. Por encima de ella, el cielo empezó a dar vueltas.

Lo último que vio antes de derrumbarse fue la cabeza de una serpiente alzándose sobre ella mientras sacaba la lengua; los ojos le ardían y unas gotas de veneno le colgaban de los colmillos.

TREINTA Y UNO

Schatzi se detuvo frente a la puerta de la cerca, cerró los ojos y respiró hondo. El olor procedente de la olla de hierro que Weber había puesto sobre las brasas antes de irse a recoger bayas flotaba con la brisa vespertina

—Albóndigas —dijo, anhelante—. ¡Jugosas albóndigas en salsa de nata! Espero que también haya patatas cocidas. —Abrió los ojos—. Es mi cena favorita —añadió al abrir la puerta—. Salvo por el hasenpfeffer, creo. Y espero que haya bizcocho de mantequilla de postre. Con helado de vainilla.

—¿Es que solo sabes hablar de comida? —le preguntó Jakob mientras lo apartaba para pasar el primero.

Schatzi lo miró como si estuviera loco.

—¿Por qué iba a hablar de otra cosa? —preguntó, y siguió a su hermano.

Los demás iban detrás de ellos, cansados y sucios tras un largo día de trabajo. Todos estaban deseando lavarse y cenar. Julius acababa de encaminarse al pozo cuando la vio.

—¡Sophie! ¡No! —exclamó mientras tiraba el pico al suelo.

—¿Qué pasa, Julius? —preguntó Jakob—. ¿Por qué...?

Dejó la frase sin terminar. Se quedó blanco como la cal cuando vio a Sophie tirada en el suelo, con las manos aferradas a la hierba, el rostro gris y los labios teñidos de azul. Dos serpientes tan gruesas como brazos estaban enroscadas en torno a su cuerpo.

—Id a por un arco y flechas, ¡deprisa! —gritó Julius.

Johann ya corría hacia la casa. Jakob y Josef cogieron sus picos y atacaron a las serpientes, pero las criaturas eran rápidas y esquivaron los golpes. La punta de los picos se hundió en la tierra. Las serpientes intentaron morder a Jakob y a Josef: el primero consiguió apartarse de un salto, pero al segundo le desgarraron la manga con los colmillos.

Sophie resollaba con desesperación, sin aire. Tenía los brazos llenos de mordeduras.

Johann regresó con un arco. Apuntó con una flecha a la cabeza de una de las víboras, pero las dos se pegaron más a Sophie, de modo que no podía disparar sin darle a ella.

—Seguid distrayéndolas. ¡No dejéis que le piquen otra vez! —gritó Julius mientras se sacaba una daga del cinturón. Se acercó a las

serpientes—. ¡Tenemos que apartarlas de ella! ¡Si no, morirá!

—Julius, ¿qué estás haciendo? ¡No! ¡Estás demasiado cerca!

—Tengo que hacerlo. Van a matarla.

—¡Te matarán a ti!

A Sophie se le pusieron los ojos en blanco. Dejó de moverse.

—¡No! —gritó Julius, que se abalanzó sobre ella. Una de las serpientes se alzó, lista para morderle, pero, al hacerlo, un movimiento próximo a la cerca distrajo al animal. Algo salió disparado a través de la puerta abierta y pasó corriendo junto a los hermanos. Entonces, antes de que supieran lo que sucedía, la cabeza de la serpiente, con los colmillos todavía fuera y los ojos muy abiertos por la sorpresa, salió volando por el aire. Aterrizó a los pies de Johann con un chapoteo húmedo.

El cuerpo de la serpiente muerta, enroscado en el torso de Sophie, se soltó y cayó al suelo. La segunda serpiente se volvió con los ojos entornados y se enfureció al ver muerta a su compañera. Atacó a la masa borrosa, pero su rabia la hacía más torpe y falló.

—¿Qué narices...? —empezó a preguntar Julius.

—¡Es un sabueso! —exclamó Schatzi.

Un perrito enjuto y marrón gruñía y saltaba alrededor de Sophie para enfrentarse a la serpiente. Bailaba sobre sus delicadas patitas, incitaba y se burlaba, retrocedía lentamente para alejar a la serpiente de Sophie. El reptil fue desenroscándose del cuerpo de la joven poco a poco.

La serpiente se balanceaba de un lado a otro y atacaba una y otra vez. El perro la esquivaba por poco hasta que, de repente, la serpiente cambió de dirección, se deslizó hacia un lado y apareció bajo el animal. El perro saltó a un lado, pero no lo bastante deprisa; chilló de dolor cuando los afilados colmillos le abrieron dos cortes en la pata. Se alejó cojeando, entre gemidos, arrastrando la pierna ensangrentada.

La serpiente tomó impulso para el golpe de gracia. Sacó la negra lengua. Con toda la velocidad y la furia de un látigo, se abalanzó sobre el perro. Hundió los colmillos hasta el fondo, pero no en el animal, sino en el suelo.

El astuto sabueso estaba fingiendo la gravedad de su herida. Los cortes, aunque sangraban, no eran profundos, y no le había entrado veneno en el cuerpo. Esquivó fácilmente el ataque saltando a un lado. Mientras la víbora luchaba por liberarse, el perro la rodeó y le mordió en la carne blanda bajo el cráneo. Se oyó un espantoso desgarro y la segunda cabeza de la serpiente salió volando por el aire.

Mientras los hermanos observaban la escena, demasiado atónitos para hablar, el perro (jadeando, con las patas traseras temblando) regresó junto a Sophie. Le lamió la cara a la joven y le dio con el hocico en la nariz. Después dejó escapar un aullido largo y quejumbroso, y se derrumbó en el suelo junto a ella.

TREINTA Y DOS

—Despierta, despierta... ¡Despierta, por favor! —dijo Jakob.

Estaba de rodillas al lado de Sophie y le daba suaves bofetadas en las mejillas.

—¿Está muerta otra vez? —preguntó entre lágrimas Schatzi.

—No está muerta. Respira... ¡Mira! —dijo Johann.

El pecho de Sophie subía y bajaba. Respiraba con dificultad, pero estaba viva.

Johann sintió un gran alivio hasta que vio las marcas de los colmillos en su brazo.

—Hay que sacar el veneno —avisó sin más.

Weber, que acababa de entrar en el patio con una cesta de bayas, se unió a los hermanos. Al ver a Sophie y las serpientes muertas, apartó a todo el mundo. Sabía muy bien qué hacer. Tejió a toda prisa un pedazo de seda, formó una bola con él y lo apretó contra las heridas de la joven. Mientras los hermanos observaban, la seda blanca adquirió un tono verde aceitoso y turbio.

Weber tejió más seda. Cambió las vendas una y otra vez hasta extraer todo el veneno. Cuando la sustancia abandonó su cuerpo, Sophie abrió los párpados de golpe. La princesa gritó y agitó las manos en el aire.

—Para, Sophie, no pasa nada —la calmó Johann—. Las serpientes están muertas.

La joven se llevó una temblorosa mano a los ojos. Respiró hondo un par de veces y bajó la mano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Josef.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sophie.

—Ha sido horrible —dijo con voz entrecortada.

Después, les contó lo que había hecho su madrastra.

—La reina ha descubierto que estás aquí, pero ¿cómo? ¿Quién se lo ha contado? —preguntó Josef.

Johann levantó la vista y buscó cuervos en las ramas de los árboles, pero no había.

—Él. Corvus. Se ha enterado de algún modo que ella está aquí.

Mientras Johann terminaba de hablar, Julius se arrodilló junto a Sophie. Había ido corriendo a la cocina a por una botellita de cristal. Recogió una de las bolas de seda de araña saturadas de veneno y la estrujó para recoger el líquido en la botella. Después sostuvo el cristal a la luz y le dio unas vueltas. Se echó una gotita en el dedo y lo probó.

—Grausamsprache —anunció—. Es un veneno muy potente. Viaja deprisa por los vasos sanguíneos y detiene el corazón.

—Entonces, ¿por qué sigo viva?

—Porque solo paraliza los corazones que están hechos de carne y sangre; no tiene ningún efecto sobre los mecanismos de relojería. De hecho... —Le cogió la mano a Sophie y le puso dos dedos en la muñeca para tomarle el pulso. Sonrió—. Tu corazón funciona bien. El ritmo es fuerte.

Sophie era consciente de que el corazón de metal le había salvado la vida por segunda vez. Se sorprendió al sentirse agradecida, aunque a regañadientes, por aquel cacharro tan defectuoso y ruidoso.

—Me alegro de que volvierais a casa justo a tiempo —les dijo a los hermanos—. Gracias por matar a las serpientes.

—No las hemos matado —respondió Schatzi.

—Pero Johann ha dicho que estaban muertas.

—Las ha matado ella —explicó Schatzi, y señaló al suelo, al lado de Sophie.

La joven tuvo que girarse para ver lo que señalaba. El corazón le zumbó al ver a la pequeña sabuesa tirada en la hierba, exhausta. Tenía la respiración acelerada y los ojos cerrados.

—Es la perrita más valiente que he visto —dijo Schatzi—. Y la más sucia. Está cubierta de barro. Está tan sucia que creía que era un perro marrón, pero no. Es de color...

—Crema —terminó la frase Sophie por él, con los ojos llenos de lágrimas.

Schatzi la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Le salvé la vida una vez —le explicó Sophie mientras apoyaba una mano en el animal, que no era más que piel y huesos. Al notar el contacto, la perra abrió los ojos—. Ahora me has salvado la vida.

Parece que estamos en paz, chica.

Después se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

Zara meneó el rabo.

TREINTA Y TRES

Con cuidado y cautela, Sophie salió del dormitorio al rellano y cruzó los dedos para que las tablas del suelo no crujieran. Cerró la puerta y buscó la escalera a oscuras, palpando para no caerse.

Se marchaba.

Había tomado la decisión después del ataque de las serpientes, antes incluso de entrar en la casa.

«Ningún plan que merezca la pena se trama a oscuras», le gustaba decir a Julius, pero el suyo debía llevarse a cabo en la oscuridad. Cuando despertaran los hermanos, ya se habría ido.

Iría al norte, a Escandania. No tenía elección.

La reina había descubierto que estaba en la Hondonada. Alguien se lo había contado. Johann creía que se trataba del Rey de los Cuervos. ¿La había visto cuando se abría paso por su coto de caza? ¿O estaba aún más cerca? Acechando al otro lado de la cerca de la Hondonada. Observando. Esperando.

Sophie esbozó una sonrisa amarga al pensar en que pocas semanas antes había prometido guardar su corazón en una caja. Alguien se le había adelantado.

Aunque asustada, estaba decidida. Bajó la escalera sabiendo que el viaje sería difícil y que estaría sola. Nunca había recorrido aquellos bosques ni había caminado durante varios días. Tampoco había dormido al aire libre ni había tenido que conseguir su propia comida, pero sabía que sería capaz de soportar cualquier adversidad que se le presentara con tal de llegar hasta Haakon.

Aquella noche, mientras yacía en la cama pensando, como todas las noches, en que había pasado otro día sin noticias del príncipe, se había percatado de algo: lo más probable era que su cruel madrastra lo hubiera enviado de vuelta a su casa después de anunciar a la corte que Sophie estaba muerta. No había acudido a rescatarla porque ni siquiera le habían permitido buscarla. Si él no podía acudir a su lado,

tendría que ser ella quien acudiera al lado de Haakon.

La joven era consciente de que el tiempo corría. Después de cenar, subió en secreto al desván para consultar a toda prisa el mapa que guardaban allí y había calculado que tardaría unos seis o siete días en llegar a la frontera. Le quedaba poco menos de un mes para que se le parase el corazón. Tal vez Jeremias y Joosts lograran recuperar su antiguo corazón o tal vez no. Ya llevaban fuera mucho tiempo, lo que no auguraba nada bueno. ¿Y si los habían capturado cuando intentaban colarse en Nimmermehr? ¿Y si estaban allí encerrados? Sophie no soportaba pensar en los dos hermanos languideciendo en una celda oscura y húmeda. Si fracasaban, su última esperanza (tanto para ella como para ellos) era Haakon. Él reuniría un ejército y atacaría Nimmermehr antes de que fuese demasiado tarde.

Su plan era peligroso. Era una locura. De haber sabido los hermanos lo que pretendía hacer, se habrían enfadado con ella y habrían intentado detenerla. Sin embargo, ellos eran el motivo principal de su partida. No sabía por qué el Rey de los Cuervos deseaba su corazón ni por qué su madrastra la quería muerta, pero estaba convencida de que, si la reina descubría que había fracasado por segunda vez en su intento de asesinato, regresaría de nuevo a por ella. La princesa no era la única que corría peligro. Al quedarse en la Hondonada, arriesgaba las vidas de los hermanos, de Weber y de Tupfen, y prefería morir antes que hacerles daño.

Sophie llegó al pie de la escalera y entró en la cocina. Llevaba una mochila que había encontrado en el desván. Dentro había un mapa, una vieja brújula de latón, un petate, una cantimplora de hojalata abollada, una daga, un gorro de lana y el saquito de rubíes que le había dado Johann. Llenaría la cantimplora con agua del pozo cuando saliera de la Hondonada. Pensaba vender sus gemas en Drohendsburgo, una aldea que se encontraba en su ruta, y usar el dinero para comprar comida y un caballo con el que acelerar su viaje.

Zara, que estaba dormida junto a la chimenea, oyó que Sophie entraba en la cocina y abrió un ojo.

—Me voy, tengo que irme —le susurró la joven mientras le daba unas palmaditas en la cabeza—. Pero tú te quedas aquí. Los hermanos cuidarán bien de ti. Quédate cerca de Schatzi, que te pasará bratwursts por debajo de la mesa.

Dejó la mochila en la mesa y se guardó algo de comida: un pedazo de jamón frío, un salami, una cuña de queso duro, algunas cerezas y una buena porción de strudel de manzana, lo suficiente para llegar

hasta Drohendsburgo. Hizo el menor ruido posible para no despertar a Weber, que dormía en la cocina porque le gustaba el calorcito. Distinguía su silueta en la oscuridad. Estaba en las vigas, colgado de una hamaca de tela de araña, roncando. El corazón le chascó suavemente al verlo: lo echaría de menos.

Cuando terminó de guardar la comida, cerró las hebillas de la mochila y, al hacerlo, oyó un chirrido desconcertado sobre ella. «Weber —pensó, y el corazón le rechinó—. Lo he despertado».

Levantó la mirada y vio que ocho ojos negros la miraban entre parpadeos confusos y soñolientos. Cuando la araña se fijó en la mochila, su expresión pasó del desconcierto a la alarma. Sacudió la cabeza y empezó a hablar con ella en su idioma. Sophie ya lo entendía mejor.

—No, no los despiertes. Intentarán detenerme, pero no servirá de nada. Tengo que irme. El Rey de los Cuervos tiene mi corazón, Weber. Mi corazón. Quiero recuperarlo.

Weber parpadeó. Suspiró. Después levantó una pata y le hizo un gesto a Sophie para que esperase un momento. Lo oyó rebuscar entre las vigas. Unos segundos después, la araña bajó por una madeja de seda; cargaba con algo. Se acercó a la muchacha, lo sacudió y se lo entregó.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras lo aceptaba—. ¿Una manta?

Weber asintió mientras Sophie contemplaba el regalo, maravillada. La manta, de metro veinte de lado, era cuadrada, blanquísima y tan suave y ligera como un suspiro. La araña había tejido unos intricados dibujos de flores y moscas, hierba y polillas; de todo lo que les gustaba a las arañas. Weber la cogió de nuevo, la dobló hasta formar un cuadradito no mayor que una manopla de cocina y la guardó en la mochila de Sophie.

—Gracias —le dijo Sophie con la voz algo tomada por la emoción —. Diles a los otros que no me sigan. Diles que regresaré... si puedo.

Después rodeó con los brazos a la araña y la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Weber le devolvió el abrazo con todas sus extremidades. Cuando por fin la soltó, Sophie vio que la araña lloraba. Unas grandes lágrimas plateadas salpicaron el suelo de la cocina.

—Para, Weber —lo regañó con cariño—. Con tantos ojos, vas a inundar la casa.

La araña logró esbozar una sonrisa. Sophie le dio un beso en la mejilla, le pidió que cuidara bien de Zara y se puso una vieja chaqueta de cuero de codos remendados y puños gastados que estaba colgada

de un gancho en el vestíbulo. Como la escoba que estaba al lado, no pertenecía a nadie y les pertenecía a todos, y Sophie sabía que, por mucho que se enfadaran los hermanos cuando descubrieran que se había ido, les gustaría que se la hubiera llevado. No querrían que pasara frío.

Después recogió la mochila, salió de la casa e inició su viaje. Aquella noche no había luna, solo estrellas. El alba quedaba a varias horas de distancia.

Serían otras cosas las que iluminarían el camino de Sophie a través del bosque, aunque entonces no lo supiera.

Lo haría la vieja chaqueta raída que olía a agujas de pino y humo de leña, panceta y nuez moscada. Lo haría la suave manta, tejida con paciencia y entregada con generosidad. Lo haría la porción de strudel, algo aplastada, que se comería con los dedos una noche mientras se protegía de la fría lluvia en una cueva oscura y húmeda.

El amor es suave. Huele a humo de leña y suena a lluvia. Sabe a manzanas con azúcar. Darlo no cuesta nada, pero es más preciado que un mar de diamantes.

Ojalá lo hubiera aprendido antes de que fuera demasiado tarde.

Ojalá lo hubiera aprendido Adelaide.

Ojalá lo aprenda esta muchacha asustada y perdida.

TREINTA Y CUATRO

Por una vez, el estómago de Sophie le hacía más ruido que el corazón.

Gruñía y se quejaba, se le retorcía de hambre.

Llevaba dos días caminando por el Bosque Oscuro y se había quedado sin comida la noche anterior. Lo único que había desayunado era un poco de agua de un arroyo y un puñado de bayas. Por suerte, Drohendsburgo por fin estaba a la vista.

Zara había atrapado una ardilla para el desayuno. Aunque Sophie le había dicho que se quedara en casa, la perrita no le había hecho caso. Lista y silenciosa, se había escapado por una ventana abierta y había seguido a la joven durante varios kilómetros, y solo había dado a conocer su presencia cuando Sophie ya estaba demasiado lejos como para volver atrás y devolverla a la Hondonada.

En aquel momento entraban las dos en la aldea, donde Sophie pensaba vender un par de rubíes. Usaría parte del dinero para pagar una habitación en una posada. Necesitaba un baño y una comida caliente y sustanciosa, y estaba deseando dormir en un colchón aunque solo fuera una noche, en vez de en el frío y duro suelo.

Una estrecha calle principal recorría el centro de la aldea. A ambos lados se alzaban casas de piedra; algunas tenían macetas con flores en las ventanas, pero las flores se habían marchitado. Sophie se preocupó al ver que las puertas principales de dos o tres casas estaban astilladas alrededor de las bisagras, como si les hubieran dado una patada.

Las casas fueron dejando paso a las tiendas. Sobre ellas colgaban carteles que indicaban una carnicería, dos queserías, una pescadería y una verdulería. La vía pública estaba atestada de gente, hasta el punto de que a Sophie le costaba abrirse paso. «Será día de mercado», pensó.

Ante sus ojos pasaban las imágenes de todas las cosas ricas que compraría para desayunar: una cuña de suave queso amarillo, unas rodajas de sedoso jamón ahumado, pan fresco, higos... El estómago le gruñía, dolorido. Tenía tanta hambre que temía desmayarse.

Sin embargo, no tardó en percatarse de que la gente no iba camino del mercado. Nadie llevaba cestas ni regresaba a casa con una gallina bien gorda bajo el brazo, sino que se habían reunido formando un semicírculo alrededor de una casa. Todos estaban muy serios y hablaban en susurros. Frente a la casa vio también una carreta junto a la cual esperaban varios soldados.

Sophie, curiosa, se acercó más. Al hacerlo vio una olla que salía volando por la puerta y aterrizaba en los adoquines. Un soldado la recogió y la puso en la carreta. A continuación salieron varias almohadas de plumas. Dos soldados sacaron una cama. Otro cargaba con unos cuantos cuencos de cerámica. Uno se le cayó de las manos y se hizo añicos contra el suelo. A Zara no le gustó el ruido y procuró pegarse a Sophie.

La joven vio a una mujer al filo de la muchedumbre: estaba delgada, tenía los ojos hundidos y las prendas de ropa le colgaba del cuerpo como si fuesen telarañas. Observaba a los soldados con resentimiento.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Sophie.

—Lo mismo que les sucedió a los Mueller y a los Lind —contestó la mujer, y señaló con la cabeza la casa de la puerta destrozada—. Ahora están echando a los Becker de su casa porque no pueden pagar los impuestos. Se llevarán sus posesiones y las venderán.

—¿Por qué no pueden pagar los impuestos?

—Porque son demasiado altos —respondió la mujer, que la miraba como si fuera estúpida—. Los han doblado.

—¿Quién los han subido?

—La reina, por supuesto. Las guerras cuestan dinero. Alguien tiene que proporcionarlo.

Otro objeto se estrelló contra la calle. Se oía llorar a un niño. Una anciana salió por la puerta. Llevaba un fardo de ropa en los brazos. Estaba encorvada; sus movimientos eran lentos. Del cuello le colgaba una fina cadena con un angelito de plata.

Mientras Sophie y los habitantes del pueblo observaban, un soldado se acercó a la anciana y le arrancó la cadena del cuello. La mujer gritó; suplicó que se la devolvieran, pero el soldado no le hizo caso y le llevó el collar a su capitán.

—Dáselo al lord recaudador —dijo el capitán.

A Sophie se le heló la sangre. El lord recaudador era el barón Von Arnim. Lo conocía desde que era pequeñita. Formaba parte del círculo interno de su madrastra, era uno de sus asesores de confianza. «¿Dónde está?», se preguntó, frenética. No debía verla.

—Ese viejo cerdo asqueroso —masculló la mujer que estaba junto a Sophie mientras miraba hacia un lujoso carruaje alto.

Sophie siguió su mirada. Podía ver al barón, que en ese momento se estaba comiendo un pastel, por la ventana abierta del carruaje. Cuando se le acercó el soldado estaba lamiéndose las migas de los labios. Le echó un vistazo al ángel que colgaba de la cadena e hizo un gesto de desdén con su mano enjoyada. Un lacayo que esperaba en posición de firmes junto al carruaje cargaba con un saco de tela; el soldado dejó caer el collar en el interior.

La anciana, aturdida por la pérdida de su cadena, se acercó arrastrando los pies al coche de caballos para suplicar que se la devolvieran. Como no miraba por dónde iba, pisó un fragmento del cuenco de porcelana que se había roto contra el suelo. El fragmento resbaló sobre los adoquines, y la señora acabó despatarrada en el suelo. Aterrizó sobre las duras piedras y dejó escapar un chillido de dolor.

Los soldados se echaron a reír. Ni uno de ellos movió un dedo para ayudarla cuando la anciana intentó levantarse apoyando sus manos nudosas en los adoquines. Mientras se reían y hacían chistes crueles, una embarazada salió de la casa conduciendo a tres niños delante de ella. Un hombre de rostro demacrado y cabeza gacha los seguía.

Levantó la cabeza justo a tiempo de ver a un soldado plantar la bota en el trasero de la anciana. La pobre cayó de nuevo, y esa vez no pudo volver a levantarse; se quedó sobre los adoquines, gruñendo.

En un abrir y cerrar de ojos, el hombre se abalanzó sobre el soldado, lo derribó y echó el brazo atrás para pegarle un puñetazo, pero un vecino lo apartó enseguida.

—¿Te has vuelto loco? —chilló—. ¡Te van a matar!

—¡Tú! —gritó el capitán—. ¡Has atacado a un miembro de la guardia de la reina! —Le hizo un gesto a uno de sus hombres—. ¡Cogedlo!

Los soldados lo agarraron. Uno le retorció el brazo detrás de la espalda. La esposa del hombre corrió hacia él, pero otros dos soldados la detuvieron y la sujetaron con fuerza. Los pequeños, al ver que le hacían daño a su padre, se echaron a llorar. Otro soldado le dio una bofetada con el dorso de la mano al mayor de los niños, que empezó a sangrar por la nariz.

—¿Vosotros también queréis recibir, mocosos? —les gritó.

Mientras tanto, el capitán había desenvainado su daga. Se acercó al hombre.

—¡Arrodíllate! —le ladró.

Los soldados que lo sujetaban le dieron patadas detrás de las rodillas hasta que lo hizo.

El capitán se volvió hacia los reunidos en la calle.

—¡La casa de este hombre pertenece a la reina! —gritó—. Sus posesiones pertenecen a la reina. Él pertenece a la reina. ¡Voy a asegurarme de que ni él ni vosotros lo olvidéis nunca!

Entonces usó la daga para marcarle una letra erre en la mejilla.

El corazón de Sophie se le retorció dentro del pecho, metal contra metal. El ruido era como un chillido, pero nadie lo oyó por encima de los gritos del hombre, los gemidos de su esposa y de sus hijos, y el llanto de la anciana que seguía tirada sobre los sucios adoquines. Sin pensar en lo que hacía, olvidándose de la presencia del barón Von Arnim y de los soldados de rostro lupino, Sophie se dejó llevar por los impulsos de su corazón de reloj, se abrió paso entre la gente y corrió hacia el capitán.

—Pare, por favor. Yo pagaré sus impuestos. Pagaré todo lo que deban.

El capitán sacudió su daga y las gotitas de sangre salpicaron las piedras del suelo.

—¿Quién demonios eres? —preguntó.

De repente, Sophie fue consciente de que todos los aldeanos la miraban. Y todos los soldados. Y su capitán. Se dio cuenta de que lo conocía. Se llamaba Krause. ¿La reconocería él? ¿Y Von Arnim? Asustada, miró de soslayo el carruaje del barón, que estaba ocupado comiéndose otro pastel. Se sintió aliviada al ver que Krause no la identificaba. Lo cierto era que no se parecía a la antigua princesa: iba sucia, vestía pantalones y llevaba el cabello oculto bajo una gorra.

—Soy... soy una pariente —tartamudeó Sophie mientras le daba la espalda al carruaje.

—¿Tienes cinco marcos de plata, pariente?

—No.

Krause la apartó de un empujón.

—Entonces no me hagas perder el tiempo.

Sophie trastabilló, pero logró mantener el equilibrio.

—Capitán, espere, por favor. Tengo algo más valioso que las monedas de plata.

El capitán arqueó una ceja y le hizo un gesto para que se acercara. Sophie se apresuró a hacerlo, sacó de la mochila la bolsita de rubíes, la abrió y se puso en la mano una de las gemas.

El capitán sujetó la piedra entre el pulgar y el índice, y la sostuvo a la luz. La codicia le iluminó la mirada.

—¿Solo tienes esto? —preguntó, y se fijó en el anillo.

La joven fue a sacar otro rubí, pero, antes de poder hacerlo, el capitán le quitó la bolsa y sacó todas las piedras. Seis gemas grandes y perfectas reflejaron la luz del sol. El soldado sonrió y las metió de nuevo en el saquito.

—Llévaselos al lord recaudador —ordenó a uno de sus hombres tras indicarle que se acercara.

—¿Qué? —exclamó Sophie, indignada—. ¿Todos? Con uno basta para cubrir...

Un chasquido tremendo interrumpió su protesta. La cabeza se le volvió hacia un lado. Una luz le estalló detrás de los párpados y notó el sabor a óxido en la boca. «Sangre». El capitán la había golpeado tan fuerte que le había partido el labio.

—También me quedo eso —dijo mientras le quitaba de malas maneras el anillo del dedo.

—¡No! —gritó Sophie.

Zara gruñó, dispuesta a lanzarse sobre el capitán, pero la joven la detuvo, ya que no le cabía duda de que Krause mataría a la sabuesa. Vio que le entregaba el anillo a un soldado y que el soldado se dirigía

al carruaje. El corazón le aporreaba el pecho: era el Anillo del Reino. El barón Von Arnim lo reconocería al instante y exigiría saber de dónde había salido.

—¡No es justo! —protestó con la esperanza de hacer cambiar de idea al capitán—. ¡Los rubíes cubren lo que se adeuda!

—¿Es que tú también quieres un recuerdo de este día, a juego con el suyo? —repuso él mientras señalaba la cara rajada del vecino, que seguía sentado en el suelo con una mano en la mejilla y los dedos ensangrentados.

—N-no, señor —tartamudeó ella.

—Deja de lloriquear. Has pagado los impuestos de tu familia. Pueden quedarse. Podéis consideraros afortunados.

El capitán se volvió para ladrarles una orden a sus soldados. El hombre de la cara cortada se puso de pie, y Sophie lanzó otra mirada furtiva al carruaje. El soldado le enseñó el anillo al barón, que hizo un gesto de desdén como si quisiera enviarlo al saco junto con los demás objetos decepcionantes. Sin embargo, el óvalo de diamantes que enmarcaba el unicornio reflejó los rayos del sol y le llamó la atención. Pidió que se lo entregara.

El corazón de Sophie le dio un vuelco. Tenía que salir de allí, deprisa. Pero ¿cómo? No podía retroceder porque la calle estaba abarrotada. No podía seguir adelante, tampoco, porque estaba el carruaje del barón.

Mientras buscaba una salida, frenética, vio la puerta abierta de la casa de los Becker. Tras recoger una olla de la carreta, se fue hacia allí seguida por Zara.

—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde vas con eso? —le preguntó alguien.

Era la esposa.

—Lo llevo a vuestra casa.

—Pero...

—Podéis quedaros, he pagado vuestra deuda.

La mujer parpadeó, perpleja.

—¿Que has hecho qué? ¿Por qué? ¿Quién eres?

Sophie le echó otro vistazo al carruaje. El barón había dejado de comer pasteles y llamaba al capitán. A la princesa se le formó un nudo en la garganta.

—No soy nadie. ¿Puedo llevar dentro esta cacerola?

—Te conozco...

Sophie agachó la cabeza.

—No me conoces.

—¡Sí! ¡Sois la princesa! ¡Nos dijeron que habíais muerto! Gracias, alteza —dijo la mujer mientras la agarraba del brazo—. Nos habéis salvado. A todos. No teníamos adónde ir. Nos...

—¡Chist! No digas nada más, por favor.

La mujer dejó de hablar y asintió, vacilante, aunque su desconcierto resultaba evidente.

El barón le estaba haciendo un gesto al capitán para que abriera la puerta del carruaje. Sophie contuvo el aliento.

—¿Vuestra casa tiene puerta trasera? —susurró.

—Sí, ¿tenéis problemas?

—Muchos.

La mujer condujo a Sophie a su casa.

—La puerta de atrás da a un patio. Saltad el muro y aterrizaréis en un manzanar. Corred hasta el final y llegaréis al bosque —dijo, mientras le apretaba el brazo a la princesa—. ¡Corred!

Sophie le dio la olla y corrió hacia la puerta trasera con Zara detrás.

—Gracias, majestad —susurró la mujer mientras la veía huir—. Y buena suerte.

TREINTA Y CINCO

Un hombre pálido a lomos de un semental negro azabache cabalgaba por el bosque.

El sol se hundía en el cielo. Un crepúsculo gris azulado se formaba entre los árboles. Los insectos nocturnos cantaban; los murciélagos alzaban el vuelo.

El hombre llegó a un estanque y desmontó. Mientras su caballo rastrillaba el suelo con un casco, él se acercó a la orilla. La brisa se enroscaba en las ramas y rizaba la superficie del lago.

Corvus, el Rey de los Cuervos, apenas se percató de ello. Contemplaba a dos criaturas que se encontraban al otro lado del agua, una muchacha y una perra. La joven estaba apoyada en el tronco de un roble antiquísimo, cansada de correr: se le veían los hombros hundidos y unas gotas de sudor le habían dejado rastro en la suciedad

de las mejillas.

Se había detenido a recoger arándanos y guardarlos en su gorra. En aquellos momentos se los comía, aunque los repartía con la sabuesa. Después desenroscó la tapa de su cantimplora y le dio un buen trago.

«Está hambrienta y delgada. Asustada y sola. No obstante, resiste —pensó el rey—. El cazador no la mató. Ni tampoco las serpientes. ¿Cómo es posible? Mi hermana cree que los siete hombres le han fabricado un corazón nuevo. ¿Estará en lo cierto?».

Los ojos de Corvus emitían un brillo malévolo en la penumbra. Rara vez fallaba, por lo que el fracaso le resultaba desconcertante. Estaba inquieto.

—Y no es algo que suceda fácilmente.

La muchacha era más fuerte de lo que creía. Más fuerte de lo que ella misma creía. Había sido testigo de lo sucedido en Drohendsburgo.

Ah, sí, estaba allí, escondido entre la multitud. Susurrándoles a los aldeanos. Plantando semillas en la fértil tierra de sus maltrechos corazones. Había visto a la chica entregar todo lo que tenía para salvar a una familia pobre. La había visto enfrentarse al capitán y ganar en astucia al barón.

«Cada vez es más lista y más dura —pensó—, y eso no puede ser».

Tenía que convencer a Adelaide de que la joven era una amenaza para ella. Tenía que persuadir a la reina de que se librase de Sophie.

Pero le había mentido.

La joven era una amenaza, sí.

Aunque no para Adelaide, sino para él.

Era una niña débil, blanda y amable hasta la estupidez. Era idiota y torpe. Y, aun así, podía desbaratar toda su cuidadosa planificación.

Mientras Corvus la observaba, oculto bajo las ramas de un pino, la chica se preparó para pasar la noche sobre un petate prestado, cubierta por una manta blanca. La perra se metió bajo la manta y se acurrucó a su lado.

—Seda de araña —escupió Corvus.

La mantendría caliente, la protegería del viento y de la lluvia. Y justo por eso se la había dado aquel maldito arácnido.

El Rey de los Cuervos iría al palacio a visitar a la reina, pero primero tendría que terminar su recorrido por el reino.

Le llevaría flores a su pueblo, cultivadas en su propio jardín. Sus pétalos eran del color de la sangre y la medianoche. Sus nombres eran odio, caos, dolor y desesperación.

Ay, Adelaide, cuidado.

Las semillas del miedo engendran flores oscuras.

TREINTA Y SEIS

Sophie se arrodilló en el suelo del bosque y contempló unas setas. Se le hizo la boca agua.

—¿Qué decía Josef? —se preguntó en voz alta—. ¿Que se podían comer las de sombrero marrón y puntos blancos? ¿O eran las de sombrero blanco con puntos marrones?

Se reprendió por no haber prestado más atención cuando Josef clasificaba las cestas de hongos que recogía Tupfen. Estaba muerta de hambre. Era como si el estómago se le hubiera reducido al tamaño de una nuez, pero no se atrevía a comer setas que no era capaz de identificar.

Aunque había logrado dejar atrás al capitán Krause y sus hombres, del hambre y el cansancio no podía huir. Planeaban sobre ella como buitres.

Sucia y sudorosa, con ramitas y hojas enredadas en el pelo, y un dolor palpitante en el labio (a pesar de que ya había transcurrido un día entero) por culpa del revés del capitán, Sophie se sentó, abrió la cantimplora y bebió agua. Esperaba que eso calmara el dolor que le carcomía las tripas, aunque poco podía hacer por el pánico que le atenazaba el corazón. No tardaría en convertirse en uno de los esqueletos del Bosque Oscuro si no encontraba algo que comer. El problema era que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Había perdido lo único de valor que poseía (los rubíes y el anillo) y, además, aun contando con medios para comprar comida, la siguiente aldea, Grauseldorf, estaba a varios kilómetros de distancia.

Debido a la ansiedad, el corazón le golpeaba las costillas.

—Silencio —le ordenó—. Todo esto es culpa tuya.

De no haberle hecho caso, de no haber ayudado a los Becker, no se encontraría donde estaba, sin dinero y famélica.

Sophie había huido para salvar la vida después de que el capitán Krause le robara las joyas. Había salido por la puerta trasera de los Becker y había cruzado el patio. Tras empujar a Zara por encima del muro, ella también lo había trepado. Después habían corrido por el

huerto para refugiarse en el bosque. Una vez allí, Sophie se había detenido un momento para recuperar el aliento hasta que había escuchado las órdenes a gritos que se alzaban por encima de las casas y había tenido que echar a correr de nuevo.

El barón Von Arnim y el capitán Krause sabían que la princesa había pagado la deuda de los aldeanos con su anillo y sus rubíes, y Sophie estaba segura de que habían informado a la reina antes de caer la noche. Se imaginaba la reacción encolerizada de su madrastra al recibir la noticia de que seguía con vida, y no le cabía duda de que enviaría a otro grupo de soldados a buscarla. Se sentía como un zorro que oía cada vez más cerca los aullidos de los sabuesos de la reina.

Sin embargo, lo que más pesaba en el corazón de la joven mientras se apresuraba por el bosque no era su destino ni el peligro que corría, sino los Becker. No paraba de pensar en cómo habían maltratado a la anciana. Oía de nuevo los gritos del hombre cuando la daga del capitán le había cortado la mejilla y los sollozos de sus hijos. Sophie nunca había presenciado semejante sufrimiento, y el suceso la había marcado. Terror, dolor, tristeza..., esas eran las consecuencias del despiadado régimen de la reina, y los habitantes de Drohendsburgo no se lo merecían.

Ansiaba desesperadamente poder ofrecerles algo más a los aldeanos. Anhelaba ayudarlos, pero ¿qué podía hacer? Nada. No podía salvarlos. Debía seguir hasta Escandania. A pesar de ser consciente de que tardaría mucho más sin el caballo que pensaba comprar, lo haría de todos modos; no tenía elección. Necesitaba más que nunca la fuerza de Haakon. Casarse con él, convertirlo en rey de Tierraverde... No solo la salvaría a ella: ahora comprendía que también salvaría a su pueblo de una tirana. Haakon sería un gobernante justo. No echaría a los aldeanos de sus casas. Sophie estaba segura.

El estómago le protestó con un intenso gruñido que dispersó los atormentados pensamientos de la joven. Tenía que encontrar algo, lo que fuera, para comer.

Se levantó y miró a su alrededor. Al hacerlo, un movimiento le llamó la atención por el rabillo del ojo. Era un conejo. La criatura, que mordisqueaba unas hojas, miró a Sophie a los ojos y salió disparada a través de un hueco en una zarza negra. Sophie había visto unos cuantos conejos mientras recorría el bosque, y Zara había perseguido a uno hacía pocos minutos.

«Puede que yo también pueda cazar uno», pensó.

Jeremias era cazador. Antes de partir para Nimmermehr le había

dejado disparar su arco y le había enseñado cómo capturaba conejos usando cuidadosas trampas fabricadas con finas tiras de cuero. Ella no tenía nada de eso, aunque sí un cinturón.

Emocionada ante la perspectiva de una cena sustanciosa, se desabrochó a toda prisa el cinturón y lo sacó de la cintura de los pantalones. Después pasó el extremo por la hebilla para formar un nudo corredizo. Encontró una rama caída y la apoyó en la zarza. Después de anudar el extremo más largo del cinturón alrededor de la rama, colocó el nudo de modo que colgara casi pegado al suelo, frente al hueco por el que había entrado el conejo.

—Un conejo, solo un conejo gordito... No necesito más —dijo tras retroceder un paso.

Un segundo después, la hebilla de latón se deslizó sobre el cuero y cerró el nudo. Sophie frunció el ceño y volvió a colocarla en su sitio mientras rezaba para que no se moviese. Sin embargo, la rama se cayó. Entre gruñidos de frustración, la apoyó de nuevo. Se le enganchó la mano en la zarza y las afiladas espinas le trazaron surcos rojos en la piel; Sophie la maldijo en voz alta, respiró hondo y volvió a intentarlo. Colocar una trampa requería concentración y precisión, y ella tenía tanta hambre que apenas podía pensar con claridad. Le temblaban las manos. Le temblaba todo el cuerpo.

Al cabo de unos minutos, la rama quedó en equilibrio y la trampa, colocada. Sophie cruzó los dedos, se alejó a toda prisa, se tumbó boca abajo y esperó.

«Funciona, por favor —rezó—. Por favor. Por favor. No quiero morir en este bosque».

Levantó un poco la cabeza para observar mejor su trampa. No obstante, no había ni rastro del conejo. ¿Cuánto tardaría el animal en asomarse? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días? Notó otro retortijón. El hambre no tenía piedad. Lágrimas de frustración amenazaban con asomársele a los ojos; parpadeó. Entonces, un hocico rosa se asomó al exterior.

Sophie contuvo el aliento. Apareció la cabeza del conejo.

—Vamos, solo un poco más... —lo animó.

El conejo se estiró hacia el nudo corredizo y lo olisqueó. El corazón de Sophie le aporreaba el pecho. Se fijó en que era un conejo muy bonito, de rostro dulce y enormes ojos castaños.

—Puede que tengas hermanos y hermanas —susurró—. Puede que tengas una familia entera. —Se puso triste—. Lo siento, ojalá no tuviera que atraparte. Es que tengo muchísima hambre.

El conejo enderezó las orejas. ¿La habría oído? Retrocedió. A

Sophie se le paró el corazón.

—¡No! —suplicó—. ¡Sigue adelante!

El conejo meneó el hocico y levantó la cabeza con los ojos muy abiertos. Entonces, inexplicablemente, cayó al suelo y se quedó muy quieto: una flecha le atravesaba el cráneo.

La joven soltó un grito de sorpresa hasta que se percató de lo sucedido: un cazador le había disparado una flecha a su conejo.

—¡No! ¡Es mío! —gritó mientras se abalanzaba sobre el animal.

Tenía que llegar hasta él antes que el cazador. Mientras que para el desconocido no sería más que una presa, para ella era cuestión de vida o muerte. Agarró el conejo, le sacó la flecha y se volvió, dispuesta a defender su propiedad.

El cazador era un joven alto y delgado, de unos dieciocho o diecinueve años, con melena larga de color castaño y ojos grises. Llevaba un arco en la mano.

—Te está chorreando sangre encima —dijo, y señaló el conejo con la cabeza—. ¿Por qué no me lo das? Lo limpiaré y...

—Es mío —lo interrumpió ella, en tono feroz, mientras apretujaba el animal muerto contra el pecho.

El muchacho arqueó una ceja al oír su tono.

—En realidad, es mío —dijo—, porque yo lo he matado.

—Yo he preparado esa trampa. Estaba a punto de caer en ella. Lo habría hecho si lo hubieras dejado en paz.

—No, no lo habría hecho. Estaba asustado. Te había oído hablar. Como todos los animales del bosque. —Esbozó una sonrisa de superioridad—. Ya que estabas, ¿por qué no le has pedido que se metiera de un salto en la olla?

Sophie aferró el conejo con más fuerza.

—¿Sabes despellejarlo y limpiarlo? ¿Y cocinarlo? ¿O piensas comértelo crudo?

—Voy a asarlo. En una fogata.

El chico miró a su alrededor.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó, y la miró de arriba abajo—. Y, para empezar, ¿sabes cómo encenderlo?

El corazón de Sophie se saltó un engranaje y dejó escapar un ruido metálico. El joven se burlaba de ella. La miraba con desprecio. Se sentía pequeña y subestimada, como si estuviera de regreso en la corte. Como si fuera todo lo que la gente decía de ella: tonta, débil, incompetente.

El joven ladeó la cabeza al oír el ruido.

—¿Qué ha sido...?

—¡No necesito que me salves! —lo cortó Sophie.

Él retrocedió y levantó las manos.

—No he dicho semejante cosa. Pero ¿qué tal un poco de ayuda? ¿La necesitas? ¿O estás bien?

—Estoy bien. De hecho, nunca he estado mejor.

Él resopló.

—Pues no tienes buen aspecto. Pareces hambrienta. Y cansada. Y quien te haya partido el labio, ha hecho un buen trabajo. El corte está abierto y sigue sangrando.

Sophie se llevó los dedos al labio. Efectivamente, se le tiñeron de carmesí. Se levantó, ansiosa por recoger su mochila, llamar a Zara y marcharse, pero empezó a ver borroso y se mareó. Se le enganchó el pie en la raíz de un árbol y se tambaleó, aunque logró mantener el equilibrio.

El muchacho dio un paso hacia ella.

—¿Por qué estás en el bosque? ¿Adónde vas?

Sophie no respondió. Por lo que sabía, bien podía tratarse de otro monstruo disfrazado enviado por su madrastra o el Rey de los Cuervos.

—Podrías morir aquí, ¿sabes? Pasa a menudo.

Una risa histérica y convulsiva brotó del pecho de Sophie y se le derramó por la boca.

—Ah, ¿sí? ¿En serio? —preguntó, todavía entre risitas—. Ni se me había ocurrido. Ni...

No llegó a terminar la frase porque se le pusieron los ojos en blanco y le cedieron las piernas.

El arquero corrió hacia ella y consiguió sujetarla antes de que se golpeara contra el suelo.

TREINTA Y SIETE

Cuando despertó, olía a carne asada.

Abrió los ojos poco a poco. Estaba tumbada en el suelo, sobre una alfombra de hojas de pino, con la cabeza apoyada en su mochila. Babeaba.

—El conejo ya casi está. También tengo peras. Y queso —dijo una voz—. ¿Quieres un poco?

El estómago de Sophie rugió como un tigre.

—Lo tomaré como un sí.

Se sentó con cautela y se limpió con la manga las babas de la mejilla. Tras mirar a su alrededor, vio que estaba sentada al cobijo de un alto árbol. Casi había oscurecido. El joven daba vueltas al conejo en un espetón fabricado con ramas encajadas mediante muescas sobre una fogata rodeada de piedras. Los jugos de la carne chisporroteaban al caer en las llamas. Zara estaba sentada al lado del muchacho y contemplaba sin parpadear el conejo.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo... cómo he llegado aquí? —preguntó Sophie.

—He cargado contigo —respondió el joven sin apartar la mirada de la carne.

La princesa no sabía bien qué sentir al respecto. Su recelo creció.

—Esta perra apareció y me gruñó —añadió él—. Supuse que era tuya.

Sophie asintió. Examinó con detenimiento al desconocido. ¿Quién era? ¿Lo habría enviado el Rey de los Cuervos? Si así era, ¿importaba? No podía ni luchar ni escapar. Estaba demasiado débil, demasiado famélica incluso para levantarse.

—¿Eres un monstruo? —le preguntó con la voz desgarrada por el cansancio.

—No.

—¿Me vas a matar?

—No.

—Porque, si lo vas a hacer, hazlo ya y deprisa, y deja en paz a mi sabuesa. Ya ha sufrido demasiado.

El chico la miró.

—Vamos a dejar algo claro desde el principio: jamás en la vida le haría daño a un perro.

La suspicacia de Sophie disminuyó un poco. En su experiencia, la gente que no les hacía daño a los perros tampoco se lo hacía a las personas.

El muchacho volvió a concentrarse en el conejo.

—Me llamo Will.

—Sophie.

Will sacó el conejo del espetón, lo colocó sobre una de las rocas que rodeaban la fogata y lo cortó por la mitad con un cuchillo de

cazador. Le pasó una de las mitades a Sophie, que la aceptó con manos temblorosas. Después le arrancó una de las patas y se la lanzó a Zara.

—Cuidado —le advirtió Will—. Que está muy...

Pero la joven no lo escuchaba. Atacó la carne como si fuera un lobo y le arrancó un buen pedazo con los dientes.

—... caliente.

La carne estaba sosa porque no tenía ningún aderezo. También estaba quemada por algunas partes, fibrosa y dura por otras, pero era lo mejor que Sophie había comido en su vida. Mientras tragaba, le brotaron lágrimas de los ojos. Se las secó con las manos. Will fingió no darse cuenta. Después de limpiar de carne todos los huesos, el chico le pasó una pera. Y después un trozo de queso duro y salado. Sophie lo devoró todo. La comida la calentó. La fortaleció. Lo bastante para huir, si debía hacerlo.

—Gracias —dijo cuando hubo terminado con todo, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Will asintió. A ella se le había desabrochado el cuello de la camisa, de modo que se le veían varios centímetros de cicatriz. Will la recorrió con la mirada.

Al darse cuenta de que la observaba, Sophie se abrochó. Después, Will desvió la mirada hacia los brazos y se fijó en las heridas en forma de orificio que le habían dejado los colmillos de las serpientes: se estaban curando, pero seguían rojas.

—¿Adónde te diriges?

Sophie vaciló, ya que todavía desconfiaba, pero decidió que, de querer hacerle daño, no la habría alimentado primero.

—Escandania.

Will dejó escapar un largo silbido.

—Eso está muy lejos de aquí. A unos cinco o seis días a pie, y eso si eres rápida.

A Sophie se le cayó el alma a los pies al recordar lo lejos que estaba todavía de Haakon y la seguridad.

—Me dirijo a Grauseldorf —añadió el muchacho—. Está en la misma dirección. Te llevaré hasta allí, si quieres, y te indicaré el camino al norte.

Sophie se puso tensa.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ayudarme? ¿Por qué has compartido tu comida conmigo?

Will la miró.

—Pues... porque es lo que hace la gente, ¿no?

—¿Sí? —repuso ella, puesto que no conocía a muchas personas dispuestas a ayudar a un desconocido. La mayoría no eran capaces ni de ayudar a un amigo.

—Puede que te venga bien dormir —dijo Will mientras sacudía la cabeza—. Saldré al alba.

La princesa se preguntó si dormir a pocos metros de un desconocido era buena idea. Se sentía algo más fuerte; podía recoger su mochila y marcharse.

«Y ¿hacer qué? —se preguntó—. ¿Recorrer el Bosque Oscuro de noche?».

Decidió que se quedaría a dormir, aunque con la daga escondida bajo la camisa. Por si acaso.

—De acuerdo —respondió al fin sin mucha convicción.

Sin embargo, Will apenas la oyó porque estaba ocupado recogiendo las ramas con las que había fabricado el espetón para tirarlas al fuego. Mientras lo hacía, Sophie buscó la cantimplora en la mochila. Bebió un poco de agua, y usó el resto para lavarse la cara y las manos. Después se metió en el bosque con Zara. Cuando regresó, Will ya estaba acostado junto a la fogata. Sophie extendió su petate al otro lado del fuego y sacó la manta de Weber de la mochila.

—Gracias —repitió de nuevo en voz baja al tumbarse, mientras Zara se acurrucaba detrás de sus rodillas.

Le resultaba asombroso que Will insistiera en ser amable con ella a pesar de no habérselo merecido. No estaba acostumbrada a eso. En el palacio, el mal comportamiento solo engendraba un comportamiento peor, y a las heridas resultantes se les echaba sal, no miel.

Sin previo aviso, el engranaje rebelde del corazón de Sophie se atascó de nuevo. El chirrido fue aún más fuerte que antes, justo antes de desmayarse.

Will la miró a través de sus pestañas (que, según veía ella ahora, eran largas y oscuras) con curiosidad.

—Es..., ejem..., un reloj —respondió Sophie como si nada.

—¿Dónde lo guardas? ¿En el bolsillo?

—¡Ja! Bastante cerca.

Will arqueó una ceja, aunque no insistió.

—Vale, buenas noches, Sophie. Que duermas bien.

—Gracias mil, Will. Ja, ¡rima!

—Mil, Will, sí. Ja.

Sophie esbozó una sonrisa torcida.

—Seguro que lo has oído mil veces.

—No. Es la primera.

—¿En serio?

Will sonrió.

—Ah. No tiene gracia, ¿verdad? —preguntó ella, que se sentía un poco tonta.

Will cerró los ojos y se tapó los hombros con la manta.

Sophie lo observó hasta que se quedó dormido. Hasta que el fuego se apagó. Hasta que los envolvió la oscuridad. Después cerró también los ojos.

El corazón le rechinó con fuerza.

Daba igual. Él ya no lo oía.

Sintió algo. Allí, tumbada en el bosque. A pocos metros de aquel joven.

No fue capaz de ponerle nombre en aquel momento, ya que no lo reconocía. Hacía tiempo que no lo había sentido.

No lo sentía desde que su madre le cantaba para dormirla. Desde que su padre la cobijaba en sus fuertes brazos para señalarle las estrellas y decirle sus nombres.

Sin embargo, justo cuando el sueño la vencía, lo recordó.

Por primera vez en mucho tiempo, Sophie se sentía a salvo.

TREINTA Y OCHO

El sol empezaba a despuntar. Sus pálidos rayos dorados atravesaban las ramas de los árboles y recorrían el suelo del bosque. Sophie y Will habían levantado el campamento una hora antes, después de un desayuno rápido de pan y queso. Llevaban andando desde entonces.

De repente, Will se detuvo en seco. A menudo lo hacía cuando oía o veía algo digno de mención. Sophie se había dado cuenta después de unas cuantas veces, porque, las primeras, se había estrellado contra él en el estrecho sendero boscoso.

—¿Has oído eso? —preguntó él—. Es un cernícalo. Está ahí encima. —Will alzó la mirada, y siguió con los ojos el recorrido del pájaro por el cielo—. Seguramente estará buscando un pájaro sabroso para el desayuno.

Sophie no miraba al pájaro, sino a él. Le encantaban el bosque y sus criaturas, según había descubierto, y convertía aquel paseo tan largo y aburrido en algo interesante, porque no dejaba de señalar huellas de animales y flores silvestres. El joven era un misterio, una criatura muy distinta a los muchachos de la corte, que no dejaban de flirtear y halagar, y parecían completamente alérgicos al silencio. Will era un chico amable y tranquilo que solo hablaba cuando tenía algo que decir. Era algo que Sophie había averiguado casi de inmediato.

—¿Dónde vives? —le había preguntado poco después de partir.

—En el bosque.

—¿Tienes familia?

—Sí.

—¿Por qué vas a Grauseldorf?

—Necesito algunas cosas.

Al cabo de un rato se rindió y decidió seguirlo en silencio, arrastrando los pies. De todos modos, tenía cosas más importantes que hacer, aparte de charlar: por ejemplo, discurrir cómo llegar hasta Escandania a pie y sin dinero.

Habían pasado cinco preciados días desde que saliera de la Hondonada, lo que la dejaba con poco más de tres semanas hasta que se le parara el mecanismo de relojería que llevaba dentro. Se sentía como si estuviera dentro de un gigantesco reloj de arena y tratara desesperadamente de evitar que la arena le cayera encima. Necesitaba ayuda para completar su viaje; eso estaba claro. Necesitaba un suministro de comida y tomar la ruta más rápida a la frontera. Will era un buen tirador. Parecía conocer cada centímetro del bosque. Mientras Sophie caminaba detrás de él, con la vista clavada en su espalda, se preguntó si estaría dispuesto a llevarla al palacio de Haakon. No le cabía duda de que Haakon le ofrecería una generosa recompensa por devolverle a su prometida. Sin embargo, era posible que Will no aceptase. Decidió esperar un poco para conocerlo mejor antes de pedírselo.

Siguieron adelante después de que el joven descubriera el cernícalo, y se pasaron varias horas recorriendo el tupido bosque, y subiendo y bajando colinas. Acababan de entrar en un valle en el que Will sugirió hacer una pausa para descansar y comer, cuando oyeron una voz salida de la nada:

—Paraos ahora mismo. Manos arriba. No os mováis.

Will hizo lo que le pedían. Sophie, que miraba a su alrededor como loca en busca de la persona que había hablado, siguió su ejemplo.

Un hombre salió de entre los árboles. Llevaba un cuchillo. Sophie tragó saliva, atemorizada. Miró a su alrededor. Otros hombres salieron del bosque y se reunieron alrededor de Sophie y Will.

Detrás de aquellos hombres, ocultas en lo más profundo de la arboleda, había media docena de tiendas de lona con los laterales cubiertos de maleza. Una fogata ardía delante de una de ellas. No la habían olido porque el viento llevaba el humo en dirección contraria.

Sophie se dio cuenta de que Will y ella habían dado con un campamento militar.

Entornó los ojos y vio a un grupo de hombres, algunos jóvenes y otros mayores, sentados en unos troncos que habían acercado al fuego. Todos vestían chaquetas azul oscuro desteñidas pero cepilladas y limpias, y todos estaban heridos. Un hombre llevaba un brazo en cabestrillo. Un chico que no debía de tener más de quince o dieciséis años había perdido ambos ojos. A sus pies había un tambor. Otro hombre, delgado como un espectro, temblaba convulsivamente junto a la fogata. Otro estaba sentado algo más allá, en una silla de asiento alargado que alguien había fabricado con ramas. El asiento servía de apoyo para lo que le quedaba de las piernas.

Will, que caminaba con el arco colgado del brazo, siempre a punto, movió una mano hacia el carcaj para sacar una flecha.

—Yo de ti no lo haría, muchacho —le advirtió el del cuchillo—. A no ser que estés muy seguro de que puedes acertarme antes de que te pase por el cuchillo.

Will dejó la flecha caer entre los dedos, de vuelta al carcaj. Después levantó las manos de nuevo.

—Solo estamos de paso —dijo—. No queremos problemas.

—No nos los deis y no los tendréis —respondió el hombre, que después señaló con la punta de la daga el camino que tenían delante —. Seguid adelante.

Will asintió. Sophie y él bajaron las manos. Will agarró la manga de la chaqueta de la joven e intentó tirar de ella para que se diera prisa, pero Sophie caminaba despacio y dando traspiés porque no lograba apartar la vista de los hombres.

«Esas chaquetas..., esas tiendas..., este campamento tan organizado... —pensó—. ¿Por qué están aquí?».

Había visto antes emplazamientos similares, cuando acompañaba a su madrastra en sus ejercicios con las tropas. Volvió a mirar al hombre que temblaba junto al fuego, tan delgado y gris. Siguiendo un impulso, se zafó de Will.

—¿Qué estás haciendo, Sophie? Nos ha dicho que nos vayamos.

—Pero ese hombre... está enfermo. Deberíamos ayudar.

Will dejó escapar un bufido muy feo.

—Haz lo que quieras. Yo me voy. No quiero tener nada que ver con estos hombres.

Sophie lo miró; el tono de voz del chico la sorprendía.

—¿Por qué dices eso?

—Llevan el uniforme de la reina. Desprecio a la reina, a la princesa, a los supuestos nobles, y a todos los ladrones y asesinos que componen el despreciable ejército de Tierraverde.

Fue como si la hubiese abofeteado. Will, el amable y tranquilo Will, la odiaba, odiaba a la persona que era en realidad, y no tenía ni idea de por qué.

Él no se fijó en su reacción, ya que seguía mirando a los soldados.

—Si eres lista, tú también te irás ahora que todavía estás a tiempo.

Mientras Will hablaba, al hombre que estaba sentado junto al fuego le entró un ataque de tos. A Sophie le dolía el corazón de verlo allí encorvado, sin poder apenas respirar. Se alejó de Will y se acercó al hombre de la daga.

—Está enfermo —dijo mientras señalaba con la cabeza al otro.

—Sí, es la fiebre roja.

—Sois soldados. Del ejército de la reina.

El hombre la miró con gesto amenazador.

—No somos desertores, señorita, si es lo que intentas decir. Todos éramos buenos guerreros. Todavía lo seríamos, si nos dejaran.

—¿Por qué estáis aquí?

—Nos da demasiada vergüenza estar en otra parte —respondió el del asiento improvisado—. Luchar era toda mi vida. —Se miró las piernas destrozadas—. ¿Quién quiere a un soldado que no puede marchar?

El del fuego habló sin levantar la cabeza ni molestarse en mirarlos.

—Nos echaron cuando nos hirieron. Como si fuésemos basura. ¿Verdad, Hans?

El hombre de la daga, Hans, asintió con la cabeza.

—Pero hay un hospital para veteranos heridos —dijo Sophie—. En Konigsburgo.

—Ahora son barracones. Nos dijeron que costamos demasiado dinero a la corona. Que teníamos que dejar sitio a los soldados que están en buena forma y son capaces de luchar —explicó Hans.

—¿Eso dijo la reina? —preguntó Sophie, horrorizada aunque no

sorprendida.

—Lo dijo el lord comandante. Dijo que eran órdenes de la reina.

El rey Frederick, padre de Sophie, era soldado. Había muerto en el campo de batalla, luchando contra el rey de Tierradentro. El hospital para heridos de guerra llevaba su nombre. El rey creía que los veteranos eran héroes y que se merecían el mayor honor que su país pudiese otorgarles. Jamás habría permitido que trataran tan mal a aquellas personas.

«Ni tampoco lo hará la hija del rey», se dijo.

El corazón de Sophie, que había guardado silencio toda la mañana, de repente retumbó como una forja. Todos la miraron, alarmados por el ruido, y después miraron a Will.

—Es un reloj —explicó este.

Hans parecía desconcertado, pero Sophie no se dio cuenta. No se daba cuenta de nada salvo de la compasión desbordante que sentía por los heridos. Lo único que deseaban era ser soldados, luchar por la reina y el país, pero les habían arrebatado su dignidad, les habían robado su orgullo y los habían obligado a ocultarse en el bosque.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre los hombros del soldado tembloroso, que miró con sorpresa la cálida prenda. Después miró a Sophie.

—No puedo aceptarla, señorita.

—Sí que puedes.

Sacó de la mochila la manta de Weber y la extendió sobre las piernas destrozadas del hombre de la silla, lo que mitigó un poco su sufrimiento. Zara apoyó el hocico en la mano del hombre, y él sonrió. A continuación, Sophie se quitó su gorra de lana y la colocó con cariño sobre la cabeza del chico que había perdido los ojos. Al hacerlo, su larga melena negra quedó al descubierto.

—¡Que me aspen! —exclamó Hans, asombrado—. ¡Sois vos! ¡Os he visto en los ejercicios y desfiles militares desde que erais una niñita!

Sophie lo miró y apartó la vista de inmediato. No debería haberse quitado la gorra; debería haber tenido en cuenta las consecuencias. Revelar su identidad no era lo más acertado, ni en Drohendsburgo ni a aquellos desconocidos ni a Will, pero su corazón no le había dejado alternativa y era demasiado tarde para dar marchar atrás.

—¡Sabía que no estabais muerta! Jamás me creí la historia de la reina. ¡Ni por un segundo! Sabía que era mentira. —Miró a Will y frunció el ceño—. Quítate ese gorro, muchacho. Muestra algo de respeto. ¿Es que no sabes quién es?

Ahora el desconcertado era Will.

—Pues sí, es una chica, Sophie...

—La princesa Sophia, para ti —resolló el viejo soldado.

Después tomó la mano de Sophie y se la besó.

Will abrió mucho los ojos. Dio un paso atrás, aunque no impresionado, como los otros. No con deferencia.

—Estáis huyendo, ¿verdad? —preguntó Hans.

Ella no contestó. Pensó que era mejor no decir lo que hacía ni adónde iba, ya que su madrastra tenía espías por todas partes.

—Claro que sí, ¿por qué si no ibais a vestiros así? —siguió diciendo Hans—. No os preocupéis, princesa. Vuestro secreto está a salvo con nosotros.

Sophie le apretó la mano al soldado. Después se enderezó y se dirigió a todos los hombres, con la esperanza de que su voz resultara imponente.

—Regresaré a buscaros. A todos. En cuanto pueda. Os llevaremos de vuelta a Konigsburgo y cuidaremos de vosotros. Lo prometo.

Los hombres inclinaron la cabeza. Sonrieron. Las sonrisas eran educadas pero escépticas. Sophie se daba cuenta de que no se lo creían. ¿Por qué iban a hacerlo? Sin duda habían oído lo que se decía de ella en la corte. ¿Cómo iba una joven debilucha a defender su causa frente a los decretos de una reina poderosa? Deseaba poder contarles su plan, que regresaría con el grandioso ejército de Escandania, aunque pronto lo descubrirían. No se olvidaría de ellos.

Se despidió. Los soldados le desearon buen viaje. Will y ella siguieron su camino. Guardaron silencio un buen rato, hasta que Will dijo:

—Esta noche vas a pasar frío.

—Ya me buscaré otro abrigo —respondió ella, seca.

De nuevo, silencio.

—¿Por qué no me habías contado quién eras?

—¿Cuánto falta para la aldea? —preguntó ella con brusquedad.

—Así que no es asunto mío, ¿verdad? Estoy acompañando a una princesa muerta a Grauseldorf, pero no necesito saber por qué, ¿no?

—No.

Él se volvió para mirarla.

—¿Estás metida en un lío, Sophie?

—Sí. ¿Contento, Will?

El joven dio un respingo.

—No. ¿Por qué iba a estar contento?

—Porque me desprecias. Tú mismo lo has dicho.

—Sí, lo he dicho.

A Sophie le sorprendió que lo reconociera con tanta sinceridad. No era algo a lo que estuviera acostumbrada. Ni lo negó ni le ofreció excusas ni palabras floridas para edulcorar las desagradables. Esperó en silencio para darle tiempo a disculparse, pero no lo hizo. Al final, se le agotó la paciencia.

—¿No lamentas lo que has dicho?

Will frunció el ceño, pensativo.

—Puede. Puede que no. Todavía no lo sé.

—Deberías. Tus palabras han sido crueles. Ni siquiera me conoces.

—Tienes razón, no te conozco. ¿Por qué vas a Escandania?

—Tengo que llegar hasta el príncipe Haakon. Necesito que me ayude a luchar contra unos adversarios muy poderosos.

Estaba a punto de preguntarle si podría llevarla al palacio de Haakon porque, aunque no quería hacerlo después de lo que había dicho de ella, estaba desesperada. Sin embargo, antes de poder hablar, él añadió:

—¿Contra quién luchas? ¿Contra la reina? ¿No puedes hacerlo tú sola?

Sophie lo fulminó con la mirada.

—¿Luchar contra la reina de Tierraverde? ¿Yo sola? No, Will, curiosamente, no puedo.

Will esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Los príncipes apuestos son muy útiles, ¿no? Ojalá tuviera yo uno.

De nuevo aquel tono de burla. Sophie se enfadó.

—Haakon es mi protector. El príncipe y yo estamos prometidos.

—Ya.

—¿Ya? ¿Eso es lo único que vas a decir? ¿Qué quiere decir eso?

—He oído que te mataron los lobos... que se llevaron tu cadáver.

—Pues oíste mal.

—Así que me preguntaba...

—¿Qué?

—Por qué el Príncipe Encantador no te está buscando.

La misma pregunta que la inquietaba a ella. Le dijo a Will lo que ella misma se decía:

—Porque cree que estoy muerta, como creías tú.

—Aun así, lo suyo sería que quisiera encontrar tu esqueleto, por lo menos. Para darle un entierro apropiado a su amor perdido. Puede

que para guardarse un hueso del índice a modo de recuerdo. Unos dientes. O los dedos de los pies.

Sophie se detuvo en seco, y Will también.

—¿Es necesario que seas tan horrible? —le preguntó ella, airada.

—No te buscó.

—Sí que lo hizo.

—Entonces, ¿por qué no te encontró? Con lo listo que es...

—Se quedó sin tiempo. La reina lo envió de vuelta a su reino.

—Entonces, ¿por qué no vuelve? Podría buscarte disfrazado de leñador o de mercader.

La joven lo adelantó y siguió caminando, muy enfadada. No podía creerse que se le hubiera pasado por la cabeza pedirle ayuda a aquel trol.

—¡Haakon tiene responsabilidades! ¡Tiene que atender asuntos importantes! ¡Tú no lo entiendes! —le gritó sin pararse.

Will la observó caminar por el sendero.

Después, en voz baja para que ella no lo oyera, dijo:

—Ni tú tampoco.

TREINTA Y NUEVE

Sophie gruñía. Resoplaba. Daba patadas a la hojarasca.

Will, unos cuantos metros más adelante, no le prestaba atención.

El día anterior habían recorrido el bosque durante seis horas después de dejar a los soldados, y aquel día llevaban ya doce entre la caminata y montar y desmontar el campamento, todas ellas en un silencio casi absoluto. Ninguno de los dos había hablado mucho desde la pelea.

Estaba cansada. Le dolían los pies. No dejaba de pensar con nostalgia en su blando colchón de la Hondonada.

El sendero empezó a descender mientras rodeaba la base de una colina. Al girar, vieron aparecer una vieja iglesia en lo alto de la colina, gris y decrépita, con el campanario medio derruido.

—Esa es la iglesia de San Sebastián. La aldea está al otro lado —le dijo Will—. Ahorraremos algo de tiempo si atravesamos el cementerio. Vamos.

Salió disparado colina arriba, y ella lo siguió, pero a ritmo normal.

—¿Vienes o qué? ¡Date prisa! —le gritó Will, que ya estaba a medio camino.

Sophie hizo un gesto de fastidio.

Todavía estaba dolida por las duras palabras del chico. Todavía no sabía por qué había dicho que la despreciaba y no era probable que lo descubriera, ya que se negaba a darle la satisfacción de preguntar.

Había decidido que a ella tampoco le gustaba demasiado Will, aunque no le quedaba más remedio que reconocer que se sentía agradecida. Para ser una persona que no la soportaba, se había esforzado mucho por ayudarla. Se había empeñado en enseñarle lo que podía y lo que no podía recolectar en el bosque. En menos de dos días, Sophie había aprendido qué setas eran venenosas, cómo colocar una trampa y qué plantas se podían comer.

«Presta atención —le había insistido para enseñarle la diferencia entre dos tipos de coles de los pantanos—. Las hojas verdes te llenan. Las rojas, te matan. Tienes que saber estas cosas si quieres llegar viva a Escandania».

Un escalofrío le recorrió la espalda a Sophie mientras seguía a Will colina arriba. No le gustaba el aspecto de la espeluznante iglesia ni la idea de seguir un atajo por un cementerio, pero el día se alargaba y sabía que él quería llegar a la aldea antes de que cerraran las tiendas. Pretendía comprar lo que necesitaba e iniciar el camino de vuelta a casa antes de que cayera la noche.

Cuando Sophie llegó a lo alto de la colina, vio a Will caminar a través de la hierba del camposanto, dejando atrás criptas e hileras de lápidas.

—¿Cuánto queda? —preguntó ella sin aliento cuando lo alcanzó.

—¡Cuidado, zopenca! ¡Que me has pisado!

Sophie se detuvo en seco. Aquella era la gota que colmaba el vaso.

—¿Qué me has llamado?

—Yo no te he llamado nada —respondió Will.

—¿En serio? Entonces, ¿quién ha sido?

Will también se paró y giró en círculo con la vista fija en la hierba.

—¿Qué estás mirando? No veo nada más que setas —repuso ella mientras señalaba una colonia de hongos de sombrero rojo con lunares blancos.

—Eso es porque las setas son lo que quieren que veas.

—¿Quiénes?

—Los pixies de tierra. ¿Alguna vez te has preguntado por qué los

hongos parecen brotar del suelo cada noche? Son los pixies, que se mueven de un lado a otro. Se camuflan con sombreros rojos que se parecen a los de las setas.

Sophie se agachó y alargó la mano hacia uno.

—Ten cuidado. Pueden ser bastante desagradables —le advirtió Will.

Justo cuando iba a tocar un sombrero de lunares, el hongo se apartó de su mano. El sombrero se inclinó hacia atrás. Un rostro diminuto con una nariz aguileña y ojos astutos apareció bajo él.

—Métete las manos donde te quepan, cerebro de strudel —dijo el pixie.

Sophie ahogó un grito. Ante ella había un hombrecillo con túnica blanca y zuecos verdes. Tenía orejas puntiagudas y dientes afilados.

—No deberías insultar a la gente —lo regañó Will.

—¿Quién lo dice, cabeza de col?

—¡Pero qué impertinente! —exclamó Sophie tras enderezarse—. ¡Debería cocinarte y comerte!

El pixie le hizo un gesto grosero.

—¡Cómete esto, saco de pedos!

Will se echó a reír. Sophie no. Intentó pisar al pixie, que, en vez de huir, la atacó con diez de los suyos, todos intentando morderla. La joven chilló y se escondió detrás de Will.

—¿Crees que ese kugel te va a ayudar? —se burló el pixie—. ¡Por-fa-vor!

Metió la mandíbula inferior hacia dentro para poner dientes de conejo, estiró el cuello e imitó las zancadas del chico.

—¡Eh! —exclamó Will, que había fruncido el ceño—. ¡No tiene gracia!

Pero a Sophie le parecía hilarante, no podía parar de reír. Mientras tanto, Zara se había acercado a uno de los duendes y le había dado un empujón con el hocico. Aquello enfureció a la criatura, que le echó tierra en la cara.

—¡No me eches tu apestoso aliento de perro, saco de pulgas larguirucho con ojos de rana!

Zara dio un paso atrás y ladró, indecisa. Después se abalanzó sobre el pixie, lo agarró por el sombrero y lo zarandeó con violencia. La correa que le sujetaba el sombrero a la cabeza se partió, y la criatura salió volando por el aire mientras escupía una sarta de obscenidades. Zara hizo jirones el sombrero.

Fue un error. Más de cincuenta criaturas salieron corriendo de

entre la alta hierba chillando a pleno pulmón.

—Estooo, ¿Will? Creo que se han enfadado —dijo Sophie mientras retrocedía.

—Está claro. Hora de largarse.

Dieron media vuelta y echaron a correr. Sophie volvió la vista atrás: los pixies los perseguían y les ganaban terreno. Sus dientes parecían pero que muy afilados. Tiró de la manga de Will.

Él también miró.

—Tenemos problemas —dijo—. ¿Dónde están los príncipes apuestos cuando se los necesita?

—Supongo que tendrás que apañártelas con una princesa apuesta —respondió ella mientras, siguiendo un impulso, le cogía la mano.

Will la aceptó, y Sophie tiró de él. Siguieron trotando mientras se reían, esta vez juntos, y Zara correteaba tras ellos, con las orejas al viento.

La joven no se soltó hasta que salieron del cementerio, bajaron la colina y recorrieron un buen trecho del camino hacia Grauseldorf.

Will tampoco.

CUARENTA

Grauseldorf era tan gris y deprimente como las lápidas junto a las que habían pasado en el cementerio, y Sophie estaba deseando marcharse.

Sin embargo, debía ser paciente porque Will estaba con el boticario. Lo había acorralado cuando cerraba y lo había convencido para que le abriera unos pocos minutos. No podía esperar a la mañana, según le había explicado al hombre. Tenía que regresar porque alguien lo esperaba, alguien que necesitaba lo que había ido a comprar.

La joven había aguzado el oído porque el chico nunca hablaba de su familia ni de su vida, así que estaba segura de que su intención no había sido que ella lo escuchara, pero lo había hecho. «¿Quién será esa persona? —se preguntó—. ¿Estará casado?». El corazón le había dado un ruidoso vuelco al pensar en una posible esposa.

—¿El reloj? —preguntó Will mientras el boticario abría el cerrojo.

—El reloj —respondió ella, y esbozó una amplia sonrisa.

Will siguió al hombre al interior, y Sophie se quedó en la calle, esperando a que parase el ruido, aunque siguió avergonzándose cuando el mecanismo empezó a emitir un silbido feo y grave. No entendía por qué hasta que, al mirar por la ventana a Will, lo comprendió todo: su corazón estaba celoso.

Estaba perpleja. No tenía sentido. ¿Qué más le daba que Will tuviese esposa? Pronto se reuniría con su amado, eso era lo único que importaba. No estaba celosa. ¿Cómo iba a estarlo? Ni siquiera le gustaba Will. Y estaba claro que a él tampoco le gustaba ella. No era más que otro fallo de su extraño e incomprensible corazón.

El ruido paró un segundo después, y Sophie y Zara se reunieron con Will en el interior de la tienda. La joven no quería estar allí, estaba tan impaciente por salir de Grauseldorf como Will. Se sentía expuesta. ¿Y si Krause la estaba buscando y pasaba por la aldea? Pero Will la obligó a esperar. Había una taberna bastante peligrosa al salir del pueblo y no quería que pasara por delante ella sola.

Mientras daba vueltas por la tienda, se paró a examinar los tarros de las paredes. Algunos contenían sustancias con olores maravillosos, como canela, clavo y nuez moscada. Otras le hicieron arrugar la nariz, como el escarabajo negro seco y el sapo encurtido.

—Dos onzas de corteza de saúco, dos de ortiga de zorro y una de bérbero molido... —oyó decir a Will.

Sophie sabía para qué servían aquellas plantas. Lo que no sabía era para quién las compraba.

El boticario terminó de pesar el pedido, metió las distintas sustancias en unos cuadraditos de papel marrón y se las dejó en el mostrador. Will pagó al hombre y las guardó con mucho cuidado en su mochila. Consiguieron llegar a un par de tiendas más antes de que cerraran. Will compró unas cuantas cosas y después metió cuatro ciruelas, un poco de pan y un trozo de queso en la mochila de Sophie. Ella intentó darle las gracias, pero él no se lo permitió. En vez de eso, volvió a darle otra charla sobre las diferencias entre la hierba ciervo, que estaba deliciosa, y la hierba cana, que dejaba la lengua azul.

Sophie escuchó atentamente mientras pasaban junto a las tiendas cerradas, pero, cuando Will se detuvo a respirar, le preguntó:

—¿Por qué tantas hierbas para el dolor?

No obtuvo respuesta, así que miró a Will de soslayo: tenía la mandíbula apretada.

—Supongo que no es asunto mío.

—Supones bien.

Siguieron su camino en silencio hasta que los edificios quedaron atrás. La joven veía una bifurcación más adelante y, a la izquierda, tal y como había dicho Will, una taberna con mal aspecto. Sophie tenía que pisar con cuidado en algunas zonas, ya que un granjero había pasado por allí hacía poco con sus vacas, y los animales habían dejado el camino lleno de boñigas.

Unos cuantos hombres charlaban sentados a las desvencijadas mesas de madera del porche de la taberna. Otros tantos se unieron al grupo, pintas en mano. Tras ellos, a través de las puertas abiertas, se oyeron estridentes carcajadas.

Will, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, los miró. Sophie no. De haberlo hecho, se habría percatado de que vestían uniformes azul marino. Sin embargo, miraba fijamente la carretera para intentar controlar su desbocado corazón. Notaba que empezaba a aporrearle el pecho y esperaba que no la avergonzara de nuevo.

Unos minutos después llegaron a la bifurcación. Will respiró hondo y dejó salir el aire despacio. Después cambió el peso del cuerpo de un pie al otro y dijo a toda velocidad:

—Ojalá no fueras tú sola. Te acompañaría, Sophie, quiero hacerlo..., pero no puedo. Alguien me espera en casa... Me necesita y... y tengo que volver con ella.

De nuevo, el corazón de Sophie empezó con su repiqueteo de carraca.

Habló un poco más alto de lo normal para ocultar el sonido.

—No tienes por qué disculparte, Will. No estaría aquí de no ser por ti. Jamás podré agradecerte lo suficiente toda la ayuda que me has prestado. Me irá bien.

—Bueno, supongo que tenemos que despedirnos.

—Supongo.

Sophie extendió la mano con torpeza pensando que Will la cogería y se la estrecharía, o sea la besaría o... algo..., aunque fuese por cortesía. En vez de eso, la abrazó. Fue un abrazo desmañado y rígido. Le dio unas palmaditas demasiado fuertes en la espalda, como si la joven fuese un caballo o un perro grande. Y la retuvo entre sus brazos un segundo más de la cuenta, con lo que se ganaron el aullido de uno de los clientes del bar. Y unos cuantos silbidos. Y un comentario grosero.

La muchacha se zafó de Will y miró al hombre que había hecho el comentario grosero. Contuvo el aliento.

El hombre acababa de llevarse la pinta de cerveza a los labios,

pero la bajó y miró a Sophie a los ojos.

La conocía, y ella lo conocía a él.

Era el capitán de la guardia de la reina.

CUARENTA Y UNO

El corazón de Sophie dejó escapar un ruido metálico.

Will esbozó una sonrisa vacilante.

—Hum. Lo que llevas en el bolsillo no es un viejo reloj cualquiera, ¿no? Es como la campana de una iglesia —bromeó.

Sophie lo empujó.

—Regresa a la aldea —le susurró entre dientes, y después se alejó lo más deprisa que pudo.

El chico la alcanzó.

—¿Sophie? ¿Pasa algo?

—¡Finge que no me conoces! —respondió ella mientras salía corriendo.

—Es un poco tarde para eso. Acabo de abrazarte —repuso él tras apresurarse para seguirle el ritmo.

Ella volvió la vista atrás, hacia la taberna.

—¡Vete, Will! Por favor, antes de que te hagan daño.

El joven siguió la dirección de su mirada, y ambos vieron que el capitán dejaba la jarra y les hacía un gesto a dos de sus hombres para que se acercaran.

—¿Estos son los líos en los que estás metida?

—Parte de ellos.

—Hay una granja un poco más adelante. Cerca de la carretera —dijo Will, sin más—. Si atajamos a través de sus prados, llegaremos a la colina de San Sebastián, por donde entramos. El Bosque Oscuro está al otro lado. Si conseguimos meternos, los perderemos.

Sophie, con la mirada todavía clavada en el capitán, abrió los ojos como platos.

—¡Sophie! —le ladró Will—. Mírame... A mí, no a él.

Le hizo caso. La mirada de los ojos grises del muchacho era dura como el acero.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Chica! —gritó el capitán.

—¿Estás lista? —preguntó Will.

Le dio la mano. Ella asintió.

Will se la apretó con fuerza y, un segundo después, los dos corrían como el viento.

CUARENTA Y DOS

«Caballos», pensó Sophie, y el corazón se le encogió de miedo.

Will y ella bajaban a toda prisa por la carretera de tierra. Cuando llevaban recorridos unos cien metros, oyó los cascos.

¿Por qué no había pensado en los caballos? Era evidente que Krause y sus hombres los tenían. Su madrastra se aseguraba de que sus guardias tuvieran las monturas más rápidas y fuertes de todo el reino. Will y ella no tenían ninguna posibilidad. Krause la capturaría y la llevaría de vuelta a su madrastra o, simplemente, acabaría con ella en el Bosque Oscuro. Sus huesos se unirían a los otros, el musgo los cubriría y se olvidarían de ella.

«Se acabó —se dijo cediendo a la desesperación—. La reina y el Rey de los Cuervos... han ganado. Nunca conseguiré llegar a Escandania. Nunca volveré a ver a Haakon».

Le iban a reventar los pulmones; los músculos le gritaban de agotamiento. Volvió la vista atrás, aterrada. Krause, que iba unos cuerpos por delante de sus hombres, cabalgaba al galope. Tardaría pocos segundos en alcanzarlos.

—Es inútil, Will, no puedo correr más —gritó Sophie, que empezaba a frenar.

—¡Sí que puedes! ¡Unos metros más y los perderemos! ¡Vamos!

Su mano era como un cepo, por lo que no le quedó más remedio que seguirle el ritmo.

«No podemos perderlos. Está loco», pensó ella.

Entonces tomaron una curva y Sophie las vio: vacas, al menos cincuenta.

El granjero y su hijo conducían el rebaño a casa para ordeñarlo después de pastar. Los animales caminaban tranquilamente, meneando el rabo, mientras sonaban los cencerros de latón que llevaban al cuello. Ocupaban todo el ancho de la calzada de tierra.

Sin frenar, Will tiró de Sophie para meterla justo en medio del rebaño. Zara iba detrás. Se movieron entre las vacas como peces a través de los juncos. Sophie recordaba haber esquivado las boñigas junto a la taberna. «Will sabía que estarían aquí», pensó. Corrió más deprisa, con esperanzas renovadas.

Las vacas no les hicieron mucho caso a los dos humanos a pie y el perro, pero los jinetes eran otra historia. El estruendo de los cascos de los caballos, sus agudos relinchos, los gritos de los hombres... Todo el ruido y la conmoción alteraban a aquellas criaturas tan pacíficas. Algunas salieron corriendo, lo que enfadó al granjero, que empezó a chillar. Otras se pararon en seco, entre mugidos, y se negaron a moverse. Otras se volvieron y cargaron contra los caballos. Los soldados no podían atravesar el rebaño ni rodearlo, ya que la carretera estaba encajada por ambos lados entre altos setos.

—¡Regresad a la aldea! —gritó el capitán Krause—. ¡Van al Bosque Oscuro! ¡Los interceptaremos en el otro lado de la iglesia!

Mientras tanto, Sophie y Will ya habían cruzado la puerta abierta de la granja, atravesado una ruidosa parvada de gallinas y dejado atrás graneros y corrales. Saltaron una valla de madera y corrieron hacia el prado abierto. Para cuando llegaron al pie de la colina sobre la que se erguía la iglesia de San Sebastián, a Sophie le ardían los pulmones. Quería parar para recuperar el aliento, pero Will no se lo permitía.

—Si no llegamos antes que ellos al bosque, estamos perdidos.

Un segundo después coronaron la colina. Al mirar hacia el lado opuesto, vieron el Bosque Oscuro y la carretera que lo rodeaba.

—Todavía no han llegado —dijo ella tras echar un vistazo ansioso al camino que llevaba a la aldea.

—Lo harán.

Los dos corrieron entre las lápidas. Cuando ya habían bajado la mitad de la colina y Sophie empezaba a creer que lo lograrían, oyeron de nuevo los cascos.

Will soltó una palabrota y cambió de dirección.

—¡Corre hacia la iglesia!

El corazón de Sophie le golpeaba las costillas mientras lo seguía de vuelta colina arriba. Alcanzaron la puerta de la iglesia justo cuando los jinetes tomaban la curva. Al abrirla, oyeron la voz del capitán.

—¡Vosotros cuatro, buscad en el bosque! —bramó—. ¡El resto, al cementerio!

Will empujó dentro a Sophie y cerró la puerta. La iglesia, con

siglos de antigüedad, era enorme y estaba vacía. Corrieron por el pasillo central en busca de un escondite. Había bancos de madera, un altar y hornacinas oscuras dedicadas a santos y mártires en las que ardían velas, pero era de esperar que los soldados buscaran en todos esos sitios.

—¡Mira! —exclamó Sophie, que señalaba algo más adelante.

Grabadas en un arco de piedra, a la derecha del altar, se leían las palabras: «A las criptas».

Will asintió. Pasaron bajo el arco y descendieron unos escalones de piedra en forma de espiral hasta introducirse en las entrañas de la vieja iglesia. Varias lámparas de aceite colocadas en nichos de la pared les iluminaban el camino.

Cuando llegaron al final de la escalera se encontraron en una habitación larga de techo bajo que estaba mohosa y fría. A ambos lados había criptas abovedadas, cada una de ellas cerrada con su propia verja de hierro. Un ángel vengador tallado en mármol montaba guardia a la izquierda de la escalera.

Veía ataúdes a través de los barrotes. Algunos eran de madera; otros, de piedra. Todos tenían encima una gruesa capa de polvo.

—Will, ¡aquí no hay donde esconderse!

El joven probó a abrir la puerta de la cripta más cercana, pero estaba cerrada. Probó la siguiente y la siguiente, siguiendo por la misma pared. Sophie hizo lo mismo por el otro lado, pero todas las puertas que intentaba abrir estaban también cerradas. Zara se mantenía pegada a ella.

Oyeron un fuerte estruendo encima de ellos y se volvieron para mirarse.

—Están destrozando la iglesia... —empezó a decir Will mirando al techo.

—... mientras nos buscan.

Redoblaron sus esfuerzos. Sophie se movía como un rayo por su fila, probando con desesperación cada manija, mientras el miedo le revolvía el estómago. No hubo suerte.

Hasta que la hubo.

Al llegar a la última cripta, el pomo giró, el pestillo se soltó y la puerta se abrió sobre sus chirriantes bisagras.

—¡Will! —susurró—. ¡Aquí!

Entró en la antigua cripta, seguida de Zara. Había ataúdes dispuestos en fila, algunos amontonados en pilas de dos o tres. Los ratones, la humedad y el paso del tiempo habían destruido muchos de

ellos. Tenían la tapa agrietada y los laterales hundidos. Sophie retrocedió, horrorizada, al ver los huesos que asomaban de uno de los ataúdes.

Oyeron otro estruendo arriba, seguido del ruido de cristales rotos. Eso la puso de nuevo en movimiento. Dejó atrás las pilas de ataúdes en busca de un buen escondite.

Mientras lo hacía oyó otro ruido, esta vez más breve, suave y cercano. No se dio cuenta de que había algo dentro de la cripta hasta que ya era demasiado tarde.

Ahogó un grito cuando una figura salió de entre las sombras y la agarró.

Era un hombre. Llevaba un cuchillo. Se lo apoyó contra el cuello.

CUARENTA Y TRES

—No le hagas daño, por favor.

Will ya estaba también en la cripta y había levantado las manos para dejar claro que no era una amenaza.

Sophie respiraba entrecortadamente. El hombre le clavaba los dedos en el brazo, pero ella apenas los notaba, pues toda su atención estaba concentrada en la punta del cuchillo.

—¿Quiénes sois? —gruñó el desconocido, que tenía cicatrices en la cara, el pelo desgreñado y la ropa sucia.

—Ella es la princesa de Tierraverde. Los guardias de la reina están arriba. La buscan.

Se oyó otro golpe arriba, tan fuerte que temblaron las paredes.

—La reina me quiere muerta. Si me atrapan, lo estaré.

—¿Y él?

—Es mi... mi amigo —respondió Sophie—. ¿Nos puedes esconder aquí?

El hombre dejó escapar un suspiro de tristeza, aunque bajó el cuchillo.

—Por qué no. Total, parece que yo también tendré que esconderme. El capitán Krause y yo no nos llevamos demasiado bien.

—¿Lo conoces? —preguntó la joven mientras Will cerraba la puerta.

—Él me hizo esto —respondió el hombre, y se señaló la mejilla.

A Sophie se le erizó el vello de la nuca. La cicatriz que le había visto en la cara era una marca grabada en la piel. Una letra ele. De ladrón. Se estremeció al pensar que estaba atrapada en una tumba con un delincuente.

—¡Capitán! ¡Aquí abajo! —gritó una voz desde lo alto de la escalera.

Sophie se quedó paralizada.

—¿Os vais a quedar ahí plantados como un par de nabos? ¡Escondeos! —les dijo entre dientes el ladrón.

Al fondo de la cripta había un enorme sarcófago de piedra. Will y Sophie se agacharon detrás de él y tiraron de Zara para acercarla a ellos. Mientras lo hacían, el hombre se sacó del bolsillo una llave maestra de hierro, metió la mano entre los barrotes y cerró la puerta desde fuera.

Justo cuando el primer soldado llegaba al pie de la escalera, el ladrón se escondió detrás de una pila de ataúdes de madera. Sophie apoyó la cabeza en la fría piedra y le ordenó a su corazón que guardara silencio. No veía al soldado desde donde estaba, pero sí la luz de un farol recorriendo las paredes.

Otros soldados se unieron al primero. Sophie los oía. Se distribuyeron por la estancia y empezaron a sacudir los barrotes de las puertas mientras sostenían en alto los faroles y se asomaban a las criptas.

«Marchaos —les urgió en silencio—. Dejadnos en paz».

De repente, la luz iluminó el suelo y el techo de la cámara en la que estaba escondida. No se movió. No respiró. Y, por fin, regresó la oscuridad.

—¡No están aquí, capitán! —gritó una voz—. Todas las criptas están cerradas.

—¿Dónde demonios se han metido, entonces? —preguntó el capitán Krause tras descargar la fusta en el ángel de mármol.

Mientras el capitán y sus hombres hablaban, otra persona recorrió la habitación exterior. Sophie escuchó sus pasos, lentos y calculados, hasta que se detuvieron.

—Sophie, ¿estás ahí?

El corazón de Sophie se paró un segundo. No podía ser... ¿o sí?

—No te asustes, Sophie. Te he buscado por todas partes.

La joven se estiró para asomarse por un lateral del sarcófago. No vio a Will negar con la cabeza. No vio al ladrón llevarse un dedo a los

labios.

Lo único que veía era al hombre alto de hombros anchos y rubia melena leonina que se encontraba en el centro de la estancia. Sostenía una antorcha con la que iluminaba una de las criptas.

—Mi querida muchacha, ¿es que no reconoces mi voz? Soy yo...

Sophie se sintió desfallecer; el cuerpo entero se le relajó de alivio. Susurró el nombre de aquel hombre mientras él mismo lo pronunciaba.

—Haakon.

CUARENTA Y CUATRO

Sophie gritó, salió de su escondite y corrió a la puerta.

Se aferró a los barrotes mientras las lágrimas le nublaban la vista. Se había equivocado por completo. El capitán Krause y sus hombres no la perseguían para hacerle daño, sino para rescatarla siguiendo las órdenes de Haakon. Seguro que el príncipe estaba dentro de la taberna cuando Will y ella habían pasado por allí.

—Haakon, has venido a por mí. Has venido.

Haakon sonrió y se le formaron arrugas en torno a sus increíbles ojos azules, y para Sophie fue como si el sol acabara de salir. Atrás quedaban todas sus dificultades. Él estaba con ella. Por fin se encontraba a salvo. Jamás tendría que volver a huir ni sentiría miedo de nuevo. Haakon estaba al otro lado de aquel sótano, a dos zancadas de distancia, despeinado y cansado por la carrera a caballo, pero tan bello como siempre.

—Querida, querida mía. Creía que nunca te encontraría. Sabía que no estabas muerta. Mi corazón lo sabía.

Sophie sacó una mano por los barrotes para tocarlo. Él la recogió en la suya, se la llevó a los labios y la besó. Sophie le apretó con fuerza la enguantada mano, como si no pensara soltársela jamás.

—¿Es este otro de tus crueles juegos? —bromeó Haakon—. ¿De esos diseñados para mofarte de tu pobre amante y lanzarlo a una misión imposible?

El corazón de Sophie ronroneó de felicidad con su beso, con sus palabras, y Haakon lo oyó y parpadeó, sorprendido.

—¿Qué diantres es ese ruido?

A Sophie se le encogió el corazón de miedo. No quería responder a aquella pregunta delante de tantos desconocidos. Prefería esperar a estar a solas con él para contarle cómo había sobrevivido y quién tenía su verdadero corazón.

—Tengo tanto que contarte, amor mío —le dijo—. Y lo haré, pero aquí no. Ahora no.

Haakon asintió. Después alzó la antorcha para iluminar la cripta.

—¿Cómo has conseguido encerrarte ahí dentro?

—No he sido yo. Ha sido un hombre. Nos ha escondido cuando pensábamos que queríais hacernos daño —explicó ella mientras le hacía un gesto al ladrón para que saliera—. No sé su nombre —dijo, y se rio—. No me ha dado tiempo a preguntárselo. Pero él tiene la llave.

—Seguro que la ha robado —intervino Krause en tono de desdén —. De la sacristía. —Se acercó a la puerta y le dio un puñetazo—. ¿Estás ahí, Schmitt? —gritó mientras se asomaba entre los barrotes.

Sophie dio un paso atrás al acercarse el capitán, pero después se recordó que había ido a ayudarla.

—¡Arno Schmitt! ¡Sal de ahí!

El ladrón salió de detrás del ataúd.

—Dame la llave. Ahora —le ordenó Krause.

El ladrón dejó escapar una palabrota entre dientes y se acercó a la puerta. Se metió la mano en la chaqueta, sacó la llave y la pasó entre los barrotes. Krause la cogió y chascó los dedos. Un soldado se apresuró a acercarse. El capitán le susurró algo al oído, y el hombre desapareció escaleras arriba.

—Capitán Krause, ¿qué estáis haciendo? —le preguntó Sophie, desconcertada por su comportamiento y enfadada porque no atendía su orden—. Abrid la puerta. El príncipe Haakon y yo debemos partir para Escandania de inmediato.

Sin embargo, en vez de responder a Sophie, el capitán inclinó la cabeza en dirección a Haakon. En una voz tan baja que la muchacha apenas logró oírla, le dijo:

—La carretera a la aldea está muy concurrida a estas horas de la noche, mi señor. Podría haber muchos... testigos.

Entonces, Sophie lo comprendió todo. Entendió que todavía corría peligro en Tierraverde, que podría haber agentes de la reina en la zona. El capitán solo quería protegerla.

—Tendremos que recurrir a otros métodos, pues —repuso Haakon.

El príncipe retiró la mano, aunque ella no se la quería soltar. Al

tirarle del guante, este cayó al suelo y algo reflejó la luz de la antorcha.

Sophie se quedó mirando el reluciente objeto, perpleja.

—Llevas... Llevas mi anillo —dijo, y lo miró a los ojos—. ¿Por qué?

De repente, se sintió posesiva. Su padre le había dado aquel anillo. Era para que lo luciera ella, la heredera legítima. Solo ella.

—El barón Von Arnim lo llevó a palacio —respondió Haakon mientras recogía su guante.

—La reina... —dijo ella, y el miedo empezó a revolverle el estómago—. ¿Ha visto el anillo? ¿Sabe que estoy viva?

Haakon no respondió, sino que planteó su propia pregunta:

—El chico que estaba contigo... ¿Está también ahí dentro?

—Sí. ¡Sal, Will!

La joven estaba muerta de preocupación, necesitaba saber si su madrastra lo sabía o no lo sabía, así que aquel repentino cambio de tema la dejó descolocada.

Will seguía agachado detrás del sarcófago, por lo que Sophie no lo vio negar con la cabeza ni golpear la tumba de piedra. Se levantó y se acercó lentamente a la puerta.

—Haakon, este es Will. Me salvó la vida. Debemos recompensárselo. Me gustaría darle oro y un buen caballo para que vuelva a casa.

Will le hizo una reverencia al príncipe, que lo examinó de arriba abajo.

—¿Hay alguien más ahí?

—No —respondió ella, cada vez más impaciente ante sus preguntas. Cuanto antes cruzaran la frontera, mejor—. Abre la puerta y déjanos salir. Quiero salir de este horrible lugar.

—Me temo que no puedo hacerlo —contestó él, y esbozó una sonrisa de disculpa.

El miedo le correteó por la nuca como si de una araña se tratase. Algo iba mal.

—Haakon, ¿qué estás haciendo? Déjanos salir.

Oyó pasos. El soldado que había salido corriendo escaleras arriba había regresado cargado con dos jarras de piedra tapadas.

—No puedes hacerlo —dijo Will mirando al príncipe.

—¿El qué? —preguntó ella, que no dejaba de mirar a uno y después al otro—. Por favor, ¿puede explicarme alguien lo que pasa? Haakon, respóndeme.

El capitán Krause todavía tenía la llave. Se la entregó a Haakon.

Cuando el guapo príncipe se la guardó en el bolsillo, Sophie obtuvo su respuesta.

CUARENTA Y CINCO

Aquella traición no se la esperaba en absoluto.

—Haakon, no. No.

Él extendió la mano y admiró el Anillo del Reino.

—Cuando te mataron los lobos...

—No me mataron los lobos —repuso ella—. ¿Eso es lo que te contó la reina? Ella ordenó...

—En realidad, los detalles son lo de menos, ¿verdad? —la interrumpió el príncipe—. Después de tu muerte, convencí a la reina para que me nombrase su heredero.

—¿Cómo? —preguntó Sophie, paralizada por la sorpresa.

—Cree que el rey de Tierradentro va a atacarla. Le da tanto miedo que no habla de otra cosa. Prometí defender Tierraverde con toda la fuerza del ejército de Escandania... si ella me prometía que heredaría su corona. Pero ahora tengo un problema: no estás muerta. ¿Cómo voy a heredar el trono de Tierraverde si sigues viva?

El miedo de la joven se transformó en terror. Se aferró a los barrotes de hierro.

—Abre esta puerta, Haakon.

—Ha llegado la hora de que un hombre vuelva a gobernar Tierraverde. Pienso anexionarla a Escandania en cuanto suba al trono.

Sophie sabía que debía disuadirlo de aquel plan, que era su única oportunidad para que los liberara a los tres.

—Pero no subirás al trono, ¿es que no lo ves? Tendrás que esperar muchos años, puede que décadas. La reina todavía es joven. No entregará su corona.

Haakon sonrió.

—Adelaide es una jinete muy atrevida. Es asombroso que todavía no le haya pasado nada persiguiendo lobos por el bosque como alma que lleva el diablo. Podría caerse y romperse el cuello. Sería muy sencillo.

Sophie dio un paso atrás, tambaleándose.

—¿Quién eres tú?

—Soy un gobernante, Sophie. Alguien que no teme aprovechar las oportunidades que se le presentan.

—Me pediste que me casara contigo. Pero era todo mentira.

—Me habría casado contigo. Eras la forma más sencilla de adquirir otro reino. —Se encogió de hombros—. Pero ahora he encontrado el modo de adquirir dos. Pretendo casarme con la princesa de Catay en cuanto me haga con Tierraverde. El emperador está viejo y enfermo. No durará mucho tiempo.

—Me dijiste que me amabas —repuso ella.

Haakon se rio al ver que tenía lágrimas en los ojos y la miró con lástima.

—Pobre, tonta y blanda Sophie. Todavía habla de amor, a pesar de todo lo que le ha pasado. El amor no importa. Lo único que importa es que la chica pueda engendrar. Necesito hijos varones que me ayuden a gobernar mis reinos.

—Te creí... Creía en ti —dijo Sophie con la voz rota.

Pero él ya no la escuchaba, sino que miraba hacia la escalera. Sophie se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo para convencerlo de liberar a Will y a Arno.

—Haakon, perdona a estos dos hombres —le suplicó—. Déjalos salir. No tienen nada que ver con esto.

—Demasiado riesgo. Hablarían.

—No puedes ser tan cruel. ¡No puedes marcharte y dejarnos morir de hambre!

—Sophie, Sophie. —El príncipe chascó la lengua—. No voy a dejaros morir de hambre. Eso sería cruel, ciertamente. Tengo que acabar con esto deprisa. Sin testigos. Sin cadáveres. Que nada inquiete a los campesinos.

Esbozó una sonrisa triste y retrocedió unos pasos de la puerta.

—¿Adónde vas? ¿Qué estás haciendo?

—Capitán Krause... —dijo Haakon.

—¿Sí, majestad?

El príncipe le pasó su antorcha.

—Queme este sitio hasta los cimientos.

CUARENTA Y SEIS

Haakon se despidió con una inclinación de cabeza y se alejó hasta desaparecer escaleras arriba.

—¡No! —gritó Sophie—. ¡Haakon, no lo hagas!

El capitán Krause y sus hombres se pusieron manos a la obra. Destaparon las dos jarras que uno de los soldados había bajado y derramaron su contenido por el suelo y a través de los barrotes de las criptas, incluida la de Sophie y sus amigos. Los gases acres del aceite para lámparas le abrasaron la nariz a la joven.

—Por favor, dejadnos salir —le suplicó a Krause—. ¡No podéis dejarnos morir!

Si la oyó, no dio muestras de ello. Sus hombres siguieron las órdenes y, después de vaciar las jarras, se dirigieron a la escalera.

Krause esperó un momento a que se marcharan. En cuanto lo hubieron hecho, se volvió, acercó su antorcha al aceite y salió corriendo detrás de ellos. Se oyó un sonoro silbido cuando el aceite empezó a arder. Will agarró a Sophie y la apartó de los barrotes. Las llamas azules corrían por el suelo, se introducían en las criptas cerradas y se alimentaban de la madera de los viejos ataúdes de su interior, de modo que crecían deprisa.

Y, con ellas, el terror de Sophie. Las criptas, con sus techos de piedra abovedada y el interior en llamas, le parecían hornos gigantes.

Mientras Will intentaba apagar a pisotones las llamas que se les acercaban a través de la puerta de hierro, ella fue consciente de que iba a morir. Sería una muerte lenta y dolorosa. Y Will y Arno Schmitt morirían con ella. Empezó a gritar sin poder contenerse. Zara daba vueltas y gemía.

Will estaba lanzándose contra la reja para intentar romper los barrotes o doblarlos, pero eran de hierro y no cedían. Encontró un trozo de piedra que se había desprendido de una antigua tumba y lo usó para aporrearlos, pero la piedra se le desmenuzó entre las manos.

Arno no gritaba ni se lanzaba contra los barrotes, sino que estaba haciendo algo al fondo de la cripta: reunía sus cosas, las metía en una mochila y se terminaba una botella de vino.

—Para, Sophie, por favor —dijo Will—. Deja de gritar. No puedo pensar... Necesito pensar...

—No, sigue, Sophie. De hecho, si puedes, grita más fuerte —repuso Arno mientras seguía con lo suyo. Empezó a silbar.

Will no se lo podía creer.

—Estamos a punto de morir quemados y ¿tú estás silbando una melodía militar?

Arno miró a Will con desdén.

—Tonto es el hombre que construye una casa con una sola puerta.

Después agarró la tapa de un ataúd de piedra y, no sin esfuerzo, la apartó a un lado. Will vio dentro una calavera y, justo debajo, el cuello podrido de encaje de un vestido que había sido elegante tiempo atrás.

—Perdóname, querida —le dijo a la ocupante. Después metió la mano dentro del ataúd, frunció el ceño y rebuscó—. ¡Ah! ¡Aquí estás! —exclamó, y rescató un abultado saco de cuero. Al dejarlo en el suelo, se oyó un ruido metálico—. Echaré de menos este sitio —dijo con aire melancólico—. Vecinos tranquilos. Buenos recuerdos. —Miró de nuevo a Will—. Deberías gritar tú también, hijo —le aconsejó tras apartar otra tapa de ataúd—. Tenemos que hacer todo el ruido posible para que no sospechen.

—Estás loco.

El fuego ardía con más fuerza. Sus lenguas naranjas entraban como flechas entre los barrotes. Un denso humo gris flotaba por la cripta. Mientras Will retrocedía para volver a lanzarse contra la puerta, notó que alguien le tocaba el hombro.

—Perdona, muchacho, ¿crees que podrías ayudarme a mover la tapa de esa tumba? —preguntó Arno—. Pesa una barbaridad, y mi espalda no es lo que era.

—¡Vamos a morir! —le gritó Will—. ¿Es que no lo entiendes?

Arno esbozó una sonrisa astuta.

—No si me ayudas. Agarra el lado corto —le indicó—. A la de tres, dale un buen empujón. ¿Listo? Uno, dos... ¡tres!

Will y Arno empujaron la tapa con todas sus fuerzas, y esta se deslizó sobre la tumba, cayó al suelo y se hizo pedazos. Will miró dentro: allí no había huesos, sino una desvencijada escalera de madera apoyada contra una de sus paredes. Conducía a un agujero negro.

El fuego ya entraba por la puerta y lamía el primer ataúd que se encontró a su paso. El asfixiante humo se arremolinaba en torno a Sophie, la cegaba y la hacía toser.

—Hora de irse —dijo Arno, que señaló a Sophie con la cabeza—. Cógela, ¿quieres?

—¡Vamos, Sophie! —le gritó Will mientras iba a por ella.

La joven tosía sin parar, y las lágrimas le habían dibujado surcos limpios en el hollín de las mejillas.

—¡Lo siento, Will! —sollozó—. ¡Lo siento mucho!

—¡No pasa nada! ¡Hay una salida! —respondió él mientras tiraba

de ella hacia la tumba.

Sophie no se lo podía creer hasta que vio el agujero.

—¿Adónde va? —gritó por encima del ruido de las llamas.

—¡Fuera! —contestó Arno—. ¡Ayúdame con mis bolsas!

Por el suelo de la tumba había media docena de sacos de cuero. Arno cogió uno y lo soltó por el agujero. Will lo imitó. Sophie, entre asustada y aturdida, cogió otro, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó y se abrió al dar contra el suelo. Un buen montón de joyas se desparramaron por todas partes: anillos, collares y un pendiente... todavía unido a una oreja negra y seca. Dejó escapar un grito al verlo.

Arno esbozó una sonrisa avergonzada.

—Estaba oscuro. Tenía prisa. No conseguía quitarle el puñetero pendiente.

Después recogió las joyas y las metió, junto con el resto del saco abierto, en su mochila.

Sophie alzó la mirada. La ele dibujada en la mejilla del ladrón resaltaba a la luz naranja de las llamas.

—Eres un ladrón de tumbas.

—Todos tenemos nuestros defectos. Recoge esas bolsas, ¿quieres? Empieza a hacer calor.

El fuego había devorado el ataúd que estaba junto a la puerta y había saltado a los siguientes. Las llamas estaban a menos de medio metro de los tres.

Mientras Sophie y Will se apresuraban a tirar el resto de los sacos al agujero, seguidos de sus propias mochilas, Arno fabricó una antorcha con una tabla de ataúd y un trozo de mortaja. Lanzó su mochila al interior de la tumba y metió una pierna. Encontró la escalera con el pie y metió rápidamente la otra.

—Seguidme.

Llegó enseguida al final de la escalera. Will le pasó a Zara y después le pidió a Sophie que bajara. Cuando él llegó a la escalera, las llamas ya habían alcanzado su tumba. Se unió a toda prisa a los demás y se encontró en un estrecho pasadizo, de techo bajo, abierto en la tierra.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Sophie.

—Un túnel de emergencia. Es probable que lo abrieran los sacerdotes durante una de sus guerras religiosas —respondió Arno mientras se colocaba las correas de la mochila—. Estaba en malas condiciones cuando lo encontré, pero procuré arreglarlo.

—¿Es seguro? —quiso saber ella mientras miraba a su alrededor.

—¿Más que la muerte? Sí. —Recogió dos sacos, y les hizo un gesto a Will y a Sophie para que hicieran lo mismo—. No os separéis de mí. Vamos.

Los tres recorrieron el túnel, agachados. Estaba oscuro. Del techo goteaba agua fría. Tras caminar unos cinco minutos, llegaron a otra escalera. Arno subió primero, después Sophie y, tras pasarle los sacos, las mochilas y a Zara, Will también trepó. Estaban en un mausoleo bastante grande, a unos cincuenta metros colina abajo de la iglesia. Se oían gritos, carreras y el crepitar del incendio al otro lado de la puerta enrejada. Caminaron hasta ella procurando permanecer entre las sombras y se asomaron desde las filigranas metálicas para contemplar el fuego que rugía colina arriba.

Los aldeanos de Grauseldorf rodeaban la antigua iglesia; algunos se llevaban las manos a las mejillas, otros lloraban. Krause y sus hombres fingían preocupación y mantenían a la muchedumbre alejada del incendio mientras gritaban que era demasiado peligroso que se acercaran.

—Pienso pasar la noche aquí —dijo Arno—. Hay demasiados soldados para mi gusto.

Se preparó una cama en un rincón oscuro de la tumba y no tardó en quedarse profundamente dormido. Will hizo lo mismo.

Sophie se sentó junto a ellos, pero no podía dormir. Se quedó despierta toda la noche y vio a Haakon alejarse con Krause y sus soldados. También vio a los ancianos llorar cuando el campanario se derrumbó, cuando las paredes de la iglesia cedieron. Seguía despierta al amanecer, contemplando las ruinas.

CUARENTA Y SIETE

Un ruido sobresaltó a la princesa.

Se despertó de golpe y abrió los ojos. La luz entraba en el mausoleo a través de las ventanas y la puerta.

Cerró los ojos de nuevo, y unos intensos remolinos naranjas y dorados se le quedaron atrapados tras los párpados. Durante unos horribles segundos, se sintió de vuelta en la cripta mientras los

soldados le prendían fuego. Vio las llamas alzarse, olió el humo y se oyó gritar.

San Sebastián había quedado reducida a una pila humeante de cenizas y escombros, al igual que las esperanzas y el futuro de Sophie. La vergüenza la abrasó por dentro, tan vorazmente como las llamas que habían devorado la iglesia, al darse cuenta de que su madrastra y los cortesanos... tenían razón. Era tonta y débil. Había confiado en Haakon porque era guapo y deslumbrante, porque le había dicho un par de palabras románticas y la había convencido de que la amaba. Su corazón lo había arruinado todo. De nuevo.

Algo se movió debajo de Sophie y la empujó. Se percató de que tenía la cabeza apoyada en una criatura calentita y viva, y el brazo sobre ella. «Zara», pensó, y se abrazó a la perrita.

Pero no parecía Zara. Y no olía a Zara. Apestaba a humo, pero, por debajo, olía también a pino, cuero, lavanda y sudor.

Levantó la cabeza: no estaba abrazando a Zara, sino a Will. Abochornada, se apoyó en los brazos para incorporarse un poco. Recordaba haberse sentado a su lado a oscuras, mientras él dormía. «Debo de haberme quedado dormida y haberme caído encima de él como un saco de patatas», pensó.

Oyó de nuevo el ruido, así que miró a su alrededor con los ojos empañados. Era Arno. Iba de un lado para otro por el mausoleo empujando tapas de ataúdes para comprobar si estaban sueltas.

—¡Buenos días! —la saludó cuando la vio—. ¿Se ha despertado ya tu cariñín?

Sophie parpadeó.

—¿Mi qué? ¿Quién? ¿Él? No es... Will no es mi...

Arno la miró; ella seguía medio echada sobre Will. El ladrón arqueó una ceja.

—No te preocupes, no se lo contaré.

Sophie se levantó a toda prisa y se sacudió un polvo imaginario de los pantalones. Zara, que estaba tumbada por allí cerca, se colocó de inmediato en el hueco calentito que había dejado Sophie. Will masculló algo en sueños, se puso de lado y rodeó con un brazo a la perra.

—Vosotros tres formáis un trío curioso, pero ¿quién soy yo para juzgar? —Sacudió otro ataúd—. Los aldeanos se han ido. También los soldados. Lo mejor sería marcharnos ya. El capitán mierdoso y el príncipe de los meados creen que estamos muertos, lo que significa que no nos estarán buscando. Eso nos da cierta ventaja.

Sophie asintió. Llevaba la melena suelta y le apestaba a humo. Se agachó para buscar en su mochila una cinta con la que trenzársela y quitársela de la cara. Mientras lo hacía, algo brillante le llamó la atención desde el otro extremo de la tumba. Arno había sacado de su mochila el saco de joyas que se había abierto antes y lo había colocado sobre un ataúd. Los pálidos rayos del sol de la mañana rebotaban en los anillos, broches y collares.

La joven contempló con asco aquellos objetos adquiridos de forma ilícita y recordó la oreja seca. Arno la vio mirar su alijo.

—¿Quieres un anillo de rubíes?

—No —respondió ella con desagrado—. Todo eso se lo has quitado a un cadáver. Eres un ladrón de tumbas. Robas a los muertos. ¿Cómo puedes hacerlo?

Arno resopló y la examinó de arriba abajo.

—Eres de la realeza. Robas a los vivos. ¿Cómo puedes hacerlo?

—¡No he robado nada en toda mi vida! —exclamó ella, ofendida.

—Ahora tienes más aspecto de jornalera que de princesa —respondió Arno mientras se le acercaba—. Pero seguro que antes de que te comieran los lobos o lo que fuera que pasara lucías vestidos de seda, anillos de diamantes y una corona de oro.

—Sí, ¿y qué?

—¿De dónde salían? ¿Te los ganaste con tu trabajo?

—Bueno... Tampoco es que... Nosotros no...

—¿Qué me dices de los castillos y los carruajes? ¿Te los ganaste? —Se agachó y, con un dedo sucio, le dibujo una ele en la mejilla—. Ladrona —añadió, y soltó una risita.

Sophie lo apartó de un manotazo y frunció el ceño. Después se restregó la ele y siguió buscando su cinta. Arno siguió buscando un buen escondite.

Will despertó cuando Sophie terminaba de trenzarse el pelo. Se miraron a los ojos.

—Ni una palabra sobre príncipes apuestos —le advirtió ella, que estaba demasiado dolida para soportar burlas—. Ni una.

Will hizo una mueca, como si aquella suposición suya lo entristeciera.

Tras un instante de silencio, dijo:

—¿Qué vas a hacer? Ahora no puedes volver a Escandania.

—No.

La posibilidad de que Haakon recuperase su corazón ya no existía. No contaría con ningún ejército que marchara hacia el castillo del Rey

de los Cuervos. Su corazón de reloj se quedaría sin cuerda. Pronto. Seguramente en algún rincón solitario y olvidado del Bosque Oscuro.

—¿Adónde irás?

—A ver al duque de Niederheim..., a su castillo —respondió ella, como si nada—. No queda lejos.

—¿Sabes que arrugas la nariz cuando mientes?

Sophie frunció el ceño.

—No sabes adónde ir, ¿verdad?

—No —reconoció ella, avergonzada por tener que admitirlo.

Sin embargo, lo cierto era que no tenía a nadie, y eso le dolía. Se había pasado la vida rodeada de gente de todo tipo, desde niñeras y sirvientas hasta duques y religiosos. Pero no podía confiar en ellos, ya que ahora servían a su madrastra o a Haakon. No le quedaba ninguna persona de su antigua vida a la que recurrir.

—Podrías venir conmigo a casa y descansar un poco. Disfrutar de una comida casera.

—Yo iré contigo —intervino Arno—. No me vendría mal esa comida casera.

Sophie y Will no le prestaron atención.

—No puedo, Will. Anoche casi consigo que te maten.

—Haakon no me da miedo.

—Debería. Debería darte miedo cualquiera que desee el poder tanto como él.

—Sophie...

—Will, gracias, de verdad, pero tengo problemas peores que Haakon. Y... no tengo tiempo para...

—Tengo esto y tengo lo otro —la cortó Arno—. Puede que no todo gire alrededor de ti, princesa preciosa. ¿Se te ha ocurrido alguna vez? ¿Vas a dejar que ese cabrón despiadado de Haakon dirija el país? Estaba dispuesto a quemarnos vivos, ¿qué hará con los demás que se interpongan en su camino?

Sophie estaba ya harta de aquel hombre tan grosero. Se puso de pie.

—¿Qué quieres que haga, Arno?

—Que recuperes tu puñetera corona.

Sophie lo miró como si el hombre hubiera perdido totalmente la cabeza.

—Yo —respondió sin entonación en la voz—. Yo sola. Sin un ejército. Ni armas. Ni fortaleza. Solo yo y mi perrita flacucha. ¡Si ni siquiera tengo dos peniques para comprar el desayuno!

—Que hoy no tengas ni dos peniques ni un ejército no significa que no vayas a tenerlos mañana.

«¡Pero tampoco tengo un mañana!», quería gritarle. No obstante, se contuvo y dijo:

—Arno, no sabes de lo que hablas.

—Ni tú tampoco, cretina.

Sophie sacudió la cabeza, pasmada por su desvergüenza.

—Pues mira, quizá recupere la corona para poder cortarte la cabeza.

—¿Alguna vez has estado en la casa de un cazador? ¿Sabes lo grande que es? ¿Lo que comen para cenar? Puede que aprendas algo. Sobre tu pueblo. Sobre sus vidas. Ve a la casa del crío, por favor. ¿Es que no ves que quiere que vayas? —Arno le guiñó un ojo y se llevó una mano a un lado de la boca—. Creo que le gustas.

Sophie se puso colorada.

—Dios mío, Arno, eso es muy poco apropiado. ¡Will está casado!

Will, que estaba bebiendo de su cantimplora, escupió el agua.

—¿Qué? ¡No, qué va!

—Pero... me dijiste...

—¿El qué?

—Que te esperaba alguien en casa. Que te necesitaba.

—Mi hermana.

—Ah.

Sophie se puso más roja todavía y deseó que se la tragase la tierra.

Arno dio una palmada.

—¿Ves? ¡Yo tenía razón! ¡Hoy ya has aprendido algo!

Se echó la mochila al hombro, recogió una espada que tenía escondida en la tumba y sacó su llavero. Había ocultado sus joyas y estaba listo para marcharse. Un minuto después, la puerta del mausoleo estaba abierta.

—Vamos, chica, a ver si nos sirven un lomo de venado aderezado con pimienta y cilantro. Acompañado de salsa de grosella. Y puede que con unas patatas hasselback de guarnición, y repollo cocido.

—¿Qué tal un estofado de conejo? —preguntó Will—. Si es que tengo la suerte de cazar uno por el camino.

—También me vale.

Salieron los tres de la cripta. Arno alzó el rostro al sol y sonrió. Abrió de par en par los rollizos brazos.

—¡Aaah! Qué gusto da estar muerto.

CUARENTA Y OCHO

Sophie supo que tenía problemas cuando estaban a kilómetro y medio de la casa de Will. El tictac de su pecho iba más despacio, como si le costara, y así llevaba durante los dos días de caminata. El mecanismo tartamudeaba, paraba y volvía a arrancar. No hacía mucho ruido (Sophie lo sentía, pero no lo oía), aunque eso la asustaba más. Estaba débil. Notaba las extremidades como si las tuviera rellenas de arena. Se detenía de vez en cuando para lanzarle palos a Zara cuando atravesaban el bosque, lo que no era más que una farsa: no lo hacía para jugar, sino para recuperar el aliento y la fuerza. Llegó a la casa por pura fuerza de voluntad.

Al entrar en el ordenado huertecito que rodeaba la humilde vivienda, Sophie vio a una anciana sentada al sol cardando una cesta de lana. A su lado se sentaba una niña pequeña. Tenía los ojos cerrados y el rostro inclinado hacia los últimos rayos de luz. Estaba envuelta en mantas hasta el cuello, como si estuvieran en enero, en vez de agosto.

—¿Oma? —la llamó Will—. He traído a unos amigos.

La anciana se volvió hacia ellos y arqueó las cejas, sorprendida. Con sus astutos ojos, del mismo color gris que los de su nieto, repasó a Sophie y Arno. Detuvo un momento la mirada en la cicatriz de la muchacha, que le asomaba por encima de la camisa, y en la ele de la mejilla del hombre.

La niña frunció el ceño.

—Esta es mi abuela —dijo Will—. Y Gretta, mi hermana. Oma, Gretta, estos son Sophie, Arno y Zara.

—¿Cómo est...? —empezó a decir Sophie.

Pero no terminó la frase porque se le nubló la vista, se tambaleó y cayó al suelo. Will y Arno la ayudaron a levantarse.

—¡Cielos! ¿Qué le ocurre? —preguntó la anciana mientras se ponía de pie—. ¡Está blanca como la cal!

—No lo sé —respondió Will.

—Deprisa, chico, siéntala.

Mientras Will y Arno la sentaban en la silla de Oma, la anciana

corrió al interior de la casita. Regresó unos segundos después con una botella de vinagre y la agitó bajo la nariz de Sophie.

El fuerte olor estabilizó el ritmo del corazón de la joven.

—Gracias —respondió ella, al notar que recuperaba un poco las fuerzas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Will.

—Nada. Ha sido... un mareo —mintió la princesa—. Llevo algo aturdida desde el incendio. Será por culpa del humo.

No quería contarles la verdad: que se le paraba el corazón. Incluso a ella le costaba aceptarlo.

—¿Incendio? —preguntó Oma—. ¿Humo?

—Es una larga historia —dijo Will.

Oma le lanzó una mirada cargada de significado.

—Gatos vagabundos. Perros vagabundos. Y, ahora, una chica vagabunda y un ladrón vagabundo. ¿Es que los vas buscando, Will? ¿O te buscan ellos a ti?

Will se rio entre dientes. Sophie levantó la mirada y vio que el joven abrazaba con cariño a su hermana. Las extremidades de la niña eran delgadas como palillos. Le había parecido muy pequeña al verla, calculaba que unos cinco o seis años, pero de repente se dio cuenta de que tenía unos diez u once. Estaba escuchimizada; ni siquiera le quedaban fuerzas para caminar sola.

La niña, cuyos ojos parecían enormes en aquel rostro tan demacrado, examinó de cerca de Sophie.

—Hola —la saludó la princesa, sonriente.

—Apestas —respondió la niña.

—¡Gretta! —la regañó Oma.

—Bueno, es que es verdad.

Sophie sabía que apestaba a humo. Y, probablemente, a cosas peores. Hacía mucho tiempo que no se lavaba.

—¿Puedo usar vuestra bañera?

Oma se rio y le enganchó un pulgar en el hombro.

—No tienes que pedirme permiso. Nuestra bañera está ahí fuera.

La joven estiró el cuello y vio una corriente de agua plateada que borboteaba detrás de la casa.

—Pero... eso es un arroyo.

—Sí que lo es. Tráele jabón y una toalla, Will, por favor. Y también para Arno y para ti.

Arno parecía a punto de rechazar la oferta, pero entonces se olisqueó con disimulo las axilas y esbozó una mueca. Will dejó a

Gretta en la silla y desapareció en el interior de la casita.

—Pero no hay intimidad —protestó Sophie, que todavía miraba el arroyo.

—Si eso te molesta, camina río abajo. Nadie te verá, salvo los ciervos. Los hombres pueden bañarse río arriba. Aprovecha para lavarte el corte del labio. Está hinchado. Usa mucho jabón. Y, ya que estás, lávate la ropa. Puedes colgarla en el tendedero.

—Pero no tengo más. ¿Qué me pongo mientras se seca?

—Te prestaré algo. No puedo dejar que me metas pulgas en casa.

—¡Pulgas! —exclamó la joven, humillada—. No tengo...

—Seguro que sí —dijo Gretta, que entornó los ojos—. Pareces de esas.

—¡Will! —gritó Oma—. ¡Trae ropa vieja!

Will salió de la casa unos minutos después cargado con todo lo que le había pedido su abuela. Le dio algunas cosas a Sophie y otras a Arno.

—Will, ¿has traído un conejo? ¿Podemos comer estof...? —Un ataque de tos interrumpió la pregunta de Gretta.

Su hermano se arrodilló a su lado y le acarició la espalda. La tos empeoró. Sophie ya iba de camino al arroyo, pero se detuvo y volvió la vista atrás, preocupada. Gretta no lograba recuperar el aliento. Se empezaba a poner azul; se aferró con las manitas a la camisa de Will. La joven empezó a regresar sobre sus pasos y notó que se le aceleraba el corazón, pero, mientras lo hacía, Gretta logró despejar lo que se le había atragantado. Tomó aire con ganas y se dejó caer en brazos de Will, que la llevó al interior de la casa.

Oma, muy seria, iba detrás. Sophie dio unos pasos vacilantes hacia ellos, pero se detuvo porque le dio la impresión de que ni la necesitaban ni la querían allí. Así que siguió hacia el arroyo. Cuando llegó, vio que alguien había fabricado una presa con rocas para crear una poza profunda en la que nadar. Colgó la toalla y la ropa limpia en una rama para evitar que se mojaran, se desnudó a toda prisa y dejó la ropa sucia en la orilla. Después se metió en el agua con el jabón en la mano. Zara se zambulló tras ella.

El arroyo estaba tan helado que tuvo que contener el aliento, aunque le sentó bien, sobre todo cuando sumergió la cabeza y el agua le cubrió el labio hinchado y se lo dejó entumecido. No obstante, nada entumecía el dolor de la traición de Haakon. Había creído en él. Había confiado en él. Incluso lo había querido. Al menos, eso le había parecido entonces. Se imaginaba la satisfacción de su madrastra

cuando Haakon le contara que Sophie por fin estaba muerta. Adelaide sonreiría y diría que aquella muchacha había sido una idiota sin remedio, blanda, inútil y fácil de manipular.

Los fríos dedos de la vergüenza se aferraron a ella como si pretendieran rodearle las piernas, tirar de ella y ahogarla. Durante un breve momento de desesperación se preguntó si debería dejar que lo hicieran. No era buena para nada. No le hacía bien a nadie, ni siquiera a ella misma.

Entonces se percató de algo: había escapado, y ni Adelaide ni Haakon lo sabían. En parte había sido cuestión de suerte, sí (no habría sobrevivido a la traición de Haakon de no ser por Arno), pero también había tenido la sensatez de confiar en una buena persona, Will, y había reunido el valor suficiente para huir, ocultarse y luchar por su vida.

Que Adelaide y Haakon dijeran lo que quisieran: ella no era una inútil. Había escapado. Estaba viva. Y ninguno de los dos lo sabía.

Envalentonada por aquel descubrimiento, apartó a patadas los dedos que pretendían hundirla. Subió de nuevo a la superficie y respiró una bocanada de aire.

—¿Quién es la idiota ahora? —susurró.

Y empezó a restregarse. Su último baño había sido en la Hondonada y hasta ahora no se había dado cuenta de que estaba sucísima. Atacó su cuerpo con el jabón, se lo restregó centímetro a centímetro y después se pasó la pastilla por el pelo hasta formar una densa nube de espuma. Cuando terminó, metió la ropa sucia en el río y la lavó. Después lavó a Zara. La perra se sometió al baño, pero salió corriendo del agua en cuanto pudo y se sacudió. Sophie la siguió, se secó y se vistió. El baño, la ropa limpia... Fue como si hubiera renacido.

Se llevó la ropa mojada a la casa y la colgó del tendedero. Por la ventana salía un rico olor a comida. Cebollas friéndose en mantequilla. Tomillo picado. El estómago le rugió con ganas. No había nadie en el patio y la puerta estaba abierta, así que entró. Zara se quedó fuera para secarse al sol.

Will estaba junto a una gran cocina negra, de espaldas a ella, dorando trozos de conejo en una olla de hierro. Tenía el pelo mojado. También vestía ropa limpia.

—¿Gretta está...?

—Se ha tumbado a descansar —respondió, seco.

—¿Está...?

—Está bien.

—La casa de tus padres es muy bonita.

—No es de mis padres; es de mi abuela.

—Ah. Pero ¿tus padres están aquí? ¿Dónde están?

—Muertos.

—Lo... lo siento. ¿Qué les pasó?

—Murieron.

—Ya. Bueno, ese conejo huele muy bien.

La joven suspiró y se rindió. Después de varios días recorriendo el bosque con él, sabía que no tenía sentido intentar sacarle conversación cuando Will no quería hablar.

Will cogió una jarra de cerveza. El silencio reinaba en la cocina, salvo por el fuerte siseo del vapor al verter el líquido en la sartén caliente. Sophie, que estaba incómoda allí en medio, sin nada que hacer, se apoyó en un armario y lo observó.

El calor del fuego lo había ruborizado. Se percató de que un mechón de pelo le caía sobre la cara y se le rizaba como un signo de interrogación contra la piel. Se movía con precisión. «Como todos los cazadores», pensó. Vestía el delantal de su abuela sobre una túnica de lino gastada y unos pantalones remendados. Le gustaba cómo le quedaba, la forma en que le marcaba las caderas y el modo en que los cordones, sujetos con un nudo flojo, le caían sobre el trasero.

«Es un trasero bastante bonito», pensó mientras ladeaba la cabeza para verlo mejor. Al hacerlo, su corazón dejó escapar un ronroneo intenso y cálido.

Se enderezó, avergonzada.

Will se volvió para mirarla y arqueó una ceja.

—¿El reloj?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—El reloj.

—Puedes poner la mesa.

—¡Sí! Puedo. Eso puedo hacerlo.

«¿Qué me pasa?», se preguntó.

Su corazón de reloj era cada vez menos fiable y se comportaba de un modo completamente opuesto a sus sentimientos. Le daban igual Will y su trasero. ¿Serían aquello y su mareo señales de que el corazón se quedaba sin cuerda más deprisa de lo que calculaban los hermanos?

La idea preocupaba a Sophie, pero no quería darle demasiadas vueltas. Will señaló un armario, así que lo abrió, encontró un mantel limpio y lo extendió sobre la mesa redonda de madera. Después colocó

las servilletas y los cubiertos, y decidió que necesitaban flores. Sacó unas tijeras de un cajón y cortó unas cuantas del jardín de Oma para meterlas en un jarrón.

Oma, que había estado con Gretta para que se bebiera la infusión que le había preparado con lo que Will había comprado en la botica, pasó a toda prisa junto a Sophie con una barra de pan y un plato de mantequilla para la mesa.

—Menuda noche pasasteis en Grauseldorf —comentó en tono brusco—. Will me lo ha contado todo. Y más cosas.

—Sí, menuda noche —repitió la princesa, que se sentía incómoda bajo la mirada de desaprobación de la anciana—. Gracias a Arno logramos salir de la cripta.

—Ya. Y supongo que gracias a ti se metió mi nieto en ella. Ese labio está sangrando de nuevo.

Sophie se llevó los dedos al corte. Al apartarlos, estaban rojos.

—No se va a curar solo —le dijo Oma.

—Seguro que no es nada.

—Seguro que sí —repuso la anciana, que fue a por una botella del estante y un trozo de lino—. Siéntate ahí —le indicó señalando un taburete bajo una ventana—. Hay más luz. Necesito ver lo que hago.

Oma condujo a la reacia Sophie al taburete y la sentó en él. Descorchó la botella y vertió un líquido apestoso en el lino.

—Cierra los ojos.

—¿Duele?

—Sí.

El mejunje de Oma ardía como fuego líquido.

—¡Ay! ¡Ayyyy! —aulló la joven.

—Quieta, no seas llorica.

—¡*Na say llarica*! —dijo ella como pudo sin mover el labio superior.

Las lágrimas amenazaban con asomársele a los ojos, pero justo cuando creía que no lograría seguir conteniéndolas, una mano basta y cálida le sujetó la suya.

—Aprieta con fuerza —le dijo Will—. Esa porquería es horrorosa.

La joven lo hizo, y el muchacho le devolvió el apretón. Finalmente, después de lo que a Sophie le pareció una eternidad, Oma terminó.

—Ya. Listo. Ahora se curará deprisa y bien. —Apretó el lino contra la herida para secar la sangre fresca—. Coge esto. Mantén la presión un momento.

—Gracias, creo —respondió Sophie tras abrir los ojos y coger la

tela. Le palpitaba el labio.

Oma dejó la botella en su sitio y, al volverse, detuvo la mirada en la mano de Sophie. Y en la de su nieto. Todavía entrelazadas.

—Listo —repitió.

Will regresó a su estofado. Sophie se presionó el labio con ambas manos.

Y Oma salió a ver dónde estaba Arno. Al llegar a la puerta, volvió la vista atrás, hacia su nieto, que ahora tarareaba mientras vigilaba el guiso. El chico nunca tarareaba. Después miró a la muchacha, que tenía la cabeza ladeada para ver mejor a Will.

Frunció el ceño y masculló para sí:

—Encuentros en el Bosque Oscuro, ladrones de tumbas, muchachas con pantalones... Nada bueno puede salir de todo esto.

CUARENTA Y NUEVE

Sophie nunca había olido nada tan delicioso como el estofado de conejo de Will.

Lo había llevado a la mesa dentro de la olla en la que lo había cocinado. Todos estaban sentados, con las servilletas en el regazo. Zara se había metido debajo de la mesa por si a alguien se le caía algo.

Después de dejar la olla en la mesa, Will también se sentó. Arno estaba a punto de coger una rebanada de pan cuando vio que Oma inclinaba la cabeza. Will y Gretta hicieron lo mismo. Sophie los imitó, y la anciana dio las gracias por la comida.

En cuanto terminó, Will le quitó la tapa a la olla y de ella salió una nubecilla de vapor. El corazón de Sophie tintineó. Oma arqueó una ceja, pero Gretta, que se había levantado del asiento y se apoyaba con las manos en la mesa, y Arno, que había adoptado la misma posición, estaban demasiado ocupados contemplando el estofado como para percatarse.

—Es un reloj —le explicó Will a su abuela.

—Pequeño —añadió Sophie—. Lo llevo en el bolsillo.

Will le pasó el cucharón a Sophie, y ella, hipnotizada por el delicioso aroma, se sirvió verdura, salsa y un trozo de carne. Y otro. Y otro. Olía tan bien...

Oma miró a la joven, que se dio cuenta de que no le correspondía tanta cantidad.

—Lo siento mucho —dijo, ruborizada, y se apresuró a devolver buena parte del estofado a la olla.

—Debes de venir de un sitio en el que había comida de sobra —comentó con astucia la anciana.

—Sí —respondió ella, algo avergonzada.

Estaba acostumbrada a que la comida apareciera sin más. Normalmente, en bandejas de plata. Ni por un momento se había parado a considerar de dónde salía ni cómo sería no tener suficiente comida.

Oma sirvió a Arno, después a sus nietos y a ella, y en un momento estaban todos comiendo con ganas. Sophie estaba famélica. Tenía que contenerse para no devorar el estofado a paletadas.

—Will nos ha contado a Oma y a mí que eres la princesa. Pero yo había oído que estaba muerta. ¿Eres un fantasma? —le preguntó Gretta.

Oma resopló.

—¿Con ese apetito? ¡Lo dudo!

Gretta se entristeció.

—Entonces, ¿no eres un fantasma?

—No del todo. Lo siento —respondió Sophie, que esbozó una sonrisa de disculpa.

Gretta estaba a punto de decir algo más, pero, antes de poder hacerlo, tuvo otro ataque de tos tan fuerte como el anterior. Apenas podía respirar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Sophie, pero tanto Will como Oma estaban concentrados en Gretta, así que no respondieron.

Por suerte, aquel ataque no fue tan largo como el último.

—Es tuberculosis —respondió Gretta en cuanto pudo.

—¡Calla, Gretta! —la regañó Oma, dolida por sus palabras—. No es eso. Es un mal resfriado que no se termina de curar. Tienes mal cuerpo, nada más. Un poco pachucha. Y...

—La casa no es muy grande, Oma. Os he oído hablar a Will y a ti por la noche, ¿sabes?

Will no dijo nada, aunque apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcó un músculo en la mejilla.

A Sophie, el corazón le dio un tirón doloroso. Sabía que la tuberculosis era una enfermedad cruel y larga que les robaba las fuerzas y la vitalidad a sus víctimas hasta que fallecían.

—¿Cómo la contrajiste?

—Mi madre la tenía. Estaba mejorando, pero la reina nos quitó la granja, y ella empeoró.

—¿Por qué os quitó la granja?

—Quería las cosechas para alimentar a sus soldados. Teníamos muchos acres de tierra y cultivábamos todo tipo de cosas. Mi madre enfermó antes de que llegaran los soldados. Después de eso, no duró mucho. Y entonces enfermó también mi padre. Aunque Oma dice que murió porque se le rompió el corazón.

El de Sophie parecía a punto de hacerse añicos. Dejaba escapar un ruido lento y grave, como el de un tambor tocando un canto fúnebre. Ahora ya sabía por qué Will había afirmado despreciarla a ella, a la reina, al palacio y a todos sus moradores... Porque Adelaide había destruido su familia. Sophie sufría por Gretta, por Oma y por él, aunque era una tristeza mezclada con rabia. ¿Acaso no veía su madrastra lo que estaba haciendo? ¿Acaso no comprendía que sus brutales acciones acarreaban terribles consecuencias para el pueblo? Siempre estaba atenta a las amenazas de sus enemigos, era su mayor preocupación. Organizaba ejércitos, construía barcos de guerra..., todo para mantener a su pueblo a salvo. Sin embargo, al hacerlo, ella misma se había convertido en enemiga de sus súbditos. ¿Qué ocurriría si Haakon se salía con la suya y gobernaba Tierraverde? Sophie lo sabía: las cosas empeorarían todavía más.

—Lo siento mucho, Gretta.

—Odio a la reina —respondió ella, y apretó los puños—. Odio el palacio y a toda la gente que está en él. Se lo llevan todo y apenas nos dejan algo que comer. ¡Y a ti también te odio, Sophie!

—Gretta, ya está bien. No seas maleducada —la regañó Will.

Oma posó la mirada en Sophie.

—Ni imprudente —dijo.

—Sophie no es como la reina —intervino Arno sin dejar de mordisquear un hueso—. Va a recuperar su corona. Quiere cambiar las cosas.

—¿Sí? —preguntó Gretta, entre esperanzada e incrédula.

La princesa bajó la mirada. No podía responder a la niña. Hacerlo significaría apagar la chispa de esperanza que le iluminaba los ojos. Guardaron un silencio incómodo, y Sophie sintió un hambre nueva: esta vez no era en su barriga, sino en lo más profundo de su defectuoso corazón.

Por primera vez, Sophie ansiaba el trono; lo deseaba tanto que era

un dolor físico. Quería sentarse con la espalda recta y aire regio en el trono dorado, y sentir en la cabeza el dulce y sobrio peso de la corona de Tierraverde. No para lucir una sobreveste cuajada de piedras preciosas y asustar a los embajadores, sino para asegurarse de que jamás se echara de su hogar a una mujer embarazada. De que no se tirara a la basura, como si fuera un juguete roto, a un niño que perdía la vista por su país. De que una niña no tuviera nada mejor que hacer que toser hasta morir.

No obstante, era un hambre que jamás podría satisfacer, y eso dolía más que nada de lo que le había sucedido. No solo tenía un corazón defectuoso, sino también medio parado; cada segundo que pasaba se acercaba más a su último tictac. Y, mientras ella se debilitaba, sus enemigos se fortalecían. Sentía una desesperación dolorosa y profunda al pensar que su pueblo tendría que seguir soportando la crueldad de Adelaide y, pronto, también la de Haakon.

Oma, que miraba a Sophie, guardaba silencio igual que un cazo de leche justo antes de hervir. Miró a Will y preguntó:

—¿Qué has traído a nuestra casa? —Señaló a Arno y dijo—: Tú eres un ladrón, pero eso no me preocupa porque no tenemos nada que se pueda robar. —Después miró a la joven—. Pero tú eres una princesa muerta que no está muerta, y eso me preocupa mucho. Oí hablar de ti hace días. Las noticias vuelan en el Bosque Oscuro. Causaste una honda impresión en Drohendsburgo cuando evitaste que desahuciaran a esa familia. Y ¿los veteranos? Marcharían hasta el fin del mundo por ti. —Untó de mantequilla un trozo de pan y apuntó a Sophie con el cuchillo—. Le has dado esperanza a esa gente, niña, y eso es peligroso. No hay mayor arma en el mundo que la esperanza. Es peligrosa porque tiene poder. Y no creas ni por un momento que ese príncipe, Haakon, no lo sabe. Si se entera de que has escapado, derribará una puerta tras otra hasta encontrarte. Vas a meternos en un lío enorme.

—Oma, Sophie está aquí porque quiero que esté aquí. Todo lo que ha sucedido... no es culpa suya.

—No, Will, tu abuela se preocupaba con razón. No debería haber venido. Es que... tenía miedo. Quería un lugar seguro. Unos pocos días. Un lugar tranquilo. Un lugar...

Dejó la frase en el aire.

—¿Un lugar qué? —preguntó Will.

Sophie lo miró. Los ojos del joven, tan transparentes y sinceros, le dieron fuerzas para decirlo.

—Un lugar para morir.

CINCUENTA

—¿Qué quiere decir eso?

Oma hizo un gesto de desprecio.

—No te preocupes, niño. A esta no vas a sacarle una historia sincera.

Pero Will, cuyos ojos se habían vuelto oscuros como una tormenta, tenía la mirada clavada en la joven.

—¿Qué quieres decir? —insistió.

Sophie no quería decirlo. No quería revelar su secreto ni su corazón. No a Will. Él la odiaba y odiaba todo lo que representaba, igual que el resto de su familia. Aun así, eso era lo que le estaban pidiendo aquellos ojos grises. La retaban. A contar la verdad. A confiar en él. Y sabía que, si le mentía, aquellos ojos se cerrarían para ella. Por algún motivo que solo conocía su corazón defectuoso, no soportaba la idea.

Respiró hondo para calmarse, se soltó la cinta del cuello de su túnica prestada y la abrió para que Oma, Gretta, Arno y él vieran la cicatriz de color rojo intenso que le atravesaba la piel.

La mirada de Will pasó de la clavícula de la joven a lo alto de su pecho. Esbozó una mueca, aunque no apartó la mirada. Arno dejó escapar un silbido.

—Fea, ¿verdad? —dijo Sophie—. La historia que hay detrás es más fea aún. ¿Seguro que la queréis escuchar?

—Sí —respondió Will.

Sophie miró a Gretta, ya que le preocupaba que su historia fuera demasiado dura para una niña tan pequeña, pero la muchacha alzó la cuchara y amenazó con ella a Sophie como si fuera una espada.

—Ni se te ocurra no contármelo. Si me envías a mi habitación —le dijo a su hermano—, escucharé con la oreja contra la pared.

Will suspiró, resignado.

—Adelante —le dijo a Sophie.

Y Sophie lo hizo. Les contó lo que le había pasado, empezando por su paseo a caballo con el cazador de su madrastra y acabando por su

huida de Haakon.

—Creía en Haakon, hasta que intentó matarme. Creía que me ayudaría a recuperar mi corazón. Ahora está perdido para siempre, y el que llevo dentro no tardará en pararse.

Todos guardaron silencio cuando dejó de hablar. Nadie dijo nada durante un buen rato. Nadie se levantó para recoger los platos sucios y la olla vacía. El crepúsculo se asomaba a las ventanas.

Arno fue el primero en hablar.

—Aunque Haakon estuviera de tu parte, no estoy seguro de que fuera capaz de entrar en Nimmermehr ni de vencer al Rey de los Cuervos.

—¿Por qué no? Tendría un ejército.

—Da igual. Muchos lo han intentado. Reyes, emperadores, señores de la guerra... Ni siquiera llegan al foso. Las criaturas del bosque... —Arno negó con la cabeza sin saber cómo describirlas—. Monstruos, gules, cosas aterradoras... Si te atrapan, te destrozan, pero hasta los soldados más curtidos salen huyendo con tan solo echarles un vistazo.

Sophie recordaba lo que le habían contado los hermanos sobre las aterradoras criaturas que merodeaban por los terrenos de Nimmermehr; habían sido demasiado para Jasper. Su corazón no lo había soportado. Se moría de preocupación por Jeremias y Joosts. En el fondo, esperaba que se rindieran y regresaran a la Hondonada. Si reyes y señores de la guerra no habían podido vencer al Rey de los Cuervos, ¿cómo iban a hacerlo ellos?

—¿Cómo sabes todo eso?

—He estado allí —respondió Arno—. No dentro del castillo, pero sí cerca. Se rumorea que existe un túnel, una ruta de escape en caso de asedio. Muchos castillos las tienen. Quería encontrarla.

—¿Por qué? —le preguntó Gretta.

Arno se encogió de hombros.

—Corvus es un rey, ¿no? Los reyes tienen cosas bonitas.

—Y tú eres un ladrón.

—Exacto. Eres una joven muy lista —repuso él, y le dio una palmada en la cabeza.

—Arno, ¿quién es... el Rey de los Cuervos? —preguntó Sophie—. ¿Qué hace con los corazones que roba?

—No lo sé. Aunque he oído cosas. La gente dice que viene de una tierra extranjera, que es un monstruo, un fantasma, un vampiro. La gente dice que existen hechizos capaces de repeler a sus criaturas y mantenerlo alejado, pero, por lo que sé, son tonterías. He estado en

casi todos los pueblos, aldeas y ciudades de Tierraverde, y no he conocido a nadie que haya logrado entrar en Nimmermehr y vivir para contarlo.

El miedo que sentía por Jeremias y Joosts se multiplicó. También el miedo que sentía por su propia vida. Tardó un momento en reunir el valor suficiente para plantear la pregunta que más temía:

—¿Sabes si existen hechizos capaces de devolver un corazón a su sitio?

Arno vaciló antes de responder.

—No he oído hablar de ninguno. Aunque eso no significa que no existan, claro.

Otro momento de silencio. Sophie se percató de que se había estado engañando desde el principio. Ni siquiera con la fuerza del ejército de Haakon podría haberlo recuperado. Era imposible, siempre lo había sido. Ya no podía hacer caso omiso de esa evidencia, y saberlo la aplastó como una avalancha.

Esta vez fue Gretta la que habló primero.

—Siento haber dicho que te odiaba, Sophie.

—No te preocupes, Gretta. Yo sentiría lo mismo en tu situación.

—¿Por qué, Sophie? ¿Por qué te ha pasado todo esto? ¿Por qué se llevó tu corazón el Rey de los Cuervos? —le preguntó la niña.

Sophie se miró las manos.

—Ay, Gretta. Ojalá lo supiera.

—No es justo.

La joven esbozó una sonrisa triste.

—Cierto.

—¿Cuánto tiempo tienes hasta que..., hasta que el corazón...?

Will no logró terminar la frase.

Sophie respiró hondo.

—Menos de tres semanas, creo. Día arriba, día abajo.

Fue como si una mortaja cayera sobre ellos. La tristeza era palpable. Zara, al percibir la aflicción de su dueña, apoyó la cabeza en su regazo. Mientras Sophie le rascaba detrás de las orejas, Gretta sufrió un ataque de tos y Will corrió a su lado.

—¡No me voy a la cama! —protestó la niña en cuanto recuperó el aliento—. ¡Si intentas cogerme en brazos, te juro que me dejaré caer como un saco de patatas!

—Tranquila, que nadie te va a llevar a la cama. Tienes las manos azules. Necesitas sentarte junto al fuego.

Gretta dejó que la llevara hasta el sillón que había al lado de la

chimenea. Oma anunció que prepararía infusión de menta para que todos entraran en calor. Mientras Will acomodaba a su hermana y la tapaba con una manta, Sophie y Arno recogieron los platos y los fregaron. Después, se reunieron con Will y Gretta.

Will atizó las brasas y colocó un leño entre ellas. Sophie contempló las llamas.

—Estás muy triste, Sophie —comentó Gretta.

—Eso es decir poco —resopló Arno.

—Ojalá no lo estuvieras.

Sophie se obligó a sonreír. Estaba a punto de mentirle a Gretta, de asegurarle que estaba bien, cuando Oma regresó con las infusiones. Dejó las tazas, se sentó en una mecedora y dijo:

—No desees que Sophie deje de estar triste, niña. Lo necesita. Ahora mismo, es lo más valioso que posee.

—¿Sí? —dijo Gretta.

—¿Sí? —dijo también Sophie.

Oma asintió con aire brusco.

—Sin duda. Es la gente triste la que consigue hacer cosas. ¿No os habéis fijado? Construyen cosas. Descubren cosas. Inventan cosas. Como el cálculo. Solo una persona muy infeliz podría haberse inventado eso. Las personas felices se quedan sentadas en su poltrona comiendo strudel. Pocas veces valen gran cosa. —Sophie la miró de soslayo—. No me crees, pero sé lo que me digo. ¿Conoces el cuento de los dos hermanos y el ogro?

Gretta dio una palmada.

—¡Me encantan los cuentos!

Oma se agachó para sacar su labor de una cesta y empezó a contarlo.

CINCUENTA Y UNO

—Érase una vez un rico comerciante que vivía en una próspera ciudad. Tenía una hija preciosa de la que estaban enamorados dos hermanos. Pero resulta que también había un ogro enamorado de ella, y la criatura aseguró que se casaría con la muchacha el Día de San Juan. Si se negaba, no solo la mataría a ella, sino que acabaría con

todos los habitantes de la ciudad.

»El comerciante estaba destrozado. Les dijo a los hermanos que el que lograra matar al ogro se casaría con su hija. Los dos le pidieron ayuda a Tanaquill, la reina de las hadas. El mayor, que era guapo y encantador, y siempre se estaba riendo, le pidió una bolsa de oro y una chaqueta de seda amarilla. No necesitaba la chaqueta, no tenía nada que ver con sus planes para matar al ogro, pero pensaba que el amarillo le sentaba bien. Tanaquill se lo concedió. El hermano menor no era apuesto. Era culto e inteligente, aunque tan tímido y callado que nadie lo sabía. También pidió una bolsa de oro, pero no una chaqueta amarilla, porque le pareció demasiado. Sin embargo, lo único que le concedió la reina de las hadas fue un ovillo de bramante.

»¡Cómo se rieron de él cuando apareció en la plaza con su ovillo de bramante! Hasta su hermano se burló.

»El hermano menor se sintió dolido y humillado. Durante toda su vida, su hermano mayor había sido el favorito. ¿Por qué iba a cambiar la situación? Su deslumbrante hermano ganaría la mano de la hija del comerciante, sin duda.

—Es el cuento más deprimente que he oído en mi vida —dijo Will.

—Todavía no he terminado. Mientras el hermano menor contemplaba el ovillo de cuerda, le daba la sensación de que también se burlaba de él. Era igual que él: feo y basto, sin encanto ni nada gracioso que decir. Enfadado y afligido, se acercó al río y tiró el ovillo al agua. Sin embargo, al dar media vuelta para alejarse, el ovillo de bramante salió del agua de un salto y rodó hasta detenerse a sus pies.

»El joven se asustó, así que salió corriendo, pero el ovillo rodó tras él y se fue haciendo cada vez más grande. Daba igual hacia dónde intentara ir: el ovillo se colocaba delante de él y le cortaba el paso.

»Aterrorizado, el hermano menor apartó a patadas el ovillo una y otra vez, pero siempre regresaba. Se hacía más grande. Más basto. Más feo. Hasta convertirse en un monstruo. El muchacho le pegó, luchó contra él, forcejeó e intentó escapar, pero lo único que consiguió fue enredarse sin remedio en la cuerda.

»Agotado y sin posibilidad de liberarse, el joven lloró, dispuesto a rendirse. A renunciar a la hija del comerciante, a ser alguien en la vida, a todo. Así de triste estaba.

»Entonces, el ovillo de bramante empezó a hablarle. Esto es lo que dijo:

Huye de mí y verás

que crezco cada vez más.
Dame la espalda y atacaré,
te derribaré y arrastraré.
Pero mírame y déjame hablar,
y te revelaré lo que debes buscar.
Tu camino, tu senda, la opción, un vado,
siempre hacia delante, nunca hacia el pasado.
La misión es dura, pero eres inteligente,
fuerte de corazón, osado y valiente.
Y después no lo olvides:
solo si huyes, los monstruos te persiguen.

»Mientras el bramante hablaba, las vueltas que lo sujetaban se fueron soltando poco a poco hasta liberarlo. Después se encogió y volvió a ser un ovillito, inmóvil y silencioso.

»Ahora bien, mientras el hermano menor luchaba contra la cuerda, el mayor había usado su oro para comprar cañones. Los había dispuesto alrededor de las murallas de la ciudad para disparar al ogro en cuanto viera a la horrible criatura. Sin embargo, pasaban los días y no aparecía. Al hermano mayor, que estaba muy mimado, rara vez no le salían los planes como quería, así que se aburrió y compró diez barriles de vino con el oro que le sobraba. Montó una fiesta, se emborrachó y se paseó por las murallas con su chaqueta amarilla.

»Mientras tanto, el hermano pequeño estaba hambriento, pero no tenía dinero para comprar comida. No obstante, a las afueras de la ciudad había un bosque, así que usó su cuerda para montar una trampa, cazar una liebre y asarla. La carne le llenó el estómago y le dio fuerzas. Cuando terminó, volvió a colocar la trampa para poder comer algo al día siguiente y, mientras lo hacía, se le ocurrió una idea.

»Aquella noche llegó el ogro. El hermano mayor estaba tan borracho que no lo vio acercarse. Pero el ogro sí lo vio a él, ¿cómo no iba a verlo, si el muy imbécil se había puesto una chaqueta amarilla? El ogro lo agarró y le arrancó la cabeza de un bocado. Después lo exprimió como un limón y se bebió toda su sangre. Sin embargo, mientras apuraba las últimas gotas, una roca le golpeó la nuca. Furioso, soltó el cadáver del hermano mayor y se volvió.

»Era el hermano menor quien le había lanzado la roca y, mientras el ogro se le acercaba, lanzó otra. La segunda le acertó en plena cara y le rompió la nariz. Rugiendo de furia, persiguió al chico. Y eso era lo que él pretendía. Condujo al ogro (que gritaba y maldecía mientras se sujetaba la ensangrentada nariz) por el bosque hasta un barranco. Cuando llegó al borde, se volvió y fingió tener miedo. El ogro sonrió.

Se acercó paso a paso al muchacho sin dejar de explicarle cómo le iba a arrancar el brazo derecho para comérselo, y después el izquierdo, y entonces: ¡chas!

»El ogro, cegado por la ira, había pisado la trampa que le había preparado el hermano menor. El lazo de cuerda le rodeó el tobillo y, antes de darse cuenta, estaba colgado bocabajo. El muchacho lo agarró por el grasiento pelo, le cortó la cabeza y se la llevó al comerciante. El hombre le concedió de inmediato la mano de su hija y llamó a un pastor para que los casara, pero el joven rechazó educadamente la oferta. Dijo que solo cortejaría a la hija si ella lo deseaba, puesto que sabía muy bien lo que era tener que aceptar lo que se te daba, lo quisieras o no. La muchacha aceptó. Se cortejaron, se enamoraron y se casaron en menos de un año. Semanas después de que el chico matara al ogro, regresó al lugar en el que había montado la trampa para recuperar el ovillo de bramante, pero no estaba. Jamás volvió a verlo. Tampoco lo necesitó. —Oma sonrió y dejó las agujas de punto en el regazo—. Fin —dijo. Después miró a su nieta, que tenía cara de sueño—. Y ahora, señorita, a la cama.

Gretta protestó, pero sin mucho convencimiento.

—Espera, Oma... —dijo Will—. ¿Qué tiene que ver con nosotros esa historia tan rara y desagradable? Si es que tiene algo que ver...

—Sí, muchacho, claro que tiene que ver. —Miró a Sophie a los ojos —. No debemos huir de nuestra tristeza. Debemos escucharla. Tiene mucho que contarnos.

Will hizo un gesto de hartazgo. Se levantó, recogió a Gretta en brazos y la llevó a la cama. Oma le dijo a Arno que podía dormir en el suelo de la habitación de Will y le dio ropa de cama. Después le entregó a Sophie una almohada y una colcha, y le dijo que podía dormir arriba, en la buhardilla, que estaba frente a la chimenea.

Sophie le dio las gracias y se volvió hacia la escalera para subir, pero la anciana le puso una mano en el brazo para detenerla.

—Así que creías que un guapo príncipe te salvaría, ¿no?

Sophie esbozó una sonrisa amarga.

—Supongo que sí.

—¿Para qué necesita una reina a un príncipe?

—¿Lo dices por mi madrastra, que ha nombrado heredero a Haakon? No sé por qué ha...

—No, lo digo por ti.

Sophie ladeó la cabeza, desconcertada.

—Pero yo no soy reina.

—Pero podrías serlo —le aseguró Oma, que le había clavado su mirada de acero—. Adelaide no es tu mayor enemigo. Ni Haakon. Tú lo eres. Te pueden decir todo lo que no eres, pero no pueden obligarte a que te lo creas... Eso solo puedes hacerlo tú. —La soltó—. ¿Quieres recuperar tu corazón, niña? Pues ve a buscarlo.

Después salió de la habitación para atender a su nieta.

Sophie la observó alejarse y pensó en lo que había dicho. Después subió la estrecha escalera y se encontró entre tiras de ajos, ramos de hierbas, varios salamis y un enorme jamón. Después de despejar un hueco en el suelo, se preparó un sitio cómodo para dormir. Echó un último vistazo a la habitación de abajo para asegurarse de que Zara estaba bien, pero vio que no tenía de qué preocuparse: la perrita se había hecho un ovillo sobre una suave alfombra, frente al fuego.

Estaba tan agotada que no lograba conciliar el sueño. Tenía la cabeza llena de imágenes. De ogros enfurecidos. De ovillos de cuerda enredados que hablaban. De un chico triste que no tenía ni dinero ni ejército ni armas para derrotar a un adversario temible. Que solo se tenía a sí mismo.

Tumbada en el suelo, mirando el cielo nocturno a través de la ventanita de la buhardilla, Sophie escuchó. No los susurros y las risas burlonas de la corte. No las lecciones de su madrastra, ni sus predicciones agoreras ni sus amenazas. No la despedida asesina de Haakon. Sino una vocecita interior que estaba cansada. Cansada de esconderse. De fingir. De equivocarse siempre. Costaba escuchar aquella voz. Era doloroso. Lágrimas silenciosas le cayeron por las mejillas. Pero Oma estaba en lo cierto: aquella voz tenía mucho que contarle.

En algún momento antes de la medianoche, Sophie se decidió. Después cerró los ojos y, por fin, se quedó dormida.

CINCUENTA Y DOS

El fuego ya no ardía con fuerza, pero su luz todavía iluminaba a Oma. Vestía un camisón blanco y llevaba el pelo gris recogido en una larga trenza suelta sobre el hombro. Mecía a Gretta junto a la chimenea. La niña se había despertado con mucho dolor, así que su abuela la había

llevado hasta allí, donde hacía calor.

La niña sufría. Tenía el cuerpo rígido y los ojos cerrados con fuerza. Oma cogió la medicina, que estaba en una taza sobre una mesa cercana y, no sin dificultad, consiguió que Gretta se la bebiera. Ayudó. Al cabo de unos minutos, Gretta relajó el cuerpo y pudo tumbarse en una cama con ruedas que su abuela había preparado junto al fuego. Sin embargo, la niña no le soltó la mano mientras la anciana le cantaba una nana.

Al final, se durmió. Oma retiró con cuidado la mano y tapó a Gretta con la manta hasta los hombros. La anciana se sentó de nuevo en la mecedora, echó la cabeza atrás y cerró los ojos. La preocupación resultaba evidente en el ceño fruncido y las mejillas demacradas.

De las sombras surgió una figura: una mujer vestida de negro con melena salvaje y ojos más salvajes aún. Examinó el rostro de la niña con cara de ternura y pena, y entonces le tocó la mejilla. Al hacerlo, las lágrimas plateadas que seguían sobre la piel de Gretta se transformaron en perlas y cayeron sobre la almohada.

La pequeña gimió y se movió en sueños. Zara la oyó. La perra seguía acurrucada sobre una alfombra, junto a la chimenea. En un abrir y cerrar de ojos, se levantó y dejó escapar un gruñido gutural.

Oma se enderezó y miró a Zara; siguió la mirada del animal y se encontró con los ojos de su visitante. La mujer de negro retrocedió y se fundió de nuevo con las sombras.

—¿Te escondes? —le preguntó Oma—. En tu lugar, yo también lo haría, teniendo en cuenta el daño que has causado en esta casa.

La mujer se mordió la uña del pulgar y adoptó una expresión siniestra.

—Estás siguiendo a la princesa, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Qué interés tiene para ti? Puede que sea porque te diviertes atormentándola, aunque creo que hay algo más. ¿Qué quiere de ella tu hermano? ¿Es una amenaza para él? ¿Es posible que él, el Rey de los Cuervos, la tema?

Oma se levantó, recogió un atizador y movió los troncos de la chimenea. Las llamas enroscaron sus finos dedos en el hierro.

—Ah, ¿quién os entiende? Dudo que os entendáis vosotros mismos. —Señaló a Gretta con la cabeza—. Ni un baúl lleno de perlas compensaría lo que le has hecho a esa niña. La gente dice que lo que no te mata te hace más fuerte. A veces es cierto. Pero, otras veces, lo que no te mata te hace desear haber muerto. —Se sentó de nuevo—. La princesa tendrá que enfrentarse a él, y puede que acabe convertida

en una pila de huesos, como las demás pobres criaturas que se han perdido en el bosque. Y el mundo se convertirá en un sitio un poco más oscuro cuando ocurra. Quizá sea eso lo que queréis, tu hermano y tú.

Zara gimió. Se acercó a Oma y le puso la cabeza en el regazo. La anciana le rascó las orejas sin quitarle la vista de encima a su visita.

—Supongo que no puedes evitar ser lo que eres. Nadie puede. Esa muchacha que duerme en la buhardilla no puede evitar ser quien es, tampoco. Asustada. Perdida. Tan llena de dudas. Puede que sea lo que dice su madrastra que es: demasiado blanda, demasiado buena. Regida por los dictados de su corazón.

Oma miró a Zara y esbozó una sonrisita desafiante.

—Y, si lo es, ¿qué tiene de malo? —Le dio unos toquecitos bajo la barbilla a la perra—. Demasiado pequeña para matar a un lobo, ¿eh? Pero solo una perra pequeña se mueve lo bastante deprisa como para matar a una serpiente. A veces, lo que nos falla es lo que nos hace perfectos.

Cuando levantó de nuevo la mirada, la mujer ya se había ido.

CINCUENTA Y TRES

La reina estaba sentada en el suelo y se miraba en el espejo.

Llevaba el pelo suelto sobre los hombros; tenía los ojos hundidos y apagados. Parecía adelgazar con cada día que pasaba, como si algo la devorara por dentro.

No había razón para ello. Se había librado de la princesa. Había nombrado heredero a un hombre fuerte y osado. Juntos invadirían Tierradentro antes de que el rey del lugar atacara Tierraverde. Todo iba como debía ir, pero Adelaide tenía más miedo que nunca. Cuanto más intentaba calmar sus temores, más crecían.

No se parecía en nada a la joven que observaba en el espejo. Aquella tenía la espalda recta y era fuerte, con el porte de un general. Lo único que compartían era la tristeza de sus inteligentes ojos azules. La joven lucía ropas fastuosas e iba cargada de joyas. Estaba ante un altar, al lado de un hombre que le doblaba la edad.

Su hermano, el rey, sonreía complacido desde su asiento en la

capilla real. Estaba contento por el matrimonio y la alianza que forjaba con él, y más contento todavía por librarse de Adelaide. Ella le había salvado la vida, había salvado su reino, y él se lo agradecía casándola nada más cumplir los dieciocho con un hombre que no la quería, un hombre con una esposa muerta y una hija pequeña.

—Espejito, espejito, que estás en la pared... —susurró Adelaide.

—La más bella de esta tierra, dime quién es —susurró otra voz, una voz que sonaba a pasos en la oscuridad y ratas en la pared.

El Rey de los Cuervos apareció y se arrodilló junto a ella.

—Tu propio hermano hizo circular esa historia, ¿verdad? Decía que eras vanidosa. Que estabas constantemente preguntándole al espejo quién era la más bella, en vez de quién te destruiría. Lo hizo para menoscabarte. Porque estaba celoso. Eras diez veces mejor gobernante de lo que él jamás podría llegar a ser. Al rey de Tierradentro le gusta contarla historia. Al emperador de Catay, también. —Se asomó al espejo—. Palabras pronunciadas. Palabras escritas. En ellas encuentras la historia. Pero en las sombras que proyectan encuentras al narrador.

Adelaide se apartó, no sin esfuerzo, de las imágenes del espejo y lo miró. Clavó sus ojos cansados en la mirada reluciente y ajetreada del Rey de los Cuervos.

—Pero no me has llamado para hablar del pasado, ¿verdad? Quieres hablar del presente.

Adelaide asintió.

—Estoy inquieta, preocupada. No puedo comer ni dormir.

—Hay una razón para ello, y lo percibes, lo sé: la princesa sigue viva. Las serpientes no la mataron. Está en el Bosque Oscuro, camino de Nimmermehr. Hay que detenerla.

Las palabras del Rey de los Cuervos despertaron la ira de la reina. Llamas oscuras le ardieron detrás de los ojos.

—Dime cómo —respondió mientras se levantaba.

El rey se levantó con ella.

—Llévate esto —repuso mientras se sacaba algo del bolsillo—. Encuentra a la chica y dáselo.

Era una peineta grande de azabache, tallada con delicadeza para darle forma de escorpión. Los ojos de la criatura eran rubíes de muchas caras. Las pinzas y el afilado aguijón del final de la cola curvada eran diamantes negros. Las gemas reflejaban la luz del fuego.

—Deprisa —dijo el rey, y le dejó la peineta en la mano—. La chica no debe llegar a Nimmermehr. No debe hallar su corazón.

Tras un aleteo, desaparece. La reina tiembla. No sabe por qué. Durante un momento se siente sin aliento y débil, como si el rey le hubiera robado toda la fortaleza y la seguridad. Se yergue, se recuerda que tiene el poder. Ella es la que invoca al rey pálido para que haga lo que le pide.

Pero ¿quién es el verdadero amo? ¿Quién es cada vez más poderoso y quién se debilita por momentos?

Adelaide se guarda la peineta en el bolsillo y pide su capa. Ordena que le preparen el caballo.

Mientras sus damas corren de un lado para otro, se lleva una mano al pecho, al corazón.

Como para asegurarse de que sigue ahí.

CINCUENTA Y CUATRO

Will vio la nota cuando entró en la cocina.

Sophie la había dejado en una silla, encima de la ropa que había tomado prestada y la colcha que había usado, todo doblado a la perfección.

Querida Oma:

Voy a recuperar mi corazón. Y después recuperaré mi corona. No tengo ni idea de cómo haré ninguna de las dos cosas.

Atentamente,

Sophie

P. D.: Gracias por la cena y por ofrecerme una cama caliente y cómoda. Por favor, despídete de Gretta por mí y dale las gracias de mi parte a Will. Siento marcharme sin despedirme en persona, pero temo perder el valor si veo vuestros amables rostros. Os echaré de menos a todos. Incluso a Arno. Cuidad de Zara por mí, por favor.

Oma entró en la cocina cargada con un cubo de leche de su vaca cuando Will terminaba de leer la nota.

—¿Qué le has dicho?

—Que si quería recuperar su corazón, tendría que ir a buscarlo.

—Pero ¿cómo se te ocurre, Oma? ¿Le dijiste que fuera ella sola a Nimmermehr? No conseguirá acercarse ni a un kilómetro. ¡Morirá!

Oma se encogió de hombros.

—También morirá si no va. Mejor intentarlo que rendirse, ¿no te parece?

Will negó con la cabeza y masculló para sus adentros. Dejó la nota y regresó a su cuarto.

—Oh oh, Oma —dijo Gretta desde su asiento junto al fuego—. Ahora sí que la has liado.

La abuela le restó importancia con un gesto.

—Está enfurruñado. Se le pasará.

—No lo está y no se le pasará.

Tenía razón. Diez minutos después, Will estaba de vuelta con la mochila en una mano. Arno iba detrás de él, y Zara se puso a bailar en círculos alrededor de los dos, ladrando alegremente.

Oma levantó la vista de la sartén de panceta que preparaba.

—No. No irás a por ella.

—Sí.

—¿Por qué no buscas tu corazón, ya que estás? A ver si también se lo ha llevado alguien.

—Tengo que ir. Está sola. Alguien tendrá que ayudarla para que no se pierda.

Oma se rio, aunque no con alegría.

—Tú eres el que está perdido, niño. Es una princesa. Tú eres pobre.

—¿En serio, Oma? No tenía ni idea. Gracias por aclarármelo.

—Pongamos que, por un milagro, recuperas su corazón. Y después ¿qué? Yo te lo diré...

—Eso me parecía.

—Se casará con un rey y tú volverás aquí.

—Aquí tampoco se está tan mal.

Oma dejó escapar un suspiro de resignación.

—Ten cuidado, niño. Nosotras también te necesitamos.

Will rodeó a su abuela con un brazo y le plantó un beso en lo alto de la cabeza.

—Estaré de vuelta antes de que os deis cuenta.

—Toma, llévate esto —respondió ella mientras se metía la mano en bolsillo—. Puedes venderlas por el camino. Puede que necesites el dinero.

Le cogió la mano y le puso tres perlas en la palma.

—¿De dónde las has sacado?

—Me las dio una vieja amiga.

—¿Estás listo? —preguntó Arno—. Hay un cementerio muy bonito

justo después de las Colinas Negras. Muy elegante. Con mausoleos amplios. Podemos meternos en la cripta de los Schneider si no han cambiado la cerradura. Deberíamos irnos ya si queremos estar allí cuando se haga de noche.

—¿Tú también vas? —le preguntó Oma.

—Creo que sí. Hace tiempo que no voy por Nimmermehr. Tengo que saludar a alguien.

Oma preparó sándwiches de panceta para los dos y envolvió otro para Sophie. Después les preparó un paquete con una barra de pan, salami, queso y fruta. Cuando los dos hombres se marcharon, Oma y Gretta los observaron partir desde el sendero de la casita en dirección al bosque.

—Sophie se equivoca, Oma.

—¿Sobre qué, niña?

—Sobre la reina. No intentó matarla porque la creyera débil. Ni tonta.

—¿No? Y ¿por qué lo hizo?

Gretta pensó en la muchacha sucia y delgaducha que había conocido. En la muchacha con una cicatriz que le recorría el pecho, marcas de mordeduras en los brazos y humo en el pelo. Después contestó:

—Porque la teme.

CINCUENTA Y CIN©

Sophie se quitó la mochila de los hombros, la dejó en el suelo y se arrodilló junto a una planta verde.

—La hierba ciervo se puede comer... y la hierba cana te deja la lengua azul... —murmuró mientras acercaba la mano a una de las anchas hojas verdes. Pero, en vez de arrancarla, apartó la mano y frunció el ceño—. ¿O era al revés?

Se mordió el labio y deseó haber prestado más atención a las clases de Will sobre el bosque. Recordaba que le había hablado de la importancia de recolectar en todo momento para aumentar la reserva de comida, en vez de esperar a tener hambre. Hasta entonces había reunido dos puñados de avellanas y unas setas espátula blanca. Lo

único que se había llevado de la cocina de Oma era una gruesa rebanada de pan con mantequilla y dos manzanas, y ya se había comido el pan.

Tras decidir que una lengua azul era mejor que la muerte, recogió las hojas. Había pasado un hambre horrenda después de huir de Drohendsburgo y sabía que, si no tenía cuidado, eso la mataría antes que el Rey de los Cuervos.

Sophie había salido de la casita una hora antes, justo cuando despuntaba el alba, y ya echaba de menos sus acogedoras cuatro paredes. La ordenada cocina. El calor de la chimenea. La buhardilla, con sus provisiones para el próximo invierno. Le había costado abandonarla, igual que le había ocurrido con la Hondonada. Todo en la casita hablaba de consideración, atención y amor.

El bosque que atravesaba era magnífico, con sus árboles milenarios, sus ricos aromas a hoja perenne y tierra, y su silencio suave y musgoso, pero también era infinito y desconocido, y ella se sentía pequeña y vulnerable. Todos los animales, desde el más feroz de los lobos al más diminuto de los ratones, tenían una madriguera o un escondrijo, mientras que ella no tenía nada. Ningún refugio, ningún lugar en el que esconderse. Ni compañeros lobos ni ratones a los que les importara si pasaba hambre o frío.

Mientras arrancaba más hojas (Will le había advertido que nunca arrancara la planta entera), se preguntó si alguna vez volvería a sentirse en casa. Lo que había sentido en el hogar de Oma era algo más que la comodidad de una buena comida y una cama caliente. Alrededor de la mesa de la anciana, con Will, Gretta y Arno, se sentía como si la vieran, como si por fin la vieran, por lo que era y por lo que podía llegar a ser. Quizá por primera vez en su vida.

Recordó algunos fragmentos de su conversación con Oma.

«Pero yo no soy reina...».

«Pero podrías serlo...».

Daba igual lo que su madrastra creyera. Lo que creyera Haakon. O, ya puestos, lo que creyeran Arno y Oma.

«Importa lo que crea yo —pensó—. Nunca recuperaré mi corazón ni mi corona si no me creo capaz de hacerlo».

Se sentó en cuclillas con un puñado de hierba ciervo en la mano y miró el cielo azul.

—Pero ¿me lo creo? —preguntó en voz alta.

El cielo no tenía respuestas para ella.

Suspiró, desabrochó el cierre de la mochila y metió dentro las

hojas. Estaba a punto de volver a cerrarla cuando oyó algo: una rama que se partía. Se quedó paralizada.

El sonido de una voz grave y tranquila recorrió el bosque. Y después otra. Voces de hombre.

Se agachó todo lo que pudo para que no la vieran. Las voces podían ser de Krause y sus soldados. De Haakon. De ladrones. Miró a su alrededor, frenética. Había un grupo de matojos frondosos a unos diez metros. Si llegaba a tiempo, estaría a salvo. Una vez escondida dentro del tupido ramaje, nadie la vería. Despacio, en silencio, empezó a levantarse, decidida a no hacer ruido. Con la vista al frente, no vio venir el ataque.

La fuerza del impacto la derribó. Sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo para gritar. Aterrizó boca arriba, se golpeó la cabeza y vio las estrellas. Intentó sentarse, pero tenía un peso sobre el pecho. Un aliento caliente, humeante y rancio le barrió la cara. Unas gotas de saliva le mojaron la mejilla. Entonces se le aclaró la vista y se encontró ante un hocico peludo. Dientes grandes. Lengua fuera. Su atacante gimoteó y le ladró en la cara.

—¡Zara! —exclamó Sophie—. ¡Te dije que te quedaras con Oma! ¿Cómo has salido?

Zara ladró de nuevo. Sophie se la apartó del regazo y se sentó.

—¡La has encontrado!

—¡Buena chica!

Sophie conocía aquellas voces.

—¡Will! ¡Arno! —los saludó cuando aparecieron—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Se me ha ocurrido ir a tomar el té al castillo del Rey de los Cuervos —respondió Arno en tono pomposo—. A ver cómo vive la otra mitad. —Señaló con el pulgar a Will—. En cuanto a él, creo que le gust...

Will lo cortó de inmediato.

—Eso es, me gusta el bosque —dijo, algo ruborizado—. Y a la gente que le gusta el bosque le gusta ayudar a la gente que recorre el bosque. Por eso estoy aquí.

Arno lo miró con cara de hartazgo, pero no dijo nada.

Sophie lo miró, a su vez, desconcertada. No parecía una explicación demasiado verosímil. Estaba conmovida y contenta de verlos, aunque también preocupada.

—No deberíais haber venido. Oma te necesita, Will. Y el capitán Krause cree que estás muerto, Arno. ¿Y si alguien te ve y le dice que

no? Puedo llegar a Nimmermehr yo sola.

Arno resopló y miró las hojas que asomaban por la abertura de la mochila de Sophie.

—Ah, ¿sí?

—Sí —contestó ella, indignada e irritada por su tono.

Will examinó la planta.

—¿Te has comido alguna de esas hojas? —preguntó, preocupado.

—No.

—Fiu.

—¿Por qué? La hierba ciervo se puede comer, me lo dijiste tú.

—Eso no es hierba ciervo, sino matapurga.

—¿Matapurga? —repitió ella, que jamás había oído el nombre.

—Ajá. Arregla... las cosas —explicó Will, azorado y ruborizado de nuevo.

—Lo que el chico intenta decir es que es buena para el estreñimiento. Si te comes todas esas hojas que has recogido, ¡te irás por la pata abajo durante una semana!

Ahora fue Sophie la que se ruborizó. Sacó a toda prisa las hojas de la mochila y las dejó en el suelo. Cuando cerró de nuevo la mochila, Arno ya estaba de vuelta en el sendero y desapareció entre dos árboles.

—¡Deprisa! —chilló—. ¡Que nos vamos a perder los canapés! ¡Espero que el Rey de los Cuervos también nos haya preparado unas pastas!

Will lo siguió. Sophie se echó la mochila a la espalda y se unió a ellos.

—Will... —lo llamó al iniciar la marcha.

El joven se volvió y arqueó una ceja.

—Gracias. Sé... sé que no te importa la... la realeza... ni yo..., pero te agradezco la ayuda.

Al parecer, sus palabras le dolieron, o al menos eso le pareció percibir en su rostro. Sophie no tenía ni idea del porqué. Will dio unos pasos hacia ella, como si fuera a decir algo. Por un momento, Sophie pensó que le iba a decir que se equivocaba, que sí que le importaba, y el corazón le ronroneó un poco, pero, de repente, el joven se detuvo. Se pasó una mano por el pelo. Apartó la vista.

Al final sí que dijo algo.

—Me importa mi hermana, y tú eres su última oportunidad.

Después corrió a alcanzar a Arno.

Sophie se quedó allí, algo abochornada. Y enfadada... consigo

misma. «¿Qué esperabas?», la regañó una voz en su interior.

Quería unas cuantas cosas imposibles: su corazón, su vida, su palacio, su corona.

Pero, mientras observaba a Will adentrarse en el bosque, supo que la más imposible de todas era que aquel joven extraño y silencioso llegara a sentir por ella lo mismo que ella empezaba a sentir por él.

CINCUENTA Y SEIS

Era mediodía cuando Sophie, Will y Arno cruzaron la carretera.

Llevaban juntos las últimas cinco horas, desde que los dos hombres la habían alcanzado.

Mientras caminaban, Arno les había contado que calculaba unos cuatro o cinco días para llegar a Nimmermehr y que costaba encontrar el castillo del Rey de los Cuervos. El sendero que conducía hasta él era difícil de seguir y, en algunas zonas, desaparecía por completo. También les advirtió de nuevo sobre los monstruos.

—Ahí fuera hay todo tipo de troles. Están los del barro, por supuesto —dijo con aire de experto—. Los de los hongos, los de las rocas. Pero, en mi opinión, los peores son los de los pozos... Viven en lo más profundo de los pozos abandonados, y os juro que el olor basta para matarte.

—¿Qué más? —preguntó Will.

—Puede que veamos algunos makabers cuando nos acerquemos. Buscan cadáveres sin enterrar. Les gusta llevarse cosas de los cuerpos. Dedos de las manos y de los pies. Narices, también. Son más asquerosos que peligrosos, pero te atacan si te acercas demasiado a los cadáveres que reclaman. No quieren que se los robes.

—Como si fuéramos a hacerlo —murmuró Will.

—Puede que también demos con algunos wunschfetzens.

—¿Esos qué son? —preguntó Sophie.

—¿Los wunschfetzens? Son criaturas grises, chorreantes y melancólicas de grandes ojos tristes. Les gustan los lugares húmedos. Se cuelgan de los techos de las cuevas y los sótanos con sus largos dedos, y se dejan caer sobre tus hombros para metértelos por las orejas. Te sacan los recuerdos de la cabeza y te hacen creer que son

reales. Ves a alguien a quien querías. A un padre muerto tiempo atrás. A una chica que se casó con otro. A un hermano con el que hace años que no hablas. Te alegras tanto de verlos que ni siquiera te planteas por qué están ahí. Simplemente los sigues a ciegas, y ellos te conducen a un pantano o a un precipicio. Si te encuentras con un wunschfetzen a solas, estás perdido, pero, si hay alguien contigo, puede atraer a la criatura con dulces. A esos cabroncetes les encantan.

Sophie se estremeció con las descripciones de Arno. Pensó en Jeremias y en Joosts. ¿Y si aquellas horribles criaturas los habían atrapado? Se perderían para siempre en el Bosque Oscuro.

Tras otra hora de camino, llegaron los tres a un sendero estrecho que atravesaba el bosque. Les sorprendió encontrarse allí con una caravana de unas doscientas personas, como mínimo. Al principio, Sophie los tomó por simples aldeanos que regresaban de un día de mercado o de una feria, pero, al acercarse, vio que parecían más bien refugiados.

Algunos caminaban. Otros iban en carros llenos hasta arriba de enseres y tirados por caballos cansados. La mayoría de los refugiados estaban delgados y sucios. Algunos tosían. Los niños se rezagaban en los márgenes del grupo. Un hombre empujaba una carretilla en la que iba una anciana demasiado frágil para andar.

Sophie lo detuvo, le preguntó su nombre y le pidió que le contara lo sucedido.

El hombre, agotado, apenas levantó la cabeza para hablar.

—Me llamo Max. Un vecino del pueblo descubrió oro en nuestro río. El príncipe Haakon se enteró y nos echó a todos. Sus soldados se han hecho con la aldea. Ahora, todo nuestro oro va a las arcas de la reina, y nosotros recorremos los caminos mendigando. ¿Tienes algo que puedas compartir? ¿Comida?

Por su cara de derrota, a Sophie le quedó claro que lo habían rechazado muchas veces y que no esperaba ayuda de ella. Pero, cuando le puso en la mano un trozo de pan, el asombro sustituyó a la desesperación.

—¡Sois vos! ¡La princesa! —exclamó.

Agarró el brazo de la mujer que tenía al lado.

—¡Mira! ¡Es ella! Es la princesa Sophia.

Las exclamaciones de asombro y los murmullos recorrieron el grupo.

—¡Es ella! ¡Está viva! —dijo una mujer.

—¡Las historias son ciertas! —gritó un hombre.

Uno a uno, los caminantes se arrodillaron. Inclinaron la cabeza.

—¡Salve, princesa!

—¡Salve!

—¡Larga vida a la princesa!

Sophie estaba abochornada. No se merecía la deferencia que le mostraban. No podía hacer nada por ellos, no podía ayudarles. Su corazón de reloj le trastabilló dolorosamente en el pecho.

Arno se acercó a ella y le puso algo en la mano.

—Dáselo, anda.

Al mirarlo, vio que era un saco de cuero. Sabía lo que había dentro: joyas robadas. Por un lado, deseó devolvérselo a Arno, pero sabía que con aquello los refugiados podrían pagar un granero en el que guarecerse. Podrían comprar comida, medicinas y ropa.

Tomó la mano de Max y lo ayudó a levantarse. Después le entregó el saco de joyas del cementerio.

—Para ti y los tuyos. Dales de comer. Búscales refugio.

El hombre la miró con curiosidad y abrió el saco. Con los ojos como platos, contempló el contenido y se le escapó un grito.

—Gracias, majestad. ¡Gracias!

Le pasó la bolsa al hombre que tenía al lado, tomó la mano de Sophie y se la besó.

Unos cuantos más se habían reunido a su alrededor. Vieron las joyas. Se corrió la voz entre la gente.

—¡Que Dios os bendiga, majestad!

—¡Que Dios bendiga a la princesa!

Una mujer con cuatro niños se echó a llorar. Un hombre sonrió a su padre anciano. Un niño rodeado de sus seis hermanos pequeños cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

Y Will, nervioso, miró carretera abajo.

—Llevamos aquí parados un rato, Sophie. Krause y su banda de asesinos podrían estar en cualquier parte. Ha llegado el momento de irse.

—Nunca lo olvidaremos, majestad —dijo Max, y le soltó la mano —. Un día, os ayudaremos.

Sophie sonrió, conmovida por sus palabras. Las decía de corazón, lo sabía, aunque ¿qué podía ofrecerle aquella pobre gente? Algunos apenas se tenían en pie. Otros no llegarían vivos al final de la semana.

—Cuida bien de ellos, Max —susurró mientras los observaba reanudar su camino.

Después, Will, Arno y ella desaparecieron en el interior del Bosque

Oscuro.

CINCUENTA Y SIETE

—¿Podríamos descansar unos minutos? —preguntó Sophie, que arrastraba los pies detrás de Will. Tenía sed y estaba empapada de sudor. Le dolían los pies. Los latidos de su corazón eran erráticos. Se sentía débil y mareada de nuevo. Habían pasado dos días desde su encuentro con Max y los refugiados, y llevaban caminando sin parar desde entonces. Solo se detenían a dormir cuando oscurecía demasiado para ver el camino—. ¿Will? ¿Paramos, por favor?

Con la cabeza gacha y la mirada clavada en los pies, Sophie no vio que Will se había detenido y estaba observando algo al lado del camino, así que se estrelló contra él, de cabeza y con fuerza.

—¡Ah! ¡Ay! —gritó ella, y trastabilló—. ¿Por qué has hecho eso? —preguntó, enfadada, mientras se restregaba la cabeza.

—¿El qué? ¿Pararme? Quizá sea porque me lo has pedido. Mira...

—¿El qué?

Señaló unas flores de color morado oscuro que crecían al lado de un tronco podrido.

—Flores de raposa.

—¿Casi me rompes la cabeza por eso?

—Son preciosas. Y útiles. Si presionas los pétalos contra una picadura de insecto, te quitan el picor. —La miró con curiosidad—. ¿No sabes estas cosas? ¿Qué enseñan en la escuela de princesas?

—Nada útil —masculló ella.

En ese momento, algo dentro de su corazón, ya fuera engranaje o rueda, se enganchó con otra cosa y dejó escapar un chirrido agudo. Se le contrajo el pecho; intentó respirar. Se quedó rígida.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó Will, que corrió a sujetarla.

Unos segundos después, lo que se había enganchado se soltó, y Sophie se dejó caer sobre él, respirando con ansia.

—Lo que siempre pasa —respondió cuando pudo volver a hablar —. Mi corazón es un reloj defectuoso que se está quedando sin cuerda.

La preocupación resultaba evidente en el rostro de Will. Se hizo

sombra con la mano y entornó los ojos para mirar el sol, cuyos rayos se introducían en diagonal entre las frondosas ramas y proyectaban sombras por el suelo.

—Es tarde. Tenemos que acelerar el paso si queremos llegar al siguiente cementerio antes de que se haga de noche —dijo Arno al alcanzarlos—. De lo contrario, volveremos a dormir bajo las estrellas.

—Sophie necesita un descanso. Vamos a parar unos minutos, y yo iré a cazar la cena. Así ahorraremos tiempo cuando lleguemos al cementerio. He visto muchos conejos.

Arno hizo una mueca.

—¿Otra vez conejo?

—¿Qué te pasa, Arno? ¿Estás harto de conejo? De acuerdo, entonces procuraré cazar una costilla asada. Poco hecha. ¿Te parece mejor?

—Ojalá —respondió él—. Iré contigo. Puede que encuentre algunas bayas de enebro para darle sabor a la carne. Setas. Tomillo silvestre. Un buen borgoña.

Will lo regañó con la mirada y después se volvió hacia Sophie.

—¿Estarás bien aquí sola?

Ella respondió que sí, se sentó en la base de un abedul, desenroscó la tapa de su cantimplora y bebió un buen trago de agua.

El joven dejó caer la mochila en el suelo y se internó en el bosque seguido de Zara. Sophie bajó la cantimplora e intentó ralentizar la respiración, que seguía demasiado acelerada y superficial. Aquel ataque tan aterrador le había recordado lo que prefería olvidar: que le quedaban poco más de dos semanas para robar su antiguo corazón, regresar a la Hondonada y, con suerte, encontrar a alguien con una magia lo bastante poderosa como para volver a colocarlo donde correspondía.

Pensar en lo rápido que pasaba el tiempo no la ayudaba a respirar mejor, así que procuró quitarse de la cabeza aquellas ideas tan tenebrosas. Will y Zara todavía estaban a la vista. Le gustaban los andares relajados de Will. Se movía entre los árboles con la misma facilidad que una racha de viento. Sabía que solo cazaría conejos. Habían visto todo tipo de pájaros durante su camino (faisanes, urogallos, codornices, perdices), pero él no les disparaba. Le encantaban los pájaros, según le había explicado, y no era capaz de matarlos.

Sophie volvió a pensar en lo agradecida que les estaba a Arno y a Will por acompañarla a Nimmermehr. Arno no había exagerado al

decir que costaba seguir el sendero. De haber ido sola, se habría perdido sin remedio. Cuando por fin se le calmó la respiración y Will se perdió de vista, miró a su alrededor. Habían cubierto mucho terreno desde su partida de la casa de Oma y, con cada paso que daban, el Bosque Oscuro lo era cada vez más.

Los pinos se habían vuelto más enmarañados y alcanzaban unas alturas imposibles. Un musgo tupido, de un verde tan oscuro que era casi negro, cubría rocas y tocones. Durante el día, los cuervos graznaban desde las copas de los árboles, las hojas de los helechos se agitaban con la brisa y unos sapos enormes de lomo verrugoso guiñaban los ojos debajo de los troncos podridos. Por la noche, polillas con antenas como plumas se acercaban a la luz de la fogata y los ojos de los animales despedían un espeluznante brillo verde en la oscuridad. La noche anterior, Sophie y sus amigos habían dormido al aire libre y se habían turnado para hacer guardia porque Will había visto huellas de lobos. Estaba deseando dormir bajo techo, aunque fuera al amparo de una tumba.

Sophie apoyó la cabeza en el abedul. Cerró los ojos. La parada para descansar le estaba sentando bien. Al cabo de unos minutos, oyó que se rompía una rama, y después otra. Pasos que crujían entre las capas de hojas secas en el suelo del bosque. «Will y Arno deben de haber tenido suerte —pensó—. Ya están de vuelta».

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les preguntó, de broma—. ¿Os habéis perdido?

—Me temo que sí.

No era la voz de Will ni la de Arno.

Sophie abrió los ojos de golpe.

Un desconocido se encontraba a pocos metros de ella.

CINCUENTA Y OCHO

Sophie se puso de pie al instante.

Agarró la mochila, dispuesta a salir corriendo.

El hombre dio un paso atrás.

—Lo-lo siento —tartamudeó mientras levantaba las manos—. No quería asustarte. He oído voces. He perdido de vista el camino y

esperaba que pudieras ayudarme a encontrarlo.

La joven se relajó un poco.

—¿Adónde te diriges?

—Grauseldorf. Esperaba llegar mañana por la noche.

—No está demasiado cerca. Vas a tardar unos cuantos días.

El hombre pareció desanimarse tanto que Sophie creyó necesario contarle algo para alegrarlo.

—Vas por el camino correcto, aunque cuesta verlo desde aquí. —Señaló el lugar por el que ella acababa de llegar, donde había una pequeña alameda—. Es más fácil seguirlo al otro lado de esos árboles.

—Gracias —respondió el hombre mientras se ajustaba la pesada mochila que llevaba a la espalda.

Sophie vio que estaba delgado. Parecía tan cansado como ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

El hombre negó con la cabeza, pero vaciló al ver que sacaba una bolsa con ciruelas. La joven se acomodó de nuevo contra el árbol y le hizo un gesto para que se sentara con ella.

—Me llamo Sophie —le dijo al ofrecerle una de las ciruelas.

—Rafe —respondió él, sonriente.

—¿Vienes de muy lejos?

—Bastante. —Señaló detrás de él con el pulgar—. Vivo por ahí. En lo más profundo del bosque. Con mi mujer.

—¿Por qué vas a Grauseldorf?

—A vender mis artículos. Soy leñador de profesión, pero también tallo para sacar un dinero extra. Tengo figuritas, portavelas, tabaqueras, adornos para las damas... Te lo enseñaré. —Metió la mano en la mochila, frunció el ceño, entornó los ojos y rebuscó—. Ah, aquí está. Este es bastante impresionante —dijo mientras sacaba algo pequeño envuelto en muselina.

Desdobló la tela y depositó en las manos de Sophie lo que había dentro. Ella contuvo el aliento. Era una peineta de azabache con forma de escorpión. Nunca antes había visto una pieza tan delicada. Los dientes eran largos e increíblemente finos, diseñados para colocarse sobre una trenza enrollada o un recogido. El escorpión estaba encaramado a los dientes, y era tan lustroso y realista que no le habría sorprendido verlo moverse. Sus fuertes pinzas estaban alzadas, y la cola, arqueada por encima de la cabeza.

—Es increíble. Tienes mucho talento.

Rafe sonrió, complacido por su elogio.

—Espero ganar una buena suma con esta peineta, aunque me

entristece venderla. Ojalá me la pudiera quedar. A mi mujer le encanta.

—Lo comprendo perfectamente —respondió Sophie con un tono de voz anhelante, mientras recordaba la cantidad de exquisitas peinetas que tenía en palacio. De pronto, parecía haber pasado toda una vida.

Rafe había dejado la muselina en el suelo, entre ellos, y Sophie colocó con mucho cuidado el escorpión sobre ella. Mientras lo hacía, Rafe le dio un bocado a la ciruela.

—Deliciosa. Gracias.

Le preguntó adónde iba ella.

—A Schadenburgo —respondió, evasiva, porque esa era la aldea más cercana al castillo del Rey de los Cuervos. No deseaba revelar su verdadero destino a un desconocido.

Rafe hizo una mueca.

—¿Por qué? Es un lugar espantoso.

—Tengo negocios que resolver.

—Te aconsejo que los resuelvas lo antes posible.

Oyeron un ruidito detrás de ellos, como de ratones correteando entre las hojas secas. Sophie dio un respingo y volvió la vista atrás, pero no vio nada.

—Ardillas, supongo —dijo Rafe—. Estarán recolectando nueces para el invierno. El verano llega a su fin.

Una brisa agitó los árboles, y Sophie notó su cosquilleo en la nuca. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Fue a coger una ciruela y, al hacerlo, se fijó en la muselina: el escorpión tallado ya no estaba. Estaba segura de haber dejado la preciosa peineta encima. Esperaba que no le hubiera sucedido nada.

—¿Dónde está tu escorpión? —preguntó mientras lo buscaba con la mirada.

Rafe desenvainó una sonrisa lenta y afilada.

—Donde le corresponde.

Mientras lo decía, Sophie notó que algo le corría por el cuello. Dejó escapar un grito e intentó quitarse lo que fuera que se le paseaba por encima, pero las enormes pinzas enjoyadas se lo impidieron. Una se le clavó el dedo.

Sophie gritó.

El escorpión tallado había cobrado vida. Le correteaba por la parte de atrás de la cabeza con la cola arqueada y una reluciente gota de veneno colgándole de la punta. Levantó la cola y atacó.

Al instante, el veneno se extendió por el cuerpo de la princesa;

quemaba como el ácido. Gritó y se retorció, intentó quitarse de encima a la criatura, pero había crecido. De repente era del tamaño de una comadreja y se le habían enredado las patas en el pelo de Sophie.

—Niña tonta..., demasiado blanda, demasiado débil... —siseaba.

Las venenosas palabras del escorpión atravesaron el corazón de Sophie. Mientras forcejeaba, la criatura le picó una y otra vez. El veneno empezó a hacer efecto y a ralentizar sus movimientos. Rodó hasta colocarse boca arriba. Le costaba respirar, el corazón le latía despacio, con pesadez. Veía a Rafe. Estaba de pie junto a ella, mirándola. Veía lo que no había visto antes: que sus ojos eran de color añil, que llevaba una melena larga y suelta; que no era un hombre, sino una mujer.

El escorpión bajó por la mejilla, le recorrió la clavícula y se le colocó sobre el pecho, donde se detuvo como si escuchase, como si esperase.

Sophie lo observó, paralizada. Movió los labios, pero no logró emitir sonido alguno.

La reina la miró. Le brillaban los ojos.

—Apunta al corazón. Asegúrate de que muere de verdad esta vez —le indicó a la criatura—. No debe llegar a Nimmermehr.

El escorpión alzó la cola y se la clavó con fuerza.

CINCUENTA Y NUEVE

—¡Sophie, ya estamos de vuelta! Tengo dos conejos. ¿Sophie? —gritó Will.

Su voz le llegaba como si estuviera bajo el agua. Sophie se obligó a abrir los ojos. Veía borroso, pero distinguía la forma del chico.

Lo oyó gritar una palabrota, tirar los conejos al suelo y, en un segundo, tenía una flecha colocada en su arco. Pero no servía de nada: no podía darle al escorpión sin herirla a ella.

Sacó su daga de la funda y atacó a la criatura, pero era más rápida que él y le picó en la mano. Will soltó otra palabrota. Después se chupó el veneno de la herida y lo escupió.

—¡Sophie! —gritó Arno mientras atacaba al escorpión con su cuchillo—. ¡Lucha contra el veneno! ¡No te duermas!

—No puedo... —murmuró ella—. Es demasiado...

Se le cerraban de nuevo los ojos. Le pesaban las extremidades.

Zara también intentó matar al escorpión. La sabuesa de patas ligeras atacó, fingió ir hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, pero no era rival para la feroz criatura, que era el doble de rápida que ella, así que su aguijón rozó más de una vez a la perrita y le dejó unos cuantos arañazos ensangrentados en el lomo.

—¡Atráelo hacia ti, chica! —le gritó Will—. ¡Distráelo!

Zara lo intentó, tentaba al escorpión y amagaba un bocado, de modo que tuviera que mirarla a ella en vez de a Will. Mientras lo hacía, Will agarró el extremo de la trenza de Sophie y se la cortó a ras del cuero cabelludo. Después tiró de la trenza y la alejó, junto con el escorpión que estaba encima.

Arno intentó pisotearlo, pero el escorpión se alejó correteando y regresó a por Sophie.

—¡No! —gritó Will, que intentó bloquearlo en un gesto de valentía.

La criatura hincó el aguijón en la pantorrilla del muchacho. Will gritó de dolor. Se le dobló la pierna. Al caer al suelo, vio que el escorpión subía por el hombro de Sophie.

—Deprisa, Zara, inténtalo otra vez. Va a matar...

La frase quedó sin acabar porque un relámpago dorado pasó volando junto a él, gruñendo y enseñando los dientes.

El ataque fue tan rápido que el escorpión no tuvo tiempo de defenderse. El lobo, enorme y musculoso, se abalanzó sobre el escorpión, le mordió una de las patas y se la arrancó. La criatura chilló de dolor y se volvió para defenderse, pero el lobo ya había retrocedido de un salto. Sacudió la cabeza y la pata salió volando. Después, avanzó de nuevo.

El escorpión intentó atraparlo con sus pinzas, pero en ese momento apareció un segundo lobo, esta vez negro, que agarró otra de las patas de la criatura y se la arrancó. El escorpión se inclinó, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer sobre Sophie. Entonces, un tercer lobo de pelaje leonado se unió a la refriega.

Cojeando sobre la pata que le quedaba, entre chillidos, atacando a ciegas, el escorpión no vio al cuarto lobo que daba vueltas en torno a él, ni al quinto, ni al sexto. Lo hicieron pedazos entre todos hasta que solo quedó la cola, que se retorcía impotente en el suelo.

Will se acercó dando tumbos a Sophie y se apoyó en el tronco de un árbol.

—Despierta, Sophie —le dijo mientras le daba unos cachetes

suaves en las mejillas—. Venga..., ¡despierta!

Pero Sophie se le cayó sobre los brazos como si fuera un saco de patatas.

Entonces, una loba de pelaje gris, ojos plateados y una oreja desgarrada, salió del bosque. Llevaba una rama en la boca. Despacio, con precaución, se acercó a Will, que seguía intentando despertar a la joven como fuera y no la vio. La loba dio unas patadas en el suelo, pero Will seguía sin levantar la vista. Al final tuvo que soltar la rama y ladrarle.

Eso captó la atención de Will. Le dio la espalda a Sophie y vio al animal a pocos metros. La loba bajó la cabeza y usó el hocico para empujar la rama hacia él.

—Matavispas —dijo el joven, y miró a la loba—. ¿Funcionará con las picaduras de escorpión?

La loba inclinó la cabeza.

—Claro que sí —añadió a toda prisa—. ¿Por qué me la ibas a traer, si no? —Con mucha delicadeza, dejó a Sophie en el suelo—. Piensa, Will, piensa... —se dijo—. Aplasta las hojas... ¡No, espera! Primero prepara una pasta de lodo.

Corrió a su mochila y sacó un plato de hojalata. Después rascó tierra del suelo del bosque y la echó en el plato. Vertió un poco de agua sobre la tierra y la mezcló con el dedo. Bajo la mirada atenta de la loba, arrancó las hojas de la rama de matavispas, las aplastó con los dedos y las añadió al lodo. Las hojas rotas rezumaron un líquido blanco que olía a huevos podridos. Entre Arno y él, untaron los pegotes de mezcla viscosa en todas las ronchas que encontraron. En poco tiempo, la cara, la cabeza y el cuello de Sophie estaban cubiertos del mejunje. Will también se untó un poco en la pierna y le puso a Zara en el costado.

La matavispas funcionó a las mil maravillas. La pasta pasaba del marrón al verde conforme absorbía el veneno. Sophie abrió los ojos poco a poco, aunque no lograba enfocar la vista. Se llenó los pulmones de aire.

—¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo! —gritó mientras se arañaba la cabeza.

—No pasa nada. El escorpión está muerto —la tranquilizó Will—. Sophie, no pasa nada.

Sophie parpadeó. Enfocó la vista.

—¿Will? —susurró, agarrada a él.

—Estoy aquí.

Se sentó y miró a su alrededor mientras el corazón le latía con fuerza. Vio a los lobos, los siete, sentados en semicírculo. Su líder se sentaba en el centro.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Han matado al escorpión. Y te han salvado la vida.

—Pero ¿cómo...? ¿Por qué...? —empezó a decir ella.

Entonces, la líder dio un paso adelante y Sophie le vio los ojos de plata, la oreja desgarrada y el mechón de pelo blanco en el cuello.

—Eres tú —susurró al recordar la cacería y la pobre criatura a la que habían acorralado.

La loba levantó la cabeza. Dejó escapar una serie de aullidos largos y agudos. Los demás se le unieron y, después, todos dieron media vuelta y desaparecieron en el Bosque Oscuro.

—Una vez le salvé la vida —dijo Sophie.

—Acaba de devolverte el favor —repuso Arno.

Ella escondió el rostro entre las manos.

—Ha sido horrible.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Will.

Se apartó poco a poco de él y después les contó que Adelaide había aparecido disfrazada de leñador. Mientras Will y Arno la escuchaban, sus expresiones, ya serias, se ensombrecieron.

Arno se puso en cuclillas.

—Sabe que vas a Nimmermehr. Seguro que el Rey de los Cuervos también lo sabe. Y seguro que ha tenido algo que ver con eso —añadió, señalando los restos del escorpión—. Nos estará esperando. Con todos sus monstruos. —Frunció el ceño y miró al cielo. El crepúsculo empezaba a ahuyentar el día—. Tenemos que ponernos en marcha, amigos. No quiero dormir en el bosque esta noche. Para cuando oscurezca, tenemos que estar dentro de una cripta segura y acogedora.

Will y Arno se levantaron y luego ayudaron a Sophie a ponerse en pie.

Arno la miró con el ceño fruncido.

—Si quieres llegar a Nimmermehr, debes hacer algo...

—¿Qué?

—Dejar de comportarte como una estúpida.

Sophie parpadeó, ofendida.

—¿Perdona?

—Sale alguien del bosque y finge ser tu amigo. Te ofrece algo como una cinta o una peineta, y lo aceptas. Para. Deja de aceptar

veneno de falsos amigos. Acabarás muerta.

Sophie notó un nudo en la garganta. Intentó tragárselo.

—Solo tengo falsos amigos. Nunca he tenido un amigo de verdad. Nadie.

Will, que estaba untando otro pegote de matavispas en la barbilla de Sophie, dijo:

—Bueno, pues ahora tienes algunos, a pesar de estar cubierta por todas partes de unos horrendos puntos rojos.

—¿Por todas partes? ¿En serio, Will?

Él asintió.

—Y a pesar de no tener pelo —añadió Arno.

—¿Qué? —Sophie se llevó las manos a la cabeza, y así comprobó que era cierto—. M-mi pelo —tartamudeó, horrorizada—. ¿Qué le ha pasado...?

—Te lo he cortado. No he tenido más remedio. El escorpión estaba enredado en él, y yo intentaba alejarlo de ti. Pero a pesar de no tener pelo... A pesar de estar embadurnada de lodo viscoso...

—No tengo pelo —repitió ella, conmocionada.

—Y a pesar de que apestas una barbaridad...

—Espera... ¿Eso que huele soy yo?

—A pesar de todo eso, Sophie..., aquí estoy. Y aquí está Arno.

Will terminó de echarle lodo en la barbilla y la miró a los ojos.

—Supongo que eso nos convierte en tus amigos.

SESENTA

Sophie volvió la vista atrás. El mausoleo de los Von Stauffenzee se alzaba a lo lejos, con su mármol blanco brillando con tal intensidad a la luz de la luna que no le costaría encontrar el camino de vuelta. Arno tenía razón: el bosque no era lugar para ellos aquella noche y no quería perderse en él.

Con Zara a su lado, se metió entre los árboles para aliviarse. Caminaba despacio. Le dolía todo. Las picaduras del escorpión le palpitaban. Los músculos le ardían de tanto andar. Pero lo que más le dolía era el corazón. El encuentro con su madrastra la había dejado abatida y asustada.

El mecanismo de relojería de su interior se quedaba sin cuerda, su madrastra y el Rey de los Cuervos la querían muerta, y su única esperanza de sobrevivir era un castillo llamado Nimmermehr rodeado de criaturas asesinas que jamás la dejarían pasar. Era la única esperanza de su gente y no sabía si su endeble corazón le permitiría llegar viva al día siguiente.

Le daba la impresión de que, cuanto más se internaba en el Bosque Oscuro, más miedo tenía: miedo a que se tratara de una misión imposible; miedo a morir en el bosque, como Jasper.

Y entonces ¿qué? Su mente respondió a la pregunta por ella, la torturó con imágenes del capitán Krause maltratando a los aldeanos de Drohendsburgo, de los soldados heridos sucumbiendo al hambre y al frío durante el próximo invierno, de Will y Oma junto a la tumba de Gretta.

Las imágenes todavía le daban vueltas en la cabeza cuando salió de los árboles, y estaba tan absorta en ellas que estuvo a punto de no fijarse en la mujer vestida de negro que se encontraba junto al cementerio.

Sophie creyó reconocerla y se paró en seco. La había visto antes, estaba segura. ¿Dónde se habían visto antes? ¿Por qué no lograba recordar su nombre? La advertencia de Arno sonó con fuerza en su cabeza: «Deja de comportarte como una estúpida». La mujer podría ser una enviada del Rey de los Cuervos. Podría ser su madrastra, disfrazada de nuevo.

—¿Te conozco? —le preguntó Sophie mientras daba un paso atrás con mucha cautela.

—Todo el mundo me conoce —respondió ella. Después ladeó la cabeza y examinó con sus ojos enrojecidos las ronchas de la cara y el cuello de Sophie—. ¿Todavía te duelen?

Ella asintió, desconcertada con la extraña mujer. «¿Dónde la había visto antes?».

—Las picaduras sanarán. El dolor desaparecerá en un par de días. Pero ¿el de tu corazón? Ese no desaparecerá jamás.

Sophie se quedó helada.

—¿Cómo sabes...?

La mujer no la dejó terminar.

—El dolor te perseguirá allá donde vayas siempre que exista un niño hambriento en el reino, una familia sin hogar, un enfermo temblando junto al fuego. Ese dolor es la carga de una reina, una carga que debe soportar hasta su muerte. ¿Seguro que quieres esa

carga, niña?

—¿Por qué me lo preguntas? —exigió saber ella, atemorizada por su perspicacia.

—Porque, a veces, ayudo. Posees un arma poderosa, pero hace falta valor para manejarla. Mucho. ¿Tienes ese valor?

A la joven se le aceleró el corazón.

—¿Qué arma? —preguntó mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está?

La mujer se rio sin ganas.

—¿Todavía no lo sabes?

—No, ¿qué es? Por favor, dímelo.

Se emocionó al pensar que podía contar con algo para enfrentarse al Rey de los Cuervos, lo que fuera.

La mujer dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—Debes descubrirlo tú misma.

—¡No, espera! ¡Dímelo! ¡Has dicho que ayudas! —gritó ella, abatida.

La mujer esbozó una sonrisa triste. Sophie vio que tenía los dientes negros.

—A veces, pero no siempre.

Entonces, la mujer dio media vuelta y se dirigió al Bosque Oscuro. Apenas había dado unos cuantos pasos, pero ya se fundía con la oscuridad.

—¡No! —gritó Sophie, desesperada por evitar que se marchase, por descubrir el arma.

Corrió detrás de ella, alargó una mano. Cuando la cogió del brazo, sintió una descarga de dolor que le recorrió todo el cuerpo. Retrocedió unos pasos, tambaleándose, con los ojos cerrados y un grito ahogado en la garganta.

Cuando los abrió de nuevo, la mujer ya no estaba. Zara salió corriendo del bosque, se colocó a su lado y meneó el rabo.

Sophie se llevó la palma de la mano a la frente.

—Aquí no hay nadie —dijo con voz temblorosa.

¿Acaso su defectuoso corazón empezaba a provocarle alucinaciones?

—¡Sophie! —la llamó alguien en voz baja—. Sophie, ¿dónde estás?

Era Will. Caminaba hacia el bosque procurando hacer el menor ruido posible para que nadie supiera de su presencia en el cementerio.

—¡Ya voy! —respondió ella. Se puso en pie y miró de nuevo a su alrededor—. ¿Me la he imaginado? —susurró—. Seguramente.

Sin embargo, cuando corría para encontrarse con Will, notó algo mojado en la mano derecha, la que había usado para tocar a la mujer. Le dio la vuelta y se mordió el labio.

Tenía la palma de la mano manchada de sangre.

SESENTA Y UNO

Estaba oscuro y era bastante tarde. Los búhos volaban y ululaban por encima del mausoleo. Los ratones correteaban por sus rincones oscuros.

El edificio era más una mansión que una tumba. Tenía altos techos abovedados, bancos de piedra e incluso una chimenea para los funerales de invierno.

Arno había encendido un pequeño fuego, cuyas llamas habían caldeado el ambiente. Sophie estaba calentita y a salvo; tenía el estómago lleno. Will había preparado una cena deliciosa de conejo con acedera. Debería haberse quedado dormida ya, pero no. Estaba sentada en su petate, con los brazos en torno a las piernas y la barbilla sobre las rodillas. Cabizbaja, contemplaba el fuego.

Se había limpiado la sangre de la mano antes de que Will la viera y se curó el corte, largo y delgado, cuando entró en el mausoleo, pero no dejaba de pensar en la mujer y lo que esta le había dicho.

Arno tallaba con su cuchillo la figura de un zorro. Will, tumbado en su petate, contemplaba las figuras de ángeles y de santos esculpidas en el techo de mármol.

—Si seguimos a buen ritmo, deberíamos llegar a Nimmermehr dentro de dos días —dijo Arno mientras bebía un trago de brandy de una petaca.

Ni Sophie ni Will respondieron.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha muerto alguien? Je, je —dijo Arno mientras miraba a todos los Von Stauffenzee que los rodeaban; sus bustos reposaban en pedestales y sus nombres estaban grabados en las paredes.

Nadie respondió a eso, tampoco, pero Will se volvió hacia Sophie.

—¿Por qué no duermes? ¿Es por el dolor de las picaduras?

Sophie, que todavía miraba el fuego, respondió:

—No, es porque ellos sufren. Ellos son los que sienten dolor. Y hambre. Y frío. Porque no tienen adónde ir.

—¿Quiénes?

—Los soldados. Max. Los Becker.

—Deberías dormir un poco. No puedes hacer nada por ellos esta noche.

—¿Podré hacer algo por ellos alguna vez? ¿Y si no lo consigo? Lo más probable es que no. Y os he arrastrado a los dos a esta misión sin sentido. ¿Y si te pasara algo, Will? ¿Qué sería de Oma y de Gretta?

—¿Y si me pasara algo a mí? —intervino Arno.

—Tengo miedo —siguió diciendo Sophie—. No por mí, sino por ellos. Soy todo lo que tienen. Yo. —Dejó escapar una carcajada amarga—. Y no estoy a la altura de la tarea.

Guardaron silencio. La mayoría de la gente habría recurrido a tópicos y promesas vacías, pero Will y Arno no eran como la mayoría.

—Si no puedes fracasar, no lo hagas —dijo Will.

Sophie cerró los ojos con fuerza.

—Eso no ayuda.

—Oye, ¿queréis que os cuente una historia? —preguntó Arno para intentar relajar el ambiente—. ¡Bien! —dijo al ver que no respondía nadie—. Esta se llama «La doncella de la torre». —Respiró hondo—. Érase una vez una muchacha que escuchaba. Escuchaba a todas las personas que la rodeaban, ya fueran padres, parientes o amigos, cuando le hablaban de los peligros del mundo y de las muchas desgracias que podrían acontecerle.

»Vamos, que el mero hecho de ir a la ciudad podría significar acabar atropellada por un carruaje, secuestrada por un ejército invasor o ahogada en el río. Por otro lado, si se quedaba en la casa, podía arder por culpa de un rayo, o también podía ocurrir que cayera un árbol y aplastara el tejado. La muchacha vivía muy asustada, pues temía salir y temía quedarse; temía hacer cualquier cosa.

»—No te preocupes —le dijeron—. Te mantendremos a salvo.

»Todos llevaban pesados ladrillos. Le explicaron que debía construir cuatro paredes a su alrededor. Después se pusieron en fila y le fueron entregando los ladrillos uno a uno.

»—Muñecas —dijo el primero al darle el ladrillo.

»—Sanguijuelas —dijo el segundo.

»A esos ladrillos los siguieron otros: queso azul, dentaduras, piratas, mortadela de aceitunas, la peste negra. La muchacha cogió los ladrillos uno a uno y los colocó a su alrededor formando un cuadrado.

Añadió una hilera tras otra. Los pesados ladrillos encajaban entre sí. Los muros eran cada vez más altos, y tuvo que trabajar de puntillas hasta que, por fin, ya no logró llegar más arriba.

»Sonrió cuando acabó porque ya nada podría entrar. No a través de aquellos resistentes muros de ladrillo. Pero ella tampoco podía salir. Había construido las paredes tan deprisa que se le había olvidado dejar una puerta. Estaba a salvo de todo lo que daba miedo en el mundo, sí, pero también de lo demás. De las rosas, de la música, de los atardeceres, de los melocotones, de los libros, de las tortitas y de los besos.

»Llamó a gritos a las personas que le habían dado los ladrillos, pero se habían ido. Estaba sola. Nadie la oía. Desesperada por liberarse, intentó trepar las paredes, pero solo logró ensangrentarse las manos.

—¿Qué le pasó? —preguntó Sophie.

—Murió de hambre, una muerte lenta y dolorosa, mientras contemplaba el cielo a través del techo abierto de la cárcel que ella misma se había construido.

Will dijo, medio dormido:

—Después del de Oma, es el peor cuento que he oído.

—Qué final más horrible —dijo Sophie mientras se tumbaba.

—¿Verdad? —repuso Arno alegremente—. Me encantan los cuentos. Te dicen las cosas como son. Lo que mató a la doncella no fue lo que temía, sino el mismo miedo. Esa historia contiene una moraleja.

—Sí que la contiene: el miedo es muy mal arquitecto —masculló Will.

—No, no es eso. ¿No lo ves? Las personas se pasan la vida cargadas de ladrillos. Se echan esa carga encima. Entregan los ladrillos a otras personas y les traspasan su carga. Cuando lo que deberían hacer todas es soltar los ladrillos.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿No construimos nada? ¿Vivimos en los árboles? —preguntó Will.

—¿Cómo nos protegemos? —añadió Sophie.

—¿Protegeros? ¿De qué? ¿Del dolor? ¿Del sufrimiento? ¿De la tristeza? ¿De la pérdida?

—Sí, de todas esas cosas.

—Y añade la lluvia, la nieve y las ardillas —dijo Will.

Después se caló la gorra hasta las orejas y se tendió de lado.

Sophie también lo hizo, de espaldas a Will. Había unos veinte centímetros de distancia entre ellos.

—Buenas noches, Arno —dijo—. Gracias por contarnos esa historia tan horrorosa.

—El placer es mío —respondió él, y se bebió otro trago de brandy.

La respiración de Will no tardó en volverse más profunda y pausada. La de Sophie, también. Arno alimentó el fuego moribundo y siguió tallando. Mientras el zorrito tomaba forma en sus manos, Sophie daba vueltas sobre el petate. Soñaba. Con la muchacha que se había encerrado entre cuatro paredes de ladrillos. En sus sueños, ella era la que estaba dentro de la torre, pero los gritos que oía no eran los suyos, sino que pertenecían a su pueblo. Desesperada por ayudar, registraba su pequeña prisión en busca de un arma: un cuchillo, una espada, un arco con una flecha..., lo que fuera. Tenía un arma. La extraña mujer pálida se lo había dicho. Así que ¿dónde estaba? Frenética, escarbó en la tierra y arañó los ladrillos hasta dejarse las manos desgarradas y ensangrentadas y, mientras lo hacía, daba vueltas en la cama, gemía y lloriqueaba.

Arno se inclinó sobre ella para despertarla. Pero no fue necesario porque Will, sin dejar de mascullar entre sueños, había rodado hasta ponerse boca arriba.

Sophie gimió de nuevo.

—Chist —dijo Will. Se volvió hacia ella y le echó un brazo encima —. Chist —repitió sin despertarse.

Sophie dejó de moverse. Notó que tenía la espalda apoyada en el pecho del joven y relajó el cuerpo. Zara se levantó de su sitio junto al fuego y se acercó a ella. Le dio varias vueltas en círculo y empujó con el hocico los brazos de Sophie, que estaban cruzados. Como no conseguía que los moviera, les dio con la pata. Cuando Sophie levantó un brazo para apartarla, Zara se metió por debajo y se acurrucó contra su pecho. Sophie masculló algo incomprensible y abrazó a la perra. Un segundo después, las tres criaturas dormían profundamente.

Arno se rio entre dientes.

—¿Que cómo nos protegemos? —susurró a la luz de las brasas encendidas—. Ay, Sophie: tienes la respuesta delante.

SESENTA Y DOS

Sophie abrió los ojos.

Will tenía la cara a pocos centímetros de la suya y la rodeaba con los brazos. Los de ella estaban apoyados en su pecho. Lo notaba subir y bajar, notaba los latidos de su corazón.

«¿Cómo ha pasado esto?», se preguntó, aunque no se movió. El suelo estaba frío, y él desprendía calor. El sonido de su respiración la calmaba. Y el peso de su brazo sobre el cuerpo era una sensación muy dulce.

La luz plateada del alba lo bañó y destacó el paisaje de su cara: los pómulos altos, la línea de la mandíbula, la nariz con la pequeña protuberancia en el puente. Las sombras caían sobre sus ojos cerrados, pero le veía las oscuras pestañas, como hollín contra la piel. La barba de tres días en la barbilla. Los labios.

El corazón le ronroneó suavemente. «Es hermoso —pensó—. Realmente hermoso».

Sabía que debía despertarse y sentarse. Debía recordar quién era, dónde estaba y qué tenía que hacer. Pero todavía no. Todavía no.

«Solo un minuto más», pensó, y se pegó a él. Se permitió imaginar cómo sería estar siempre así. Cómo sería abrazarlo como él la abrazaba a ella. Acariciarle el pelo con los dedos, cogerle el rostro entre las manos, besarle los labios.

Nunca sucedería. La corona le había robado la granja, había matado a sus padres y había provocado la enfermedad de su hermana. ¿Cómo iba a perdonarle todo eso? ¿Cómo iba a perdonarla a ella? Will odiaba todo lo que ella representaba, y Sophie se estaba enamorando de él.

Suspiró. Cerró los ojos.

Y, entonces, Will la lamió.

Desde la barbilla, por encima de la boca, y después de la nariz a la frente, dejándole un rastro de babas en la piel.

Sophie ahogó un grito. Se sentó de golpe.

—¡Will! Eso es asqueroso. ¿Cómo…? ¿Cómo has podido?

—¿Qué? —masculló él mientras abría los ojos.

—¡Me has lamido!

Will parpadeó.

—¿Has perdido la cabeza?

Entonces, sucedió de nuevo: una larga lengua rosa recorrió la cara de Sophie, desde la mejilla a la oreja. Al lametón lo siguió un gemido. Y un ladrido. Zara tenía que salir.

—Llámame cuando haya café —dijo Will entre bostezos—. Y

bébete uno. A lo mejor así eres capaz de distinguirme de un perro.

Se tumbó de lado y cerró los ojos.

Sophie se ruborizó, abochornada. El corazón le hizo un ruido que era como una rueda al soltarse de un carro. Will se tapó la cabeza con la manta. Zara gimoteó de nuevo y se puso a dar paseos entre ella y la puerta.

—Espera, chica, ya voy —le dijo Sophie.

Se levantó con la intención de seguir a Zara hasta el bosque.

El fuego ardía con fuerza, alimentado por la hojarasca recogida del bosque. Arno no estaba por ninguna parte. Sophie se acercó a la puerta de hierro y vio que estaba entreabierta, así que la abrió con cautela. Dejó escapar un fuerte chirrido.

—Puedes salir —dijo Arno—. Aquí fuera no hay nadie más. Es un cementerio muy solitario.

Estaba a unos cuantos metros, de espaldas a ella, contemplando el vuelo de unas golondrinas. Sophie le dio los buenos días y, luego, Zara y ella corrieron hacia los árboles. Cuando regresaron, Arno hablaba con las golondrinas. Varias de ellas habían aterrizado en las lápidas cercanas y ladeaban la cabeza a un lado y al otro mientras lo observaban con aquellos ojos curiosos y veloces.

—Les hablas con mucho cariño —le dijo Sophie al acercarse—. Como si fueran niños.

—Son niños. Las golondrinas llevan consigo las almas de los niños muertos. ¿No lo sabías? ¿Es que nunca las has visto volar? Su vuelo es muy distinto al de los otros pájaros, suben y bajan en picado, henchidas de felicidad. Como hacen los niños. ¿No te habías parado a pensarlo?

Sophie no respondió porque, justo en ese momento, los pájaros salieron volando a la vez de las lápidas, entre gorjeos, y permanecieron cerca del suelo, como niños que corretean juntos por el campo. El corazón le latió y le traqueteó tan fuerte que temió que se hiciera pedazos. No había visto nunca nada tan bello.

Una de las golondrinas se posó de nuevo encima de una lápida muy pequeña. Sophie leyó el nombre grabado en ella: «Mattias Schmitt».

Se volvió hacia Arno, conmocionada.

—Es tu hijo.

—Sí. He salido a saludarlo. Tenía tres años cuando murió. Fiebre. Yo era carpintero, pero no tenía trabajo. La corona había talado los árboles de varios kilómetros a la redonda para construir barracones,

así que robé a un mercader rico para pagar un médico, pero era demasiado tarde. —Se tocó la horrible marca de la mejilla—. Matt murió. A mí me detuvieron. Y la reina hizo justicia.

El corazón de Sophie se saltó un diente del engranaje, trastabilló y recuperó de nuevo el ritmo.

—A pesar de la detención, de la marca, no me detuve —siguió Arno—. Solo sirvió para hacerme más listo. Enterraron a una anciana el mismo día que a Matti. Una viuda adinerada. La metieron bajo tierra con un buen montón de oro encima. Jamás ayudó a nadie cuando estaba viva. —Sonrió—. Pero sí lo hizo una vez muerta. Ayudó a un niño que enfermó después de morir Matti. Al igual que otros muchos de los que yacen aquí. Los vivos pueden ser fríos y crueles. Pero ¿los muertos? Ah, los muertos están encantados de ayudar.

Sophie recordó que Arno le había puesto en la mano la bolsa de joyas para que se la diese a los refugiados.

—Lo regalas todo, ¿no? Lo usas para ayudar a la gente.

Arno guardó silencio un instante. Sophie y él observaron los pájaros que revoloteaban en lo alto del cielo. Recordó que le había dicho cosas muy duras en la cripta de San Sebastián al ver lo que Arno llevaba en los sacos y comprender de dónde lo había sacado. Sabía lo que era sentirse juzgada.

—Lo siento, Arno.

—¿Quieres encontrar tu corazón, chica? —le preguntó él en voz baja, mirándola—. Observa cómo muere un niño por falta de unas pocas monedas. Si lo haces, no tardarás en comprender unas cuantas cosas, como la diferencia entre un robo y un delito.

Se fue caminando entre las tumbas y regresó al interior del mausoleo. La golondrina de la lápida salió volando y se posó en el hombro de Sophie, donde gorjeó un poco antes de volver al cielo.

Mientras veía alejarse el pájaro, pensó en muchas cosas. En los siete hermanos, antes desconocidos para ella, que le habían salvado la vida. En el pequeño Mattias, muerto bajo sus pies, y en la enferma Gretta, que quizá se reuniera pronto con él. En un ladrón de tumbas con una bolsa llena de joyas polvorientas y un corazón de oro puro. En un bello joven que le había dicho bellas palabras y la había convencido de que eran ciertas. En otro joven que era callado y extraño, pero que seguía allí, con ella, cuando tenía todos los motivos del mundo para no hacerlo.

El amor es algo aterrador.

Es más valiente que los generales, más resistente que las fortalezas.

Abre tumbas y les quita anillos a los cadáveres. Aguanta la larga y solitaria noche en vela con una niña enferma. Fabrica corazones con chatarra y fruslerías oxidadas y consigue que sigan latiendo por muchas veces que se rompan.

—¡El café está listo! —bramó Arno desde la puerta del mausoleo—. Ven a desayunar, Sophie. Tenemos que seguir nuestro camino. Todavía queda un trecho hasta Nimmermehr.

Los tres comieron y después recogieron sus bártulos. Arno cerró con llave el lugar, y partieron. Zara corría delante de ellos y daba vueltas entre la hierba persiguiendo ardillas.

Mientras Sophie caminaba, en la retaguardia, observaba a Will. «Un rey poderoso se llevó mi corazón —pensó—, pero un muchacho sin dinero me lo ha robado».

Will no lo sabía. No sabía que había dormido con el brazo sobre ella. Que habían respirado el aliento del otro durante toda la noche. Que había deseado mil cosas imposibles sobre él.

No lo sabía.

Y nunca lo sabría.

Porque el amor es aterrador y Sophie está asustada.

Mientras los tres salían del cementerio y entraban en el Bosque Oscuro de nuevo, un cuervo aterrizó en una rama alta.

Ladeó la cabeza de un lado a otro para observar a Sophie. Vio tristeza en la inclinación de los hombros. Incertidumbre en la forma en que entrelazaba los dedos. Anhelo en sus ojos.

Asintió. Como si supiera lo que pensaba. Como si conociera sus miedos.

Entonces, se alejó volando en silencio. Se dirigió a la luz gris del alba.

A Nimmermehr.

SESENTA Y TRES

El Rey de los Cuervos estaba enfadado.

Su abrigo ondeaba tras él como humo mientras se paseaba por los aposentos de la reina.

—La princesa se está convirtiendo en una heroína para su pueblo

—dijo.

—Mi pueblo —lo corrigió Adelaide.

—No por mucho tiempo. En cada plaza, en cada taberna y en cada ayuntamiento, la gente habla de una princesa rebelde, de un ángel vengador que ha regresado de entre los muertos para ayudarlos. Y ¿tú? —La señaló con un dedo de uña engarfiada—. ¡Tú no haces nada!

—¡No es verdad! Tengo al príncipe y al capitán de mi guardia buscándola. He intentado matarla yo misma... ¡dos veces!

—Y has fallado en ambas ocasiones.

Corvus se metió la mano en el abrigo, sacó algo de entre sus pliegues y lo dejó en una mesa.

Adelaide arqueó una ceja.

—¿Una manzana?

—Una manzana envenenada. Está cerca de Schadenburgo. Ve allí. Déjala a su alcance.

—¿Cómo? Ya no confiará en los desconocidos. No seré capaz de convencerla de nuevo de que acepte un regalo.

—No será necesario. Ella misma la cogerá.

Adelaide vaciló, atenazada por las dudas.

—Cada vez es más fuerte, Corvus —dijo al fin—. Puede que más fuerte que nosotros dos.

Una mortífera ira roja ardió en lo más profundo de los ojos negros del rey. Agitó la mano frente al espejo. Una imagen se arremolinó en él hasta tomar forma y adquirir nitidez.

—Mira, Adelaide —le ordenó—. Tú eres fuerte. ¿Se te ha olvidado?

Adelaide se enfrentó al espejo. En él vio a una chica de doce años que corría por un largo pasillo. Llevaba el pelo suelto. Se le veía el miedo en los ojos. Tenía la mejilla manchada de sangre, y las gotas rojas le caían sobre el vestido.

Adelaide gritó y volvió el rostro, incapaz de soportar la imagen y los recuerdos que esta traía.

—Ese día sobreviviste. Te ayudé. Nunca te he abandonado. Ni una vez en todos estos años. Y ahora te lo advierto: es tu última oportunidad.

Aquellas palabras enfurecieron a la reina.

—Yo soy la que te invocó. Tú eres el que me sirve a mí —replicó, airada—. Harías bien en recordarlo.

El Rey de los Cuervos esbozó una fría sonrisa.

—¿Estás segura? —se burló de ella.

Y, acto seguido, desapareció.

Adelaide se acercó al espejo y tocó su borde dorado. Era muy antiguo. Llevaba siglos en el palacio de su padre. Mientras contemplaba sus profundidades, la chica apareció de nuevo. No era más que una niña. Sola. Asustada. Dando vueltas en círculo, frenética. Adelaide la vio mirarse en el espejo. Oyó el nudo en su garganta, los sollozos desgarradores. «No sé qué hacer... Ayuda... Que alguien me ayude, por favor, por favor...».

El Rey de los Cuervos había escuchado sus súplicas y había respondido. Era el único que lo había hecho.

La chica apoyó las palmas de las manos en el espejo. Adelaide hizo lo mismo.

Después dio media vuelta y cogió la manzana.

SESENTA Y CUATRO

El espantapájaros colgaba como un cadáver de su poste de madera. La cabeza le caía hacia delante. Uno de los brazos colgaba junto al costado. El otro, todavía atado al palo cruzado, apuntaba al este, que era la dirección de la que venían Sophie, Will y Arno.

«Como si nos dijera que volviésemos», pensó ella, inquieta.

Pasaron junto al espantapájaros, dejaron atrás una iglesia medio derruida y un grupo de casas desvencijadas. De las ventanas colgaban cortinas mugrientas tras las que se asomaban rostros esqueléticos. Perros escuálidos ladraban desde las puertas. En los umbrales se veían niños delgados de rostros solemnes, pelo lacio y ojeras. Parecían desteñidos, como ropa lavada demasiadas veces.

Sophie y sus amigos estaban en las afueras de Schadenburgo, una antigua ciudad amurallada, la última en el camino hacia Nimmermehr. Tendrían que acampar en el bosque una noche más, y Arno quería comprar comida para preparar una buena cena.

—Como tenga que comerme otro puñetero conejo, vomito —dijo, y después se puso a enumerar todo lo que comprarían: una botella de buen vino, tres filetes, una hogaza de pan fresco, mantequilla, patatas para asar en las brasas, queso y fruta.

—Parece la Última Cena —gruñó Will.

Era lo primero que decía en varias horas, pues había estado más

callado de lo normal desde su salida del mausoleo de los Stauffenzee.

—Bien podría serlo —comentó Arno en tono filosófico—. Así que añadamos una tarta de chocolate. Conozco una casa de empeños en la ciudad. Le venderé un par de anillos al propietario.

Will se ofreció a empeñar las perlas que le había dado Oma, pero Arno no quiso ni oír hablar del tema. Siguieron andando y, unos minutos después, llegaron a la puerta este de la ciudad. Will se detuvo unos cinco metros antes.

—Tengo que decirte algo... —le dijo a Sophie.

Ella lo miró, curiosa. Will abrió la boca y la volvió a cerrar con una mueca. Sophie sabía que no era muy hablador. Se daba cuenta de que le costaba sacar las palabras.

—No debería haber dicho lo que dije. En el campamento de los soldados —soltó por fin.

Arno los miró a los dos, ya que aquello había despertado su curiosidad.

—¿Qué dijiste? —preguntó, y aprovechó la pausa para beber de su cantimplora.

—Dijo que me odiaba —contestó ella, que esbozó otra mueca al recordarlo.

Arno escupió el agua.

—¿Eso le dijiste?

Will negó con la cabeza, claramente incómodo.

—¡No, no! Que la despreciaba. Dije que la despreciaba.

—Ah, bueno, eso está mucho mejor, claro —repuso Arno con un resoplido.

—Lo siento, Sophie. Te metí en el mismo saco que a todas las demás personas de palacio. No te pareces en nada a la reina —afirmó el joven con mucho énfasis.

—Lo que todas las chicas quieren oír: que no se parecen en nada a una tirana demente —repuso Arno.

Will observó a Sophie. Ella se daba cuenta de que Will esperaba arreglarlo todo con sus palabras, pero no era el caso. De hecho, se sentía aún más dolida.

El muchacho se lo leyó en la cara y palideció.

—¿He dicho algo malo? —preguntó, ansioso.

Sophie esbozó una sonrisa triste.

—Estás intentando sentirte mejor tú, Will, no hacerme sentir mejor a mí. Crees que voy a morir pronto. Por eso me lo dices. Porque puede que no tengas otra oportunidad y quieres limpiar tu conciencia

mientras puedes.

Will también parecía dolido.

—No, ese no es el motivo —añadió rápidamente—. En absoluto. Verás, es lo que dijo Oma... Tú, tú eres una princesa...

Arno movió el dedo en un círculo para intentar que se diera prisa.

—Y ¿yo? Yo... Bueno, no soy...

—¿El qué? ¿Una princesa? —dijo Arno.

—Sí —respondió Will, que los miraba por turnos a uno y a otro con cara de impotencia—. No soy una princesa...

Dejó las palabras en el aire y apartó la vista, derrotado, con las mejillas de color carmesí.

A Sophie casi le daba pena.

A Arno no.

—Sophie, vamos a la ciudad —le sugirió mientras la cogía del brazo—. Will, cierra la boca.

Los tres guardaron un silencio incómodo y cruzaron la puerta abovedada. No tardaron en llegar a la sinuosa calle principal de la ciudad. Era día de mercado, y los granjeros habían acudido de los campos para vender sus mercancías.

Sophie no había visto nunca un lugar tan desolador. Los edificios que recorrían la calle principal eran de piedra gris. Altos y torcidos, parecían inclinarse los unos hacia los otros por la estrecha calle mayor, como si estuvieran cansados. La gente vestía ropa de tela gris y chales tejidos con lana gris. Incluso sus rostros eran grises. Era como si tanto la ciudad como sus habitantes estuvieran hechos de ceniza. A Sophie no le habría extrañado que se los llevara una ráfaga de viento.

Granjeros serios, bruscos y hoscos intercambiaban coles y patatas, gallinas cansadas y manzanitas con manchas a cambio de sucias monedas de plata. Hombres delgaduchos con los brazos cruzados sobre el pecho permanecían a las puertas de tiendas y tabernas, y observaban con gesto hosco el paso de la gente; a veces saludaban con la cabeza, a veces escupían.

Los cuervos posados entre las chimeneas graznaban con ganas desde los tejados. Unos cuantos se habían colocado en los picos o cornisas y contemplaban a los transeúntes. Sus miradas se demoraban en Sophie.

—Odio este sitio —dijo Arno mientras se subía el cuello de la chaqueta a pesar de que no hacía frío.

Encontró la casa de empeños y consiguió un buen precio por un anillo de esmeraldas. Después de repartir las monedas y su lista de la

compra entre Will, Sophie y él mismo, dijo:

—Vamos a dividirnos, compramos las provisiones y nos reunimos junto a la puerta occidental dentro de media hora. Así saldremos de aquí más deprisa.

A Will y a Sophie les pareció bien; cada uno se fue por su lado y Zara salió trotando detrás de Sophie. Unos minutos después, Sophie encontró el puesto de un panadero y compró la hogaza de pan. Después encontró una pastelería y compró una tartita de chocolate. Lo último de su lista era la fruta.

Cuanto más se adentraba en la sinuosa calle, más parecía estrecharse. Los escaparates y los compradores, los carros y las carretas, todo se le echaba encima. Vio las montañitas de frutas y verduras; aunque era la única nota de color de aquella deprimente ciudad, incluso ellas parecían desteñidas. Quería comprar manzanas, pero todas las que veía parecían pequeñas y agrias.

Unos minutos después se encontró al final de la calle, junto a la puerta occidental, y todavía no había visto nada que mereciera la pena comprar. Mientras giraba en círculo para ver si Will o Arno habían llegado ya, de repente vio una reluciente mancha roja que se recortaba contra el interminable fondo gris. Una granjera solitaria de mejillas sonrosadas y labios sonrientes que llevaba el pelo recogido bajo un sombrero de paja había montado su puesto en una estrecha calle lateral. Estaba lleno hasta arriba de unas manzanas rojas, maduras y perfectas. Sophie decidió que compraría unas cuantas. Todavía tenía tiempo porque no veía a Will ni a Arno por ninguna parte.

—Vamos, chica —le dijo a Zara, y las dos se metieron entre la gente para acercarse al puesto.

—Tres manzanas, por favor —le pidió a la granjera mientras sacaba el monedero.

—¿Solo tres? —preguntó con aire jovial la mujer al aceptar el dinero de Sophie—. Está claro que no has probado nunca mis manzanas. De haberlo hecho, te llevarías una docena. Así de ricas están. —Señaló la pila con la cabeza—. Prueba una. Gratis. Y después me dices si solo quieres tres.

Sophie sonrió.

—Si insistes...

Las manzanas parecían muy sabrosas y ella tenía un poco de hambre. La granjera había colocado la fruta formando una pirámide, así que cogió la de la cima, se la restregó contra la camisa y le dio un

bocado. Era crujiente y ácida. El jugo le cayó por la barbilla. Se lo limpió con el dorso de la mano.

—¿Qué te parece?

—Está deliciosa —respondió, y le dio otro bocado.

Pero no era cierto. Ya no. De repente, le parecía demasiado dulce, empalagosa.

—¿Qué te parece? —repitió la granjera.

Sophie tosió, pero no quería herir los sentimientos de la mujer.

—Ya... ya te lo he dicho... Está deliciosa... Está...

Resolló, tosió de nuevo e intentó aclararse la garganta.

—No, lamentable imbécil. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Viajar a Nimmermehr? ¿Al castillo del Rey de los Cuervos? ¿De verdad te creías capaz de ganar a un adversario como él?

Sophie levantó la cabeza de golpe y abrió los ojos. La granjera también había alzado la cabeza. Sophie le vio los ojos azules y la sonrisa cruel. Adelaide. Captó un movimiento por el rabillo del ojo: la manzana que tenía en la mano estaba llena de gusanos. Gritó de asco y la lanzó al suelo.

Empezó a oír voces, docenas de ellas: «Débil... Tonta... No eres lo bastante fuerte... No eres lo bastante lista...».

Eran las manzanas. Todas susurraban y siseaban, se encogían y caían. La podredumbre les oscurecía la piel antes roja.

Intentó respirar, pero no lo lograba. El trozo de manzana se le había quedado atascado en la garganta. El pánico se apoderó de ella. Apenas era consciente de los gimoteos de Zara.

«Por favor», suplicó en silencio, moviendo los labios, mientras el pánico se transformaba en terror.

Dio una vuelta en redondo con la esperanza de que algún comprador la ayudara, pero no había nadie cerca. Todos estaban en la calle mayor. Ni siquiera se molestaban en mirar hacia ella.

Se agarró la garganta. La vista se le nublaba por momentos. Zara ladraba como loca.

—No tardará mucho. Un par de minutos más y todo acabará —dijo Adelaide.

Sophie cayó en el duro suelo de adoquines.

Otro rostro se asomó al suyo, el rostro de un hombre: pálido, de fríos ojos negros y boca cruel.

—¿Me conoces, princesa? ¿No? Bueno, da igual. Yo te conozco a ti y he acabado contigo. Esta vez para siempre. Tengo tu corazón. Pronto tendré todos los corazones.

Un instante antes de que la oscuridad descendiera sobre ella y le cubriera los ojos como un ala negra, Sophie se dio cuenta de que sí lo conocía. Era Corvus, el Rey de los Cuervos.

Él es el villano de esta historia.

Y de tantas otras.

SESENTA Y CINCO

En una ciudad gris y sin alma, una perrita delgada ladra como loca junto a una carretilla.

La gente se reúne a su alrededor. Intentan calmarla, apartarla del cuerpo de la muchacha, pero la perra no se mueve.

Un hombre y un chico llegan corriendo. Conocen el sonido de los ladridos de esa perrita.

El chico grita. Cae de rodillas. Llama a la muchacha. Le da palmadas en las mejillas. Le suplica.

Sabe lo que ha sucedido. Recuerda el escorpión. Pero esta vez la chica no respira. Esta vez no hay nada contra lo que luchar. No ve la manzana medio mordida porque ha acabado debajo del carro por culpa de un pie descuidado.

El hombre gira en círculo una y otra vez, furioso, con la daga desenvainada, en busca del asesino. Sin embargo, no hay ni rastro de un atacante. Nada más que una carretilla cochambrosa, oxidada y maltratada por los elementos, con una pila de manzanas podridas encima.

El muchacho coge en brazos el cuerpo sin vida de la joven y llora con el rostro apoyado en su cuello.

Y la delgada perrita levanta la cabeza y aúlla.

No son los objetos venenosos los que nos matan.

Los envenenadores no son los asesinos.

Somos nosotros. Nosotros mismos.

Escuchamos a las serpientes. Dejamos que los escorpiones se nos acerquen.

Creemos en los susurros, en las palabras que nos dicen lo que no somos y lo que nunca seremos.

Aceptamos la reluciente manzana roja que ofrece la reina malvada

y la mordemos con ahínco.

Podemos extraer el veneno de la carne, pero las palabras venenosas se graban en lo más profundo de nuestros corazones y no hay antídoto que las alcance.

Por encima de la triste ciudad gris, una bandada de cuervos vuela alto y grazna su triunfo.

Su maestro ha ganado.

La princesa está muerta.

SESENTA Y SEIS

Lloviznaba cuando Will y Arno llegaron a la Hondonada.

Josef, que estaba reparando un listón roto de la cerca, los vio venir. No conocía a los dos hombres, pero alzó la mano para saludar. Le dieron sus nombres y él también se presentó. Estaba a punto de preguntarles si tenían sed, si podía ofrecerles agua, cuando reparó con la mirada en el caballo que conducían y el bulto que llevaba encima, envuelto primorosamente en una manta.

El martillo de Josef se estrelló contra el suelo con un golpe sordo.

—No —dijo, como si pudiera negar lo que se avecinaba—. No.

—Lo siento —dijo Will—. Lo siento muchísimo. Sucedió en Schadenburgo, de camino al castillo del Rey de los Cuervos. Hemos pensado que querría volver aquí, a la Hondonada. Nos habló de vosotros. Adoraba este sitio. Y os adoraba a vosotros.

Los otros hermanos se unieron a Josef. Tenían todos los ojos muy abiertos, preocupados. Julius sostenía sus tijeras de podar. Johann, el hacha que había estado afilando. Schatzi cargaba con una cesta de zanahorias. Jakob llevaba la azada que acababa de arreglar. Weber y Tupfen los seguían. Se preguntaban por qué Josef no les había ofrecido una bebida a los desconocidos. No comprendían por qué estaba allí parado ni por qué se tapaba los ojos con las manos.

Sin embargo, al acercarse, vieron que Will se había apartado, que tenía la cabeza gacha y las manos unidas. Vieron que Arno bajaba con cuidado el fardo del caballo. Cruzó con él la puerta y entró en el patio. Al hacerlo, la manta se abrió, y ellos vieron que llevaba el cuerpo de una muchacha. Su muchacha.

A Julius le cedieron las piernas. Se sentó de golpe sobre un viejo tocón. Johann lanzó el hacha contra el tronco de un árbol mientras dejaba escapar un grito de angustia. Josef y Jakob lloraron. Schatzi dejó caer la cesta, le quitó el cadáver a Arno y lo dejó en el suelo, a la sombra de las ramas de un roble. Besó las manos de Sophie y le acarició la mejilla de alabastro.

—¿Por qué nos abandonaste, Sophie? Aquí estabas a salvo. Jeremias y Joosts volverán con tu corazón. Llegarán en cualquier momento. Lo sé. Si los hubieras esperado...

—¿Habéis visto a nuestros dos hermanos? —preguntó Johann, esperanzado—. ¿En su viaje de vuelta de Nimmermehr?

Arno negó con la cabeza. Y Will, con la voz rasgada por la pena, les contó todo lo sucedido. Vertió más lágrimas mientras lo hacía. A los hermanos se les iba partiendo el corazón.

—Pero no parece muerta —dijo Schatzi cuando Will concluyó—. Todavía se le ven sonrosadas las mejillas, ¿veis? Los labios siguen rojos.

—No respira. No hay vida —repuso Arno en tono amable.

—Su corazón está en silencio —dijo Will—. Lo he comprobado. Durante mucho tiempo. Hasta que el cielo oscureció. Hasta que se quedó fría. Con la esperanza de que de repente golpeara, traqueteara, rechinara... Lo que fuera. Con la esperanza de que regresara la luz a sus ojos..., con la esperanza de escuchar de nuevo su voz, de verla sonreír...

Se le quebró la voz, no podía seguir hablando.

Weber, que derramaba lágrimas plateadas por sus muchos ojos, hizo una pregunta en su idioma.

—No, Weber, esta vez es demasiado tarde —contestó Josef—. Las almas no se quedan mucho tiempo en el cuerpo tras la muerte del corazón. Tienes que ser rápido para atraparlas. —Negó con la cabeza y añadió—: Debería tener un funeral, un entierro en condiciones...

—¡No! ¡No podemos meterla bajo tierra! —exclamó Schatzi—. Ahí abajo hace frío, está oscuro y no tendrá compañía, y... le encantaban las flores y la luz del sol. Le encantaba el canto de las alondras y el cricrí de los grillos. No la vamos a enterrar. ¡No lo permitiré!

—De acuerdo, Schatzi, de acuerdo —lo calmó Julius mientras le daba palmaditas en la espalda.

—No la enterraremos —insistió él.

—Entonces, ¿qué hacemos con ella? —preguntó Johann.

Todos guardaron silencio un momento, hasta que Julius dijo:

—Le fabricaremos un ataúd de cuarzo. Lo extraeremos de las minas y lo puliremos hasta que quede transparente como el cristal. Con asas de oro. Lo colocaremos bajo los abedules que tanto le gustaban. Las lluvias de primavera la bañarán. El sol de verano brillará sobre ella. Las hojas de otoño la besarán. La nieve la envolverá en su abrazo.

Schatzi asintió. Arno dijo que los ayudaría.

Y Will alzó la vista al cielo y apretó los puños.

Johann se dio cuenta y se acercó a él.

—La querías —dijo.

—Todavía la quiero.

—Y ¿ella te quería a ti?

—Era una princesa. Yo soy un arquero.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tengo que irme —dijo Will, brusco.

—¿Adónde? Quédate con nosotros. Al menos esta noche. Debes de estar muy cansado.

Will negó con la cabeza y respondió en voz baja.

—Tengo pájaros que cazar.

Contempló a la princesa muerta, los mechones de pelo mal cortado sobre la mejilla, las elegantes manos sobre el pecho, los preciosos labios tan carnosos y rojos. Todavía.

Después se despidió de los hermanos y de Arno con una inclinación de cabeza y se fue. Se fundió con las sombras del bosque con la misma celeridad y el mismo silencio que las criaturas que vivían en él.

Una brisa agitó las ramas de los pinos y las hizo suspirar.

Y la lluvia cayó con más fuerza, como si el Bosque Oscuro en sí estuviera sollozando.

SESENTA Y SIETE

Los hermanos trabajaron sin descanso durante dos noches y dos días para fabricar el ataúd de Sophie.

Cortaron enormes bloques de cuarzo de lo más profundo de sus minas, los pulieron hasta que quedaron claros como el agua, los ribetearon de oro y forraron el ataúd con la más suave de las sedas de araña. Después lo colocaron entre los abedules sobre unas andas de

madera tallada.

Acababan de meter dentro a Sophie para su último descanso.

Tupfen la había vestido con unos pantalones de suave piel de ciervo y una túnica de lino blanco, ambos cosidos por Schatzi. Todos se habían turnado para bordar la túnica con imágenes de cosas que le gustaban a Sophie: rosas, Zara, ciruelas y tarta Selva Negra. Le habían peinado el pelo, y un flequillo negro le acariciaba la frente. Todavía se le veía un tinte rosado en las mejillas.

—¿Cómo puede estar muerta? —se preguntó Schatzi mientras la miraba.

—Schatzi, lo está. Tienes que aceptarlo.

—Pero mírala. ¿Qué persona muerta tiene ese aspecto? Los muertos son pegajosos. Y se desmigajan.

—Ni que fueran tartas de café —comentó Julius.

—Creo que es la magia oscura del Rey de los Cuervos. No quería que la enterraran. Quería que la vieran, para que sirva de advertencia —dijo Arno, que se había quedado con los hermanos y los había ayudado a fabricar el ataúd.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué fue a recuperar su corazón? —preguntó Josef con la voz rota.

Jakob negó con la cabeza.

—Porque si no seguimos a nuestro corazón adonde nos lleve, morimos antes de que deje de latir.

Los hermanos, que estaban reunidos en semicírculo alrededor del ataúd, estaban tan tristes y llorosos que no vieron al niño que se les acercaba por detrás. No fueron conscientes de su presencia hasta que habló.

—Señores, por favor... ¿Podrían darme algo de comer?

Todos se volvieron para mirarlo. Era un niño pequeño, de no más de diez años.

—¿Quién eres, niño? —preguntó Jakob—. ¿De dónde vienes? —Se volvió hacia Weber y Tupfen—. Traedle un plato de comida, por favor. Y un vaso de leche.

Mientras los dos sirvientes se marchaban a toda prisa, el niño dijo:

—Me llamo Tom. Vivo en el bosque.

—El Bosque Oscuro no es lugar para un niño. ¿Dónde está tu casa?

—Hui de casa. Es un lugar muy cruel. El bosque es más seguro. Había oído decir que aquí vive gente amable, así que esperaba que pudieran darme algo de pan. No necesito mucho y no busco limosna. Trabajaré para pagarme la cena.

Tom hablaba como un hombre, procurando mantenerse bien erguido, pese a medir apenas metro veinte de estatura. Josef esbozó una mueca al mirarlo. Era un saquito de piel y huesos. Tenía la cara y las manos limpias (resultaba evidente que se las había lavado en un arroyo o un estanque), pero la ropa estaba mugrienta. Tenía el pelo apelmazado.

—¿Que trabajarás para pagarte la cena? —repitió Josef, que sacudía la cabeza—. Niño, ¡tienes suerte de no haberte convertido tú en la cena! En estos bosques hay osos. Y lobos.

—No son peores que el lugar del que vengo, señor.

Tom miró más allá de Josef, hacia el ataúd de cuarzo. El sol, que estaba alto en el cielo, se reflejaba en la piedra pulida e impedía ver el cuerpo del interior.

—Han perdido a alguien. Lo siento, señor. Yo también. Hace unos meses. Los adultos dicen que el tiempo cura todas las heridas, pero serán las de fuera, porque las de dentro no hacen más que crecer.

La mirada de Tom pasó del ataúd a las andas, y de allí al suelo que los rodeaba, cubierto de pétalos de rosa. Dio unos pasos torpes hacia el ataúd, con los ojos entornados. Todavía no distinguía a la persona que descansaba dentro, sobre su nido de seda de araña, pero veía lo que había debajo.

La pequeña sabuesa se había negado a abandonar el cadáver de Sophie. Estaba tumbada bajo las andas, con la cabeza entre las patas delanteras y los ojos cerrados, llorando su pérdida.

—¿Zara? —preguntó Tom, perplejo—. ¿Eres tú, chica?

Al oír la voz del niño, la perrita abrió los ojos y levantó la cabeza.

—¡Eres tú! ¡Estás viva! ¿Te acuerdas de mí?

Zara movió la cola, que rebotó contra el suelo.

—Sí que te acuerdas. —Mientras hablaba, una nube tapó el sol, y Tom vio quién estaba dentro del ataúd—. Esa... esa es mi amiga. ¡Es la princesa! Seguro que es ella, pero ¿cómo es posible? Se la llevaron los lobos. Eso dijo el cazador. —Se presionó la cabeza con la palma de la mano, desconcertado. Tenía lágrimas en los ojos—. Parece viva. Como si nunca me hubiera abandonado. —Se secó los ojos con la manga mugrienta—. Ojalá no lo hubiera hecho. Era mi única amiga. «Ten cuidado, Tom. Ve más despacio», me decía. Y siempre me hacía sentir mejor cuando los demás se reían de mí...

El niño dio unos cuantos pasos más hacia el ataúd de Sophie. Estaba cansado y hambriento, dolorido por las horrendas cicatrices de la espalda y se tambaleaba, como le ocurría a menudo. Se le enganchó

el pie en un penacho de hierba. Perdió el equilibrio y cayó de cabeza.

Sobre el ataúd de cuarzo.

SESENTA Y OCHO

Todo sucedió a la vez. El pesado ataúd tembló y se balanceó un poco. Zara salió corriendo de debajo con el rabo entre las piernas. Las andas de madera gruñeron. Jakob agarró a Tom y lo apartó del peligro justo cuando una grieta se abría en la madera. Un segundo después, las andas enteras se desplomaron, el ataúd se estrelló contra el suelo y se hizo añicos.

El cuerpo de Sophie yacía boca abajo entre los escombros.

Tom se quedó pálido.

—Lo siento —lloró, encogido—. Lo siento mucho. Soy muy torpe. Todo el mundo lo dice. Pero no quería hacerlo. No ha sido...

Josef vio que el pobre niño estaba aterrado, así que le puso una mano amable en el hombro.

—Tranquilo, Tom, no pasa nada. No te preocupes. Lo arreglaremos. Por favor, no...

—Josef. Por Dios bendito, Josef, ¡mira!

Era Schatzi el que había hablado. Estaba inmóvil como un árbol y señalaba el ataúd roto.

El cadáver que había yacido dentro unos segundos antes estaba tosiendo y boqueando. Rodó para colocarse de lado y escupió lo que parecía ser un trozo de manzana.

Después se sentó, miró a su alrededor con aire aturdido y dijo:

—¿Por qué está llorando todo el mundo?

SESENTA Y NUEVE

Sophie se levantó, algo inestable.

Schatzi se llevó las manos a la boca.

—Sophie, mi querida niña..., ¡estás viva!

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó ella con voz débil—. ¿Cómo...?

De repente sintió náuseas y mareo. Se balanceó sobre los pies y cerró los ojos con fuerza. Arno la tomó del brazo y la condujo a un banco de madera que los hermanos habían colocado cerca del ataúd. Al cabo de un momento, el ataque pasó y Sophie abrió de nuevo los ojos.

Era lo que esperaban los hermanos: corrieron todos hacia ella, la besaron en las mejillas y en lo alto de la cabeza y le cogieron las manos. Tupfen y Weber se les unieron.

—Te trajeron tus amigos, Arno y Will —le contó Julius—. ¿Recuerdas algo?

Sophie les habló de la granjera y la manzana. Y del hombre de los fríos ojos negros.

—Era él, el Rey de los Cuervos —dijo, y el recuerdo le provocó un escalofrío—. Me dijo que había acabado conmigo. —Dejó de hablar un momento e intentó rememorar sus últimos momentos en el mercado —. Pero no lo hizo. La manzana se me debió de atragantar. No me la tragué.

—Creo que eso es lo que te ha salvado —dijo Arno—. Te entró el veneno justo para ralentizar el corazón y sumirte en un sueño similar a la muerte, pero no el suficiente para matarte.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuve en Schadenburgo?

—Una semana..., creo —respondió Johann.

—No, ocho días —lo corrigió Arno.

—¿Qué? —exclamó ella, alarmada. Se levantó de un salto—. ¿Dónde están mis cosas? Mi mochila..., mi cantimplora...

—En la casa —dijo Johann—. Siéntate, Sophie. Todavía estás muy pálida.

Sophie negó con la cabeza.

—Las necesito. Y un poco de comida, si os sobra.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Jakob.

—Me voy al castillo del Rey de los Cuervos.

—¿Después de lo que ha pasado? ¿Estás loca?

—Tengo que hacerlo. Se me acaba el tiempo —respondió ella con voz de acero—. Solo queda una semana, puede que ni siquiera eso, para que el corazón se me pare. Y eso es lo que se tarda en llegar a Nimmermehr.

—Se puede hacer en seis días si te das prisa —dijo Arno—. Will y yo lo hicimos.

—Pero, Sophie, no tienes por qué ir —intervino Schatzi—. Jeremias y Joosts regresarán en cualquier momento con tu corazón.

—Han pasado varias semanas, Schatzi —respondió ella con toda la ternura que pudo—. Semanas. Les ha pasado algo. Debe de haberles pasado algo porque, si no, ya habrían vuelto. Si los encuentro de camino al castillo y puedo ayudarlos, lo haré.

Schatzi agachó la cabeza y tragó saliva.

—¿Dónde está Will? —preguntó Sophie mientras lo buscaba con la mirada.

—Se fue —contestó Arno—. Supongo que pensó que no tenía sentido quedarse estando tú muerta y tal.

El corazón de Sophie se lamentó con un ruidito triste que fue casi como un suspiro.

—¿Adónde fue? —preguntó—. ¿A casa, con Oma y Gretta?

—No estoy seguro. Dijo algo sobre cazar pájaros.

Sophie no lo comprendió.

—Eso no tiene sentido, Arno. Nunca caza pájaros. Le encantan.

Arno se encogió de hombros.

«Algún día regresaré a la casa de Oma —se dijo Sophie—, cuando tenga mi corazón y mi corona. Para darle las gracias. Y despedirme». No cambiaría nada entre ellos. Lo sabía. No serviría para que Will la quisiera como ella lo quería a él. Pero le debía un agradecimiento y necesitaba volver a verlo por última vez.

—Sophie —dijo Johann—. Si Jeremias y Joosts..., si de verdad los hemos perdido..., si no lograron vencer al Rey de los Cuervos..., ¿qué te hace pensar que tú podrás?

—Una niña enferma. Un niño ciego. Una anciana en una carretilla. Niños huérfanos. Un hombre con una ele grabada en la mejilla. Ellos me hacen pensar que podré —contestó Sophie, que miró primero a Johann y a sus hermanos, y después a Arno—. Sé lo que pretende el Rey de los Cuervos: llevarse todos los corazones, los corazones de todas las personas. Me lo dijo él mismo. Justo antes de que el veneno hiciera efecto. Pero no se lo permitiré. Os juro que no se lo permitiré.

Se le notaban un apremio y un empeño que antes no sentía. Los hermanos lo percibieron. Y también Arno.

Weber, que había desaparecido, regresó con dos sándwiches de schnitzel, una jarra de agua y dos vasos. Sophie bebió hasta saciarse y cogió un sándwich. Al darle un mordisco, vio que la araña se llevaba el otro y se lo entregaba a un niño que estaba algo alejado del grupo.

—Tom, ¿eres tú? —dijo, y esbozó una sonrisa de asombro.

Dejó el sándwich, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Era como abrazar un fardo de ramitas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al soltarlo.

—Hui hace semanas. Después... después de que la reina me mandara azotar.

—Lo siento mucho. Fue culpa mía.

—Salvasteis una vida, princesa Sophie. No sois culpable de nada.

—¿Estás ahí fuera tú solo desde entonces?

Tom asintió. Sophie, al darse cuenta de que el niño, por educación, no le hincaba el diente al sándwich, lo llevó hasta el banco y le dijo que comiera. Devoraron juntos los sándwiches.

Cuando terminaron, Sophie entró en la casa y recogió a toda prisa sus cosas. Arno también recogió las suyas. De ningún modo pensaba permitir que se fuera sola, según le dijo. Todavía tenía algunas joyas que usaría para comprar caballos en la primera granja que encontraran. Si cabalgaban, se ahorrarían varios días de viaje. Weber les empaquetó comida, y Sophie se despidió con besos de los hermanos. Ellos también deseaban acompañarla, pero la princesa no quería ni oír hablar del tema.

—Ahora sois mi familia. Necesito que estéis aquí cuando vuelva.

Después se volvió hacia Tom.

—Te dejo a Zara aquí. ¿Cuidarás de ella por mí?

—Sí, lo prometo.

A continuación, Sophie y Arno se alejaron a toda prisa por el camino. Los hermanos la miraban, preocupados.

—¡Adiós, princesa! —le gritó Tom.

—Sabía que no estaba muerta —dijo Schatzi mientras se secaba los ojos—. Sabía que no había muerto.

—Creo que sí lo hizo —repuso Johann.

—¿Que hizo qué? ¿Morir? —preguntó Julius.

Johann asintió.

—¿De qué estás hablando? —dijo Josef—. ¡Acaba de levantarse, comerse un sándwich de schnitzel y salir corriendo hacia el bosque!

Johann guardó silencio un momento. Se quedó junto a la puerta y observó a Sophie hacerse cada vez más pequeña hasta que se perdió de vista en el interior del Bosque Oscuro. Le pareció más alta. Más audaz. Imponente.

—En Schadenburgo murió la princesa —explicó con una sonrisita de orgullo—. Y nació una reina.

SETENTA

Sophie espoleó el caballo. Era un semental joven y fuerte. El mejor caballo que podía comprarse con el oro de un cementerio.

Arno le pisaba los talones con una yegua de mirada salvaje. Los caballos eran rápidos, así que habían logrado llegar a Nimmermehr en cuatro días. En aquel momento iban al galope; los cascos retumbaban entre la tupida arboleda y arrancaban terrones del suelo. Empezaba a anochecer. Sophie sabía que Arno y ella necesitaban llegar al castillo y después encontrar lo más rápido posible la entrada del túnel. Era imposible localizarlo a oscuras y no podían permitirse esperar hasta que amaneciera. Si eran correctos los cálculos que había hecho Johann cuando le contó a Sophie que su corazón era un mecanismo de relojería, le quedaban dos días antes de que se parara. Solo dos días para recuperar su corazón y encontrar a alguien con una magia lo bastante poderosa como para metérselo de nuevo en el cuerpo.

«Día arriba, día abajo», había añadido Johann a su estimación. Sophie rezaba por que el corazón que llevaba dentro le diera esos días en vez de robárselos.

El camino del bosque bajaba a través de un valle, recorría un terreno llano y después volvía a subir y se estrechaba hasta ser poco más que una vereda para animales. Sophie y Arno tuvieron que frenar y caminar cuando el terreno se volvió más escarpado y traicionero. Por fin alcanzaron la cima. La joven detuvo su caballo, y el corazón le latió ruidosamente cuando vio lo que esperaba más allá.

A lo lejos, al norte, se veía un castillo en un claro, rodeado por un profundo foso. Las piedras de sus altos muros eran de granito negro. Ardían antorchas en las murallas. Sobre ellas se alzaban unas torres tan afiladas y agresivas que parecían querer perforar el cielo y hacerlo sangrar.

Arno recorrió con la mirada el castillo, sus terrenos y el río que circulaba al oeste.

—Se supone que la entrada al túnel está cerca del río y protegida por el Bosque Oscuro, lo que es bueno. Podemos bajar esta colina, torcer al oeste y quedarnos en el bosque. No sería buena idea pisar el claro. —Señaló el castillo con la cabeza—. A saber quién está observando.

Sophie chascó la lengua para que su caballo emprendiera de nuevo

la marcha. Arno la siguió. Apenas habían dado diez pasos cuando lo oyeron: un violento estruendo, como cuando un árbol cae partido por un rayo. Después, unos golpes intensos y resonantes que hicieron temblar el suelo.

Sophie se volvió. Se le formó un nudo de miedo en el estómago. Una criatura recorría el sendero detrás de ellos. Era una pesadilla viviente. A pesar de ser grande y desgarbada, corría deprisa a cuatro patas. El nudo de miedo se le tensó aún más cuando Sophie vio que la criatura estaba hecha de ramas, las más pequeñas y rotas a modo de dientes, y que tenía unos pozos negros vacíos en vez de ojos. Se detuvo a medio camino, olisqueó el aire y rugió. Un coro de rugidos respondió a su llamada.

—Arno, ¿qué es eso? —susurró Sophie mientras apretaba las riendas. Su caballo también había oído los rugidos y se movía inquieto bajo ella.

—Un waldwicht —respondió él, seco—. Y viene con sus amigos. No pueden salir del bosque. Cabalga hacia el claro, Sophie.

—Pero... nos van a ver los guardias del castillo.

—No tenemos elección. ¡Corre!

Sophie espoleó el caballo con ambos talones, y el animal salió al galope colina abajo, con las orejas contra el cráneo.

Arno, con la espada desenvainada, la seguía tan de cerca que la princesa olía el aliento de su montura.

—¡Más deprisa! —gritó el hombre.

Sophie espoleó de nuevo el caballo. La criatura volaba, pero seguía sin ser lo bastante rápida. Oyó otro estruendo de madera. El waldwicht ganaba terreno. Entonces, sin previo aviso, los alcanzó: estaba justo detrás de Arno, intentando destrozar con sus letales garras las patas del caballo para derribarlo. Arno tiró de las riendas para frenar. El caballo se encabritó y se giró sobre las patas traseras justo cuando el waldwicht atacaba.

El movimiento salvó al animal. Y a Arno. Las afiladas ramas de las zarpas del waldwicht solo rasgaron el aire. Arno alzó la espada, la dejó caer sobre el cuello de la criatura y le cortó la horrible cabeza. Después giró su caballo y lo espoleó para que fuera al galope, puesto que había más monstruos justo detrás del muerto.

Todavía con la espada en alto, Arno galopó sendero abajo detrás de Sophie. Unos segundos después salieron de los árboles y entraron a toda velocidad en el claro. Detrás de ellos se oía el eco de los rugidos de ira. Sophie miró atrás y vio a una docena de aquellas criaturas

ventilando su furia en la linde del bosque: rompían ramas de los árboles, pataleaban y golpeaban el suelo con los puños.

—Ha faltado poco —dijo Arno al frenar los caballos para que fueran a medio galope.

—Gracias —repuso ella entre jadeos—. Nos has salvado a ambos.

Se estremeció al pensar en lo mucho que se habían acercado los monstruos y en lo que les habrían hecho con sus terribles garras.

—Por ahora. Vamos, aquí somos blancos fáciles. Tenemos que acercarnos a la linde del bosque. Creo que hemos perdido a los waldwichts.

Sophie echó un último vistazo atrás. Al hacerlo pensó en Jeremias y en Joosts. ¿Se habrían encontrado con los monstruos? ¿Habrían logrado escapar? ¿O aquellos espantosos ojos vacíos eran lo último que habían visto?

Arno dirigió su caballo a la izquierda. Sophie lo siguió, y ambos se agacharon bajo el dosel de los árboles. En cuanto estuvieron ocultos, frenaron el ritmo. Los animales tenían la piel cubierta de sudor y echaban espuma por la boca.

—Tenemos que llevarlos hasta el río para que beban —dijo Arno.

—¿Está lejos? —preguntó ella, que se había desorientado durante la aterradora huida.

—No debería, si no me falla la memoria.

Sophie se permitió un suspiro de alivio.

—Bien. Puede que ya haya pasado lo peor.

—¿Lo peor? —Arno soltó una carcajada falsa—. Chica, esto acaba de empezar.

SETENTA Y UNO

Sophie arrastraba los pies a través de la tupida maleza y apartaba ramas con una mano mientras conducía al caballo con la otra.

Las agoreras predicciones de Arno la habían puesto nerviosa. Con cada paso que daba, esperaba oír un rugido que helaba la sangre o ver a alguna criatura horrorosa cargar contra ella, pero no pensaba dar marcha atrás por mucho miedo que tuviera. Había llegado muy lejos y estaba decidida a hacer todo lo que fuera necesario para recuperar su

corazón.

Arno estaba seguro de que tanto el túnel como el río se encontraban cerca, aunque no había sido capaz de encontrar ninguna de las dos cosas, así que decidieron dividirse para buscar. Si uno de ellos encontraba algo, llamaría al otro como un cuervo. Si no, se reunirían junto a un canto rodado gris al cabo de media hora. Ya casi era de noche; pronto se quedarían sin luz diurna.

Frustrada con las enredaderas colgantes y las ramas que la arañaban y golpeaban, Sophie dejó de abrirse camino durante un momento y se quedó quieta para intentar orientarse de nuevo. ¿Iba hacia el oeste o hacia el norte? ¿Dónde estaba el sol poniente? Y ¿qué era ese ruido? ¿Era el borboteo del agua sobre las rocas, lo que significaba que se acercaba al río, o era otra cosa?

Al mirar a su alrededor, el ruido se intensificó. No era borboteo; era un crujido, como si algo se arrastrara sobre las hojas secas. Se detuvo. Y también lo hizo el ruido. Entonces empezó de nuevo, más cerca.

Sophie recordaba las serpientes que le habían clavado los colmillos y el escorpión que la había picado sin piedad, así que sacó la daga.

La sostuvo delante de ella y pateó las hojas, dispuesta a enfrentarse a lo que se ocultaba en ellas antes de que la atacara. Se rio, algo avergonzada, cuando vio que no había nada salvo una enredadera con unas largas espinas en curva y un extremo rizado.

«Zarza negra», pensó. Y ¿el ruido que había oído? «Seguro que no es más que un ratón». Pero seguía inquieta.

—¿Arno? Arno, ¿estás ahí? —lo llamó en voz baja mientras miraba a su alrededor.

No hubo respuesta.

Respiró hondo, despacio, para calmar los nervios.

—Vamos, chico —dijo, y se giró para seguir guiando al caballo, decidida a encontrar el río.

Sin embargo, cuando intentó andar, vio que se le había enganchado el pie izquierdo.

Al mirar abajo, vio que la enredadera negra le había rodeado el tobillo. Intentó liberarse, pero, al hacerlo, se le apretó más. Las afiladas espinas le atravesaron el cuero de la bota y se le clavaron en la piel.

Con una mueca, se enrolló rápidamente las riendas del caballo en el brazo libre, se agachó y cortó la enredadera con la daga. El trozo cayó al suelo y se retorció como un tentáculo. Un escalofrío le recorrió

la espalda. Al enderezarse, oyó de nuevo el crujido. Tiró de las riendas del caballo para intentar alejarlo a toda prisa de las enredaderas, pero era imposible. Los cercaban por todas partes, arrastrándose por el suelo o subiendo por los troncos de los árboles y deslizándose por las ramas. Las espinas relucían como obsidiana. Flores negruzcas se abrían a lo largo de su superficie. Al hacerlo, despedían especiados aromas a mirra y casia. Sophie estaba asustada y el corazón se le aceleró, pero aquel olor fuerte e intenso tuvo un efecto calmante en ella. En vez de intentar escapar, permaneció inmóvil.

Las flores oscuras eran tan bellas que resultaban hipnóticas, pero eran sus voces las que la paralizaban. Las rosas susurraban. Hablaban en tono grave, sedoso y extraño, aunque sus palabras le resultaban muy familiares.

—No eres más que una muchacha...

—No puedes vencer al Rey de los Cuervos...

—¿Para qué vas a intentarlo? Si sabes que fracasarás...

—Aquí hay huesos por todas partes... Pertenecían a guerreros y reyes... Tú no tienes ninguna posibilidad.

Sophie sacudió la cabeza para luchar contra el olor sedante y las palabras que intentaban debilitarla.

«Muévete. Ahora —se dijo—. Adelante».

Pero no podía. Las palabras le robaban la voluntad; frenaban el ruidoso golpeteo de su corazón. Era como un ratón hipnotizado por una cobra. Dejaría que las enredaderas la rodearan. Que la cubrieran y la estrangularan. No tenía sentido luchar, no tenía sentido negar la verdad.

El relincho agudo y asustado de su caballo la sacó de su trance, y la coz en el trasero la dejó despatarrada en el suelo. El animal pisoteaba el suelo y se retorcía para intentar librarse de las plantas que le rodeaban las patas.

Sophie se puso de pie y se sacudió las enredaderas que le rodeaban la muñeca. Después cortó las que le sujetaban las pantorrillas y se arrancó la que le subía por la espalda. El aroma que la había seducido unos momentos antes de repente le revolvía el estómago. Con un grito de enfado, aplastó con los pies las flores y se volvió hacia su caballo. El semental tenía los ojos desorbitados, relinchaba, corcoveaba y coceaba. Sophie sabía que podía matarla si le acertaba en la cabeza con un casco.

—Chist... Tranquilo, chico... Tranquilo —le susurró.

Cortó la enredadera que le sujetaba una de las patas delanteras,

aunque procurando mantener la distancia. Después agarró otra que le subía por una de las traseras y la tiró lejos. En cuanto lo liberó, el caballo giró en redondo en busca de una forma de salir de la maleza. Arrastró a Sophie con él. La joven tropezó y cayó, y acabó arrastrada por el suelo. Apenas lograba sujetar las riendas.

Una de las plantas la siguió mientras sus rosas susurraban:

—Arno está muerto... Los cuervos le han sacado los ojos... Es todo por tu culpa, niña inútil...

Por fin, Sophie logró apoyar los pies, tirar de la cabeza del caballo hacia ella y conducirlo hacia delante.

Entonces fue cuando vio a los dos hombres.

La zarza negra los había atado al tronco de un árbol y los había inmovilizado. En las enredaderas florecían descuidadas rosas negras.

—Rendíos. Dejadlo... Habéis fracasado —decían.

Con la luz del crepúsculo, Sophie apenas distinguía las formas de aquellos cuerpos envueltos en plantas. Vio un destello de lino azul, una gorra roja. Las espinas habían destrozado la ropa de los hombres y les habían atravesado la piel. Tenían los ojos cerrados, y el rostro, demacrado y gris.

Pero los reconoció de todos modos.

—¡Jeremias! —gritó—. ¡Joosts!

SETENTA Y DOS

Sophie soltó las riendas y atacó.

Como si estuviera poseída, cortó, apuñaló y rajó la zarza negra. Arrancó las flores de las ramas y las pisoteó sin prestar atención a sus feos chillidos.

—¡Joosts! ¡Jeremias! ¿Estáis bien? —los llamó mientras luchaba por abrirse paso hasta ellos. Sin embargo, los hermanos no contestaban—. Por favor, que no estén muertos. Por favor, por favor, por favor...

Siguió con su batalla; después de cortarlas, arrancó con las manos gruesos pedazos de las plantas vivas que rodeaban a los hermanos.

Oyó que Jeremias cogía aire cuando le quitó la zarza negra del pecho. Abrió poco a poco los ojos; no enfocaba la mirada. Al principio no la reconoció.

—Jeremias, soy yo... ¡Soy Sophie!

Jeremias por fin la encontró con la mirada.

—¿Sophie? —repitió con la voz ronca como una bisagra oxidada.

—¡Sí, sí! —respondió ella con un sonido entre risa y sollozo—. Os voy a sacar de aquí.

—Agua...

Sophie miró a su alrededor con desesperación en busca del caballo, ya que la cantimplora estaba en una alforja, pero el animal había huido.

—Hay un río cerca —le dijo—. Aunque no sé muy bien dónde está.

—Yo lo sé...

—¿Puedes llegar andando?

Asintió.

—Joosts...

—Está aquí mismo —dijo Sophie.

Jeremias logró ponerse de pie. Se alejó unos cuantos pasos del árbol. Joosts estaba en peores condiciones. Movía los párpados, pero no abría los ojos. Su cuerpo cayó al suelo en cuanto Sophie arrancó la última zarza negra. Juntos, Jeremias y ella lo levantaron y lo llevaron medio a rastras por el bosque.

—¿Qué sucedió? —preguntó Sophie a la vez que Jeremias preguntaba:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Antes de que ninguno pudiera responder, oyeron una voz.

—¿Sophie? —la llamaba en voz baja—. Sophie, ¿estás ahí?

—¿Arno? —respondió ella, sin atreverse a gritar demasiado—. ¿Dónde estás?

Era un alivio enorme oír su voz. Temía que las rosas susurrantes también lo hubieran atrapado.

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Sophie le explicó a Jeremias que Arno era su amigo. Siguieron el sonido de su voz. Al acercarse, oyeron el borboteo del agua. Tras un último esfuerzo, salieron de la maleza y se encontraron en la orilla de un río estrecho. Arno estaba a pocos metros, junto a un árbol, atando el caballo de Sophie a una rama baja mientras intentaba calmarlo.

—Lo he encontrado junto al agua, bebiendo sin parar —dijo Arno cuando terminó de atar el caballo.

Después se volvió y vio a los dos hombres que acompañaban a Sophie. Joosts todavía no estaba consciente del todo. La cabeza se le caía hacia los lados. Sophie y Jeremias lo ayudaron a llegar a la orilla, lo sentaron, y Jeremias recogió agua con las manos y la dejó caer poco a poco en la boca de su hermano.

Joosts abrió los ojos. Tragó, tosió y se echó hacia delante. Apoyado en una mano, usó la otra para recoger más agua.

—Ve despacio —le advirtió Jeremias mientras hacía lo mismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Arno al llegar junto a ellos.

Mientras Sophie se lo explicaba, Joosts sumergió la cabeza entera en el río, la sacó y la sacudió. Abrió mucho los ojos y pidió comida.

Sophie y Arno corrieron a buscar en sus alforjas y les dieron todo lo que tenían a los hermanos. Mientras lo devoraban, Sophie le explicó a Arno que había escapado por los pelos de la zarza negra y que después había encontrado a Jeremias y a Joosts. Se lavaba las manos en el río mientras hablaba, para limpiarse la sangre allí donde se le habían clavado las espinas.

—No eran zarzas negras normales, sino rosas Herzmord. También lo intentaron conmigo.

—Pero no tienes cortes.

—Me puse a silbar música de polca. Es como veneno para ellas. La próxima vez que intenten atraparte, haz lo mismo. Las rosas Herzmord odian la polca.

—Ojalá lo hubiéramos sabido —dijo Jeremias—. Nos atraparon antes de que pudiéramos reaccionar. Intentamos quitárnoslas de encima, pero había demasiadas.

—¿Cuánto tiempo llevabais así? —preguntó Sophie al levantarse.

—He perdido la cuenta. ¿Días? ¿Una semana? ¿Más?

El corazón de Sophie dejó escapar un ruido metálico; le dolía pensar en los dos hermanos atados de forma tan cruel y sufriendo de ese modo durante tanto tiempo.

—¿Cómo es posible que sigáis vivos?

—Por suerte, ha llovido unas cuantas veces, así que pudimos recoger un poco de agua abriendo la boca. De lo contrario, no habríamos sobrevivido. —Tragó otro bocado de comida y planteó sus propias preguntas—. ¿Qué estás haciendo aquí, Sophie? ¿Por qué no estás en casa, en la Hondonada? —Señaló a Arno con la cabeza—. ¿Quién es ese?

—Arno es mi amigo. Estamos intentando encontrar el túnel que lleva a Nimmermehr para recuperar mi corazón.

Jeremias negó con la cabeza.

—No puedes, es demasiado peligroso. Iremos nosotros —dijo.

Empezó a levantarse, pero las piernas le temblaban tanto que tuvo que sentarse de nuevo.

—Puedo hacerlo y lo haré. Las cosas han cambiado desde que os fuisteis de la Hondonada. Yo he cambiado.

Jeremias la recorrió con la mirada, se fijó en la túnica y los pantalones, en el pelo corto, en las cicatrices de las serpientes y el escorpión. Después de tantos días caminando, tenía brazos y piernas musculosos y enjutos. La luz del sol le había bronceado la piel. Sin embargo, los cambios más llamativos eran la firmeza de la mandíbula y la seguridad que le iluminaba los ojos.

—Sí, ya lo veo —dijo al fin.

—Nosotros encontramos el túnel —intervino Joosts. La comida y el agua le habían devuelto un poco de vida—. Estábamos a punto de entrar cuando las enredaderas nos persiguieron. No queda lejos. A unos veinte pasos al sur del árbol donde nos has encontrado. Vete. Deprisa. Ya casi es de noche.

Sophie y Arno se pusieron en camino. Sophie lo dirigió hasta el lugar en que había encontrado a los hermanos. Una vez localizado el árbol, Arno se orientó hacia el sur, contó veinte pasos y se encontró frente a la entrada del túnel.

No era más que una abertura entre dos rocas, de unos cuarenta y

cinco centímetros de ancho, cubierta de telarañas. Una sima de terror se abrió en el pecho de Sophie al mirarlo. A saber lo que los esperaba en aquella oscuridad...

Arno preparó a toda prisa dos antorchas con ramas verdes que arrancó de un árbol, ramitas secas y piñas pegajosas de pino tea. Encendió las antorchas con un pedernal, un afilador y un trozo de tela de carbón, material que llevaba guardado dentro de una latita en el bolsillo de la chaqueta.

Sophie quitó las telarañas y se atrevió a entrar. El aire rancio estaba cargado de humedad. Del techo colgaban finos dedos de musgo. El agua chorreaba por las paredes y se encharcaba en el suelo. Milpiés negros, relucientes y gordos, escarabajos de color verde brillante y larguiruchas arañas blancas huían de la luz de las antorchas. Antes de que Sophie y Arno hubieran recorrido cincuenta metros, tuvieron que pasar por encima de los huesos de un esqueleto que estaba apoyado en la pared. La joven sujetó con fuerza la antorcha. Cuando los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, vio unos túneles más pequeños que partían del primero. El suelo se inclinaba cada vez más. El agua fría y turbia les subió hasta los tobillos.

—Esto está muy silencioso —dijo ella cuando el túnel ascendió de nuevo y el agua desapareció.

—Por el momento. Me sorprendería que lográsemos atravesarlo entero sin encontrarnos con un par de makabers. Puede que también con un trol.

El túnel se desviaba bruscamente hacia la izquierda y, al tomar la curva, vieron que se había hundido parte de una de las paredes. Había piedras y tierra amontonadas en el suelo. Por suerte, los escombros no bloqueaban del todo el camino: en la parte superior, se veía una abertura de unos sesenta centímetros.

Arno se detuvo, se apoyó una mano en la cadera y observó la abertura.

—Podemos meternos por ahí.

Sophie fue la primera. Trepó con precaución, con cuidado de no dejar caer la antorcha. Temía que las piedras se desprendieran en cualquier momento, pero aguantaron. Justo cuando se metía por la abertura, oyó jadear a Arno.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y se volvió para mirarlo.

Arno miraba túnel abajo, por donde habían venido. No parecía asustado, sino que, de hecho, sonreía.

—¿Arno? ¿Qué pasa?

La sonrisa del hombre se ensanchó. Se alejó unos pasos de ella.

—¿Matti? —preguntó, maravillado—. Matti, ¿eres tú?

A Sophie se le puso de punta el vello de la nuca. Matti era el nombre del hijo muerto de Arno.

—Mi niño... Mi niño precioso —dijo Arno—. Te he echado tanto de menos...

—¿Arno? —preguntó Sophie, vacilante, mientras bajaba de los escombros.

Miró hacia la oscuridad con la esperanza de ver lo que él veía, pero no había nada.

Arno se arrodilló. Estiró los brazos frente a él.

—Ven, Matti —dijo con la voz rota—. Ven a darle un abrazo a papá...

—¡Para, Arno! Me estás asustando.

—¿Matti? ¡No, Matti! ¡No corras! ¡Te vas a perder aquí abajo! —gritó Arno.

La felicidad había desaparecido de su voz, sustituida por el miedo.

Sophie intentó cogerlo, sacudirlo y sacarlo del extraño trance en el que se había sumido. Al hacerlo, notó que le caía algo en el hombro, algo húmedo y frío. Dejó escapar un chillido y se lo sacudió. La cosa cayó al suelo con un chapoteo húmedo. «¿De dónde ha salido?», se preguntó. Alzó la antorcha y levantó la vista.

Colgadas del techo, como una colonia de murciélagos, había cientos de criaturas pequeñas y temblorosas de no más de veinte centímetros de altura. Sus cuerpos finos y gelatinosos eran translúcidos. A través de la piel gris, Sophie les veía las venas y el corazón amarillo. Tenían los ojos grandes y pálidos, y los labios fruncidos. Se agarraban al techo con una especie de ventosas que les salían de los largos dedos de las manos y los pies.

A Sophie se le revolvió el estómago. Sabía lo que eran aquellas criaturas.

—Wunschfetzens —susurró.

Arno le había hablado de ellas. Metían los dedos en las orejas de sus víctimas, les sacaban los recuerdos y las engañaban para que pensaran que veían a alguien que no estaba allí, a alguien a quien querían y echaban de menos. Algunas de las criaturas irguieron el cuerpo, dispuestas a saltar, pero Sophie les acercó la antorcha y salieron correteando por el techo, entre chillidos.

—¡Arno, es una ilusión! —gritó mientras intentaba cogerlo—.

¡Matti no está ahí!

Pero solo tocó aire.

Arno también se había ido.

SETENTA Y TRES

Sophie corrió.

—¡Arno! ¡Arno, espera! —gritó mientras lo seguía por donde habían venido.

Pero Arno, desesperado por alcanzar a su hijo, corría muy deprisa, y Sophie no era capaz de seguirle el ritmo. Se metió por un túnel lateral y después por otros dos.

—Izquierda, izquierda, derecha —dijo ella en voz alta como si fuera un cántico, una plegaria, mientras lo perseguía, e iba añadiendo una dirección cada vez que tomaba otro túnel para poder recordar el camino de vuelta.

Había más agua estancada en los túneles estrechos. Criaturas que correteaban por el suelo y se le agarraban a los tobillos al caminar por ella. Las apartaba a patadas sin mirarlas. Mantenía la vista fija en la luz de la antorcha de Arno, aunque se movía tan deprisa que cada vez era más débil.

Arno dobló una esquina y después otra. A Sophie se le enganchó el pie en algo y tropezó. En su frenético intento por evitar que la antorcha se le cayera al suelo mojado y se apagase, aterrizó sobre una rodilla. Notó un intenso dolor en la pierna y tuvo que frenar.

—Arno, para... Por favor... —gritó mientras se ponía de pie.

Los pasos se perdieron en la oscuridad. La luz de su antorcha se apagó.

Había desaparecido, y Sophie estaba sola. Tenía la respiración acelerada. La oía rebotar en las paredes del túnel, rápida y superficial. El corazón la urgía a seguir adelante, a salvar a su amigo. Miró su antorcha. Las llamas no estaban tan altas como antes. Pronto se apagarían. Sabía que no podía estar allí abajo cuando eso ocurriera si no quería convertirse en otro esqueleto contra la pared. Porque entonces, ¿quién lucharía por su gente?

—Lo siento, Arno. Perdóname, por favor, por favor —susurró a la

oscuridad.

Después dio media vuelta; las lágrimas le caían por las mejillas.

SETENTA Y CUATRO

—Izquierda, derecha, derecha...

Sophie recitaba las direcciones al revés para intentar regresar al túnel principal.

Cuando doblaba una esquina, se detenía a dibujar una flecha en la tierra para señalar la salida, por si Arno recuperaba el sentido común e intentaba volver sobre sus pasos.

Quería detenerse, sentarse en el suelo y llorar por su amigo perdido, pero se obligó a seguir adelante. Ya se lamentaría después por la suerte de Arno: la pena era un lujo que no podía permitirse en esos momentos.

—Izquierda, izquierda, derecha... —dijo mientras rezaba por estar recordando los giros en el orden correcto.

Al acercarse a otra bifurcación, de repente le falló la memoria. No recordaba por dónde había venido. Procuró no dejarse llevar por el pánico, se detuvo y movió la antorcha hacia la izquierda. Su resplandor, cada vez más débil, iluminó otro interminable túnel que se adentraba en la oscuridad. Después movió la antorcha hacia la derecha.

Lo que sucedió a continuación le arrancó un grito.

Un rostro pálido y sin ojos, enmarcado en una melena blanca, surgió de la oscuridad y le gruñó. Atravesó el aire con sus sucias garras con la intención de atacar a Sophie, pero falló y regresó corriendo al túnel, donde se agachó encima de algo.

Sophie vio que se trataba de un cadáver y que la criatura le estaba robando los pies para metérselos en el bolsillo.

—Un makaber —susurró.

Arno le había contado que los makabers eran muy posesivos con los cadáveres que encontraban y que luchaban contra cualquiera que intentara llevárselos. La criatura tenía un aspecto repugnante, con la ropa desgarrada y la carne hecha jirones, pero parecía demasiado obsesionada con su trofeo como para perseguirla.

—Puaj —dijo la joven, asqueada.

Al menos, ahora sabía por qué túnel seguir, porque antes, cuando perseguía a Arno, no había pasado junto al makaber ni había visto el cadáver que robaba, lo que significaba que había llegado por el túnel de la izquierda. Se metió en él a toda prisa y, al cabo de otros dos giros más, se encontró en el pasadizo principal. Unos minutos después estaba de vuelta en el lugar de la pared derruida. Se metió por la abertura que daba al otro lado procurando no perder la antorcha.

Al seguir con su camino, se percató de que el túnel empezaba a subir. Esperaba con toda su alma que fuera porque llegaba al final, ya que la antorcha empezaba a chisporrotear. Unos minutos después, su esperanza se vio recompensada: el pasadizo daba a unos escalones cubiertos de musgo y esculpidos en la roca. Los subió con cuidado y llegó a una puerta de madera. Era vieja, llena de agujeros de gusano y tan cubierta de musgo como los escalones. Tanto el enorme pomo de hierro como las bisagras estaban oxidados.

—Debe de dar al castillo, seguro —razonó—. Por favor, que no esté cerrada con llave. Por favor —añadió mientras probaba el pomo.

Pero lo estaba.

—No —susurró, consternada.

Apoyó la espalda en la puerta. ¿Había llegado tan lejos para nada?

—No —repitió, esta vez más alto, y golpeó la madera blanda y esponjosa con la cabeza. Pensó en el rey pálido y poderoso, intocable en su castillo. Pensó en su madrastra sentenciando a Tom a diez latigazos. En el capitán Krause y sus hombres prendiéndole fuego a San Sebastián. Y, mientras lo hacía, su desesperación se transformó en algo más oscuro y letal—. No —gruñó, enfadada—. ¡¡No no no no!!

Temblando de ira, Sophie le dio una patada a la puerta. Y otra y otra, y otra, cada vez más fuerte. Chillando. Gritando. Vociferando. Al Rey de los Cuervos. A su madrastra. A Haakon y a Krause. Y entonces, de repente, paró. Porque el pie había atravesado la madera podrida.

Abrió mucho los ojos. Le dio otra patada a la puerta, y la mitad inferior se hizo pedazos. Se puso a cuatro patas y se metió por el agujero sin dejar de proteger la antorcha, y salió a una bodega abovedada y cavernosa.

Apiladas en hileras en el centro de la habitación, había enormes barricas de roble llenas de vino. Toneles de brandy en las paredes. La antorcha moribunda de Sophie proyectaba la luz suficiente para ver una escalera al otro extremo de la habitación. Llegó hasta allí en un segundo y, justo antes de subir el último escalón, las llamas se

apagaron definitivamente. Tiró la antorcha y se guio con las manos durante el resto del camino. Encontró la puerta y aferró el pomo con los dedos. ¿Estaría cerrada también? Lo giró, y la puerta se abrió con un chirrido de bisagras.

El corazón de Sophie marcaba un ritmo de *staccato*. Reunió valor y entró en Nimmermehr.

SETENTA Y CINCO

Cisnes muertos colgados en ganchos de plata pendían del techo. En el suelo había una cesta llena de relucientes anguilas negras. Un ciervo muerto yacía sobre una mesa de madera.

Sophie había salido de la bodega y ahora se encontraba en una despensa. Recorrió con cautela la habitación y se asomó por la puerta para ver si había cocineros o criados, pero no vio a nadie. No tenía ni idea de dónde guardaba los corazones robados el Rey de los Cuervos, pero dudaba que fuera en la despensa. Salió de allí con movimientos pausados y silenciosos como los de un gato. Los ojos muertos del ciervo la siguieron.

Un pasillo en penumbra la condujo a una cocina enorme. Procurando permanecer entre las sombras, se asomó al umbral, pero, curiosamente, la cocina también estaba vacía.

Entró en ella con precaución, lista para salir corriendo si aparecía alguien. Había ollas al fuego de una gran cocina de hierro. El cuerpo de un jabalí se asaba sobre brasas encendidas en un espetón giratorio. Su feroz cabeza, colmillos incluidos, estaba sobre una bandeja, en una mesa de trabajo que ocupaba la mitad de la cocina a lo largo.

Al parecer, alguien estaba preparando la cena. Había quesos dispuestos en tablas; algunos tenían la corteza negra como el carbón, mientras que a otros se les veía un moho verde peludo. Las cestas estaban llenas de hongos de color morado oscuro, verde brillante o moteados de amarillo. Una preciosa carlota rusa se erguía sobre un soporte. Sophie tardó un momento en darse cuenta de que los bizcochos del borde eran, en realidad, dedos con las uñas pintadas de rojo carmesí y los anillos todavía puestos.

Estremecida, llegó hasta la puerta del otro lado de la cocina. Al

desaparecer tras ella, la cabeza del jabalí dejó escapar un potente bufido. Una docena de criaturas aterradoras salieron de detrás de las carboneras, de debajo de la mesa y de los enormes fregaderos de piedra.

Alcanzaban el metro ochenta de estatura, eran barrigudas, tenían los hombros redondos, los ojos oscuros, los brazos y piernas larguiruchos, y la piel tan verrugosa y moteada como la de un sapo. Llevaban túnicas negras que les cubrían hasta las rodillas.

De haber estado allí, Arno los habría reconocido: eran kobolds, una de las especies más crueles dentro de los goblins. Sonrieron cuando Sophie salió de la habitación, y dejaron al descubierto unos dientes finos como agujas. Un brillo cruel les iluminaba los ojos.

Sophie vio una escalera de caracol y subió por ella a toda prisa. Se encontraba en los dominios de un hombre peligroso y no sabía adónde la llevaría. No tenía ni idea de por dónde empezar a buscar su corazón. Lo único que sabía era que tenía por delante una tarea imposible y que la única forma de llevarla a cabo era empezarla.

La escalera desembocaba en el extremo de un largo pasillo con paredes de ébano. Lo recorrió procurando ser más silenciosa que un ratón y llegó a la sala de trofeos del castillo. Tenía abiertas las altas puertas de madera. Despacio, con precaución, entró en el cuarto y miró a su alrededor. Las paredes estaban tachonadas de cabezas de ciervos y alces de ojos vidriosos. Varios depredadores, embalsamados y colocados como si estuvieran agachados o listos para atacar, la miraban desde ramas de árboles y troncos.

Abrió puertas de armarios y registró estanterías. Levantó la tapa de un escritorio y rebuscó en él. Justo cuando la bajaba de nuevo, se le resbaló y cayó con estrépito: un zorro muerto había aterrizado encima y le gruñía.

Sophie ahogó un grito y retrocedió. Detrás de ella oyó otro gruñido gutural. Al volverse vio un lobo negro que se le acercaba con la cabeza gacha, enseñando los dientes. Algo chilló al otro lado de la habitación: una pantera había saltado sobre la repisa de la chimenea, lista para atacar.

El terror impulsó a Sophie como si fuera una flecha en un arco. Salió disparada hacia las puertas y, una fracción de segundo después, la pantera aterrizó justo donde había estado ella. El enorme felino intentó afianzar bien las patas en el liso suelo de madera, pero resbaló y se estrelló contra el escritorio. El lobo adelantó a la pantera y ganó terreno. Cuando Sophie consiguió llegar a las puertas, las agarró y las

cerró al salir.

Jadeando de miedo, retrocedió un paso y después otro. Dio un respingo cuando algo golpeó con fuerza las puertas. Después oyó arañazos furiosos en la madera y más gruñidos.

«¿Aguantarán las puertas?», se preguntó, y después decidió no esperar a descubrirlo. Echó a correr por el pasillo a oscuras y llegó a otro umbral. Frenó justo delante y miró dentro.

La habitación era una armería. Colgaban pendones del techo. Picas y alabardas cruzadas decoraban las paredes. En el centro de la habitación se veían unas armaduras colocadas en fila, como centinelas silenciosos. Sophie entró corriendo, cerró las puertas y se apoyó en ellas con los ojos cerrados mientras intentaba recuperar el aliento.

Había hecho mucho ruido. Alguien, ya fuera el Rey de los Cuervos o alguno de sus criados, tenía que haberla oído. Se quedó inmóvil durante varios segundos, escuchando con los nervios de punta. Sin embargo, solo oyó el latido de su corazón; ni voces ni pasos.

—En marcha —se dijo.

Al fondo de la habitación había docenas de baúles de madera, así que decidió registrarlos. En el primero encontró guantes de cuero. En el segundo, cofias de malla. El tercero estaba lleno de carcajes. En ninguno de ellos había un corazón dentro de una caja de cristal.

—¿Dónde está? —preguntó en voz alta, cada vez más desesperada.

En cuanto las palabras le brotaron de los labios, oyó un roce metálico. Uno a uno, los cascos de las armaduras se volvieron hacia ella. Tras las viseras ciegas, la oscuridad parecía percibirla. Los dedos cubiertos de metal se flexionaron hasta cerrarse en puños. Las piernas cubiertas de metal se despegaron del suelo y volvieron a bajar.

Las armaduras cobraban vida poco a poco. Sophie dejó escapar un grito ahogado y se abrió paso entre ellas para huir de allí. Una mano cubierta por una malla metálica hendió el aire, le acertó en la espalda y la tiró al suelo. Sophie cayó y se apartó rodando cuando el pie de otra armadura intentó aplastarle la cabeza. La princesa se alejó a cuatro patas, esquivó más golpes y logró llegar a las puertas. Se puso de pie justo cuando una alabarda bajaba de la pared y le rozaba la espalda; aunque le cortó la túnica, no llegó a tocarle la piel. Sophie cruzó el umbral, agarró las puertas y las cerró.

Detrás de ellas se oía un tremendo estruendo metálico. Se pegó a la pared de enfrente. Se imaginaba una armadura que tropezaba y las demás que iban cayendo encima una a una hasta quedar apiladas unas sobre otras. Al menos, esperaba que eso fuera lo que sucedía, porque

así no podrían salir.

Temblando, siguió su recorrido por el pasillo. Su búsqueda la llevó hasta un pequeño teatro en el que unas marionetas de ojos pintados giraron la cabeza y la persiguieron con movimientos espasmódicos tirando de sus cuerdas y sus varillas.

Entró dando tumbos en una sala de estar con las paredes empapeladas, muebles oscuros y cortinas de terciopelo; en una sala de música; y en una biblioteca con miles de tomos encuadernados en cuero. No encontró más perseguidores en esas habitaciones, pero tampoco lo que buscaba.

Exhausta, se sentó en un banco de cuero capitoné y apoyó la cabeza en las manos.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi corazón? —susurró. Recordó los cadáveres que había visto en el Bosque Oscuro la primera vez que había salido de la Hondonada—. ¿Dónde están todos los corazones?

Una voz respondió en su interior: «Están aquí. Tienes que seguir buscando. Quiere que te rindas. No lo hagas».

Sophie hizo caso de la voz, se levantó y siguió adelante. Subió escaleras. Recorrió pasillos. Entró y salió de un salón de baile y de otro de billar. Hasta que, varias horas después de entrar en el castillo del Rey de los Cuervos, por fin dio con unas puertas altas y negras cuyos paneles de madera estaban decorados con dibujos de serpientes, escorpiones y manzanas.

Más que intuirlo, le bastó con tocar las puertas para saberlo: aquella era la habitación que buscaba. Agarró con manos temblorosas los pomos y los giró.

Las puertas giraron sobre bisagras silenciosas y se abrieron.

SETENTA Y SEIS

La cámara era majestuosa.

El techo de artesonado medía dos plantas de altura. La luz de la luna que entraba a borbotones por las ventanas en arco caía sobre una mesa de ébano y se reflejaba en las copas de cristal y los platos de borde dorado. Las velas ardían en candelabros de plata a ambos extremos de una mesa rodeada de sillas de respaldo alto. Pesadas

tallas de gárgolas adornaban las gruesas patas. Al otro lado de la habitación, las llamas bailaban en una chimenea de mármol negro.

Sin embargo, Sophie no vio nada de eso. Su mirada estaba fija en los estantes que iban del suelo hasta el techo. Estaban llenos de cajas de cristal. Muchísimas. Más de las que habría sido capaz de contar en toda una vida. Y dentro de cada una de ellas había un corazón humano tan rojo y vivo como el día en que lo habían robado.

Algunos eran grandes y otros, muy pequeños. Al mirarlos, sintió que su corazón de reloj trastabillaba y resollaba de pena.

—Todos robados —murmuró—. Corazones de hombres..., de mujeres..., de niños.

Se acercó a un estante y tocó las cajas. Cada una tenía un papel pegado delante con un nombre escrito. Algunas de las etiquetas estaban nuevas y relucientes; otras eran tan viejas que la tinta se había desteñido y los bordes se habían rizado.

—El mío también está aquí. En alguna parte —dijo, abrumada—. Pero ¿cómo lo voy a encontrar?

—No debería ser tan difícil —respondió, tras ella, una voz tan fría como el viento invernal—. Lo tengo aquí mismo.

SETENTA Y SIETE

Sophie se volvió poco a poco para mirarlo.

El Rey de los Cuervos estaba junto a la chimenea, oculto entre las sombras, pero dio unos pasos para que lo bañara la luz de la luna. Llevaba una caja de cristal.

Tenía el rostro pálido como una lápida y los ojos más oscuros que el corazón de un asesino. Una larga melena negra le caía por la espalda. Vestía una chaqueta entallada con cuervos bordados que le marcaba los estrechos hombros.

En cierto modo, Sophie sabía que aquel encuentro no era un accidente, que había estado allí desde el principio, esperando a que llegara. Mientras lo observaba, el rey dejó la caja de cristal en la mesa.

—Mi corazón —susurró ella, hipnotizada.

—Efectivamente.

Sophie se acercó más a él.

—Es más pequeño de lo que creías, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Es lo que dicen todos los humanos. Los que consiguen llegar hasta aquí, claro. Los corazones pequeños, bonitos y perfectos son los más fáciles de robar. Los más grandes, llenos de grietas y heridas, cubiertos de cicatrices, son los más complicados.

—¿Por qué me quitaste el corazón? ¿Qué vas a hacer con él?

Corvus recorrió con la mirada la mesa, los platos de porcelana, el mantel de lino y la cubertería de plata. Frunció el ceño y recolocó un cuchillo, con lo que sus largas uñas hicieron tintinear el metal. Después buscó de nuevo la mirada de Sophie. Sonrió y dijo:

—Voy a devorarlo.

SETENTA Y OCHO

La habitación y todo lo que había en ella pareció empezar a girar como un molinillo infantil para después descomponerse en un rompecabezas de formas y colores.

Sophie estaba muy mareada. No lograba mantener el equilibrio. Dentro de ella, el corazón de reloj frenaba con un chirrido.

—Me parece que no te queda mucho tiempo —anunció Corvus—. Jamás entenderé por qué esos hermanos entrometidos decidieron salvarte.

Sophie apartó una silla de la mesa y se sentó en ella. Luchó contra el mareo, contra la debilidad. No se rendiría a ella.

«No me abandones. Ahora no. Ni se te ocurra», le advirtió a su ruidoso corazón. Poco a poco, el tictac se aceleró y el mundo dejó de darle vueltas.

—De-devoras corazones... —le dijo a Corvus cuando por fin recuperó la voz.

—Sí, no hay manjar más delicioso que un corazón humano —respondió mientras se apartaba de la mesa—. Y he estado reservando el tuyo para un banquete especial. Creo que será el más dulce y tierno de todos.

Se obligó a mirarlo directamente. Sus ojos la asustaban. Tiraban de ella, como un abismo insondable tira de la persona que está al borde.

—Si no lo recupero, moriré.

Corvus ladeó la cabeza como un cuervo.

—Pero creía que lo querías así: dentro de una caja.

Sophie recordaba estar en los aposentos de su madrastra, escuchando a Adelaide mientras esta le explicaba que la bondad era peligrosa, que un corazón blando solo le daría problemas. Recordaba haber pensado que sería mejor no sentir nada que sentir tanto dolor. En su cabeza vio a Haakon en el balcón, junto a ella, pidiéndole que le permitiera guardar su corazón a buen recaudo.

—Es cierto, así era —reconoció Sophie—. Pero ya no.

Reunió todas sus fuerzas, dejó de mirarlo a los ojos y se levantó, decidida a recuperar su corazón. «Mi pueblo me necesita —se recordó —. No tiene a nadie más».

No obstante, cuando Sophie intentó cogerlo, unas feas caritas con dientes afilados y ojos saltones salieron de debajo de la mesa y se subieron encima. Lo que Sophie había tomado por gárgolas talladas eran reales. Las criaturas farfullaban, siseaban e intentaban rajarla con sus afiladas zarpas para impedirle llegar a la caja de cristal.

El Rey de los Cuervos las regañó agitando uno de sus largos dedos.

—Mis mascotas saben que quieres robarme mi trofeo.

Sophie intentó de nuevo llegar hasta la caja, pero una de las criaturas batió las curtidas alas y voló hacia ella entre chillidos. Las afiladas uñas le arañaron la cabeza y la obligaron a retroceder.

—Yo de ti no tocaría esa caja —le advirtió Corvus mientras detenía a las criaturas—. El corazón sigue vivo, a salvo del paso del tiempo y de la putrefacción. Pero si abres la caja romperás el hechizo, y el corazón se marchitará y se descompondrá.

Sophie notaba algo húmedo en la frente, donde la gárgola la había arañado. Se limpió la sangre y dijo:

—Existe una magia capaz de devolverme el corazón. Lo sé. Me lo dijeron los hermanos.

Corvus se rio. Sus ojos volvieron a tirar de ella.

—Y la gente dice que yo soy cruel. No hay nada más cruel que la esperanza. No existe magia capaz de devolverle el corazón a un cuerpo después de que yo se lo extraiga.

—Eso es mentira —insistió ella, aunque notó una punzada de terror.

¿Y si decía la verdad? ¿Cómo iba a saberlo cuando ni siquiera sabía quién era él? Reunió todo su valor y se le acercó.

—Corvus... Rey de los Cuervos... No son más que nombres. ¿Quién

eres? ¿Quién eres en realidad?

Entonces se asomó al interior de aquellos terribles ojos y lo supo.

Era el crujido en la escalera. El aliento frío en el cuello. Los pasos en la oscuridad.

Era la figura escondida en la esquina de su dormitorio por las noches, la que le susurraba todo lo que no era y nunca llegaría a ser.

Era el devorador de corazones.

Era el Miedo.

SETENTA Y NUEVE

El Miedo apoyó una de sus uñas bajo la barbilla de Sophie y se la levantó.

—Por fin lo has averiguado. Ahora también sabes por qué tu plan de recuperar tu corazón es inútil. Un simple humano no puede vencerme. Mira lo que sucede cuando lo intentas. —La recorrió con la mirada y se detuvo en sus pantalones raídos, su camisa sucia y rota, la cicatriz bajo la clavícula, el pelo de punta. Apartó la mano y se rio—. Mírate, una princesa reducida a una pilluela mugrienta. Mira a tu amigo, que vagará hasta la muerte por mis túneles en busca de un niño que no está ahí. Y el otro... Ese es todavía más lamentable...

—¿Qué otro? —preguntó Sophie.

De repente, se le heló la sangre en las venas. «Will», pensó.

Después de que Tom derribara el ataúd y ella despertara, le había preguntado a Arno por él. Recordó sus palabras... «Dijo algo sobre cazar pájaros».

Con un sobresalto de terror, comprendió que Will se refería a cuervos. Había acudido allí, a Nimmermehr, para buscar su corazón. Seguramente esperaba devolverla a la vida si lo recuperaba.

—Mis criados kobolds le han enseñado a ese niño estúpido que no es buena idea entrar en propiedades ajenas —dijo el Miedo—. Mis gárgolas estaban terminando con él cuando has llegado.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —gritó ella.

Miedo señaló la chimenea.

Sophie lo rodeó y se le escapó un grito al verla bien. En el suelo, frente al fuego, yacía el cuerpo de un chico.

No se movía.

Estaba magullado y ensangrentado.

Era Will.

OCHENTA

—¡No! —gritó Sophie—. ¡Will! ¡Will!

Cayó de rodillas junto a él y acunó su cabeza en el regazo.

—No puedes estar muerto —susurró—. Por favor, Will..., despierta. Despierta...

Las pestañas del joven se movieron. Dejó escapar un suave gruñido.

—¡Estás vivo! —exclamó ella mientras le apretaba la mano.

—¿Sí? —Miedo frunció el ceño, decepcionado—. Bueno, no por mucho tiempo.

En la habitación entró una mujer envuelta en negro. Tenía sangre en la comisura de los labios. Llevaba un diente de raíces carmesíes sujeto entre el pulgar y el índice.

Sophie levantó la vista. La reconoció. Había hablado con ella en el cementerio. La había visto en un sueño febril.

—Mi hermana, Crucia. Dolor, para los amigos —le dijo Miedo a Sophie—. Creo que ya os conocéis.

No respondió. Aterrada por la suerte de Will, le dio unas palmadas en las mejillas, lo sacudió y le tiró de las muñecas, todo con tal de intentar que se despertara.

Dolor se metió el diente en un bolsillo de la falda; después miró a Sophie, que tenía el rostro surcado de lágrimas; a Will, medio muerto. Hizo una mueca, se volvió hacia Miedo y suspiró.

—Todo esto empezó con un espejo. Un trozo de cristal plateado.

—Límpiate la barbilla.

Sophie los oyó. Levantó la mirada de nuevo.

—¿Qué espejo? ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Y con mi corazón?

Dolor apartó con la mano la sangre que le goteaba de la boca.

—La reina Adelaide tiene un espejo mágico. Habla con él. O eso dice mi hermano. Pero no puedes fiarte de él. Es un mentiroso.

Sophie miró a Miedo.

—¿Es eso cierto? ¿De verdad tiene mi madrastra un espejo mágico? ¿Habla con él?

Miedo esbozó una sonrisa de superioridad.

—No es mágico. En absoluto. Pero Adelaide habla con él. Le pregunta quién la destruirá. Pero el espejo solo le enseña lo que ya sabe. Es inteligente, valiente, astuta. No le ha quedado más remedio que serlo. Ella sola montó su red de espías. Coloca informantes en las cortes, salones y alcobas de los otros gobernantes. Conoce todas las tramas contra ella desde su misma concepción y acaba con ellas (y con los conspiradores) mucho antes de que tomen forma. Durante un tiempo fue una de las mejores gobernantes que ha tenido este mundo.

—Pero la ayudaste, hermano —dijo la mujer en tono acusador—. Susurrabas. Aconsejabas.

—Ah, sí, la ayudé. La ayudé cuando nadie más quería hacerlo. —Se le ensombreció el rostro—. Y una vez, una sola vez, le pedí que me ayudara. Pero fracasó.

—Fuiste tú, ¿verdad? Le dijiste a mi madrastra que me matara. Esa es la ayuda que le pediste.

Miedo asintió.

—¿Por qué necesitabas la ayuda de la reina? ¿Por qué no me mataste tú mismo?

—Es muy difícil matar a una puñetera princesa —contestó Miedo, que agitó la mano con desdén—. La realeza tiene la irritante costumbre de rodearse de guardias.

Su respuesta era demasiado ligera, demasiado despreocupada, y Sophie supo ver más allá de ella.

—No, no es por eso. No puedes matarme, ¿verdad? Necesitas que otro lo haga por ti. —Saberlo la fortaleció; cimentó su valor. Más preguntas acudieron a sus labios, las mismas que se había estado planteando desde que el cazador le arrancara el corazón—. ¿Por qué me quieres muerta? ¿Por qué soy tu enemiga?

Miedo arqueó una ceja.

—Me sorprendes. Has venido a enfrentarte a mí. La mayoría de los humanos no lo hacen.

—Responde a mis preguntas.

Pero Miedo guardó silencio. Dolor dio unos golpecitos con una de sus sucias uñas en la caja de cristal que contenía el corazón de Sophie.

—¿Sabes cómo murió tu padre?

—El rey murió en una batalla —respondió Sophie, y se volvió hacia Miedo—. Responde a mis preguntas.

Sin embargo, Miedo, que estaba de nuevo recolocando la cubertería, seguía sin hablar.

Así que lo hizo su hermana.

—Tu padre no se limitó a morir en combate, sino que se sacrificó. Dos de sus generales habían quedado aislados del batallón. Ellos y un puñado de hombres luchaban como podían, pero los sobrepasaban en número. Tu padre lo observaba todo desde un lugar seguro, en lo alto de una colina. Sin vacilar, volvió a caballo al campo de batalla sabiendo que los soldados enemigos dejarían a los generales para perseguirlo a él, puesto que era el rey, el mayor trofeo de todos. Eso permitió que sus hombres se liberaran y regresaran con las tropas. Gracias a tu padre, el ejército de Tierraverde ganó la batalla. Dio la vida por los suyos.

Sophie estaba cada vez más furiosa. No necesitaba que Dolor le contara aquello porque ya lo sabía.

—¿Por qué no me respondes? —le gritó a Miedo.

Mientras Corvus guardaba silencio, se oyó otra voz profunda y grave; sonaba como si se abriera la puerta de piedra de un mausoleo.

—Tu padre era uno de los hombres más valientes que han pisado la faz de la tierra. Tenía el corazón de un león. Pero la valentía no implica falta de miedo. No sentir miedo es de idiotas. La valentía es hacer lo que debes a pesar del miedo. Y solo existe una cosa que permite eso a los mortales. Tu padre poseía grandes reservas de ello, y tú también. Por eso eres la mayor enemiga de mi hijo. Por eso te quiere muerta.

OCHENTA Y UNO

Sophie se volvió hacia la voz.

Pertenecía a un hombre. Estaba de pie frente a las altas ventanas del otro extremo del estudio, de espaldas a ella.

Como Miedo y Dolor, era alto e iba vestido de negro. Era ancho de hombros y tenía los brazos y las piernas fuertes y musculosos. Llevaba bombachos de cuero remetidos en unas botas altas y una túnica de cota de malla. Una ondulada melena de color gris acero le caía por la espalda. Una espada le colgaba de la cadera.

—Miedo acertó al percibir que eras como tu padre y que gobernarías sabiamente tu reino, con piedad y justicia. Sabía que llevabas dentro algo poderoso, algo capaz de vencerlo, y que, cuando subieras al trono, lo echarías de esta tierra. No podía consentirlo. Yo no puedo consentirlo. Si una simple muchacha es capaz de vencer a Miedo, el más fuerte de mis hijos, ¿qué mensaje enviaría eso al mundo?

El hombre se volvió hacia ellos, y Sophie ahogó un grito. Su rostro era una calavera. Sus manos eran huesos blanqueados.

—Permíteme que te presente a mi padre —dijo Miedo—. Se llama Muerte.

OCHENTA Y DOS

Los engranajes del corazón de Sophie empezaron a girar como locos. Resbalaron, vacilaron y volvieron a seguir girando.

Muerte caminaba hacia ella, y sus pasos resonaban en la habitación. Sophie se quedó paralizada ante su espantoso rostro.

—Mi hijo ha intentado matarte y ha fracasado en su empeño varias veces. Ahora me toca a mí, y yo nunca fallo.

Cada vez se acercaba más y, a medida que lo hacía, desenvainaba la espada. La hoja brillaba a la luz de las velas. Sophie vio una palabra grabada a lo largo: *Aeternitas*. Todo en su interior, carne, hueso y sangre, la urgía a levantarse y huir, pero su corazón defectuoso le decía que se quedara y protegiera a Will.

Las palabras de Muerte resonaban en su cabeza: «Sabía que llevabas dentro algo poderoso, algo capaz de vencerlo...».

«¿Qué es? —se preguntó, desesperada—. ¿Qué puede vencer al Miedo?». Necesitaba la respuesta de inmediato.

Dolor suspiró.

—Acaba primero con el chico, papá —dijo—. Líbralo de su agonía. Y de la mía.

—Siempre has sido una muchacha bondadosa —dijo Muerte, y se detuvo frente a Sophie y Will.

Dolor sonrió enseñando los dientes podridos. Miedo recolocó una copa de cristal.

Y Muerte se irguió cuan largo era y sujetó con fuerza la empuñadura de su terrible espada.

—¡No! —Sophie cruzó los brazos sobre el pecho de Will—. Por favor.

El tiempo pareció detenerse, aunque lo que sucedió a continuación duró tan solo un latido. Muerte alzó la espada y la apuntó directamente al corazón de Will.

Sophie gritó.

Y se interpuso en el camino de la espada.

OCHENTA Y TRES

La hoja de la espada de Muerte, tan afilada que era capaz de recortar las estrellas del cielo, atravesó la piel y los músculos de Sophie. Se deslizó entre dos de sus costillas y cortó cartílago.

De haber acertado a la suave criatura roja que antes vivía bajo sus costillas pero ahora aguardaba dentro de una caja de cristal en la mesa de Miedo, la habría matado.

Pero no fue así.

Acertó en un corazón fabricado a partir de chatarra, engranajes torcidos y viejos muelles, en un corazón defectuoso, ruidoso y molesto.

La espada de Muerte atravesó el corazón de reloj de Sophie.

Y se hizo mil pedazos.

OCHENTA Y CUATRO

Muerte, atónito, contempló los fragmentos de su espada esparcidos por el suelo.

Dolor se arrancó un mechón de pelo del cuero cabelludo.

Miedo rugió.

Y Sophie se miró el pecho. De la herida brotaba sangre y tenía la túnica manchada, pero no mucho. No lo suficiente para matarla.

Había pasado por cosas peores.

Tras coger un atizador de hierro de un soporte que estaba junto a la chimenea, se levantó y se colocó entre Will y Muerte. No le daría una segunda oportunidad a aquel asesino de pelo gris.

Tras colocar el atizador ante ella como si fuera una espada, dijo:

—No puedes llevártelo.

Mientras hablaba, lo miraba a los ojos. Se asomó a sus cuencas vacías, a la oscuridad eterna que contenían y, aunque no había tenido tanto miedo en toda su vida, pensó en Will y se mantuvo firme.

Muerte miró a Sophie, a aquella chica flaca, sucia y con el rostro bañado en lágrimas a la que le temblaba tanto la mano que apenas lograba sostener el atizador.

Se rio y dio un paso hacia ella, acompañado del ruido metálico de su cota de malla.

—Soy Muerte, niña tonta. El abismo y todos sus terrores están a mis órdenes.

Sophie dio un paso hacia él, acompañada por el ruido metálico de su corazón.

—Sí, pero yo soy la reina Charlotta-Sidonia Wilhelmina Sophia de Tierraverde, y tengo este atizador. No me obligues a usarlo.

Tenía un aspecto algo absurdo intentando mantener a raya a Muerte con poco más que un palo, pero había algo en su postura, en su mirada, que dejaba claro que, si Muerte quería a Will, tendría que acabar primero con ella. Y no sería fácil.

Miró a Sophie.

Después miró los relucientes fragmentos de su acero tirados por el suelo.

Y Muerte inclinó su temible cabeza.

OCHENTA Y CINCO

Algunos piensan que el valor sale de las tripas.

«Para eso hay que tener estómago», dice la gente.

Lo cierto es que el valor nace del corazón.

La palabra coraje procede de *cor*, que en latín significa corazón. El coraje requiere amor, y el amor exige un gran coraje: el coraje que

demuestra un niño frágil al defender a un perrito, el coraje de un rey al cabalgar de buen grado hacia la muerte, el coraje de una muchacha asustada al lanzarse sobre la espada de Muerte.

A pesar de que Sophie está herida y atrapada en el castillo de Miedo, ahora se yergue fuerte y decidida. Porque por fin lo entiende. El Miedo había guardado su corazón en una caja, pero nunca más, eso se ha acabado. Ya sabe qué es lo que posee, eso capaz de derrotar al Miedo. Y al Dolor. E incluso a la misma Muerte.

Es algo que se llama amor.

OCHENTA Y SEIS

Muerte dio un paso atrás.

Miedo y Dolor lo imitaron.

Y, por un momento, a Sophie le dio la impresión de que el mundo había dejado de girar.

El suelo tembló bajo sus pies, y un ruido atronador, como el de un cañonazo, atravesó el aire. Se encogió y protegió a Will con su cuerpo. Una larga grieta se abría a lo largo de la pared; el yeso caía; las estanterías empezaron a temblar; las cajas de cristal resbalaban por ellas, se entrechocaban, se rompían. Algunas cayeron al suelo y se hicieron añicos.

Nimmermehr se derrumbaba. Sophie sabía que debía llegar hasta su corazón, coger a Will y salir del castillo. Dejó el atizador justo cuando otra grieta atravesaba otra de las paredes. Las ventanas estallaron y le llovieron encima fragmentos de cristal. El suelo se inclinó de repente. Perdió el equilibrio, cayó y se golpeó la cabeza contra una silla. Sin prestar atención al dolor, se levantó y avanzó como pudo hacia la mesa.

Estaba a pocos metros de ella, con el brazo estirado para coger la caja de cristal, cuando un pesado trozo de yeso cayó del techo. Sophie lo vio, pero no pudo hacer nada por detenerlo.

Se estrelló contra la caja que contenía su corazón y la hizo mil pedazos.

—¡No! —gritó Sophie.

Agarró el trozo de yeso y lo lanzó contra el suelo. Fue corriendo a recoger su corazón, pero era demasiado tarde. Aunque llegó hasta él, no pudo más que ser la desesperada testigo de su muerte: se encogió, se agrietó y se transformó en un reluciente polvo rojo rubí que se le escurrió entre las manos.

Se dejó caer contra la mesa. De lo más profundo de su ser brotó un gemido de dolor. Todo para nada: el sufrimiento a manos del cazador; el corazón de reloj que le habían fabricado los hermanos; el viaje al Bosque Oscuro. Jamás recuperaría la corona. Los tiranos gobernarían su pueblo. Arno había muerto allí, y ahora morirían Will y ella.

Dolor rodeó la mesa y se le acercó. Sophie no retrocedió porque ¿qué más podía hacerle aquella mujer? Señaló el pecho de Sophie.

—Ese corazón de remiendos recibió el impacto directo de la espada de mi padre. La espada está destrozada, pero tú sigues aquí. Quizá desear deshacerte de él no sea lo más sensato.

—Pero el mecanismo de relojería se parará en cualquier momento. Johann me lo dijo. Calculó que solo tendría un mes de vida.

Dolor miró a Sophie con tristeza y contestó:

—Puede que Johann sea mejor relojero de lo que cree. Todos los corazones humanos son defectuosos, están llenos de grietas y cicatrices. Y todos se quedan sin cuerda algún día. El tuyo también. Pero no será hoy. Y el presente es lo único que se les concede a los humanos.

Tocó la sangre que empapaba la túnica de la joven, y una lluvia de pétalos de rosa de color carmesí cayó revoloteando hasta el suelo.

—Adiós, Sophia. Por ahora.

Dolor se volvió y desapareció en un torbellino negro. De él salió un cuervo de alas color negro azulado. Otros dos cuervos se unieron a él entre graznidos y aleteos, y los tres salieron volando por una ventana medio derruida y se adentraron en la noche, bajo la luz de la luna.

El castillo tembló.

Las ventanas se rompían en todas las habitaciones. Los espejos caían y se hacían añicos. Los cuadros se estrellaban contra el suelo. Las armaduras se desplomaban. Fuera, las torres y murallas del castillo también se venían abajo.

Sophie debía salir de Nimmermehr cuanto antes. También tenía que sacar a Will, pero no podía; lo estaba perdiendo. Se arrodilló a su lado, le puso las manos en el pecho y no notó su respiración ni el latido del corazón. Frenética, le chilló, lo empujó, lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—No te mueras, Will. Por favor, no te mueras —le dijo con la voz rota—. Te quiero.

Se inclinó sobre él, lo besó en los labios y se demoró en ellos. Alargó el beso para que durara eternamente. Cerró los ojos y acercó su frente a la de él.

—Te quiero —repitió—. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo, y ahora es demasiado tarde. Jamás tendré la oportunidad de nuevo.

—¿La aprovecharías si la tuvieras?

Sophie ahogó un grito y levantó la cabeza. Will estaba consciente y había abierto sus preciosos ojos amoratados.

—¡Will! —susurró ella.

—¿Lo harías?

—Sí. ¡Sí!

Lo besó una y otra vez, y podría haber seguido haciéndolo de no haberse estrellado otro pedazo de techo a pocos metros de ellos.

—¿Qué está pasando, Sophie? ¿Dónde está Corvus?

—Se ha ido. Nimmermehr se derrumba. Tenemos que salir también antes de que nos aplaste.

Lo ayudó a levantarse. El muchacho estaba dolorido y cojeaba, pero podía andar si se apoyaba en ella, así que rodeó el cuello de Sophie con un brazo y juntos salieron de la habitación.

—Arno... ¿Ha venido contigo? ¿Está aquí?

—Un wunschfetzen lo atrapó. Pero cabe la posibilidad de que siga vivo, creo.

—¿Por qué?

—Corvus me habló de él, y no dijo que estuviera muerto, sino que seguía vagando por los túneles. No podemos dejarlo ahí, Will.

—No, pero tenemos que darnos prisa. Cuando este lugar caiga, aplastará los túneles y a cualquiera que esté en ellos.

Sophie llevó a Will por donde ella había entrado, dejando atrás el salón de baile y la sala de música, la armería y la sala de trofeos. Se agacharon para esquivar los libros y lucernas que caían. Los marcos de las puertas crujían sobre sus cabezas; las tablas del suelo se separaban bajo sus pies. Los goblins que servían a Corvus también corrían para salvar la vida, así que no prestaban atención a los dos humanos que huían junto a ellos.

Cuando por fin llegaron a la cocina, un denso humo negro salía de los hornos y entorpecía la vista. El suelo resbalaba por culpa del agua que brotaba de las tuberías reventadas. Sophie resbaló y cayó, y a punto estuvo de derribar a Will. Sin embargo, logró levantarse y seguir adelante hasta encontrar la despensa.

Will cogió un puñado de pastelillos de la mesa.

—Si encontramos a Arno, podemos usar esto para alejar a los wunschfetzen —dijo, y se los guardó en el bolsillo.

Sophie cogió un farol encendido que alguien se había dejado en un estante.

Lograron llegar rápidamente desde la despensa hasta la bodega, pero el avance de la bodega al túnel (sobre los resbaladizos escalones de piedra) fue mucho más lento y, mientras tanto, el viejo castillo temblaba y gruñía sobre ellos.

Mientras bajaban, Will le contó a Sophie que no había logrado encontrar el túnel, así que se había intentado colar por el puente, al amparo de la oscuridad, pero un guardia goblin lo había atrapado antes de llegar a la mitad del foso. Después de aquello le dieron varias palizas y lo encerraron durante días en una celda en las mazmorras. No esperaba salir del castillo con vida.

Cuando Sophie por fin consiguió ayudar a Will a bajar la escalera y entrar en el túnel, pudieron moverse más deprisa. Su único obstáculo era la pared derruida. Aunque se habían soltado más escombros por culpa de los temblores del castillo, la abertura seguía ahí. Ella entró primero mientras el joven esperaba al otro lado. Una vez hubo cruzado, se volvió para que Will le diera el farol. Con mucho cuidado, puesto que era la única luz que tenían, Sophie lo dejó en el suelo y se volvió de nuevo hacia el agujero para cogerle la mano.

Sin embargo, antes de poder hacerlo, un brazo rollizo la agarró por el cuello y tiró de ella hacia atrás. No tuvo tiempo ni de gritar.

Su atacante le apretó el cuello con el brazo. Dentro de la cabeza de Sophie estallaron fuegos artificiales. Por mucho que forcejeaba, arañaba y pateaba, no lograba zafarse.

—¿Dónde está? —gritó una voz—. ¿Dónde está Matti? ¿Dónde está mi niño?

Era Arno, y la estaba estrangulando.

Sophie intentó llamarlo por su nombre, suplicarle que parase, pero no lograba decir nada. Los pulmones se le quedaban sin aire. Los fuegos artificiales se apagaban. Notaba que perdía las fuerzas, que le faltaba energía para seguir luchando.

Entonces, Arno la lanzó al suelo como si fuera una bolsa de basura. La joven se agarró el cuello y lo miró. El hombre estaba hecho una piltrafa: tenía el rostro surcado de lágrimas y la mirada perdida. Llevaba media docena de wunschfetzens colgados de los hombros. Dos le habían metido los dedos en las orejas. Los demás empujaban para echar a sus compañeros y tener la oportunidad de torturarlo.

—¡Eh! ¡Mirad! ¡Aquí, idiotas! —chilló Will.

Había logrado arrastrarse entre los escombros y se apoyaba con una mano en la pared mientras extendía la otra.

—Vamos, venid... ¿Veis lo que tengo para vosotros?

En la mano extendida estaban los pastelillos que había robado. Se habían aplastado y el glaseado estaba roto, pero daba igual: los wunschfetzens gritaron con ansia cuando los vieron. Alargaron los delgaduchos brazos hacia Will e intentaron agarrar los dulces con sus largos dedos pegajosos.

—Acercaos más —los animó el muchacho—. Eso es...

Los wunschfetzens saltaron de los hombros de Arno al suelo del túnel y, al hacerlo, al hombre se le aclaró la mirada. Enderezó la espalda. Era como si hubiera salido de entre la niebla.

Las criaturas saltaron y bailaron alrededor de las piernas de Will reclamando ruidosamente los pasteles. Will bajó la mano, aunque procurando que los dulces siguieran fuera de su alcance. Los wunschfetzens babeaban y abrían sus enormes ojos todavía más.

—Aquí tenéis, monstruitos —dijo Will, y lanzó los pasteles a través de la abertura entre los escombros.

Los wunschfetzens chillaron de rabia, treparon por las rocas mientras se tiraban unos a otros de las piernas y los brazos para evitar que los demás llegaran antes a los dulces.

—Eso los mantendrá ocupados un rato.

—Will, ¿eres tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Arno, desconcertado—. Sophie, ¿por qué estamos parados? Tenemos que irnos... Tenemos que entrar en el castillo...

—Entré sin ti, Arno, no me quedó más remedio —empezó a

explicarle Sophie, pero uno de los wunschfetzens gritó y la interrumpió.

Arno bajó la vista y miró hacia las ruidosas criaturas que seguían peleándose en los escombros.

—Supongo que ellos tuvieron algo que ver.

—Te lo contaré todo cuando salgamos de aquí —le prometió Sophie—. Ayuda a Will. Tenemos que seguir moviéndonos. Nimmermehr se derrumba.

En cuanto lo dijo, oyeron un estallido tremendo por encima de ellos. El túnel tembló. Tierra y piedras llovieron del techo.

Sophie cogió el farol, Arno le cogió un brazo a Will y se lo pasó por el cuello. Los tres esquivaron más escombros y treparon por otra pila de cascotes, y, media hora después, lograron salir del túnel.

Arno se apoyó en una roca, muerto de alivio. Will se le unió. Sin embargo, Sophie no podía dejarlos descansar.

—Tenemos que encontrar a Jeremias y a Joosts. Y los caballos. Espero que seamos los primeros en hacerlo —añadió en tono sombrío.

Se abrieron paso entre los árboles y la maleza siguiendo el sonido del agua. Los dos hermanos, demacrados y con cara de preocupación, estaban junto a la orilla del río y contemplaban el castillo. Las llamas lo devoraban, y ardían con tanta intensidad que proyectaban un resplandor naranja sobre todo el paisaje.

—¡Jeremias! ¡Joosts! —los llamó Sophie mientras corría hacia ellos.

—¡Sophie! —gritaron los hermanos.

La abrazaron, y los tres permanecieron unidos, unos en brazos de otros, durante un largo y lloroso minuto.

—Creíamos que estabas ahí dentro —dijo Joosts, que señalaba el incendio con la cabeza.

—Creíamos que te habíamos perdido —añadió Jeremias con voz temblorosa—. ¿Has...?

El rugido de una torre al caer ahogó sus palabras. Will y Arno llegaron junto a ellos y todos contemplaron en silencio el derrumbe de otra torre. Un instante después, las murallas se desmoronaron, y después lo hizo el castillo entero, que implosionó con la fuerza de un terremoto. Del cielo llovieron bloques de piedra que crearon géiseres de agua en el foso, abrieron agujeros en el suelo y destrozaron el puente levadizo. El ruido continuó durante lo que les pareció una eternidad y, a continuación, reinó un espeluznante silencio. El castillo del Rey de los Cuervos había desaparecido. Solo quedaba una nube de

polvo que se alzaba del cráter donde antes se encontraba la fortaleza.

Mientras los cinco amigos observaban y escuchaban, los gritos y llantos de los goblins atravesaron la noche. Les respondieron los rugidos de los troles, los gritos de los waldwichts y otros sonidos a los que Sophie no podía ni quería poner nombre.

Arno esbozó una mueca cuando oyeron un aullido especialmente aterrador.

—Puede que Miedo se haya marchado, pero sus criaturas siguen al acecho. Tenemos que irnos. Aquí no estamos a salvo, ni mucho menos.

Joosts y él desataron los caballos. Will se agachó para beber agua del río.

Y Jeremias le puso una mano en el hombro a Sophie.

—Iba a preguntarte una cosa, pero el castillo se ha derrumbado antes de que pudiera hacerlo... ¿Has encontrado tu corazón, Sophie?

Ella no sabía bien qué contestar. Lo había encontrado en Nimmermehr, aunque lo había vuelto a perder. Para siempre. Entonces pensó en Jeremias y en Joosts, y en los demás hermanos de la Hondonada. En Weber y en Tupfen. En Tom. En los Becker. En Max. En los soldados. En Oma y en Gretta. En Will.

Sonrió.

—Sí, Jeremias —dijo al fin—. Lo he encontrado.

OCHENTA Y NUEVE

La noche era oscura y profunda, pero la luna de plata, alta y reluciente, ofrecía la luz justa para que Sophie y sus amigos vieran durante su camino por el Bosque Oscuro.

A Will y a Joosts les costaba andar, así que iban a caballo. Sophie y Jeremias conducían a los animales, y Arno los conducía a ellos, ya que era el que mejor conocía el bosque.

Todos procuraban hacer el menor ruido posible para no alertar de su presencia a criaturas indeseables. También meditaban sobre su siguiente paso.

—Primero llevaremos a Will a casa —dijo Arno en voz baja—. Necesita curarse. Después iremos a la Hondonada...

Sophie lo interrumpió.

—Haz lo que tengas que hacer. Yo regreso a Konigsburgo, al palacio.

Había vencido a Miedo y a Muerte. Su corazón era fuerte, más fuerte de lo que los hermanos y ella pensaban. Había llegado el momento de enfrentarse a la reina.

—¿Cómo? —preguntó Will—. Adelaide, Haakon... ordenarán que te maten.

—No puedes ir, Sophie, es una locura —añadió Arno.

Su tono de desdén enfureció a la joven, que alargó las riendas para alcanzarlo.

—Tú fuiste el que me dijo que recuperase mi corona, ¿no?

Arno no respondió.

Así que ella alzó la voz.

—Tú fuiste el que dijo: «Que hoy no tengas ni dos peniques ni un ejército no significa que no vayas a tenerlos mañana».

Arno levantó la barbilla.

—Entonces no te conocía. No me preocupaba por ti. Ya he perdido a mi familia una vez. A mi niñito. Ahora eres mi familia, Sophie, y no puedo perderte.

—Sophie, es un suicidio —dijo Jeremias—. Necesitas ayuda. Aliados. Necesitas soldados y armas. Tendrás que pedir ayuda al emperador de Catay o...

—Chist —siseó de repente Will mientras levantaba una mano.

Todos se detuvieron y guardaron silencio. Oyeron un crujido que procedía de algún punto tras ellos. Y frente a ellos. Lo que hacía el ruido estaba por todas partes.

—Ahí hay alguien —dijo Sophie en voz baja.

—Más de un alguien —repuso Will, que levantó el farol que todavía llevaba.

La luz se reflejó en docenas de ojos que despedían un resplandor verde en la oscuridad.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —preguntó Joosts.

—Miedo ha enviado a su ejército a terminar el trabajo —respondió Arno.

En cuanto terminó de hablar, empezó el ataque.

Tras una serie de golpes estruendosos, un árbol que estaba a pocos pasos de Sophie estalló en pedazos. Los caballos se encabritaron y relincharon de miedo. Will y Joosts estuvieron a punto de caer de las sillas.

Un trol de piedra de dos metros y medio de altura, compuesto de

rocas y escombros, entró en el claro con los enormes puños apretados. Lo seguían docenas de goblins, cuyos ojos oscuros y dientes afilados brillaban a la luz de las antorchas. Iban armados con porras y picas.

Sophie y sus amigos se llevaron las manos a las armas, aunque sabían que los superaban en número, y por mucho. Un goblin dio un paso adelante. Sophie tensó el cuerpo y agarró su daga, lista para luchar por su vida.

Sin embargo, para su sorpresa, en vez de atacarla, el goblin se inclinó ante ella.

—Perdonadnos, no pretendíamos asustaros —dijo tras lanzar una mirada severa al trol—. Algunos de nosotros no somos conscientes de nuestra fuerza.

El trol cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, avergonzado. Después se golpeó la cabeza con un puño.

El goblin se levantó y miró a Sophie a los ojos.

—Miedo nos esclavizaba, nos convirtió en criaturas crueles. Vos nos habéis liberado, así que estamos aquí para dar las gracias y juraros lealtad. Es lo mínimo que exige nuestro código de honor. Ahora seréis nuestra líder. Estamos a vuestras órdenes, somos vuestros leales servidores.

Mientras Sophie, pasmada, los observaba, mil antorchas cobraron vida en el bosque. Vio cientos de goblins: troles de piedra, troles de musgo, troles de río, troles de barro. Había waldwichts y makabers. Pixies con sombreros de seta y gorros de bellota; algunos de ellos cabalgaban sobre ardillas o ratas, mientras que otros iban en carros de madera tirados por comadrejas.

Todos la miraban con ojos expectantes, esperanzados y decididos, y ella no sabía qué hacer. Querían que fuera su líder, pero ella no había liderado nunca a nadie, y menos a criaturas tan feroces.

Otro goblin dio un paso adelante. Llevaba una corona tejida con enredaderas Herzmord. Las flores que la decoraban ya no susurraban palabras venenosas, sino que brillaban como joyas oscuras a la luz de la luna.

Las palabras del líder de los goblins resonaron en su cabeza: «Nos convirtió en criaturas crueles... Vos nos habéis liberado...».

Sophie sabía que si algo los había liberado era el amor. El amor le había dado a ella el coraje suficiente para enfrentarse a Miedo. El amor la había hecho fuerte. Pensó en otra criatura impulsada por el Miedo: Adelaide. Quizá pudiera liberarla también. Quizá pudiera liberar a todo aquel reino devastado.

Respiró hondo. Se arrodilló. El goblin dio un paso adelante y le colocó la corona en la cabeza. Cuando Sophie se levantó, él y el resto de las criaturas alzaron los puños, las armas y las voces.

—¡Larga vida a la reina! ¡Larga vida a la reina! ¡Larga vida a la reina!

El sonido recorrió el bosque como el rugido de un huracán.

El trol de piedra, el que había irrumpido con estrépito en el claro, se acercó a Sophie. Se agachó, colocó su enorme mano en el suelo con la palma hacia arriba y se dio un golpecito en el hombro con la otra mano.

Sophie lo entendió. Se subió a la palma, le trepó por el brazo y se sentó en su hombro. El trol giró la cabeza para mirarla; había una pregunta en sus ojos.

Ella le susurró la respuesta. El trol asintió. Se irguió, se volvió hacia el este y empezó a andar. A cada paso que daba temblaba el suelo.

Will la llamó, asustado:

—Sophie, ¿qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

Ella se volvió hacia él, sonriente, y respondió:

—A mi palacio. Con mi ejército.

NOVENTA

Acudieron.

En parejas y tríos. O de uno en uno.

Desde Schadenburgo, Grauseldorf, Drohendsburgo y mil lugares más.

En carretas, a pie, cargados con sacos y fardos, provistos de comida y víveres o sin nada más que la ropa que llevaban puesta.

Se había corrido la voz de que la joven reina marchaba hacia palacio para recuperar su trono.

En las ciudades y aldeas, la gente abrió las contraventanas y salió a la calle. En el campo, dejaron de labrar y de ordeñar a las vacas, y corrieron a la carretera para verla.

Max atisbó la procesión desde la ventana más alta del granero que había comprado con las joyas de Arno para alojar a sus compañeros

refugiados. Él y otros cien se apresuraron a empaquetar sus pertenencias y estaban esperando junto a la carretera cuando llegó la reina.

Los veteranos heridos, todos y cada uno de ellos, se reunieron con ella junto a las ruinas quemadas de San Sebastián. Un trol de piedra cargó con el soldado sin piernas. Un goblin le dio la mano al tamborilero ciego, y juntos siguieron adelante.

Los Becker se les unieron (el marido con la cara marcada, la mujer embarazada, la abuela, los niños), al igual que la mayoría de la aldea.

Acudieron ancianos y niños. Fuertes y débiles. Ricos y pobres. Madres jóvenes con niños pequeños en brazos. Madres mayores a las que llevaban en brazos sus hijos adultos. Todos se unieron a Sophie. Prometieron luchar por ella. Morir por ella.

Los troles se subían los enfermos a los hombros. Los waldwichts convertían sus brazos en cestas para los bebés. Por la noche, en los campamentos, los niños trenzaban el largo pelo de junco de los troles de río para apartárselo de la cara y llevaban huesos de sopa a los makabers. Los pequeños se acurrucaban en los blandos brazos de los troles de musgo. Los ancianos contaban cuentos.

Pasaron de ser cientos a ser miles, y de ser miles a ser decenas de miles. Caminaron durante muchos días a través del Bosque Oscuro, bajo el sol y bajo la lluvia, subiendo colinas y atravesando valles, hasta que por fin llegaron a las afueras de Konigsburgo al anochecer y acamparon por última vez.

La joven reina permaneció sentada toda la noche, observando el palacio con sus gruesos muros de piedra, su puente levadizo, sus cañones, sus espadachines y sus arqueros.

Por la mañana supo lo que tenía que hacer.

NOVENTA Y UNO

Un centinela adormilado y cansado después de una noche muy larga se detuvo en seco en lo alto de las murallas.

—Estoy soñando. Tiene que ser eso —susurró, incapaz de creerse lo que le decían sus ojos.

Se restregó la cara, pero no estaba dormido. Al seguir mirando al

oeste vio algo que no olvidaría durante el resto de su vida.

Una muchacha de pelo negro corto salía del Bosque Oscuro y cruzaba el claro camino del palacio.

Estaba magullada y amoratada, sucia y cubierta de cicatrices. Iba sola.

Una enorme multitud rodeaba el claro, pero no se acercó al palacio. La muchacha parecía haberles pedido que se quedaran atrás, a salvo.

Por un momento, el centinela pensó que se parecía a la princesa, que había regresado de entre los muertos. Pero lo achacó a un engaño de sus ojos adormilados. Aquella muchacha flaca y andrajosa no podía ser la princesa. No cabalgaba a lomos de un orgulloso caballo de guerra. No vestía vaporosas túnicas de satén y seda, sino pantalones harapientos y una camisa hecha jirones. En la cabeza lucía una sencilla corona de rosas negras.

Siguió caminando hasta llegar a pocos metros de la muralla.

—¡Centinela! —bramó—. ¡Baja el puente levadizo! ¡Déjame entrar!

—¿Quién eres? ¿Con qué derecho exiges entrar en el palacio?

—¡Soy la reina Charlotta-Sidonia Wilhelmina Sophia, legítima gobernante de Tierraverde! ¡He venido a recuperar la corona que me robaron la cruel reina y su heredero homicida!

El centinela no sabía qué hacer. Le habían contado que la princesa estaba muerta, pero allí tenía a una muchacha que se le parecía y que exigía entrar al palacio. Mientras deliberaba sobre la situación, llegaron otros soldados. Uno llamó a gritos a su sargento.

—¡Soldados! —bramó la muchacha—. ¡Recuperaré mi corona! ¡Bajad el puente levadizo!

Los soldados gritaron. Las palabras de la muchacha eran un delito de traición: exigían la corona y amenazaban a la reina. Sonó la alarma. Los soldados salieron gritando de sus barracones. Los arqueros ocuparon sus puestos. Apareció el lord comandante con su larga capa al viento, seguido del príncipe Haakon.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está la reina? —preguntó Haakon.

—La reina Adelaide está a salvo en sus aposentos, mi señor. Rodeada de guardias —contestó el lord comandante.

—Esa muchacha dice que es la reina —intervino el centinela, que señaló a Sophie.

Haakon se volvió y miró por encima de las murallas en dirección al claro. Se puso rojo de rabia.

—¿Cómo puede seguir viva?

Lo preguntó entre dientes, pero el lord comandante lo oyó y entornó los astutos ojos.

Haakon respiró hondo, listo para gritar órdenes, pero Sophie habló de nuevo antes de que pudiera hacerlo.

—¡Lord comandante! ¡Soldados! ¡Mirad! ¡Mirad a la gente que me acompaña! ¡Vuestra gente! ¡Vuestros amigos y vecinos! ¡Vuestras familias! ¿Sabéis lo que les está pasando? Los están echando de sus casas. Les están robando sus cosechas y pertenencias para construir fortalezas y fabricar barcos de guerra para que una reina desalmada y un príncipe falso puedan atacar reinos que no nos han atacado primero. Lo mismo os ocurrirá a vosotros. Cuando os hieran, os abandonarán. Cuando la granja de vuestro padre le resulte valiosa a la reina, se la quedará. Cuando el príncipe necesite vuestros caballos para dárselos a sus generales y vuestro ganado para alimentar a sus soldados, os los arrebatará.

—¡Es una traidora! ¡Disparad! —bramó Haakon.

—Pero, mi señor, dice que es la princesa —repuso uno de los soldados—. ¡No podemos disparar a la princesa!

La furia desfiguró el bello rostro del príncipe.

—¡No es la princesa! ¡La princesa está muerta! ¡Es una impostora, una agitadora! ¡Os he dicho que disparéis! ¿No me habéis oído? —chilló—. ¡Preparad los arcos!

Los cien arqueros colocaron los extremos de las flechas en los arcos y se prepararon para disparar. Cien flechas aniquilarían a Sophie, por muy fuerte que fuera su corazón.

Pero ella no cedió. No huyó, sino que dio unos pasos adelante y se abrió de un tirón el cuello de la camisa para dejar al aire la piel cicatrizada bajo la clavícula.

—¡Aquí tenéis vuestro blanco, arqueros! —gritó—. ¡Disparad, si queréis! Tenéis armas mortales. Yo solo tengo mi corazón.

—¡Tensad! —chilló Haakon.

Los arqueros alzaron los arcos, tensaron las cuerdas y apuntaron, a la espera de la última orden: «¡Soltad!».

No obstante, antes de que pudiera hacerlo, una joven madre con su bebé en brazos salió de entre el grupo de gente reunida alrededor del claro y corrió hacia Sophie. Cuando llegó hasta ella, jadeaba.

—¡No! —gritó Sophie, aterrada por la mujer y su hijo. Le hizo un gesto para que volviera.

Pero la mujer no se iba. Se quedó junto a Sophie, de cara al palacio

y a todos sus soldados. Con el niño pegado al pecho, alzó la cabeza.

—¡Si disparáis a la reina, también tendréis que dispararnos a nosotros! —chilló.

Sophie notó que se le encogía el corazón. Nunca había visto tanto valor.

—No lo hagas. Vete, por favor.

—¿Adónde? ¿A vagar por los caminos? ¿A mendigar? No son más que muertes lentas. Prefiero una rápida para mi bebé y para mí. Mi marido está muerto. No tengo casa. No tenemos nada. Vos nos habéis dado algo: coraje, esperanza, amor.

Las lágrimas amenazaban con asomársele a los ojos, pero Sophie las reprimió. Buscó la mano de la mujer, que temblaba, y se la apretó con fuerza.

Las dos se volvieron de nuevo hacia los arqueros. Sophie rezó para que el final, si llegaba, fuera rápido. Pero los dioses tenían otras ideas, puesto que, uno a uno, los arqueros bajaron los arcos.

—¡Tensad, maldita sea! —bramó Haakon—. ¡O haré que os cuelguen a todos!

Pero los hombres no iban a disparar a un niño.

Sophie y la joven madre no permanecieron solas mucho tiempo. El tamborilero ciego fue el siguiente en cruzar el claro, ayudado por su nuevo amigo goblin. Después llegaron la señora Becker, muy embarazada, y su familia. Max. Una mujer en una carretilla que empujaban dos chicos. Ancianos. Niños. Troles y pixies. Todos se dieron las manos y rodearon a Sophie formando un círculo. El círculo creció cada vez más y se extendió en espiral hasta llenar todo el claro.

El lord comandante contempló aquel mar de gente. De su gente. Hombres y mujeres cansados, hambrientos, delgados. Algunos incluso heridos. Sin hogar. Sufriendo. Abandonados.

Pero valientes, muy valientes. Llenos de esperanza.

—¿Os atrevéis a desobedecer a vuestro príncipe? —gritó Haakon —. ¡Tensad!

—¡No es vuestro príncipe! —bramó Sophie—. No le importáis nada y os usará como carne de cañón para satisfacer sus ambiciones. Moriréis por él porque esa es la clase de gobernante que es. Yo moriré por vosotros porque esa es la clase de gobernante que soy. ¡Detenedlo, lord comandante!

Furioso, Haakon le arrebató el arco y la flecha a uno de los arqueros y, con un solo movimiento rápido y elegante, disparó.

Sin embargo, el lord comandante fue más rápido. Agarró el arco y

lo empujó hacia el suelo, así que la flecha voló baja y cayó en el foso sin herir a nadie.

—Detened a este hombre —ordenó.

—¿Detenerme a mí? —preguntó Haakon, incrédulo—. ¿Por orden de quién?

El lord comandante se volvió hacia Sophie y le hizo una reverencia.

—De la reina —respondió al enderezarse.

NOVENTA Y DOS

Sophie cruzó el puente levadizo encaramada al hombro de un trol de piedra.

Los soldados hincaron una rodilla cuando entró en el Patio de la Reina. El trol también se arrodilló y acercó la palma de la mano. Sophie se subió a ella, y el trol la bajó hasta el suelo. Después dejó escapar un gruñido de amenaza como recordatorio de lo que sucedería si alguien le hacía daño.

El lord comandante la esperaba.

Sophie miró a su alrededor, asombrada de encontrarse en la corte. Más de una vez había pensado que no volvería a ver el palacio.

Ahora estaba allí, y las responsabilidades que le esperaban no tardarían en caer sobre ella, pero primero tenía que encargarse de otra tarea. Aunque habían detenido a Haakon, el mayor enemigo de Sophie seguía libre, y ni ella ni su pueblo estarían a salvo hasta que encerraran a Adelaide en una celda.

—Bienvenida seáis, majestad —dijo el lord comandante.

Sophie respondió con un breve gesto de cabeza y preguntó:

—Mi madrastra... ¿Dónde está?

—En sus aposentos.

—Necesito que me acompañéis, junto con dos docenas de soldados leales —dijo la joven mientras se preparaba para el enfrentamiento—. Puede que los hombres que la protegen no quieran rendirse.

El lord comandante ordenó a sus soldados que acudieran al lado de Sophie y aceptó acompañarlos. Justo cuando estaban a punto de entrar en palacio, apareció Haakon, al que bajaban a rastras de las

murallas para conducirlo a las mazmorras.

Llevaba grilletes, tenía un corte por encima de un ojo y un moratón en la mejilla. Estaba claro que se había resistido.

Sophie y él se miraron a los ojos.

—Parad —ordenó ella cuando se acercaron los guardias.

—Sophie... —empezó a decir él, pero ella lo cortó.

—Mi anillo, por favor —dijo, y señaló con la cabeza el anillo dorado de unicornio que llevaba Haakon en la mano izquierda, el Anillo del Reino.

Uno de los soldados se lo quitó y se lo dio a Sophie. Ella se lo puso en el dedo anular izquierdo, donde debía estar.

—Lo siento, Sophie... Siento mucho todo lo que ha pasado. ¿Qué he hecho? Debería haber sido yo el que te pusiera un anillo en el dedo —dijo el joven con la voz cargada de arrepentimiento.

—Te faltó poco —respondió ella mientras lo recorría con la mirada: el pelo dorado revuelto, el bello rostro, los ojos azul celeste.

Recordó el anillo de flores que le había dado en el palacio, no hacía tanto tiempo. Las promesas. Los besos.

Haakon captó su mirada y dijo:

—No me creerás, pero ahora la que me preocupa eres tú...

Sophie se rio sin ganas.

—Tienes razón, Haakon. No te creo.

—Méteme en la cárcel. Enciérrame en una celda, pero déjame ayudarte. Deja que dedique el resto de mi vida a reparar el daño que he hecho. O, al menos, a intentarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque esto te supera, Sophie —le aseguró en voz baja y apremiante—. No puedes gobernar. Sabes que no puedes. Eres demasiado blanda. Tus enemigos te comerán viva. ¿Cómo vas a enfrentarte a ellos? ¿Los amarás hasta matarlos?

Sophie ladeó la cabeza sin apartar la mirada.

—¿Cómo te gustaría que me enfrentara a ellos?

Haakon se enderezó, envalentonado por la pregunta.

—El rey de Tierradentro nos invadirá en cuanto se entere de que has subido al trono. Seguro que el emperador de Catay se le une. Deja que crucen las fronteras, que quemen unas cuantas ciudades, que maten a unos cuantos aldeanos...

—Qué listo eres, Haakon. Tan seguro de ti mismo... —lo interrumpió ella—. Siempre sabes lo que hay que hacer.

Él asintió para demostrarle que estaba completamente de acuerdo.

Las mujeres siempre sucumbían a su encanto, su inteligencia y su confianza en sí mismo. No podía ser de otro modo.

—Puedo ayudarte, Sophie. De verdad. Si me lo permites.

Sophie arqueó una ceja.

—¿Igual que me ayudaste en San Sebastián?

—Eso fue un malentendido.

—Ah. ¿Eso es lo que fue?

Haakon se arriesgó a esbozar una sonrisa, una de esas sonrisas capaces de derretir hasta el más helado de los corazones.

—Todo vale en el amor y en la guerra, mi querida niña. Pero ahora estamos en el mismo bando. Al menos, podríamos estarlo.

—Sigue.

—Debes enfrentarte a tus enemigos con rapidez y decisión. Captura a sus capitanes y generales. Captura a su rey, si puedes. Así les enviarás un mensaje. No demuestres piedad. Lleva a los prisioneros directamente al tajo y córtales la cabeza antes de que sus comandantes envíen refuerzos.

—Que les corte la cabeza a mis enemigos... Una idea excelente, Haakon.

Se volvió hacia los dos soldados que sostenían al guapo príncipe y dijo:

—Empezad por la suya.

NOVENTA Y TRES

Sophie se dirigió al palacio sin mirar atrás y subió de dos en dos los escalones de la escalera principal. El lord comandante y sus soldados la siguieron.

Los miembros de la guardia de la reina bloqueaban ambos extremos del vestíbulo que llevaba a los aposentos de Adelaide. El lord comandante explicó a su capitán lo sucedido y ordenó que depusieran las armas.

Krause miró a Sophie y esbozó una sonrisa despectiva. Vaciló un momento y después obedeció a su comandante. Sophie recordó que le había prendido fuego a San Sebastián y que había echado de su casa a los Becker.

Adelaide le había dicho una vez que la cobardía era capaz de infectar a la población. Miró a Krause. Sabía que la crueldad también podía ser infecciosa. Buscaría a un nuevo capitán para la guardia, de inmediato.

Intentó abrir las puertas de los aposentos de su madrastra, pero estaban cerradas con llave. La llamó y le pidió que las abriera. Como no obtuvo respuesta, hizo un gesto a sus soldados para que las echaran abajo, lo que no les supuso mucho esfuerzo.

Sophie recorrió con cautela las habitaciones de su madrastra (antecámara, estudio y vestidor), muy consciente de que aquella mujer había intentado matarla varias veces. Mientras lo hacía, vio los muebles que le resultaban tan familiares, las joyas y los vestidos, el espejo dorado. ¿Cuántas veces había tenido que acudir a aquellas habitaciones para soportar las mordaces palabras de la reina, sus miradas de desprecio? ¿Cuántas veces se había visto obligada a escucharla hablar sobre sus defectos, sobre sus fallos? ¿Cuántas veces le había dicho todo lo que no era?

Muchos le habrían perdonado que se sintiera exultante al entrar en los aposentos de la reina, pero solo sentía una tristeza intensa y dolorosa por las horas, los días y la vida allí perdidos.

Encontró a Adelaide en la última habitación: su dormitorio. Estaba de pie junto a las puertas dobles que daban a su balcón, contemplando un patio.

—Eres tú de verdad —dijo mientras se volvía para mirarla—. Moriste con la manzana envenenada. Lo vi. Pero aquí estás. Es imposible matarte. —La rodeó—. Mírate. Estás muy distinta. Con cicatrices, sucia, delgada como un palillo, pero entrando en palacios para derrocar a tus enemigos —comentó, maravillada—. Gracias a mí. Te hice fuerte. Te hice astuta. Te he convertido en lo que eres.

Sophie negó despacio con la cabeza.

—No, Adelaide. Yo me he convertido en lo que soy. Con la ayuda de mis amigos y de mi pueblo.

—Debéis acompañarnos, señora —le dijo a Adelaide el lord comandante mientras dos de sus soldados avanzaban hacia ella.

Pero la reina era más rápida que ellos. Abrió las puertas dobles y corrió al otro lado con una intención muy clara.

Sophie levantó una mano para detenerlos.

—Sal del balcón, Adelaide —dijo.

Sin embargo, su madrastra no obedeció. Mirando a Sophie, siguió caminando de espaldas, un paso tras otro, hasta llegar a la barandilla.

—Para, Adelaide.

—¿Por qué no? ¿No has venido por eso? ¿A buscar venganza? Te lo pondré fácil.

—No he venido a buscar venganza.

—Entonces, ¿qué quieres?

—He conocido al Rey de los Cuervos. Me dijo que te había ayudado cuando ninguna otra persona quería hacerlo. Cuéntamelo, Adelaide. Dime qué te pasó. Quiero comprenderlo.

—¿Por qué iba a hacerlo? No me servirá de nada.

—Nos servirá a las dos —respondió Sophie, y les hizo un gesto a los hombres para que retrocedieran.

Los soldados se metieron en la habitación de al lado.

Adelaide miró a Sophie largo rato, deliberando; después entró de nuevo en el cuarto. Se detuvo ante el espejo y lo miró. Su mirada no se centraba en ella, sino que se perdía a lo lejos. Veía otra época y otro lugar.

—Cuando tenía doce años, Edward, el traicionero duque de Sajonia, atacó el palacio de mi padre. Quería la corona. No hubo advertencia previa, mi padre no tuvo tiempo de reunir a su ejército. La guardia real luchó con valentía, pero los superaron rápidamente. Los hombres de Edward no perdonaron a ningún habitante de palacio, ni siquiera a la más pequeña de las criadas de la cocina. Mataron a mis padres delante de mí. Mi madre intentó protegerme. Me puso una daga en las manos. Mientras mi padre moría, me suplicó que salvara a su hijo. «Prométemelo, Adelaide —dijo—. Prométeme que lo salvarás, pase lo que pase. Aunque te cueste la vida...».

Sophie estaba cautivada por el relato. Había escuchado la historia del asesinato de los padres de Adelaide, pero no de sus labios.

—Yo era pequeña y veloz. Conseguí escapar de los soldados y encontrar el modo de entrar en el cuarto del bebé a través de un pasadizo secreto. Mi hermano estaba allí, vivo. Su niñera estaba con él. Había atrancado la puerta, pero los soldados de Edward la aporreaban. El bebé chillaba de miedo...

La emoción embargó a Adelaide, que dejó la frase sin terminar. Necesitó un momento para recuperarse, y Sophie esperó mientras contemplaba su reflejo en el cristal. Al cabo de unos minutos, Adelaide habló de nuevo.

—En el cuarto del bebé había un espejo. Este mismo —dijo, y lo tocó—. Me miré en él. Estaba empapada de sangre. Me cedieron las piernas y caí de rodillas frente a él. La niñera me suplicó que me

levantara, que salvara a mi hermano, pero apenas la oía. Estaba tan aterrada que no me podía mover. Solo podía mirar el espejo. Y entonces lo vi... reflejado detrás de mí... El Rey de los Cuervos. Prometió ayudarme. Me dijo que me levantara y cogiera a mi hermano. «Los soldados están a punto de derribar la puerta. Deprisa», me dijo. Justo entonces, la puerta reventó. Los hombres de Edward entraron en la habitación, pero los atacaron unos supervivientes de la guardia de mi padre. Uno de los soldados enemigos logró atravesar el bloqueo y mató a la niñera. Se dirigió a mi hermano...

—¿Qué hiciste?

Adelaide negó con la cabeza.

—Adelaide, ¿qué hiciste?

—Lo maté siguiendo las órdenes de Corvus. Con la daga de mi madre.

Sophie contuvo el aliento. Adelaide siguió hablando. Las palabras le salieron a borbotones, como si llevaran demasiado tiempo detrás de una presa que al fin se había roto.

—Tuve suerte. El primer corte fue profundo. Soltó su arma. Lo apuñalé una y otra vez, aunque me suplicaba. Ese soldado me visita a menudo. En mis pesadillas. No me costó la vida salvar al hijo de mi padre, no. Me costó mucho más.

Sophie se le acercó. Veía la angustia en los ojos de su madrastra y sabía que, en su cabeza, Adelaide volvía a ser aquella niña, en aquella habitación, con el hombre moribundo y el bebé llorando. La joven sufría por aquella niña.

—Conseguí coger a mi hermano y escapar. Dos de los guardias de mi padre nos llevaron al castillo del conde de Coburgo. Como era la hija mayor de mi padre, de repente era la reina regente y gobernaba mi tierra. Con la ayuda del conde, esa misma noche reuní un ejército. Cabalgamos a palacio a la mañana siguiente y derrotamos a los soldados de Edward. Goberné durante diecisiete años, hasta que mi hermano alcanzó la mayoría de edad y me casó con tu padre, como si fuera un caballo al que había que jubilar.

Adelaide guardó silencio, todavía frente a su espejo. Tenía los ojos rojos por culpa de las lágrimas reprimidas y el rostro desfigurado por los remordimientos. Mientras Sophie la observaba, su madrastra se giró, cogió un pesado tintero de cristal de su escritorio y, con un grito desgarrador, lo lanzó contra el espejo. El cristal se hizo añicos y un millón de fragmentos relucientes cayeron al suelo.

El lord comandante, que esperaba en el umbral, entró corriendo en

la habitación con la mano en la espada, pero Sophie lo detuvo.

Adelaide se quedó mirando los fragmentos.

—Permití que Corvus entrara en mi corazón el día que llegaron los soldados de Edward, y allí lleva desde entonces. Devorándolo poco a poco. Cada decisión que he tomado la dirigía Corvus. Cada acto de crueldad. Cada vida arrebatada. Me convenció de que la compasión era debilidad, de que la bondad se pagaría con traición. Y me lo creí. Y ¿ahora? Ahora no queda nada de mi corazón.

Las lágrimas le bañaban las mejillas. De nuevo, se dirigió al balcón.

—No lo hagas —dijo Sophie mientras se acercaba a ella.

Adelaide cogió del suelo un enorme pedazo de cristal azogado y lo sostuvo como una daga para mantenerla lejos.

—No me agrada lo que me depara el futuro. He enviado a muchas personas a las mazmorras de palacio y al tajo del verdugo. No pienso pasarme el tiempo que me quede de vida en una celda infestada de ratas, a la espera de tu venganza.

—Busco justicia, Adelaide, no venganza. Por los crímenes cometidos contra mi pueblo.

Adelaide abrió las manos y vio caer el cristal.

—Me encontrará en las mazmorras —dijo en voz baja, más para sí que para Sophie—. Me esperará en el patíbulo.

Miró a Sophie una vez más, y la joven vio un profundo y doloroso cansancio en sus ojos.

—Fui una gran reina, pero no una buena reina. Tú debes ser ambas cosas, Sophia.

Inclinó la cabeza y, antes de que Sophie pudiera detenerla, atravesó corriendo la habitación hasta que llegó a la barandilla.

La joven gritó, corrió hasta el balcón y se inclinó sobre la baranda para intentar agarrar el brazo de su madrastra, sus faldas, lo que fuera. Pero era demasiado tarde. El cuerpo de la reina yacía destrozado sobre las piedras del patio. Un charco de sangre le rodeaba la cabeza: su última corona carmesí.

NOVENTA Y CUATRO

Sophie, vestida de blanco y con una corona dorada en la cabeza, salió

al balcón de palacio y saludó.

Un rugido que se alzaba como un maremoto brotó de la multitud. Era el día de su coronación. Al alba se había convertido en reina de Tierraverde. Las campanas de la catedral seguían repicando y millones de pétalos de rosa revoloteaban por el aire.

Sophie, con el corazón tintineante de alegría, saludó a su pueblo.

Después invitó a salir con ella al balcón a los otros monarcas, que se encontraban en el Gran Salón esperando a que empezara el banquete.

Todos los gobernantes de los reinos del mundo se juntaron, hombro con hombro, y entonces Sophie habló con voz fuerte y clara. Les contó a los suyos su experiencia con Miedo, que le había robado el corazón y pretendía hacer lo mismo con todos los corazones humanos. Después los exhortó a no ceder nunca al Miedo y a proteger los corazones de sus vecinos como si fuesen los suyos.

—Mientras nos tratemos con amabilidad entre nosotros, nuestros corazones permanecerán intactos. A partir de hoy, vivamos con paz y amor en el corazón.

Los gobernantes aplaudieron y después, uno a uno, regresaron al salón para que Sophie disfrutara de su momento.

Rodeada del amor de su pueblo, sonrió. Will estaba en el Gran Salón para celebrarlo con ella. Y también Oma y Gretta. La niña se encontraba cada día más fuerte. Sophie la había llevado a palacio, donde recibía la mejor atención posible. Los hermanos estaban allí, y también Weber y Tupfen. Y Arno, Tom y Zara.

Sophie alzó el rostro al cielo. Un cuervo se recortaba contra el cielo azul y volaba sobre ella en círculos.

La guardia de la reina sabía la historia del Rey de los Cuervos, que había intentado matar a Sophie muchas veces, así que siempre estaban pendientes por si aparecía.

Dos miembros de la guardia, arqueros, se encontraban apostados en el balcón, uno a cada extremo. En cuanto vieron el pájaro, prepararon los arcos, pero, antes de que pudiera disparar, Sophie los detuvo.

—Los cuervos siempre estarán aquí. Conmigo. Con todos nosotros. Puede que las flechas maten a uno o dos, pero no mantendrán a raya a Miedo.

Sophie levantó el antebrazo, y el cuervo bajó volando en espiral y se posó en él. Ladeó la cabeza y la miró. Después, abrió y cerró el pico. La reina se llevó una mano al corazón.

—Solo ellos pueden mantener a raya a vuestro señor —dijo, y señaló con la cabeza a las personas alegres que abarrotaban las calles, y a los troles, goblins y pixies que lo celebraban con ellas—. Los tengo a ellos, como ves. Tengo a mis amigos. Tengo una chaqueta calentita. Y strudel. Tengo a Will. Ellos me llenan el corazón. Son mi corazón.

El cuervo se inclinó ante Sophie y dejó escapar un solo graznido agudo. Después batió las alas y se alejó volando.

La mañana había despuntado sobre palacio aquel día igual que meses atrás, cuando una muchacha había salido a caballo de las murallas camino del bosque siguiéndome a mí, el cazador.

Aquella muchacha tenía miedo.

Aquella muchacha había intentado proteger su corazón metiéndolo en una caja.

Aquella muchacha había muerto en el Bosque Oscuro.

Y otra había nacido. Una con un corazón que se negaba a permanecer oculto. Que era obstinado, ruidoso y descontrolado. Un corazón con grietas y remiendos, al que se le escapaban las emociones como si fueran agua en un cubo roto.

Una muchacha que comprendía que el corazón de una reina nacía para romperse. Una y otra vez. Y Sophie sabía que eso mismo ocurriría con el suyo. Cuando se perdieran las cosechas y la gente pasara hambre. Cuando llegaran las plagas. Cuando la guerra extendiera su capa roja sobre aquella tierra.

Como la sangre que se transformaba en rubíes y las lágrimas en perlas, el sufrimiento que desgarraría su corazón no era más que otro de los extraños regalos de Dolor. De la tristeza nace la empatía. De la pena nace la compasión. De la rabia nace la decisión. De la pérdida nace el amor.

Son las cosas que nos impulsan a levantarnos cuando caemos; a volver a intentarlo cuando fracasamos. Son las joyas más valiosas.

Érase una vez, hace mucho tiempo y más, una muchacha que entró en el bosque a lomos de su caballo.

Iba a casa de su abuela.

Se encontró con una bruja en el bosque.

Y la muchacha regresó. Ya no la dirigía nadie, sino que era ella la que dirigía.

Con el olor a bruja quemada en la ropa.

Con la cabeza del lobo en la cesta.

Con un ejército a su mando.

No necesita ningún espejo que le diga lo que siempre ha sabido.

Que es todo lo que necesita ser, que tiene todo lo que necesita tener para atravesar el Bosque Oscuro.

Y encontrar el camino a casa.

EPÍLOGO

—Me apetecía ir de pícnic —dijo Miedo, sonriente.

—¿De pícnic? —preguntó Muerte, incrédulo—. ¿Por eso nos has invitado aquí?

—Sí. Y se me ha ocurrido que primero podíamos dar un bonito paseo a caballo. Para despertar el apetito.

Guerra se volvió hacia Pestilencia.

—Nuestro hermano pequeño ha perdido la cabeza —dijo.

—Permitidme este capricho —dijo Miedo—. Quiero enseñaros una cosa.

—Hace una noche espléndida. Y la verdad es que no suelo ver a tantos de mis hijos juntos en el mismo lugar —comentó Muerte con aire melancólico—. Últimamente están todos muy ocupados.

—¡Bien! Subid —dijo Miedo mientras abría la puerta de su reluciente carruaje negro.

Estaba a los pies de una escarpada montaña, junto a un camino zigzagueante que ascendía hasta la cima.

Muerte subió primero. Lo siguió su hija Pestilencia, que vestía una túnica de lino manchada de sudor. Llevaba el pelo corto y de punta, tenía los labios agrietados, y estaba cubierta de llagas, pústulas y ampollas supurantes.

Detrás de su hermana subió Hambre. Tenía los ojos hundidos, se le caía el pelo por zonas y la ropa le colgaba de los huesos. No dejaba de quejarse.

—Venga, Pesti, no chorrees sobre el asiento, que no eres la única que va a sentarse, ¿sabes?

Dolor, con los ojos ribeteados de rojo, fue la siguiente, y después Guerra, bronceado y musculoso. Los muelles crujieron y gruñeron

cuando se sentó. Cicatrices rojas y brillantes le recorrían la cara y la calva. Dejó huellas ensangrentadas en la puerta, en los asientos y en todo lo que tocaba.

Una vez que estuvieron todos dentro, Miedo se les unió, cerró la puerta y dio unos golpecitos en ella. El conductor, un hombre de aspecto cadavérico que lucía un bombín, hizo restallar el látigo. Cuatro sementales de lustroso color negro se pusieron en marcha.

—La joven..., Sophia... He oído que ganó. Que te venció —le dijo Guerra a Miedo.

Miedo arqueó una ceja.

—Será que tú nunca has perdido una batalla, ¿no?

Guerra esbozó una amplia sonrisa que le estiró las cicatrices de la cara. Le saltaron algunos puntos y la sangre le goteó sobre la mejilla.

—Yo soy la batalla, hermanito.

Los hermanos y su padre dedicaron el viaje a ponerse al día. Todos se alegraron de oír los éxitos de Guerra en Tierrabaja, y Pestilencia sonrió con timidez cuando la felicitaron por el último brote de plaga.

Al cabo de una hora, el carruaje se detuvo y la familia bajó. Habían llegado a la cima de la montaña. La mayor parte de la cumbre la ocupaba una roca alta y puntiaguda, pero había una zona llana. Mientras el conductor extendía una manta de pícnic sobre una roca lisa, Miedo llevó a su familia al borde de la montaña. Todos miraron abajo, a la pared vertical de roca que llegaba hasta el suelo.

Miedo respiró hondo y se dio un golpe en el pecho.

—Me gusta este sitio. El aire es limpio. También me gustan los vecinos. Mirad ahí... —Señaló una voluta de humo que brotaba entre los árboles—. Una anciana vive en ese bosque. En la casa de jengibre más dulce que os podáis imaginar, literalmente.

A continuación señaló una aldea de la que apenas se veían más que los capiteles de las iglesias y del ayuntamiento.

—En esa encantadora villa viven una viuda y su hija. La niña tiene una preciosa capa con capucha, de color rojo intenso. Y adora a su abuela. —Se giró en un semicírculo hacia el mar y señaló una torre alta y gris que sobresalía de la escarpada costa—. Ahí solo vive una persona. Tiene toda la torre para ella. A veces la veo por las noches, asomada a la ventana mientras se cepilla la larga melena. La verdad, me imagino perfectamente aquí. Echando raíces.

—Y ¿por qué nos cuentas todo esto? —preguntó Hambre.

—Estoy pensando en construir.

Muerte sonrió con orgullo y le dio una palmada en la espalda.

—Así me gusta. ¡Hay que volver al trabajo, hijo!

—Construir... —empezó a decir Pestilencia, pero un ataque de tos la interrumpió. Escupió un gargajo ensangrentado—. ¿Construir, el qué?

Miedo se llevó las manos a las caderas y asintió.

Después sonrió y dijo:

—Un castillo precioso y nuevecito.

AGRADECIMIENTOS

Estos hermanos Grimm no se andan con chiquitas.

En su versión de *Blancanieves*, la reina ordena a su cazador arrancarle el corazón a Blancanieves y llevárselo a ella, no solo como prueba de que la joven princesa está muerta de verdad, sino para comérselo. Sí, habéis leído bien: para comérselo.

Cuando leí el cuento por primera vez, con unos nueve años, todo el asunto del corazón me pareció asqueroso. Ahora que soy una niña un poco mayor me parece genial. Qué increíble metáfora del poder del miedo: devora nuestros corazones. Nos deja huecos, vacíos.

Mientras escribía la historia de Sophie me di cuenta de que, a menudo, nos creemos lo que los demás nos dicen que somos. Escuchamos a las serpientes de ojos dorados y a los escorpiones relucientes, y permitimos que sus palabras nos dirijan y nos definan. Aceptamos la manzana envenenada que nos ofrece la reina y la mordemos sin pensárnoslo dos veces.

Sophie me enseñó que es posible aplastar a las serpientes y a los escorpiones, escupir la manzana y mirar al miedo a los ojos. Lo único que debemos hacer es escuchar a nuestro corazón, por muy machacado y roto que esté.

De nuevo, me gustaría dar las gracias a mi increíble editora, Mallory Kaas, por cubrirme las espaldas mientras Sophie y yo nos abríamos camino por el Bosque Oscuro, y por estar siempre pendiente con sus consejos y sus ánimos. Gracias a Maya Marlette por aportar sus ideas y ayudarme a atravesar túneles oscuros y dejar atrás rosas susurrantes, troles y makabers. Gracias a Dick Robinson, Ellie Berger, David Levithan, Lori Benton, Erin Berger, Rachel Feld, Shannon Pender, Lizette Serrano, Emily Heddleson, Lauren Donovan, Alan

Smagler y su equipo, Melissa Schirmer, Jody Corbett, Maeve Norton, Elizabeth Parisi y el resto de mi familia de Scholastic por su entusiasmo por *Envenenada*. Creéis de verdad en el poder de las historias para inspirar y estimular a los niños, y me siento muy afortunada de poder trabajar con vosotros.

Como siempre, un agradecimiento enorme para mis agentes, Steve Malk y Cecilia de la Campa, y para mi familia: Doug, Daisy y Omi. Estaría perdida sin vosotros.

Y por último pero no por ello menos importante, gracias a ti, a la persona que me estás leyendo. Eres la razón por la que hago lo que hago.